

MARIONETAS

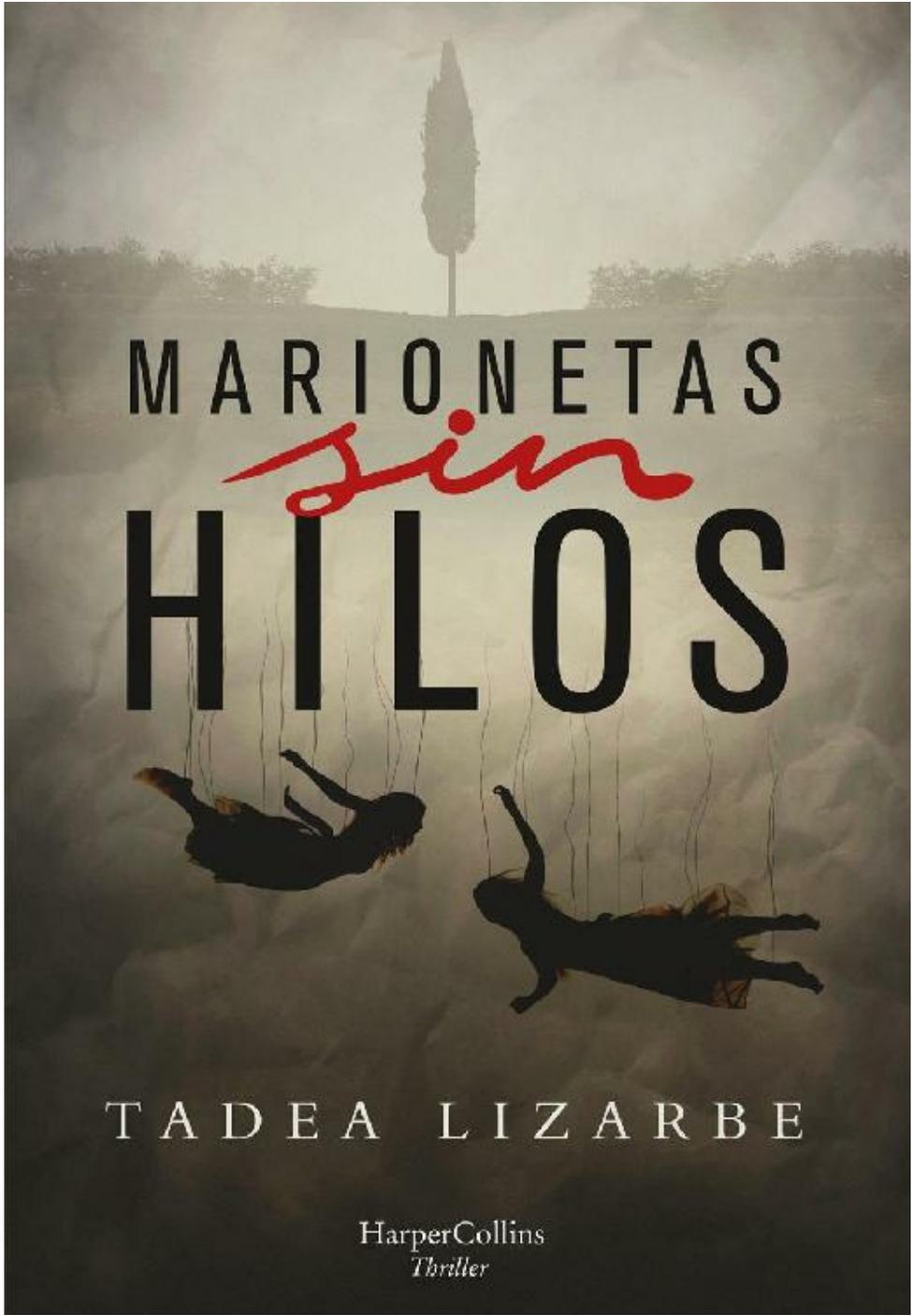
sin

HILOS

TADEA LIZARBE

HarperCollins
Thriller

D.J.57



MARIONETAS

sin

HILOS

TADEA LIZARBE

HarperCollins
Thriller

MARIONETAS
sin
HILOS

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra

solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por HarperCollins Ibérica, S.A.

Núñez de Balboa, 56

28001 Madrid

Marionetas sin hilos

© 2019, Tadea Lizarbe Horcada

© 2019, para esta edición HarperCollins Ibérica, S.A.

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte. Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.

Diseño de cubierta: CalderónStudio

Imágenes de cubierta: Dreamstime y Shutterstock

ISBN: 978-84-9139-382-5

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Créditos

Dedicatoria

Ada Cuevas

Oficial de policía Bruna Badía

El pensamiento intruso de Ada Cuevas

El pensamiento intruso de Bruna Badía

Ada Cuevas

Juicio del caso del Titiritero (16 de marzo de 2014.
12:37 h)

Tres semanas antes del juicio

Tres meses antes de la aparición del cuerpo de Antonio

Dos meses antes de la aparición del cuerpo de Antonio

Juicio del caso del Titiritero (16 de marzo de 2014.

12:37 h)

Dos días antes del juicio

Dos días después del juicio del caso del Titiritero

Si te ha gustado este libro...

Dedicatoria

Para las igualdades que se disfrazan de diferencias

Para la X oculta que lleva cada nombre

Para vosotros

—¿Señora Cuevas?

—Sí.

—¿Señora Ada Cuevas?

—Sí.

—Sentimos mucho comunicarle que su marido ha muerto.

Quédate. Esta no es una historia triste...

Ada Cuevas

—¿Cómo que mi marido ha muerto? —pregunto.

—Permítame que nos presentemos, ella es la oficial Badía y yo soy el oficial Huguet, de la policía de San Sebastián.

Observo al hombre que acaba de llamar a mi puerta, perdida. Procupo centrarme todo lo que puedo en lo que dice, tal vez aún esté a tiempo de retirar sus palabras. Pero es como empeñarte en seguir conduciendo a pesar de tener el parabrisas congelado.

—Martín y Bruna, si lo prefiere —añade la mujer como si..., como si ese detalle al ofrecer su cercanía fuera importante. Más importante que, más importante que...

—¿Cómo que mi marido ha muerto?

—Lo siento, señora. Su marido... —El oficial titubea, lo que me hace pensar que puede que exista la posibilidad de que Iker esté vivo.

—¿Iker?

—Iker ha sufrido un, un..., un... un accidente.

Alguien sujeta mis añicos, conteniendo mis brazos para no caer al suelo. No sé quién. Ella o él. Él o ella...

—¿Cómo está Iker?

—Señora, debe entenderlo: Iker ha muerto. —La oficial no duda, ha sentenciado la muerte de mi marido, y es ahora cuando me percató de que es ella quien sujeta los trozos de mi vida conteniendo mis brazos, agarrando físicamente mi estabilidad. Es la portavoz de la claridad. Su compañero no ha conseguido usar la contundencia necesaria para que llegara a creerme lo que está sucediendo. Ella sí. Tiene algo especial. No hay alternativa: Iker ha muerto. ¿Entonces? Entonces ya no puedo seguir preguntando por él. Jamás.

El rostro de la oficial se centra por completo en mí, como si solo pudiera verla a ella. Sus labios están sellados, comprende que he captado el mensaje y ahora solo le queda mirarme con esos ojos color cuero. Me detengo en sus pupilas. Siento su cuerpo pegado al mío, su fuerza atlética y el olor a jabón de su pelo castaño al rozar mi cuello. Me abraza y me sujeta con el único agarre posible que veo ahora en mi vida mientras me dejo caer lentamente, arrastrándome por la pared, arañándome con el gotelé. El vacío es tan profundo que hasta se puede escuchar el ruido que no hace, marea. Hasta querer vomitar.

Alguien ha cogido un hacha y le ha pegado un tajo a mi mundo. No lo

comprendo. Te digo que no lo entiendo. ¿Si no hubiese abierto la puerta, Iker seguiría vivo? Lo pienso seriamente. No..., no, no lo entiendo. ¿Qué puedo hacer para que las cosas sigan como hasta hace tan solo unos pocos minutos? No debería haber abierto la puerta, y todo seguiría bien y, sí, él volvería a casa conmigo... ¿No?

—Tal vez podríamos sentarnos en un lugar más cómodo y hablar de lo ocurrido —sugiere el oficial Huguet.

No reacciono; tirada en el suelo, dirijo mi mirada a los de arriba como una niña perdida. La oficial Badía me sujeta de las axilas y me levanta con la ayuda de su camarada. Un día cualquiera me hubiese podido levantar ella misma sin esfuerzo; pero hoy no, peso más de lo normal, la gravedad me tira de los tobillos.

Ese «lugar más cómodo» al que me llevan es mi sofá blanco. Nuestro sofá blanco. El sofá blanco que Iker detestaba.

—¡No pienso sentarme ahí! —grito. Con fuerza. Con algo que hace que siga respirando. Es algo oscuro, rabia. Caigo en la cuenta de quiénes son mis acompañantes, pero creo que ellos no me reconocen a mí, a pesar de que haya plasmado, literalmente, sus palabras en la pantalla de un ordenador decenas de veces.

Soy la taquígrafa del juzgado donde ellos declaran habitualmente.

Hecha una furia, me abalanzo sobre el sofá blanco. Lo golpeo con los pies y los puños hasta sentir dolor; intento despellejarlo, con las uñas, con cualquier cosa. Iker no lo quería y este sofá ya no puede estar aquí, riéndose de que ha sobrevivido a mi marido. ¡Como si el sofá tuviera más derecho que Iker a estar conmigo!

Oficial de policía Bruna Badía

—¡Cálmese, señora! Bruna, haz algo —me pide Martín desesperado.

Procuró coger a la señora Cuevas de la cintura, la alejó del sofá, por alguna razón llevarla hasta allí no ha sido buena idea. Por el camino coge un jarrón de la mesa del comedor y lo lanza sobre su tapicería blanca. Reconozco la furia.

—¡QUIERO QUE VUELVA! —grita. Exige.

Se arranca de mi abrazo como una lagartija angustiada desterrada a la oscuridad.

—¿Tiene un contacto a quien podamos llamar? —pregunta Martín.

—¡Iker! ¡Era Iker! Pero ahora ya no es. ¿Lo entienden? No pueden llamar a nadie. NO-HAY-NA-DIE.

La mujer se detiene frente al perchero de la entrada, coge el abrigo que, presupongo, era de su marido y se viste con él. Tras un segundo de aparente calma —estoy segura de que cree que en el baño de ese aroma aún está su marido—, su rostro se transforma y, guiada por la impotencia, se golpea repetidamente contra el asa del perchero, el dolor parece realojarla en un mundo sin recuerdos.

Está empezando a sangrar. Martín y yo la rodeamos con pasos lentos, como domadores de leones, y él coge el móvil para dar aviso:

—Necesitamos asistencia médica en... —Son las últimas palabras que habrá escuchado la señora Cuevas antes de caer inconsciente.

Pensamiento intruso: dicese de aquel pensamiento disruptivo y de origen inconsciente que en ocasiones invade nuestro consciente, con el consecuente efecto atroz en nuestras decisiones, conductas y estado anímico. Difícil tanto de detectar como de erradicar, ya que en su estado original es invisible. Dada su impulsiva naturaleza, en ocasiones se manifiesta de manera fugaz para firmar su feroz in-fluencia en nuestras historias.

El pensamiento intruso de Ada Cuevas

Ada Cuevas no fue una niña fácil. De hecho, nadie en el barrio apartado en el que vivió su infancia era capaz de llamarla «niña» siquiera. No cumplía los cánones de la inocencia. Era inteligente en el desempeño de sus actividades, jamás pudieron demostrar que la responsable de todas las gamberradas de las que los vecinos eran víctimas fuera ella; pero lo sabían, detrás de su oscura mirada había un regocijo de satisfacción que la delataba solo lo justo como para que cada vecino apretase los dientes con impotente rabia. Sin pruebas incriminatorias, poco podían hacer.

Sus padres estaban preocupados. Jamás por los chismorreos de los vecinos, sino por las actividades que su hija de repente decidía poner en práctica.

Respecto al nivel de alarma, comenzó a crecer de manera perezosa, al principio en situaciones de lo más triviales. En el parque, bajo la atenta mirada de Ada, el antiguo inquilino, de apenas cinco años, recogía su equipaje para dejarle hueco en el columpio a ella.

Después pasó a robar de la higuera del vecino, o trepaba por las pacas de paja de los labradores destruyendo su ardua labor. Cerca de la peligrosa adolescencia, comenzó a colarse en las casonas de los vecinos. No gozaba robando, gozaba cambiando los muebles y los objetos de lugar, de manera que cuando los propietarios volvían no podían dar explicación al suceso. La duda los inquietaba hasta incriminarse entre ellos, acusándose de ese inexplicable cambio en la decoración del que nadie parecía ser responsable. Con todo ello gozaba Ada, con sus originales ideas para atormentar a los demás.

Sus padres recibieron varias llamadas del colegio. A pesar del buen rendimiento académico, jamás hizo vínculo con los demás niños y de nuevo, sin pruebas concluyentes, unas miguitas de pan llevaban a la conclusión de que Ada estaba intimidando e incluso abusando de otros niños.

Entonces llegó el nacimiento de su hermano. Los padres no usaban la pantalla del vigilabebés para comprobar que el niño dormía; en realidad no querían perder de vista a Ada, que observaba la cuna de su hermanito cada día, con curiosidad. Pero jamás lo tocó. Puede que Ada tuviera una oscuridad que experimentar fuera de casa, pero a su familia la respetaba profundamente. Aunque de una manera fría y distante, los quería. Los protegería.

Con diez años recibieron una explosiva llamada del colegio que los citaba esa misma tarde a una tutoría. Con urgencia.

—No sé cómo decirles esto. —La voz de la tutora temblaba.

—Ataje —contestó la madre.

Estaban preparados para ese momento desde hacía mucho tiempo. La profesora cogió aire:

—Su hija ha estado cazando lagartijas y les..., les ha...

—He dicho que ataje.

—Les ha cortado la cabeza y ha dejado los cuerpos regados por todo el patio. —Parecía describir el escenario de una matanza—. Tiene a los niños atemorizados. —Y ella también parecía estarlo.

Hicieron pasar a Ada a la reunión. Sus padres sabían que tendría una explicación inteligente que la absolviera, y se apiadaron de la tutora. Pobre inocente.

—Alguien me dijo que, si cortabas las cabezas a las lagartijas, volvían a crecer.

La profesora sonrió, con cierto temor que provenía del inconsciente, pero con la ternura que le procuraba el gesto inocente de Ada. Manipulada.

—Eso son las colas, cielo, pero tampoco debes hacerlo. Quitarles la cola a las lagartijas las hace más vulnerables ante sus depredadores.

Como si Ada no se relamiera con ello.

—Lo siento, no volverá a ocurrir.

¿Su castigo? El gesto tierno que recibió de la profesora al revolverle el pelo.

Los padres, a pesar de no creer ni una sola palabra de su hija, mantuvieron silencio, no querían arriesgarse a que la echaran del colegio. Pero tampoco se cruzaron de brazos: decidieron que ya era hora de que su hija dejara ese oscuro camino, y que una actividad en equipo como el baloncesto podría ayudarla a ello.

En ese contexto social, que procuraba cierto alivio en Ada al descubrir la permisividad del contacto físico, años después, apareció Iker. Era un chico de alta estatura, con el cuerpo moldeado por el deporte, de ojos rasgados y marrones y una sonrisa enorme. Lo primero que pensó Ada fue en quitarle esa estúpida sonrisa de encima. Pero no hubo manera. La sonrisa de Iker parecía ajena absolutamente a todas sus artimañas. Se obcecó en ello, sus intentos por cerrar esa boca y esa inquebrantable serenidad se volvieron una obsesión. Se acercó a él, primero intentó seducirlo, después desconcertarlo, y pronto fue ella quien cayó en las redes de aquel chico inmune al sufrimiento.

El mundo que él le mostró hizo que la esencia oscura de su identidad, aquello que dejó traslucir en la infancia, quedara oculto, acompañándola únicamente en las sombras. En el caso de Ada, ese pensamiento intruso que juega al escondite tiene un nombre: la Vieja Conocida.

El pensamiento intruso de Bruna Badía

Bruna Badía no fue una niña fácil. Ya desde pequeña destacaba por su testarudez y por sus dificultades para respetar cualquier norma. Para los demás era una niña «excesivamente curiosa». Si es que la curiosidad puede ser excesiva, no debiera, y por ello sus padres no quisieron evitar esa actitud

de su hija. Tuvieron que sufrir algún que otro accidente, como aquella cortina que se incendió un domingo o las numerosas llamadas del colegio advirtiendo del desinterés de Bruna por relacionarse con otros chicos y por los estudios. Pero es que se aburría, tantas eran sus ganas de explorar que los libros de texto se quedaban obsoletos y fue el inicio de las clases de anatomía lo que hizo que sonara la estridente alarma sobre su personalidad en forma de una llamada de teléfono que citaba a los padres para una tutoría ese mismo día. Urgente.

—No sé cómo decirles esto. —La voz de la directora temblaba; sentados a ambos lados, el tutor y el orientador intentaban darle fuerza.

—Ataje. —Los padres llevaban tiempo preparados para ese momento.

—Su hija se ha presentado hoy en clase con un gato muerto. —La directora señaló en el suelo una resistente mancha oscura a modo de reguero que rodeaba los pupitres hasta la salida del aula—. Sangre. —Los padres se agarraron de la mano.

—Estábamos en clase de Ciencias Naturales cuando Bruna —interrumpió el tutor— apareció con el gato muerto. ¡Y sonriendo, además!

—¿Qué explicación dio? —Su madre sabía que Bruna tendría una buena respuesta.

—Dijo que por qué no diseccionábamos al gato.

—Estaban en clase de Ciencias, ¿no?

El tutor se sorprendió de que aquella mujer defendiera a su hija en un escenario tan macabro.

—La eché de clase inmediatamente, ella se resistió. El gato empezaba a oler mal. ¿Y qué hizo? En venganza...

—En venganza según su opinión.

—Sí, según mi acertada opinión, en venganza, arrastró el gato muerto por

toda la clase hasta la puerta, y ha dejado esa marca de sangre que no hay modo de quitar.

—Debemos averiguar el motivo de sus conductas —intervino el orientador—. Dadas las dificultades de su hija para relacionarse, respetar las reglas y especialmente..., especialmente debido a este suceso, aconsejamos que un psicólogo la valore. ¿Están ustedes de acuerdo?

—Por supuesto. Pero me gustaría hacer pasar a Bruna para que tenga la oportunidad de explicarse.

—De acuerdo —admitió el orientador.

La niña entró en una habitación con cinco adultos observándola en silencio. No hizo falta que le preguntaran.

—Yo no lo maté.

A nadie más que a Bruna se le había ocurrido esa posibilidad, lo que erizó los pelos de las nuca de cinco personas supuestamente preparadas para ver películas de dos rombos.

—Lo encontré en una cuneta, lo había atropellado un coche. Cuando vi las tripas, pensé que podríamos usarlo para entender mejor las clases de anatomía, profesor.

—¿Hemos terminado? —Su madre tenía prisa. Más bien, ganas de proteger a su hija.

—Queda expulsada tres días —señaló la directora con tono perdido. No estaba segura de su decisión.

Bruna pasó la prueba del psicólogo, que no vio nada trascendental en ella, pero sus padres decidieron hacer algo. Temían que Bruna quedara aislada en un mundo que no comprendía su actitud curiosa.

—Hija, tenemos que hablar. —Su padre la sentó en una silla—. A partir de ahora vamos a elegir bien.

—¿Qué quieres decir?

—Te habrás dado cuenta de que algunas de las cosas que haces no están bien vistas por los demás.

—¡Pero...!

—A partir de ahora, cuestiones como diseccionar gatos, provocar incendios o cualquier ocurrencia tuya que intuyas que va más allá, creo que entiendes a qué me refiero, las harás fuera del horario escolar y con nosotros.

Bruna detectaba perfectamente aquellas situaciones que iban «más allá»; la falta de curiosidad de los demás la irritaba, y cuando esto ocurría, era una señal identificativa.

—¿Vais a diseccionar bichos conmigo?

—Lo que haga falta. —Sus padres querían orientar a su hija en sus experimentos, acompañarla hasta el límite más oscuro, y aclarar su luz. Si no encar-celaban su curiosidad, si no la prohibían, podría convertirse en algo natural y controlado.

—Vale, pero no pienso volver al colegio. —Tras la tutoría, se sentía rabiosa.

—No, Bruna. —Su madre fue contundente—. Tienes que ir al colegio y aprender la lección.

—¿Qué lección?

—En esta vida no solo hay curiosidad allí donde tú quieras mirar. La curiosidad debes encontrarla en cada ocasión que se te presente.

—No sé cómo podría hacerlo. En el colegio todo está... ¿Cómo lo diría? Todo está tan ordenado... ¡Me aburro!

—Por eso tenemos una propuesta para ti, un experimento.

Bruna abrió bien los ojos. A Bruna le gustaba ponerse a prueba y averiguar más sobre el mundo, por eso sus padres, para canalizar su curiosidad, le propusieron un reto, y su hija no podría evitar aceptarlo.

—Observa las relaciones que hay entre tus amigos. Intenta averiguar por qué la gente hace lo que hace. ¿Crees que eres capaz de resolver ese enigma?

Para ojos inexpertos, parecía una niña más jugando en el patio; pero sus juegos no tenían nada que ver con la inocencia, comenzaban sus pericias en la investigación de la conducta humana.

La curiosidad no mató al gato esta vez.

A pesar de que su mundo se dirigió hacia la luz, la esencia de su niñez, sus ganas de indagar en la oscuridad, se mantuvo latente entre las sombras.

En el caso de Bruna, su pensamiento intruso tiene un nombre: la Indiscreta.

Ada Cuevas

Estoy frente a un cadáver, cruzada de brazos, observando la muerte para pensar en la vida, en una solitaria sala de autopsias.

El cuerpo tendido sobre la mesa no es el de Iker; ese mal trago, que ni siquiera permitieron que acompañase con limón y sal, pasó. Ya pasó. Es el de una mujer más bien joven que podría ser yo misma. Pálida y rígida, se enfrenta a la muerte muerta. Lo digo porque aquí podrían entrar en juego frases como se enfrenta a la muerte «con gesto inmaculado», «con gesto inocente», «con cierta belleza», «con el recuerdo de su vida plasmado». Está muerta y nada más. No sé si han olvidado taparla con una sábana o es que ya no importa nada. Su cuerpo desnudo es esbelto y fibroso, preparado para correr, preparado para poner su corazón a mil por hora. Si no estuviese muerta, claro. Me acerco y poso mi temblorosa mano sobre ese corazón que podría haber participado en una maratón sin problemas.

—¿Qué hace usted aquí, señorita?

El forense me ha descubierto. Es un hombre encorvado, de unos sesenta años; su pelo, canoso y escaso, remata su imagen de científico loco con unas gafas de montura redondeada que bailan sobre sus ojos. Su aspecto es extraño, aunque «qué más da» va a ser mi frase favorita a partir de ahora. Qué más da todo.

—El olor de la sala no es el que esperaba —se me ocurre decir, como si no fuésemos dos extraños.

—¿Y qué esperaba? —Sigue sin cubrir el cuerpo de la mujer. Del cadáver.

—Me hubiese gustado que fuera más impresionante. Aquí solo huele a desinfectante.

—Veo que no pertenece usted a la mayoría.

—¿Qué quiere decir?

—La mayoría de la gente prefiere el olor del desinfectante al de la muerte.

—Es solo que buscaba un sentido..., un sentido a... —No sé expresarme.

—¿Un sentido a la muerte? —Habla como si me conociera. Puede que, por un motivo que desconozco, efectivamente no seamos dos extraños.

—Sí. Me gustaría que la muerte fuera digna.

—Creo que puedo comprenderlo.

Llevo ingresada dos meses en la planta de Psiquiatría del Hospital Universitario. Tras la noticia de la muerte de Iker, intenté suicidarme, dos

veces, incluso estando ya ingresada aquí. Lo intenté con un cuchillo de la bandeja de la comida del hospital que apenas tenía potencial para cortar el pescado. Y por ese error llevo dos meses sin pasar con éxito el test de riesgo suicida. Vamos, que me quiero morir y lo notan.

Siento la frialdad con la que digo estas palabras, pero es que me importan poco. Una mierda.

—La muerte debería tener un sentido, y el desinfectante se lo está quitando. Debería ser capaz de hacerte vomitar o de hacerte caer al suelo. Presa de una gravedad que Newton no contempló.

—¿Conoce a la fallecida?

Niego.

—Entonces acaba de sufrir la pérdida de un ser querido.

Joder, algún sentido tendrá observar un cadáver. Joder, algún sentido tendrá estar muerto. Cuanto menos sentido tenga la muerte para mí, menos sentido tendrá la muerte de Iker, lo cual me hace querer abandonar este mundo aún con más ganas.

Visto la bata del hospital, el uniforme de los enfermos, pero no quiero que el forense sepa que provengo de Psiquiatría, así que oculto mi muñeca. A los pacientes de Psiquiatría no les está permitido llevar pulsera de identificación porque consideran que podríamos lesionarnos con ella. Es una tontería; solo a mí, que quiero acabar con mi vida, se me ocurriría cómo poder usar una pulsera de plástico para ello.

También hablan del secreto profesional y esas sandeces, y que por ello no nos ponen la etiqueta; pero a pesar de no llevar pulsera, me siento etiquetada, precisamente por no llevarla. Cualquiera que no la vea, lo sabrá.

—Se ha fugado de Psiquiatría. —El forense, por ejemplo. No he conseguido ocultar la falta de etiqueta que me etiqueta—. Tiene que ser usted muy inteligente para haberlo logrado. Son muy cautelosos ahí arriba.

—¿No debería de estar el cadáver cubierto con una sábana? —La conversación está siendo fría de cojones. Y extraña. No entiendo esta complicidad ni por qué no ha llamado ya a seguridad. Vengo de Psiquiatría. ¿Acaso no me teme? Esa es la estupidez que cometen todos, cuando yo solo quiero hacerme daño a mí misma.

—¿Por decoro?

—Exacto.

—¿Le preocupa el decoro?

Una voz dentro de mí dice que no. Es una voz que me deja helada por un instante, pero que siento reconocerla como una vieja amiga.

—El cuerpo no está oculto porque iba a comenzar con la autopsia, no esperaba visita. ¿Quiere ver cómo lo hago?

—¿Va a diseccionarla?

Cada vez más raro todo.

Observo el rostro de la joven. Sigue estando, simplemente, muerta. Como Iker. ¿Quiero estar presente en una autopsia? Diré que sí. Tal vez la muerte tenga sentido por ahí adentro, en sus entrañas.

Antes de que la parte lúgubre que me posee ahora pueda saciar su apetito, alguien nos interrumpe. La sorpresa es tal que podría haber transmitido parte de mis palpitaciones al cadáver creando un segundo de vida, un espasmo. Incluso el forense ha reaccionado con un respingo.

—Te estábamos buscando, empezábamos a preocuparnos. —Vienen a por mí, es el celador de la planta de Psiquiatría.

No recuerdo su nombre, es un hombre alto y delgado, el pelo comienza a encanecerse en las raíces de sus patillas y muestra una mirada que dice poco, pero compensa ese silencio gestual con todo lo que habla. Aunque para mí, nadie dice nada. Tal vez esto tenga que ver con el estado de embotamiento emocional en el que me encuentro.

Me fastidia su interrupción, estaba segura de que algo tan brutal como una autopsia me sacaría con una cuerda y una polea del pozo en el que me encuentro. Avanzo hacia el celador con la estricta mirada del forense tras de mí, que ha ocultado el cuerpo de la joven bajo una manta. ¿Por qué no ha tenido la precaución de hacerlo conmigo? ¿Quería provocar una reacción en mí? Es lo que buscaba en la morgue, al fin y al cabo. Sigo sorprendiéndome de nuestra complicidad.

El celador me agarra del brazo. Sujetos el uno al otro, como dos abuelas, eternas amigas, que se susurran y se apoyan la una en la otra, nos dirigimos a la salida.

—Ada —interrumpe el forense—, no hay nada malo en esa curiosidad.

No recuerdo haberle dicho mi nombre. Y sin dar explicaciones se coloca su protector en el rostro y su delantal, para no mancharse de sangre, y no da opción a réplica. Tampoco la sorpresa me ha dado tiempo para concebir la pregunta: ¿cómo sabe mi nombre?

El celador pulsa el botón de llamada del ascensor. Es interesante que para poder llegar a Psiquiatría necesites un pase de admisión, una tarjeta de

código. Sin embargo, para ir a la morgue basta con pulsar. Creo que en la vida ocurre igual, con pulsar el botón equivocado estás muerto.

Cuando el ascensor abre sus puertas, me veo obligada a cerrar los ojos. No puedo controlar los recuerdos que mi mente trae para castigarme.

Era un día cualquiera, había tenido un día cualquiera en el trabajo y una tarde cualquiera. Me tumbé en el sofá con un suspiro. Ojalá hubiese sido un suspiro de cansancio, era de aburrimiento. Qué asco de aburrimiento. Qué asco de rutinas. Qué asco de hacer siempre lo mismo. Y más suspiros. Entonces, llamaron al timbre:

—Sube un paquete. —Reconocí la voz.

—¿Cómo que sube un paquete, Iker?

—Señora, reparto a domicilio.

Estaba jugando. ¡Justo en mi día de aburrimiento!

No sabía muy bien a qué atenerme, me asomé al rellano y esperé. Escuché el ascensor bajar y después subir otra vez. Como el ascensor estaba ocupado, el aburrimiento bajó por las escaleras hasta desaparecer. Cuando se abrieron las puertas, allí estaba: un minúsculo táper ocupando todo un ascensor. Una imagen muy divertida: me encontré de bruces con mi ensalada mixta favorita. Uy, sí. ¡Una ensalada! Ni un bocata grasiento de salchichas con cebolla pochada y mostaza, ni una hamburguesa con queso de cabra y beicon, ni una tortilla de patata recién hecha. ¡Mi ensalada! En el bar de enfrente, El Cortés, preparan una ensalada mixta que me vuelve loca. Es el aliño secreto, o el atún, o la textura de la lechuga. No sé muy bien qué es, pero es algo que nadie comprende. Iker lo comprende. Lo comprendía, quiero decir. Bueno, no lo quiero decir, pero Bruna me dejó bien claro que mi marido estaba muerto. Ah, no, mi marido no estaba muerto, mi marido está muerto.

Al recordarlo, vomito en la papelera, creo que mi cuerpo no encuentra la manera de expulsar los recuerdos felices y lo intenta todo. Se conoce que los recuerdos felices, a diferencia de un cadáver, sí son capaces de hacerme vomitar.

—¿Estás bien? —pregunta el celador. Llevamos tiempo «trabajando» juntos y al parecer ha creado un vínculo conmigo, lo veo consternado, parece realmente preocupado por mí. Yo no estoy para vínculos con nadie, tampoco para preocuparme ni por mí misma.

—Sí, tranquilo.

—¿Es por el cadáver? —Aún se puede ver la mesa de autopsias desde aquí.

—Es posible. —Mentira, pero no quiero que me haga preguntas.

—Te has fugado, esto te costará otro mes de internamiento.

—Qué más da. —Y qué más da todo.

—¿Cómo has conseguido escapar?

Ahora sí que me sonrío, no con alegría, con picardía. Por haber dejado como tontos a toda una planta psiquiátrica con una fuga casi perfecta. Últimamente las emociones que más me atraen no entran en la gama heroica.

Pero prefiero el dolor, la rabia, a la picardía. Prefiero el lado oscuro de los sentimientos al recuerdo de la felicidad.

¿Qué es lo que había dicho el forense? «No hay nada malo en esa curiosidad».

El celador coloca la tarjeta de código en la puerta de la planta de Psiquiatría y me arrastra del brazo como un pelele hasta el interior. De camino pasamos por el botiquín, o la atalaya de vigilancia, como yo lo llamo, acristalada. Me deja en el salón común y se dirige hacia la zona de despachos para informar de lo ocurrido a nuestra psiquiatra, la doctora Azcárate, Paloma para los amigos. Suspiro con hastío mientras me desplomo en el sillón mullido. Qué aburrimiento de vida con lo interesante que sería la muerte. Manoseo el reposabrazos a la espera de la sentencia que dicte Paloma para mí. No creo que estos sillones estén tan mullidos por el bien común de las posaderas de los pacientes psiquiátricos, se han tomado la molestia por si alguno decide utilizarlos como arma de algún modo. Al menos es lo que me pasa a mí, que veo cualquier objeto como una posibilidad para lesionarme hasta morir.

—¿Te han pillado? —dice Tara. Asiento con un resoplido. Qué más da todo.

Tara mantiene cierta calma, como si se hubiese acostumbrado a estar aquí. A veces pienso que realmente siente que este es su hogar y otras que se ha rendido a sabiendas de que no hay opción.

—Al menos los has burlado —dice, dejando de prestar atención a la televisión por un segundo.

—Sí, solo por eso ha merecido la pena. —Me regocijo.

—Eres una mujer inteligente, Ada.

No contesto. ¿Y qué más da lo que sea? Si no quiero ser nada.

El celador sale del despacho y se dirige a nosotras. No veo que Paloma le acompañe.

—Le he dicho que no te has resistido a venir.

—Muy bien, gracias. —Por el tono que estoy usando, tranquilamente podría haber dicho «el solomillo poco hecho, por favor». ¿Qué más da que el celador quiera echarme un capote? Qué más da todo.

—¿No quieres saber qué ha contestado Paloma?

—¿Qué ha contestado? —Eco.

—Ha dicho que, si hemos sido tan imbéciles como para dejarte escapar, que no te mereces un castigo, que te mereces un premio.

Tara ríe con ganas y el celador reacciona con un gesto contenido también, quiere mofarse de la negligencia de sus compañeros, incluida la suya propia.

—No es nada fácil lo que has hecho. Aquí son concienzudos, has competido contra grandes profesionales.

—Más grande es ella. —Sonríe Tara junto con el celador. Yo no puedo acompañarlos en la risa. Soy un despojo. Por el momento me agarro al regocijo que he sentido al burlar a todo este conjunto dictatorial.

En la puerta del salón, aparece la compacta silueta de Ander, compañero de internamiento; espera a que el celador se aleje para coger asiento con nosotras. Tara ensombrece, el chico le tapa el poco sol que queda en esta cárcel, porque no utiliza su sonrisa como debiera, es decir, la usa para burlarse de los demás, y especialmente para burlarse de Tara. Estoy segura de que no sabe qué hacer con su tiempo y ha buscado refugio en esta planta psiquiátrica. Debería sentir cierta empatía, yo tampoco sé qué hacer con mi tiempo.

Ander se coloca en cuclillas sobre el sillón. Como un simio sin espacio. Preparado para usar su lengua viperina.

—Dime, esta mañana, cuando has lanzado la moneda, ¿qué ha salido? ¿Cara o cruz? —Habla de los bruscos cambios de humor de Tara.

—Déjalo ya. ¿Me meto yo en tus asuntos? ¿Crees que es plato de gusto verte cuando te atan a la cama? ¿Crees que me gusta verte cuando te estiras las mangas de la camisa tapando los cortes de las muñecas? No entiendo por qué disfrutas hurgando en mi sufrimiento, una y otra vez, una y otra vez, cuando yo sufro cada vez que te veo perder el control. ¡Sufrimos! ¡Sufres tú y sufro yo!

Su discurso hace silenciar el tono burlón de Ander, ha cerrado esa boca suya para mirarla con ojos extraños. No sé si sigue burlándose con ellos también o este juego ha dejado de hacerle gracia.

Soy mera observadora de todo lo que ocurre con los internos de esta planta,

porque poco me importa. Porque no hay nada que me produzca suficiente curiosidad como para detener mi pensamiento en algo que no sea querer acabar con mi vida.

Tengo otro plan para suicidarme. Los dos anteriores fallaron, esta vez no seré tan imbécil. Para llevarlo a cabo, primero debo salir de esta mierda de hospital y de esta mierda de planta psiquiátrica. Y es que, irónicamente, son otros los que deben decidir si quiero seguir con mi vida. Cuánto me arrepiento de haberme dejado robar el tiempo por el frenesí de mi vida pasada. Un maldito anuncio en televisión que me hizo retirar la atención de Iker un segundo, por ejemplo. Lo que daría ahora por ese segundo. ¡Y ahora que quiero renunciar completamente a todo mi tiempo de vida, es cuando me lo niegan!

Si esto fuera una historia de ficción, mi marido habría sido víctima de asesinato. Se pondría en curso una investigación policial y la necesidad de encontrar al asesino me impulsaría a vivir. «La venganza es lo único que le queda», dirían en el *spoiler* de la película mostrando la mirada fiera de la protagonista. Y la duda eterna del espectador: «¿Acabará matándolo con sus propias manos o lo entregará a la justicia?». Joder, ni un atisbo del misterio de un asesinato que me obsesione y me empuje a vivir. Cero clichés. La muerte de Iker fue un puñetero y absurdo accidente con un bordillo, a doscientos kilómetros de nuestra casa, a punto de coger el coche para volver conmigo. ¿Cómo fue el accidente? Estúpido. Corría cruzando un semáforo en rojo, apoyó mal el pie al llegar a la acera, resbaló y se golpeó el cráneo contra una valla protectora. Sí que hizo bien su labor protectora, la muy gilipollas.

Ojalá lo hubiese visto el mismo día que iba a morir porque ahora me queda una odiosa suma matemática: días sin verlo = días sin verlo mientras estaba vivo + días sin verlo mientras está muerto. Se me desgarran las lágrimas. Lo explico, sale una lágrima de mi ojo, que va a desbordar, y mientras recorre mi mejilla se desgarran en más tiras de lágrimas hasta tapar mi rostro como las vendas de una momia. Tampoco es que me importase morir asfixiada.

Hoy me enfrento de nuevo al test de riesgo suicida, por eso mi familia y Maite, mi mejor amiga, están de visita. Su Amor es lo único malo de haber decidido matarme, me siento culpable. Y utilizo el término «amor» con mayúsculas porque es un ente con identidad propia que me acosa continuamente. Mira, ahí está el amor de Maite, dando graciosos saltitos a mi

alrededor, no parará hasta que me alcance, porque me quiere muchísimo y, cuando me saluda, se vuelve loco de contento. Se acurruca en mí, pero no se quedará para siempre. He dicho que me agarro a la rabia, al regocijo de esa siniestra curiosidad. El amor solo me hace daño.

Quiero que mi familia comprenda que, cuando acabe con mi vida —un acto sobre el que no tienen nada que decidir—, entendiéndome, harán el supremo acto de amor y comprensión, y dejarán de manipular mi tiempo. Eso solo a mí me corresponde. No es que no los quiera, pero no pienso en ellos cuando no están, no pueden acompañar mi dolor cuando no están, y no pueden pasar el resto de sus vidas a mi lado.

El amor ya no me espera en ninguna parte, viene y se va, nunca se queda conmigo. Iker, experto en mis suspiros, era el único capaz de hacerlo.

Espero pasar el test y salir de aquí. Si quiero ganar esta partida de ajedrez, solo dispongo de un movimiento para lograr que Paloma crea que no quiero acabar con mi vida, y ese movimiento es una representación perfecta.

No será fácil; en su momento, en un ataque de rabia, le describí muy claramente cuáles eran mis intenciones. De alguna manera —de alguna estúpida manera— quería, desesperadamente, que ella me entendiera. Que actuara como persona y no como psiquiatra, que empatizara con mi causa y me dejara morir. Con este dolor no puedo vivir. Joder, ¡es tan fácil de entenderlo!

—Hora de desayunar y, después, hora de asamblea —dice la auxiliar de enfermería.

Apenas puede entrar más allá de la puerta: entre la visita de mi familia y el espacio que ocupa su molesto amor, la habitación está abarrotada. Se queda estupefacta.

—Tan solo se admiten dos personas por visita y... ni siquiera es hora de visita —añade mirando a mis padres y a mi hermano.

Aquí es todo tan frío. Cosa que en estos momentos me viene bien, prefiero lidiar contra personas que no se ven obligadas a mostrar su amor y no me hacen sentir culpable. He dicho: rabia, regocijo y siniestra curiosidad.

—Disculpe, pero hoy es un día especial —dice mi madre. Con educación, pero con una contundencia que apabulla a la auxiliar.

Ahí está su amor. En realidad, lleva toda la vida entre madre e hija, como si el cordón umbilical jamás se hubiese cortado. Es una masa moldeable y flexible que te envuelve como un guante de látex de quirófano. Difícilmente puede romperse. Pero ahora lo hace, su fuerza no es suficiente como para que

yo quiera seguir viviendo. Conforme mi madre se aleja, el guante de látex de su amor se va estirando hasta romperse dejándome un latigazo de dolor como recuerdo. Me siento muy culpable cada vez que la veo: ella me dio la vida que ahora yo quiero quitarme. Voy a repetírmelo: rabia, regocijo y siniestra curiosidad.

—¿Qué ocurre hoy?

—Exageran —añado—. Hoy paso el test de riesgo suicida. Otra vez.

—Ah. —La auxiliar está acostumbrada a palabras como riesgo y suicida—. No es habitual que la familia venga.

—Mi familia no es habitual —digo con cariño y admiración. Qué ruin soy, que-rer morir.

—¿Cuándo haces el test?

—A las doce.

—Entonces, te vienes a desayunar y, después, a la sala de terapia. Ustedes pueden esperar en la cafetería si lo desean. —Me levanto resignada. Joder, aquí te quitan la libertad de decisión para todo. ¿Quiero ir a la asamblea? No. ¿Quiero vivir? No.

El comedor de la planta de Psiquiatría es algo digno de ver. A mi alrededor, hay gente que está aquí, y gente que está allí. Gente que parece que masca chicle, cuando en realidad conversa. Consigo misma o no.

—No puedo soportar esto —dice el doctor Benítez. Puede que la denominación de doctor despierte otras expectativas, pero no, es un paciente más, nadie es inmune a esto de la salud mental. Mi compañero se levanta y se aleja para volver, y así sucesivamente.

Es un hombre que siempre va cabizbajo, el runrún de sus pensamientos pesa tanto que le hace caminar de esa manera, lo va encorvando. Sus gotas de sudor caen al vacío interponiéndose en sus pasos, en su deambular continuo. Alguna vez se ha dirigido a mí, parece que sus palabras no tengan sentido, entrelaza conceptos de física, política, filosofía e historia hasta hacerte perder el hilo. ¿Mi opinión?, hace que todos lleguemos al límite de nuestra inteligencia. Es decir, pone tan a prueba nuestro intelecto que llega un momento en el que desconectamos y decidimos volvernos tontos. El doctor Benítez vuelve a sentarse en su silla. Aunque su angustia hace augurar que volverá a levantarse. Es una angustia ceremonial.

—¿Te encuentras bien? —pregunta una enfermera.

—Lo siento, es solo que no puedo... He sido incapaz de resolver el logaritmo del teorema de hoy y no puedo seguir adelante hasta hacerlo.

Tengo que hacerlo bien. Tengo que hacerlo bien... —Levanta su mirada, tenaz pero respetuosa.

—Si no te encuentras bien, podemos dar un paseo —dice la enfermera. Parece que se haya teletransportado. Joder, sí que nos vigilan bien desde la atalaya.

—Debería volver a mi despacho —se refiere a su habitación— y seguir con el teorema. ¿Podéis darme otro lápiz? Tal vez la densidad del grafito del lápiz haya in-fluido en mi fracaso. —Y ahí está la causa por la que los demás lo encuadran en la locura y desechan el resto de sus mensajes.

Podemos entender que creer que la mina de un lápiz pueda influir en la resolución de un logaritmo es una locura, y eso nos da permiso para invalidar el resto de sus mensajes. Debería quedar claro: es más inteligente que nosotros. A pesar de su hipótesis del grafito del lápiz.

—Podría permitir dejar descansar a su inteligencia un poco antes de ponerla en marcha, doctor —digo.

El doctor Benítez me observa con una minúscula sonrisa y acepta el paseo con la enfermera. Como taquígrafa, siento una responsabilidad, debería copiar literalmente lo que dice para que sus ideas nunca abandonen este mundo. Ofrece conocimiento a cambio de que los demás decidamos volvernos idiotas. Y eso me da rabia. La rabia me hace sentir. Los recuerdos felices... me matan.

Pero ya no seré taquígrafa nunca más.

La terapeuta ocupacional espera sentada en una silla, con su bata y su sonrisa. Alrededor están mis compañeros de encierro, aunque aún no han llegado todos.

—Esperamos cinco minutos más y empezamos —dice saludándome con un asentimiento de bienvenida. La terapeuta es una joven morena, que se coloca el pelo detrás de la oreja cada pocos minutos y que tiene una mirada amplia y serena.

Me siento en una de las sillas mientras recuerdo una época en la que ni siquiera me quedaban fuerzas para vestirme o ducharme, y una auxiliar de enfermería debía ayudarme hasta para tirar de la cadena del inodoro, y ahora incluso participo en las terapias. Toda una pantomima para poder escapar de aquí y seguir con mi plan de suicidio. Parece que mis ganas de vivir lo suficiente como para encontrar la manera de morir me empujan a mejorar. Al menos es algo que pensará alguien que me vea desde fuera.

La terapeuta ocupacional, Blanca, tiene un plan de actividades

meticulosamente elaborado, con un horario casi militar, pero intuyo por sus comentarios que ni siquiera ella está de acuerdo con el ritmo que nos imponen. Puede que sean órdenes de arriba, o de otro motivo. Puede que ella tampoco tenga opción de elegir en esta maldita planta psiquiátrica.

Los lunes, miércoles y viernes participamos en una actividad que llaman «taller». Cualquiera que lo vea pensará, básicamente: hacéis manualidades. Yo también lo pensé, pero un día ocurrió algo en la sesión:

—No te gusta el cuadro —acertó Blanca. Tampoco era una conclusión difícil, estaba cruzada de brazos ante un estúpido dibujo de un paisaje marítimo hecho con témperas. No quiero irme a las Bahamas, quiero irme a la mierda. Aunque voy a decir a su favor que no me puso un estúpido dibujo infantil para colorear. No perdí mi adultez cuando ingresé aquí, y eso debería quedar claro.

—¿Qué sentido tiene pintar? Es de niños —escupí. Rabia, regocijo, siniestra curiosidad y escupitajo.

—Los niños son muy sabios. —Esboqué una mueca escéptica, a ver qué cuento tenía para contarme—. Ellos sonrían mientras pintan y son expertos a la hora de elegir cómo encontrar esas sonrisas. A los adultos se nos olvida a veces que el disfrute puede ser el único propósito de una actividad. No me juzgues por intentar imitar la genialidad de los niños, aunque falle. —Esbozó una mueca simpática, como en una reflexión nostálgica—. Dime, ¿qué es lo que más odias de aquí?

—No poder tomar decisiones.

—Elige.

Abrió las puertas de un armario. Uno que la obligan a tener cerrado con llave, pero ella no lo cumple. Confía más en nosotros que en las normas.

—¿Qué es esto? —Toqueteé una masa moldeable. Me recordó al amor elástico de mi madre.

—Pasta Das. Es para hacer figuras, parecido a la arcilla. —Vaya chorrada, pensé. Lo dejé en su sitio, era la primera vez en todo mi ingreso que no me regañaban por no querer obedecer.

—¿Y esto? —Señalé un plástico circular.

—Sirve para hacer bufandas, gorros...

Recordé la culpa que siento al haber decidido morir mientras mi familia vive. Recordé que ellos me arropan con su amor. El gorro y la bufanda tienen el potencial de ser objetos perennes, así que cuando yo no esté voy a arropar a mi madre y a mi padre.

—Creo que le haré una bufanda a mi madre y un gorro a mi padre.

—Lo que quieras.

Primera vez que lo escuchaba.

Me senté cerca de Tara, entonces no la conocía demasiado. Vi que ella también hacía un gorro. Le temblaban las manos, no sé si por la medicación, llegué a pensar que pasaba por un proceso de abstinencia. ¿Por qué elegiría Tara una tarea manual si apenas podía sujetar la lana? Observé con más atención a mi alrededor. Una chica muy bonita dibujaba rayajos con un rotulador permanente sobre un cuadro casi tan hermoso como ella. Estaba destrozando una obra de arte. Pensé que era rabia, hasta que Tara me susurró sus primeras palabras:

—Ella misma hizo el cuadro. Pinta muy bien.

—¿Y por qué lo destroza ahora?

—Se lo dijo Blanca.

—¿Ella le dijo que se cargase el cuadro? —En mi rostro podría leerse la petición de que, por favor, siguiera hablando. Yo pensaba que la terapeuta nos comprendía.

—La chica del cuadro se ha pasado la vida buscando desesperadamente la aprobación de los demás.

A mí me ocurre justo lo contrario, no necesito que nadie me apruebe. De hecho, cuanto más me desapruében, más sencillo me será matarme. Ahora mismo, me gustaría que nadie me quisiera, así no dejaría dolor al marchar.

—¿Por eso está ingresada?

—La necesidad de ser aceptada la llevó a buscar la perfección absoluta. Dejó de dormir para poder estudiar más y sacar mejores notas y... Bueno, puedes verla, dejó de comer para estar más delgada.

Cierto, su rostro era hermoso, pero su cuerpo estaba caquético. Anorexia.

—¿Y cómo se consigue cambiar eso con unas simples manualidades? — Tara me observó con una sabiduría que yo aún no poseía.

—Cuando terminó el cuadro que tanto tiempo y esfuerzo le había costado, preguntó a Blanca si le gustaba, buscaba su aprobación. Ella le contestó: «¿Qué más da lo que yo opine sobre el cuadro? No necesitas la aprobación de ninguna otra persona que no seas tú. ¿Te atreverías a destrozarlo para que nadie más lo vea? Únicamente quedará en tu recuerdo».

—¿Cómo sabes todo esto? —A mí Tara jamás me había preguntado por mi dolencia.

—La pobre tiene la necesidad imperiosa de justificar todo lo que hace.

Creyó que tenía que darme una explicación por estar pintarrajeando su cuadro con un rotulador.

Entonces lo entendí, lo de las tareas del taller: por mucho que compartiéramos las mismas, tenían un significado distinto para cada uno. El mío, tomar decisiones. El suyo, controlar el temblor. Y el de aquella chica, acabar con su necesidad de ser aprobada por los demás. Dejé de reírme de las manualidades. Seguí participando en el taller y terminé la bufanda y el gorro.

—¿En qué trabajas, Ada? —preguntó Blanca.

—Soy taquígrafa.

—Entonces, copias literalmente lo que la gente dice, ¿no?

—Así es. —De repente comenzó a revolverse algo dentro de mí. Había una pregunta escondida en esa respuesta. La misma que en la rabia, el regocijo, la siniestra curiosidad y el escupitajo. Un sentimiento conocido, una vieja conocida a la que agarrarme.

—Puede que tengas mucho que decir, y que no deberías dedicarte a copiar, sin más, las palabras del resto.

Desde ese día, escribo. Cosas mías y para mí. Cosas ocultas. Ahora que lo pienso, daba la sensación de que Blanca me conociera tanto como ese extraño médico forense. Aún me pregunto cómo es que sabía mi nombre. Puede que hubiesen estado murmurando sobre mí. Tengo que escapar de aquí. Me estoy volviendo loca de verdad.

Desde mis dos torpes intentos de cortarme las venas con cuchillos de trampantojo hasta hoy, he participado en las terapias individuales y en las grupales y he tomado la medicación rigurosamente. ¿Cómo he aguantado toda esta pantomima? Con la estrategia que me ofreció Blanca, desahogándome cuando estaba sola: escribía. A mí antes me pagaban por la literalidad y no por la creatividad, pero ahora el bolígrafo fluye y se atropella entre mis dedos. Cuando veo el bolígrafo, no puedo evitar sonreírme, porque sé que hubo toda una valoración para permitirme su uso. Solo cuando decidieron —y me imagino una sala entera de profesionales debatiendo sobre ello— que no podía ser un instrumento de autolesión, me dieron permiso para tener uno.

Escribo cartas en las que explico la inutilidad de seguir viviendo, sobre las cosas que más rabia me dan de esta vida y sobre el horrible futuro que me espera sin Iker. Después las guardo bajo la almohada, me ayudan a dormir y,

a la mañana siguiente, la Vieja Conocida me obliga a hacer trizas esos deprimentes pensamientos y los tiro debajo de la cama. No tengo intención de que nadie lea lo que escribo, qué importan mis ideas si las quiero abandonar. Cuando a mi cerebro le deje de llegar oxígeno.

Tan solo queda media hora para realizar el test de riesgo suicida.

Me observo frente al espejo. Siempre he sido una mujer delgada, pero ahora soy directamente el resultado de la insulsa comida del hospital. Tan artificial que no puedo comparar este cuerpo con el de la antigua Ada. Incluso mi cabello, antes negro, fuerte y ondulado, está intoxicado por el jabón que aquí nos dan a todos. No hay individualidades de trato, no hay excepciones que puedan alterar las estrictas reglas, y el champú no es menos. Es extraño, con lo variopinta que es la enfermedad mental, en una planta psiquiátrica preparada únicamente para su trato, no hay ningún tipo de concesión a las singularidades. Así que mi pelo se ve lacio, muerto, no es mi pelo... vuelven a quitarme mi identidad. Nada de lo que me devuelve el espejo me pertenece. Los labios cuarteados por la medicación, los ojos deshumanizados por las lágrimas... Quién soy y quién era antes... Mi memoria lucha por resolver estas dudas.

El celador entra por la puerta, siempre me sonrío exageradamente. Aunque ahora, cualquiera que me sonrío lo hará exageradamente. A la Vieja Conocida no le gusta mucho la simpatía. Puede que su existencia no fuera compatible con la felicidad que sentía al lado de Iker, por eso hacía tanto, tanto tiempo que no la veía.

—Ada, tienes una carta.

Pero ¿quién cojones me manda una carta? Existen dos opciones para mis conocidos: venir a verme o hacer como si nada hubiese pasado y disimular. Todo el mundo disimula ante la enfermedad mental.

Querida Ada:

Hemos leído lo que, cada noche, escribías antes de acostarte. Debes saber que hay muchas maneras de morir, morir en vida. Conoces tu luz, pero nunca has explorado tu oscuridad.



¿Quién se ha tomado el trabajo de leer los minúsculos trozos de papel que lanzaba bajo la cama? ¿Y quién firma esta inverosímil aseveración? El cuño

de un sello con la figura de un árbol, diría que un ciprés.

La Vieja Conocida está de acuerdo con el mensaje y, como en un *flashback*, tan claro como en una película, me trae recuerdos de la infancia y la adolescencia que confirman que, antes de encontrar a Iker, mi mundo y mis intereses eran distintos. Pero mi marido me hizo centrarme en la alegría y me inundó de ella. No fue algo impuesto, simplemente me atrajo su mundo. Me lo vendió bien. Era feliz. Pero ahora lo único que me queda es la abstinencia y quiero morir.

—¿Ha sentido alguna vez que la vida no valía la pena?

«Sí. Ahora mismo».

—Tras la muerte de Iker.

—¿Alguna vez desea dormir y no despertar?

«Sí».

—No. Pero me gustaría acallar mis pensamientos para poder seguir adelante.

Medias verdades.

—¿Las cosas han alcanzado un punto en el que ha llegado a pensar en hacerse daño?

«Hacerme daño no, acabar con todo».

—Nunca añadiría sufrimiento al que ya tengo.

—¿Qué cosas harían probable que usted volviese a intentar acabar con su vida?

—Nada. Ya no tengo nada que perder.

Verdad.

—¿Cómo ve su futuro?

Vaya..., el futuro...

Cierto es que ahora hay algo que me hace cosquillas en la tripa, algo que me inquieta y me gustaría averiguar antes de morir y que tal vez me haga posponer mi suicidio. La extraña carta. ¿Quién la mandó? ¿Quién ha podido leer mis notas? ¿Es esa curiosidad suficiente como para reevaluar mi plan de vida? Bueno, mi plan de no vida.

Pero no puedo decirle a la psiquiatra que he recibido una carta misteriosa.

—Me gustaría volver a mi trabajo, ser taquígrafa en un juzgado me apasiona.

—¿Qué se imagina que pasaría si realmente se matase?

En esta no tengo que mentir.

—Mis seres queridos sufrirían, no puedo hacerles pasar por eso. O puede que me aguarde una sorpresa en la vida.

«Buena respuesta, Ada. Admitir planes de futuro es lo contrario a querer acabar con tu vida».

Y no miento, el ciprés ha lanzado el sedal con el cebo perfecto para mí.

He pasado el test.

Una semana más de internamiento y, por fin, hoy mis padres han venido a por mí. Me mudo a su casa, la casa de mi niñez. Será una tortura, un continuo recordatorio de que vuelvo a empezar. Pero no tengo opción y mi familia se ha juntado en un escuadrón de salvamento para ayudarme a recoger mis cosas y hacer la mu-danza.

Ha sido un camino silencioso hasta este rincón en apariencia lejano del paseo marítimo de San Sebastián, donde se encuentra nuestro piso, en el barrio de Egia; cuando digo «nuestro» me refiero al de Iker y mío. Me gustaba nuestro piso, cuando digo «nuestro» me refiero al de Iker y... Frente a nuestra modesta terraza, cuando digo «nuestra» me refiero a... Joder, la agente Badía fue contundente en su mensaje. Ahora soy una sola persona. En mi piso y frente a mi modesta terraza, se encuentra la plaza Iruresoro, que también parece modesta, como todo el barrio, pero que en realidad esconde refrescantes pasillos ajardinados. Existe un detalle que solo los vecinos, expertos en el barrio, son capaces de detectar, ese olor a salitre del mar que impregna las paredes de los edificios avisando de que, a pesar de la sensación de lejanía, en pocos minutos podrías llegar hasta la playa.

—¿Puedes quedarte sola un momento? —pregunta mi padre.

—Eso dicen los médicos —procuro utilizar un tono divertido. Pero no le he engañado. Mi padre se detiene a escrutarme, especialmente se centra en mi mirada, que sigue teñida de un color rojizo. Emite un chasquido de preocupación, delatando así el dolor que le estoy causando. Mi madre hace como que recorta con tijeras una sonrisa en su rostro y promete un «ahora nos vemos». Si mi padre chasquea, mi madre se agarra a una frase para asegurarse de que me volverá a ver.

Qué cosa más penosa, han dejado el coche en marcha para que la radio me haga compañía, estoy segura. Soy como un perro al que dejan en casa con la radio puesta para hacerle creer que no está solo. En eso me he convertido.

Me sobresalto ante el brusco sonido que hace la puerta del conductor al abrirse. Un desconocido acaba de entrar en el coche, coloca una pegatina negra en el retrovisor central para impedir que pueda identificar su rostro y empieza a conducir. ¡Me están secuestrando! Y me da igual. Es decir, cuando uno quiere morir, al menos es libre del miedo.

—Oiga, ¿qué demonios...? —Intento asomarme al asiento del conductor, pero el hombre me empuja hacia atrás con un golpe seco contra el que nada tengo o tendré que hacer.

—Calla y escucha.

—¿Quiere decirme por qué me está secuestrando? —Me cruzo de brazos.

—Calla y escucha. —Silencio. Dejo pasar unos segundos.

—¿Qué se supone que debo escuchar? —Hasta me estoy divirtiendo, de una manera poco involucrada. Si mi secuestrador supiera lo poco que me importa todo. Una mierda me importa.

—Calla y escucha.

El hombre da un volantazo, gira para dar la vuelta a la manzana. Desde aquí, puedo intuir unas gafas de sol y una tupida barba, es falsa.

Iker se dejó barba una vez, yo la odiaba. Detestaba cómo los trocitos de comida se le quedaban atrapados o cómo cada uno de sus deshilachados pelos se erizaba sin orden alguno y sin respetar siquiera la gravedad. Pero disfrutaba cuando, por las mañanas, miraba su reflejo en el espejo y se sonreía tocándose la barba y echándose una crema suavizante que no suavizaba nada. «Pero qué guapo soy, Dios mío», decía. No era altivo ni modesto. Su autoestima era tan sana que contagiaba. Antes, este recuerdo me hacía sonreír; pero ahora la risa está en el lado doloroso de mi músculo cardiaco, allí donde tengo la elongación del tendón, y estoy empezando a odiarla. La risa no trae más que recuerdos, espero que no contagie a la rabia, al regocijo, a lo siniestro y al escupitajo. Sentimientos más propios de la Vieja Conocida, la mujer que soy sin mi marido. ¿Pero es quien quiero ser? ¿Debo fiarme de ella?

Observo la goma que sujeta la barba del conductor.

—Señor secuestrador, sabe que su barba de pega no engaña a nadie, ¿verdad? —Puedo intuir también una sonrisa en su boca.

—Calla y escucha.

Ya me he cansado, paso del escepticismo a una furia incontrolable. Rabia, regocijo, siniestra curiosidad, escupitajo y furia. Justo en el momento en el que intento, sin éxito, quitarme el cinturón, el hombre frena en seco. Tan brusco que mis pulmones dejan de ejercer, se detiene el aire. Observo que ha aparcado en el mismo sitio donde comenzó mi secuestro.

—¿Qué quiere de mí? —pregunto.

—Calla y escucha.

—¿Por qué a mí?

—Exacto.

—¿Exacto qué?

—Esa es la pregunta.

—¿Y la respuesta a la pregunta es...?

—Ada, calla tus pensamientos y escúchate.

—Son dos cosas incompatibles, señor secuestrador.

—Escúchate, porque esos no son tus pensamientos. Volveremos a contactar contigo.

Se va dando un portazo y me deja a solas con la Vieja Conocida, que no parece disgustada. ¿Es cómplice de mi secuestro?

Si los pensamientos que ahora tengo no son míos y existe otro lugar en el que alojarme, me gustaría conocerlo. Porque la otra opción sin pensamientos es la morgue. La Vieja Conocida asiente. Por eso no estaba disgustada, quiere ser mi compañera de piso. Sustituir a Iker.

Veo detenerse el coche de mi hermano. Y lo que acontece a continuación es como una película muda en blanco y negro, con su gramola de fondo, la pantalla distorsionada y la velocidad de las acciones acelerada. Todos vienen y van, me hablan, pero no escucho.

El primero en aparecer es mi hermano, trae un par de cajas para cargar. Me dice algo, no sé muy bien el qué. Y yo contestó algo. Tampoco sé el qué.

Mi tío Javier iba en el coche con mi hermano. Joder, ha venido desde Sevilla, más de nueve horas de camino, y a mí me no me conmueve en absoluto. Carga con otra caja vacía que rellenará con vete a saber tú qué barrera emocional a superar, me saluda. Es bombero, por vocación, dispuesto a apagar fuegos, y mi situación es la de un incendio diagnosticado como controlado, pero que no lo está. Por eso mi tío Javier es un peligro, estará alerta para ver si queda alguna chispa de mi intención suicida que pueda reavivar el fuego. Al fin y al cabo, es experto.

Se despiden de mí y se dirigen hacia el piso, acompañados de esos extraños

y ortopédicos movimientos de cine mudo. Yo no quiero subir al hogar en el que acumulé recuerdos con Iker, recuerdos pasados y recuerdos futuros. Recuerdo el futuro que ya no tendré al lado de Iker con más viveza incluso que el pasado. Por eso toda la familia se ha juntado para recoger mi intimidad. Ahora, mi intimidad me da igual.

Les he pedido que no toquen las cosas de Iker, no estoy preparada para deshacerme de ellas. Si abandono este mundo, será en un lugar en el que quede parte de él. Puede que, en este mismo, estoy segura de que su aroma se sigue despertando cada mañana para vestirse, sigue usando su colonia e incluso se sienta en el estúpido sofá blanco a ver nuestras series favoritas.

Recuerdo la pegatina del retrovisor, mi secuestrador se ha olvidado de quitarla, y la despego de un tirón. Antes de meterla en el bolsillo, consigo ver en ella el mismo dibujo que firmaba la nota del hospital, el mismo ciprés.



No quiero compartir el ciprés ni la Vieja Conocida con nadie, algo me dice que mi familia no aprobaría ninguna de las dos cosas. Vamos, que, si les cuento que me han secuestrado, me internan otra vez; y si presento a la Vieja Conocida en una cena familiar formal, no será aceptada. Aún tengo que aceptarla yo. Sí, la identifico como mía, con complicidad, como las viejas amigas que éramos; pero las cosas pueden cambiar mucho con el tiempo. No sé, ahora que ha salido a la luz, qué clase de persona es. Soy.

En un momento dado, ni sé cuánto tiempo ha pasado, mi madre vuelve al coche. Mis oídos deciden ponerse en forma justo cuando dice:

—Hemos pensado que te vendrá bien pasar unos días en Sevilla con tu tío. Desconectar de todo esto.

—Alejarme.

—¿Qué te parece?

Me voy a Sevilla con mi tío Javier. Huiré para encontrarme a mí misma...; o, mejor dicho, para perderme y encontrar otra persona. Otra identidad. Estoy segura de que daré fuerza a la Vieja Conocida, sea quien sea.

—De acuerdo.

Le estoy muy agradecida a mi tío por acogerme. Siempre he sido bienvenida en Sevilla, pero no es lo mismo acoger a una sobrina feliz que a una sobrina con problemas de salud mental que ha intentado acabar con su

vida.

Veo a mi madre elucubrar, no sabe cómo hacerme la pregunta que aguarda en sus cuerdas vocales. Finalmente:

—Pero ¿vas a ir sola? —Eso es que no.

Sevilla tiene otra luz, otro aroma, otro sonido, otro sabor, otro tacto. Pero yo sigo sin respirar, sin escuchar, sin degustar y sin acariciar nada que tenga sentido. Mi tío se ha ido a trabajar, pero antes ha visitado la pequeña pastelería que hay debajo de su casa y me ha dejado bollería recién hecha para desayunar. El amor de mi tío Javier es curioso, parece que le diera vergüenza aparecer; sin embargo, se asoma por la grieta de la puerta con descaro para interesarse por mí. Los amores que me tocan me duelen. No quiero llevármelos conmigo cada noche al acostarme. No quiero que formen parte de mi nueva identidad. Maite duerme en el sofá.

Vale, mi familia finge que todo va bien, pero me han puesto de guardaespaldas a Maite y mis padres están «aprovechando; ya que vas, nos cogemos unas “vacaciones” en un hotel cercano». No es que me moleste mi guardaespaldas. Parece una niña pequeña de pestañas infinitas, es curioso con qué tranquilidad sube y baja su respiración. En general, es curiosa la respiración, si estoy muerta por dentro, para qué. Pero mientras yo decido si quiero vivir o no, mi cuerpo sigue respirando sin que tenga que decidirlo.

Preparo un Cola Cao para Maite, le gustan los grumos, así que no se lo remuevo demasiado. Vuelvo a pensar que a veces parece tan dulce como una niña; pero nada más lejos de la verdad, puedo asegurar que solo ocurre cuando no sabe que la ven dormir o cuando se toma su Cola Cao. Escucho el gruñido que hace siempre al despertar, se estira y emite el sonido que haría un cachorrillo de león. ¡Mierda! No quiero sentir ternura. Ni ternura, ni dulzura, ni agradecimiento. Rabia, regocijo, siniestra curiosidad, escupitajo y furia. Me lo repito continuamente, la Vieja Conocida se coloca frente a una pizarra para hacerme memorizar, como buena profesora que es; pero sigo pensando con la misma estructura mental que la antigua Ada, por mucho que ella y el ciprés me adviertan: «Escúchate, porque esos no son tus pensamientos», dijeron en mi secuestro. Sigo, sorprendentemente, sin alarmarme por toda esta locura del ciprés. Tal vez por el tiempo de vida que me ha regalado y porque la Vieja Conocida identifica sus mensajes como normales.

—Buenos días. —Maite, después de toda una ceremonia para desperezarse, por fin abre los ojos—. ¡Bolos!

—Mi tío, es así... —Me encojo de hombros.

—¡Una persona maravillosa! —dice como si diera un discurso de divulgación.

Cojo un bollo mientras Maite pesca los grumitos del Cola Cao con la cucharilla. La habitación es un espacio alegre —alegre para quienes sientan alegría—, con la luz de Sevilla filtrándose con sus motitas de polvo brillante bailando una sevillana.

—¿Y qué vamos a hacer hoy?

—Vamos a visitar la plaza de España —digo como cuando tienes un espasmo justo antes de dormir: el cerebro manda una señal al músculo para saber si sigue vivo. Lo mismo haré yo con esta plaza.

La plaza de España de Sevilla es lo más bonito que jamás haya visto. Puestos a poner a prueba a la antigua Ada, es un buen escenario, su verdadero circo de gladiadores. Si estando en la plaza soy capaz de controlar mis recuerdos, de no emocionarme, parte de mí habrá muerto definitivamente. Le pondré una alfombra roja a la Vieja Conocida para que adquiera todo su protagonismo.

—Voy a ducharme. Tú acábate el desayuno —le digo.

Una vez en el baño, me desnudo y observo mi piel. Blanca como el fantasma que soy. Me coloco frente al espejo y, evitando mirar mi rostro, la atención se centra en mis costillas, que sobresalen de manera insana. Cuando estás decidiendo si quieres vivir, no te preocupa comer. Tu cerebro actúa de la misma manera que si se encontrase ante un peligro. Si te persiguiese un jabalí por el bosque, no te detendrías a coger bayas silvestres.

Recuerdo el calor que hace ahora en Sevilla, tendré que vestir de corto y hace una vida que no me depilo. Abro el armario en busca de maquinillas de afeitar, mi tío tiene una bolsa entera y cojo una. En cuanto veo la cuchilla, pienso en acabar con mi vida. Así, de golpe. Pero es un pensamiento fugaz. Jamás le haría eso a mi tío ni a mi mejor amiga. Si acabo con mi vida, será en unas circunstancias en las que nadie pueda sentirse responsable. Y, seguramente, en el piso en el que el aroma de Iker sigue durmiendo en nuestra cama. Ahora, tan solo mi cama. Pero no puedo evitarlo, veo la cuchilla y me olvido de todos, quiero usarla para morir. «Ada, céntrate en querer cortar la cabeza de una lagartija con eso, y no en cortarte a ti misma», dice la Vieja Conocida. Ahora habla y me trae un viejo recuerdo de mi

infancia. En el colegio torturé a mis compañeros dejando cabezas de lagartijas por todos lados. ¿Por qué haría eso? La Vieja Conocida apunta algo en un pósit: no puedo ver lo que es, pero sé que se trata de una pista que construirá mi nueva identidad. Me sigue dando miedo.

Vuelvo a detenerme en la cuchilla. Otro objeto extraño que, sin emoción, no sería más que un metal afilado para depilarme y no un arma letal potencial. La deslizo por mi pierna y vuelvo a detenerme en la cuchilla. Finalmente, sin poder controlarlo, por mucho que la Vieja Conocida me agarre del brazo, cojo la cuchilla y la froto con fiereza contra el muslo. Hasta que me corto. Contengo el grito de dolor con la mano, un dolor que me descontrola. He estado a punto y mi vieja amiga desaparece por completo. Sigue sin ser suficiente. Llora, son lágrimas que a pesar de ser silenciosas tienen mucho que decir. Me restriego la sangre por la piel, para que pueda absorberla otra vez, arrepentida. Pero quiero morir. Así que abro el grifo y con el ruido del agua camufló mi llanto desgarrado. No quiero que Maite se dé cuenta. ¡Joder, Ada! Deja de vivir. Levanto el rostro y me enfrento al espejo. Quiero verme llorar. Quiero ver quién soy ahora. El espejo me da la respuesta, con esos ojos enrojecidos que ya tienen siglos, con esos pómulos puntiagudos sin color, y con cada espacio físicamente capaz de contener una sombra en mi rostro, ocupado. No queda nada del brillo negro de mis ojos, ni del lustre de mi cabello moreno, no les quedan fuerzas a mis pestañas para erguirse, caen vencidas por el peso del agua salada y la oscuridad de mis ojeras se va extendiendo peligrosamente. El espejo es sincero, lejos de los prometedores mensajes de un ciprés. Debería plantearme que estoy perdiendo la cabeza. Es probable que esas alucinaciones vengan de algún rincón de mi alma para salvar mi vida.

—Tengo que entrar sola —le digo a Maite.

Estoy frente a las puertas de la plaza de España, ejemplo del potencial que tiene la vida para ser hermosa, y no lo tolero ahora mismo, el recuerdo de la felicidad tan solo me causa dolor, y es, por tanto, incompatible con mi vida. Así que, en marcha, tengo que subir la montaña, dejar la mochila de los recuerdos y las ñoñadas románticas en esta cumbre y salir sin ella. De la misma manera que un montañero debe prepararse para ascender sin oxígeno, yo vengo a entrenarme a no sentir.

A lo largo de la galería que recorre la plaza, mis pasos —como los de un

cuerpo semivivo— resuenan en un tono profundo en contraposición con las alpargatas, sandalias, zapatillas y chancletas de los ruidosos turistas, con sus risas, compartiendo ilusiones y chascarrillos con sus acompañantes. No son conscientes de que esos momentos están contados, ojalá pudiera advertirles. Cuánto echo de menos sentirme acompañada, me contentaría con ver la silueta de la sombra de mi marido. Aunque solo pudiera pedir eso, por favor. Su sombra a mi lado.

La Vieja Conocida ha resurgido con timidez, había desaparecido tras la escena de la cuchilla, y me ofrece su mano; pero yo la rechazo.

Me acerco a observar la panorámica del lugar desde uno de los arcos. Las puntas y ese color rojizo hacen que parezca que la plaza quiso derretirse en algún momento. Yo lo haría encantada.

Bajo las escaleras y me aproximo a uno de los cuarenta y ocho bancos de azulejos dedicados a las provincias de España.

El dolor que llegaría a sentir si me cortaran uno a uno cada tendón del cuerpo sería mucho más llevadero que imaginar que ahora mismo estoy apoyando mi espalda en el mismo lugar en el que apoyó Iker la suya en su momento. Rozo la cerámica. Comienzo a llorar en silencio. Tal vez debiera darles unas vacaciones eternas a mis lágrimas. ¿Cómo? Muriendo. «O viviendo sin necesitarlas», susurra la Vieja Conocida. Pero no tengo fuerzas para ella, me gustaría dormirme y no volver a despertar jamás. Me percaté de que esa fue una de las preguntas que me hizo Paloma en el test de riesgo suicida. Voy en buen camino, si el objetivo es mi propio final.

El sol me da en el rostro y caigo en una especie de letargo, abrazada por una tristeza insoportable. Cuando despierto, tengo un sobre en mi regazo. Miro alrededor, buscando algún rastro del mensajero. Nada. Desdoblo la nota que alguien ha dejado para mí:

Es una partida que solo ganarás si juegas con las fichas negras.



La Vieja Conocida se asoma por detrás de mi hombro para releer conmigo. La curiosidad consigue que la deje salir sin reparo. El ciprés está permitiéndole surgir y, al mismo tiempo, posponiendo mi suicidio.

«Fichas negras...». «Fichas negras...». Observo la plaza, me levanto y voy hacia el acueducto. Cruzo el puente, estoy segura de que mis lágrimas podrían abastecerlo para siempre. Sé adónde me dirijo, a la isla central de la plaza, un tablero de ajedrez auténtico, con sus baldosas negras y sus baldosas blancas. Mi vida es una partida de ajedrez y ya me han dicho con qué piezas seré la mejor estrategia. Desconozco cuánto tiempo he pasado en la plaza, entre lágrimas que se han ido convirtiendo en un reguero seco.

Decido escapar cuanto antes. Me acerco a una papelera para tirar la notita del ciprés, pero me detengo al pensar lo ridículo que sería que alguien me viera tirar a la basura una alucinación.

—¿Qué es eso? —pregunta Maite.

Me quedo helada. Pues no, no es una alucinación.

—Basura. Basura real.

—¿Qué te ha pasado? —Maite me espera sin reproche en su gesto, aunque sí con preocupación.

—Demasiados recuerdos.

—¿Y por qué te fustigas así? Pensaba que veníamos a Sevilla para alejarnos, precisamente, de cualquier cosa que te recordara a él.

—Tienes razón.

Tiene razón. Esta no es la manera.

—Vámonos.

Fuera, aún queda algún vendedor ambulante que muestra sus *souvenirs*: abanicos, figuritas, imanes... Me detengo ante un puesto que oferta tatuajes de henna para aquellos que no se atreven a ser rebeldes permanentemente. Uno de sus modelos llama mi atención. ¡Un ciprés

—¿Señorita, le interesa?

¿Me interesa? Escudriño los ojos del vendedor, un chaval jovencito con aspecto un poco de *hippie*.

—¿Qué significado tiene?

—Curiosa elección. El más conocido de sus simbolismos está relacionado con el dios Plutón, el señor del inframundo para los romanos.

—¿De la muerte? —Se alarma Maite. No le gusta que haya elegido ese. Levanta una ceja.

—Sí, Plutón, el gran soberano de la tierra de los muertos. Es un tipo de árbol que se planta mucho en los cementerios. Para los griegos, sin embargo, era símbolo de sacrificio.

—¿Muerte? ¿Sacrificio? ¿Y no le parece algo macabro para ofrecerlo en su catálogo? —Maite ha pasado de la alarma a la irritación. Lo sé porque levanta las dos cejas a la vez y ya me está cogiendo del brazo para llevarme en volandas.

Pero el vendedor insiste:

—Es una buena elección, no se alarmen. A pesar de su relación con la muerte, está también considerado como un símbolo de inmortalidad, por sus hojas perennes, fuertes, verdes y vivas durante todo el año. ¿Vivir para siempre haciendo un trato con la muerte?

—Anda, déjame que me voy a hacer el puñetero tatuaje.

He escapado, al menos físicamente, de la plaza de España.

—Esta noche salimos. ¿Te parece bien? —sugiero. Necesito alcohol para desinfectar. Y cuando se acabe cada gota de alcohol de este mundo, me beberé hasta el yodo del botiquín, si es que eso desinfecta también.

Una vez en casa, mientras nos preparamos para salir, observo que Maite está inquieta. Seguramente se pregunte el porqué de mi propuesta para salir de fiesta. A partir de ahora, lo que sea que dure mi vida estará llena de momentos tensos. Momentos tan tensos que podrán cortarse con cuchillo. Ojalá pudiera cortarme yo con un cuchillo. Uno bien afilado.

—Oye, tranquilízate, ¿vale? —le digo. Se detiene sin llegar a vestirse del todo. Tenemos tanta confianza que podemos perfectamente llevar una conversación así de trascendente con la minifalda a la altura de las rodillas—.

Solo quiero beber un poco, relajarme.

—Termina de subirse la falda. —¿Cómo se llamaba ese cóctel que te gustaba tanto? —Sonríó ante su respuesta. Digamos que me deja en paz con mi tristeza sin obligarme a sentir algo que no quiero. No quiero alegría. Aunque no sé de qué me sorprende, mi amiga siempre ha tenido buena puntería.

—Daiquiri.

—¡Eso! Deberíamos tomar un par.

—Que sean unos cuantos. —Ella también sonríe.

No puedo decir que Sevilla sea más hermosa de noche, porque es como si «Sevilla de día» se disfrazara de tal manera que hiciera imposible pensar que pueda ser la misma ciudad. Los dos disfraces son igual de hermosos.

Entramos en un *pub* que tiene una terraza iluminada con unas lucecitas que parecen miles de luciérnagas, y nos sentamos en una mesa de madera. Maite reserva el sitio y me espera balanceando sus largas y torneadas piernas, jugueteando con el taburete y su amigo inseparable, el calor, mientras yo me acerco a la barra.

Ya vamos por la tercera copa. Revuelvo mi cóctel, creo que es demasiado rosa como para contener la oscuridad que busco. Maite se ha pasado al mojito, porque le encanta el crac que hace al morder el azúcar moreno. Antes me hacía gracia, ahora me produce nostalgia de cuando tenía fuerzas para reír de esas cosas.

El maldito daiquiri sigue siendo cada vez más irritantemente rosa, así que llamo al camarero y pido un *whisky*. Solo. Como yo. Jamás lo había hecho y... por eso lo he hecho... para llevar la contraria a la antigua Ada.

Maite se sorprende al ver el *whisky*, pero está lo suficientemente borracha como para no preocuparse. Se acerca a mi vaso, husmea y hace un gesto de asco suspicaz. El asco total no te deja avanzar, el asco suspicaz te hace probar y ella lo hace, aunque el resultado es una respuesta entre atragantamiento y arcada.

—¿Cómo puedes beber esto?

—No lo sé, es la primera vez. —Pero algo me dice que me va a gustar. Parece que la Vieja Conocida se haya cogido un taburete a nuestro lado. En algún momento, el desinfectante hace efecto, casi puedo desaparecer en una niebla. Me recojo el pelo, hace calor... Mucho calor... necesito beber más. Un tío me aborda en el recorrido hasta la barra a por otra dosis de desinfectante.

—¿Qué bebes?

Lo primero que soy capaz de enfocar es su boca. Su sonrisa no llega a expandirse del todo, se inclina hacia un lado lo justo como para que sus labios no pierdan grosor.

—*Whisky. Whisky* solo.

—¿*Whisky*?

Confirmo con la cabeza mientras mis pies dejan de tocar suelo para asomarme más allá de la barra y pedir mi dosis. ¡Ya!

—¡Camarera!

—Tranquila, yo invito.

Ahora sí se sonríe del todo, después de echar un vistazo a mi culo. Le gusta el culo de la nueva Ada. Dejo de enfocar su boca para centrarme en sus ojos. Marrones, tiernos... Levanta las cejas como un niño bueno y se peina de manera graciosa su pelo rizado con los dedos mientras consigue mi poción mágica para olvidar.

—Toma. —Me ofrece el vaso de *whisky*.

No digo nada, ni siquiera un «gracias», porque me tambaleo observándolo detenidamente.

Me gusta su cuerpo, alto y robusto. Su pantalón está bien ocupado desde los pies a las caderas y sus bíceps se marcan; pero no en una contracción dura repleta de proteínas sintéticas, sino de una manera acogedora. Estoy intentando gestionar mi tambaleo; aunque sé que, por mucho alcohol que haya bebido, no se debe a eso, es porque me estoy decidiendo. ¿Este chico es un sitio profundo donde saltar y perderme?

—Tienes carácter, ¿no? —dice, creo que admirado. Tal vez sí que esté encontrando en mí, antes incluso que yo misma, a la nueva Ada. No me importa que conozcan a la nueva Ada, y mucho menos que la miren con admiración.

—¿Por qué dices eso?

—Por cómo me miras.

—¿Cómo te miro? —Sonrío.

Me siento intensa, con ganas de jugar a este juego.

—Parece que fueras a morderme... —añade, con total intención de provocarme.

Sigo observando en silencio, no me importa poder estar intimidándolo. Me vienen a la cabeza todos los inverosímiles acontecimientos de los últimos días; las ideas vienen y van. Vuelvo a centrarme en su boca. Sí que dan ganas

de morderla, romper a dentelladas esa perfección y esa cara de niño bueno. Siento vértigo en el estómago y respiro profundamente para calmar el calor que me sube por los muslos. Sus hombros, sus brazos... Podrían ser un lugar acogedor. Acogedor. Me doy cuenta al instante de que he estado evitando analizar una parte importante de su cuerpo: el pecho. Y es que, si me paro a hacerlo, recordaré que nunca habrá un lugar como el mullido pecho de Iker y... la embriaguez de su aroma. Ese aroma que ocupa ahora mi casa de San Sebastián riéndose de mí, a carcajadas. Cambio mi foco de atención hacia su mirada, tengo que agarrarme a algo. Pero entonces... sus cejas. Sé que las cejas son solo cejas. Pero las cejas de Iker no eran unas cejas cualquiera...

—Lo siento, en otra vida... Si es que vuelvo a tenerla.

Maite interrumpe y me sujeta del hombro, creo que para poder equilibrarse.

—Me meo. —Va más que borracha, no se ha percatado de mis lágrimas. Se queda mirando al «niño bueno». Cierra un ojo, como si por uno viera mejor —. ¿Vienes?

No ha podido interrumpir en mejor momento. Otra vez su excelente puntería. Necesito salir del local, tomar aire y sacudirme estas lágrimas. Necesito hacerlo sola y Maite no me dejaría, de no ser por su urgencia para ir al baño. Hago un enorme esfuerzo por sonreír. Vuelve a observar al perfecto tío que tengo enfrente. Para ella también debe de ser duro. Iker era su amigo; deberá luchar en la misma batalla que yo, decidir si ya es hora de que conozca a alguien, si una noche de sexo me vendría bien o si aún no es justo para Iker. Pierdo de vista a Maite, se ha quedado esperando en la cola del baño, sin dejar de vigilarme con miradas furtivas; escapo. «Iker, aún te estoy esperando, mierda».

—¡Joder! ¡¡He estado tan cerca!! —grito en voz alta. He estado tan cerca de encontrar a la nueva Ada. Si hubiese hecho algo tan impropio como saltar sobre ese chico—. ¡Joder! ¡Si me hubiese dejado llevar!

Me tambaleo a lo largo de un muro de piedra, en Sevilla todo es historia. Como yo. Me detengo al final de la pared por la que me he arrastrado, a recoger mis trozos rotos. No sé si quiero gritar, llorar, vomitar o... Una brusca sorpresa, alguien me coge del brazo y me empuja hacia el callejón contiguo. Es tal la fuerza que ha utilizado que me caigo al suelo, arañándome las piernas, y choco con el fondo. Frente a mí, la figura de un hombre a contraluz me observa y se acerca con lentitud. Intento levantarme y me coloco en cuclillas, eligiendo entre hacerme un ovillo o saltar. La antigua Ada se encogería, la nueva Ada saltaría. El vestido se ha rasgado, y mis pies están

descalzos, los tacones han volado. El hombre es fuerte, tiene que serlo para haberme empujado hasta el fondo del callejón. Siento la adrenalina correr por mis venas. Y siento el miedo. Pero un miedo bueno, un miedo que me trae plenamente al presente.

—Te he visto bailar y te he visto tontear —dice—. Eres una calientapollas y ahora vas a tener lo que estás buscando.

Todo pasa muy deprisa, la nueva Ada se vuelve audaz. No tiene nada que perder. Corre hacia el hombre, descalza, con la ropa hecha jirones y el pelo alborotado. Podría hablar de la nueva Ada en tercera persona, como si fuera su observadora, porque realmente no tiene nada que ver conmigo... Esa Ada quiere sobrevivir a toda costa y... La Vieja Conocida me da un tremendo empujón.

Ada se arroja sobre el hombre, sorprendido por su reacción, pero que apenas da un par de pasos para atrás después del placaje. Sin embargo, el rol de víctima que le suponía a aquella mujer no aparece por ninguna parte. Sus ojos tienen la fiereza de alguien que no teme morir. El violador pierde seguridad, no es así como debería ocurrir, él debía dominar, eso es imprescindible para la erección. Se encoge y se hace pequeño, la habitual sensación de ser un despojo acude a él de nuevo. Es un miserable, y la única forma de recobrar algo de su hombría perdida es mostrando al sexo inferior que no tiene nada que hacer ante un hombre como él. Pero esa mujer no pide clemencia ni se ve atrapada, es una maldita depredadora. El hombre decide retirarse, otra noche será. Avanza unos pasos por el callejón hasta que una punzada de dolor lo detiene. Se lleva las manos al costado, queriendo comprobar si la reacción de su cuerpo es desproporcionada, pero el dolor no le engaña: sangra. Sangra mucho. Al girarse, observa que la mujer, antes víctima, lleva un zapato en la mano y que su mirada alterna la niebla y la serenidad. El pelo caótico y las lágrimas le dan un aspecto entre salvaje y sereno. No se sabe si está perdida o decidida. Tan solo observa con gesto perplejo el tacón ensangrentado que ha ocasionado la herida de su costado. La mujer está valorando la causa-efecto del brutal acto.

Finalmente, la joven se agacha para coger una botella del suelo y se la rompe en la cabeza, dejándolo aturdido. Luego le clava uno de los afilados cristales en la garganta, sin darle oportunidad a hacer el más mínimo ruido. Antes de perder el conocimiento, ni siquiera le queda tiempo para repasar su lamentable vida, solo le queda una gota de atención que se detiene en la mirada de esa mujer que parece estar disfrutando con su muerte.

Si pudiera arrancarme el corazón, esta sería la sensación.

Iker, incluso si resucitaras de entre los muertos, ya no estaré esperándote en el mismo lugar, estoy en uno desconocido. No siento absolutamente nada.

¿Lo que he hecho ha sido un acto de justicia o de maldad? Ese hombre ha intentado violarme y se ha llevado su merecido, pero no tenía razones para matarlo. He ejercido de taquígrafa en suficientes juicios como para ser una entendida en formas de matar y en los matices de la defensa propia, y esto no ha sido en defensa propia; el agresor se marchaba, mi vida no estaba en peligro cuando decidí apuñalarlo. No tenía necesidad, lo he hecho por puro capricho, me atrevería a decir.

Ahora mismo la antigua Ada me repudia tanto que no quiere salir. Bien, ya soy otra persona. Una persona oscura porque yo nací anclada a esa oscuridad. «Ada, calla tus pensamientos y escúchate. Escúchate, porque esos no son tus pensamientos». Mi secuestrador tenía razón. Antes de conocer a Iker, yo era esta Ada. Y lo que ahora siento nada tiene que ver con el mundo de mi marido; por lo tanto, no está asociado a ninguna emoción ni ningún recuerdo doloroso. Me empuja deliciosamente al futuro. Es la reina de las sensaciones. Aquello de lo que me hablaba el ciprés. Es la Vieja Conocida.

Ahora tengo que pensar con frialdad. Primero, ser rápida. Recojo el escenario, especialmente los jirones de mi vestido y los trozos de cristal. Busco algo con lo que lavarme las manos y encuentro un vaso que aún contiene algo de alcohol. Pero lo más importante: necesito una coartada. Si encuentran mis huellas en este callejón, mi ADN sobre la piedra o mi sangre al cortarme o de los rasguños de mis piernas, tengo que estar cubierta. Cojo el cuerpo por los pies, cubriendo mis manos con los jirones del vestido, para no dejar huellas, y lo arrastro con esfuerzo tras un contenedor.

Vuelvo al local y encuentro a Maite buscándome con nerviosismo. Le guiño un ojo; joder, qué segura me siento, y voy directa en busca del «niño bueno» que se sorprende al verme, aunque no parece molesto por mi anterior rechazo.

—¿Vienes a invitarme a una copa? —Sonríe. Con esa boca...

—Mucho mejor.

Lo cojo de la mano y salgo del local con él. Maite no puede creer lo que ven sus ojos. Como he dicho, su batalla interior, decidir si lo que voy a hacer está bien, debe ser casi tan dura como la mía. La mía de antes, porque ahora

no me queda tiempo de pensar en nada que no sea camuflar mi escena del crimen.

—Espérame aquí —le digo con una ancha sonrisa, para que se tranquilice.

Maite pide otra copa. Su gesto es triste, lo que debería saber es que todo esto lo hago por ella, por mi familia. He encontrado el camino para estar en sus vidas sin sufrir. He matado a la antigua Ada para poder seguir viva para ellos. No llorarán una pérdida que, siendo sincera, en realidad sí se ha dado. Ahora vuelvo a ser la mujer que era en mi más primitiva identidad. La Vieja Conocida.

Todo el mundo lleva otra persona dentro de sí, una que nunca se ha atrevido a experimentar. Habrá muchas personas que estén pasando por el sufrimiento al que me enfrenté, y deben saber que están a tiempo de transformarse en alguien nuevo. Con cada decisión, con cada acto, nos convertimos en quienes somos. Un abogado podría convertirse en el pintor que siempre ha sabido ser, un mecánico dejará de escudriñar motores para hurgar cuerpos humanos como cirujano o un cirujano preferirá los misterios de la mecánica, y quien siempre ha visto los documentales de viajes en televisión recorrerá cada rincón de este planeta.

Lamentablemente, la toma de decisiones que cambia a una persona solo se hace con claridad si te colocas al borde del precipicio de la muerte. Entonces, la gente encontrará sus temas pendientes, las vivencias que no pudo disfrutar, las curiosidades que no pudo saciar. ¿Elegí bien? Las mil y una personalidades que se podrían haber construido están dispuestas a decidir de nuevo y cambiar de opinión.

Pero mi caso ha sido más que curioso; lo que toda mi vida he desconocido es que una Ada que no hubiese vivido junto a Iker era, en su esencia, la villana de esta historia. La Vieja Conocida ha encontrado una grieta por donde escapar. No hay misterio, no hay que indagar ni especular sobre quién es el asesino. Yo soy el asesino y puede que incluso alguien pueda empatizar conmigo.

Una vez fuera del local, empujo al niño bueno contra la pared de piedra, él se agita sorprendido.

—Pues sí que me vas a morder.

Lo beso, desquitándome mis ganas de antes de sacudir cualquier atisbo de niño bueno existente en este hombre. Deseaba tratarlo con brutalidad y que él

me correspondiera. No siento nada más que la adrenalina y el fogonazo que cauteriza el dolor. Como el herrero que coloca un metal candente en la herida sangrante de un guerrero.

—Espera, ¿cómo te llamas?

No pienso contestar a esa pregunta.

Ahora soy yo quien se apoya en la pared de piedra invitándolo a venir contra mí. Lo cojo de las solapas de la camisa hasta acercarlo a mi boca para, sin que llegue a ella, volver a empujarlo contra la pared, rodando los dos en un baile vertical. Nuestros alientos flirtean esperando que las bocas se junten de nuevo. El chico me acaricia la pierna y aprovecho que sube en el recorrido de mi piel para pedirle que me agarre el vestido y tire de él hasta romperlo. Una explicación más para los jirones que pueda haber en el callejón.

—Con esa carita de ángel que tienes —dice.

Tal vez la antigua Ada. Tal vez ella sí fuera un angelito.

Me sonrío, casi es una carcajada, pero se camufla con el aliento entrecortado. Le muerdo el labio. Llegamos al límite de la pared y lo empujo al fondo del callejón en el que me han atacado antes. O... ¿En el que yo he atacado? Descubro mi cuello, algo que nunca haría un corderito con el lobo, pero en realidad yo soy el lobo. Sus besos bajan por mi piel, desde el cuello hacia el pecho. El ardor de mis muslos es insoportable; pero, al mismo tiempo, deseo que se mantenga ahí. Que siga dándome placer. Me quita los tirantes del vestido y me levanta del suelo a horca-jadas. Me embiste y me araño los muslos contra la pared. De hecho, procuro arañármelos. Mi ADN quedará más que justificado en este callejón.

Juicio del caso del Titiritero
(16 de marzo de 2014. 12:37 h)

—Oficial de policía Badía, ¿me escucha?

El juez me ha hecho una pregunta y yo aquí, embelesada con el gesto de Martín. ¿Cuándo demonios se van a enterar de lo que siento por él? Por muy buen policía que sea, para temas de amor es un completo imbécil. La sala me observa en silencio.

—¿Oficial?

—Sí, lo siento, señoría. Como decía, no solo tenemos las pruebas halladas en su piso y la relación con la víctima, hemos podido corroborar que las huellas dactilares del acusado estaban presentes en la escena del crimen.

—Mi cliente ha admitido estar en la escena del crimen y tener relación con la víctima, pero no mató a nadie —dice el abogado defensor.

—El postulado no es suficiente, teniendo en cuenta el resto de las pruebas —deniega el fiscal.

—Si me lo permiten —ya me he serenado y puedo demostrar la verdadera determinación que sostengo cuando trabajo—, añadiré que en el cuerpo de la víctima apareció una marca y que...

—¿Qué clase? —interrumpe el sospechoso. Me sorprende su sorpresa.

—El símbolo de un ciprés. ¿Podría el acusado mostrar su costado?

Ahí está, el tatuaje que concuerda con el ciprés.

La sala ha quedado muda, incluso la taquígrafa ha quedado muda, si se puede decir así de una taquígrafa. Teclar es una forma de comunicar, podrá quedarse muda de gestos también, digo yo. ¡La taquígrafa! Es Ada Cuevas, aquella mujer a la que tuvimos que comunicar que su marido había muerto. No se lo tomó nada bien, como es natural, pero ha vuelto a trabajar, me alegro de que esté mejor.

—Hemos relacionado el caso con un asesinato ocurrido en Sevilla, en la escena del crimen también se encontró el símbolo de un ciprés. El acusado tiene coartada para ese asesinato, por lo que concluimos que trabaja con un cómplice. Y la cosa no acaba aquí...

—La prueba no es sólida, es susceptible a interpretaciones —dice el abogado defensor, pero...

—Soy culpable —admite el acusado.

—¿Estaba en Sevilla en la fecha en la que se produjo el crimen? —No

permitiré que proteja a su cómplice.

—He dicho que soy culpable.

¿Por qué se incrimina ahora?

Tres semanas antes del juicio

Puestos a prohibir la mayor parte de los placeres, deberían ilegalizar el café por las mañanas. Sujeto la taza con fuerza; aunque esté ardiendo, nunca me ha dado miedo quemarme, pocas cosas me dan miedo. Desde la pequeña terraza observo los jardines que rodean las casas más antiguas de la calle Amara, donde los turistas se sorprenden con el colorido, tan solo a diez minutos de la playa de La Concha. Diría que el interior del piso es luminoso, en sentido estricto, pero en realidad solo es luminoso los días que hace sol. Los días que llueve... pues eso, es lluvioso.

Este momento de tranquilidad es el único que me permito en el día, cuando aún no ha comenzado la jornada y puedo disfrutar de la sensación de que todo está por venir. En el momento en que comienza el frenesí, estoy programada para acumular el máximo posible de goces, emociones y sobresaltos. Evitar la tranquilidad. Me gusta vivir al máximo, disfrutar, y puedo ponerle nombre a esta sombra que siempre me ha acompañado, soy totalmente consciente de ella, tan presente en mí como mi propio cuerpo: la Indiscreta, mi compañera de juegos.

El teléfono me interrumpe. ¡Comienza la diversión!

—Dime, Martín. —¡El mayor de los placeres llega a primera hora! —. Pero ¿qué dices? ¿La escena de un crimen? Tú quieres que vuelva a caer en la trampa.

En mis inicios como agente, recién salida de la academia, era víctima de una novatada tras otra. Cuando caía en ellas, tenía que llevar pastas, tortilla, rosquillas..., lo que fuera, para todos los agentes de la comisaría. Novatadas variopintas, como por ejemplo recibir una llamada informando de un crimen, llegar a comisaría casi en pijama y encontrarte con el verdadero crimen: las mofas de mis compañeros al ver mi entusiasmo, y otro día de monótona patrulla.

Son muy pocas, poquísimas, las veces que hemos tenido un crimen de verdad entre manos, así que, a pesar de mi entusiasmo, me da miedo de que sea una chiquillada más. Creo que he sido blanco de más novatadas que el resto de mis compañeros de promoción, a veces me pregunto si es por ser mujer; no somos muchas. Pero no me gusta pensar de esa manera, me gusta

creer que la sociedad ha evolucionado y que simplemente juegan conmigo porque detectan en mí un entusiasmo extra que me destaca del resto.

—¿Conoces el cuento de Pedro y el lobo? —dice Martín al otro lado del teléfono.

—Dame la dirección, llego en diez minutos.

¡Un crimen! Dejo la taza de café ahí, en cualquier sitio. Comienzo a desnudarme, lanzando las prendas por ahí, en cualquier sitio, y cojo la ropa que está ahí, en cualquier sitio. Solo me detengo un segundo, para mirarme en el espejo. Mi rostro, aún sin despertar, no sigue el ritmo de mis pensamientos, y mi melena castaña, lisa y abundante está despeinada por culpa de cierta electricidad estática. Vamos a decir que está peinada con cierta electricidad estática y listo. Así puedo salir de casa antes y considerándome peinada.

¡Un crimen! La sonrisa me sale sola. Siempre me han dicho que tengo una mirada inteligente, yo no sé si soy inteligente, sé que miro así porque soy curiosa y porque la Indiscreta me da la mano a menudo.

Estoy tan excitada que ni siquiera hago autocrítica, porque, si reflexionamos un poco, la realidad es que me estoy alegrando de que haya un crimen. Cojo la pistola y la placa que guardo en la mesilla. Muchos policías dejan su arma reglamentaria en comisaría, por ejemplo Martín la deja bien guardadita en el armero, pero a mí me gusta llevarla siempre conmigo y sentirla cerca.

Antes de marchar, hago un repaso: llaves, móvil, cartera... Suelo ser olvidadiza, es por mi excesiva energía y por los incesantes pensamientos que ocupan mi cabeza. Pero si tengo que elegir, elijo ser como soy. Despistada y con mariposas en la cabeza que van dejando sus huevos para que salgan más mariposas todavía, como si plantaran ideas nuevas que pronto harán su metamorfosis. Joder, no soporto el tiempo que tarda este ascensor en bajar.

Por fin en mi pequeño Corsa plateado, pongo la música y arranco rumbo hacia la escena de un crimen. No es que sea mi primera vez, pero en cada uno de los asesinatos que he presenciado el caso era sencillo. Miembros de una banda, borrachos pasados de coca... He llegado a ver casos en los que el escenario y el asesino, compungido por lo que había hecho, venían en el mismo *pack*, como un re-galo navideño. Ojalá este sea de los difíciles, por favor, por favor... Quiero un auténtico reto.

Estamos en una callejuela próxima a la catedral del Buen Pastor. Un impresionante edificio histórico que se integra armónicamente con las calles

peatonales y su cotidianidad. Y al llegar... Lo sé. Es diferente. Se me erizan los pelos de la nuca y la excitación acumulada explota creando un vacío interior. En un segundo paso de ser una joven impaciente a una mujer serena capaz de detenerse a analizar. La Indiscreta se pone el uniforme de policía.

—Tienes esa cara otra vez. —Es él, «mi él», Martín—. Ya no hacen coches como los de antes, ¿eh? —dice, burlándose de mi Opel Corsa de tres puertas aparcado sobre la acera.

¡Y a mí qué! De verdad, ¡a mí qué! Me encanta mi coche. Y me importa tan poco que se rían de él como que se burlen de mi entusiasmo en comisaría. Me encanta mi vida y nadie puede herirme. Bueno, Martín me hace daño, pero no con sus burlas, sino con su indiferencia; pero incluso ese dolor me gusta, porque vierte adrenalina en mis venas... Porque el Amor, y utilizo el término «amor» con mayúsculas porque es un ente con identidad propia que me acompaña continuamente, me recuerda lo maravillosa que es la vida. Me recuerda su intensidad. Casi siempre, un amor que me acaricia; a veces, con Martín, un amor que araña.

Nuestra situación es complicada. Los dos somos oficiales de policía, él con más experiencia, y dentro de unos pocos meses realizaremos las pruebas del concurso-oposición para ascender al rango de subinspector. Solo hay una vacante, la del subinspector Rosell: nuestro jefe se jubila. Tanto Martín como yo luchamos por ese puesto —bueno, y otra decena de oficiales más—, pero lo importante es que aquel por el que pierdo la cabeza es él, es mi contrincante.

—¿Puedo echar un vistazo? —pregunto.

—Claro, pero los del laboratorio están allí. Estoy esperando a que nos den permiso para actuar.

Y ante la espera, vuelve la joven impaciente que no cabe dentro de sí.

—Deja de moverte, ¡me pones nervioso!

—Lo siento. —Dejo de dar vueltas.

Martín me observa, levanta una ceja con aire divertido.

—Sabes que sigues haciéndolo, ¿no?

Odio cuando me trata como a una niña incorregible. No soporto que no corresponda a la intensidad de lo que yo siento por él.

—¿Qué? Qué va. —Me miro a mí misma, como si no fuera dueña del cuerpo que envuelve mis pensamientos. Efectivamente, estoy dando saltitos que no llegan a despegar del suelo, pero que me hacen doblar las rodillas de manera inquieta.

Entonces Martín me agarra de los hombros haciendo un gesto de contención. Es corpulento, me pasa una cabeza de altura y media espalda de ancho. Lo que más me atrae de su constitución no es la talla en sí, sino que, si por algún casual consiguiera lanzarme sobre él y volcarlo hasta inmovilizarlo, no importa qué artimañas usara para ello, sería un mérito, todo un éxito. Y si estuviese en ropa interior, pues mayor mérito aún...

Una oficial de policía enamorada. ¿Sabéis cómo describe la gente mi profesión? Como «un trabajo que cada vez realizan más mujeres». Mujeres admirables acompañadas de unos rasgos de personalidad obligatorios; porque, de no ser así, no merecerían ser admiradas. Ese es el tópico. Lo pienso con mucha rabia. Para que una mujer triunfe como empresaria, con su negocio, con su profesión..., debe dejar de lado cualquier rastro característico de su naturaleza. Una naturaleza de la que dispone no por ser mujer, sino por ser persona. Si quieres que te consideren ambiciosa y decidida, o aún peor, si quieres considerarte a ti misma ambiciosa y decidida, parece que tienes que meterte en el corsé. Y una mujer ambiciosa y decidida no puede enamorarse perdida y locamente. Pues bien, soy policía, una buena oficial de policía y estoy enamorada de alguien a quien pretendo superar en las próximas pruebas para subinspector. No dudo al disparar, no dudo en bloquear a un tipo o pegarme con él. Incluso, ¿por qué no?, disfruto haciéndolo, no me importa para nada ver mi cara magullada en el espejo, acercarme a la parte oscura de mi carácter. Y estoy enamorada. Me gusta sentir que mi puntería, en situaciones de presión, es igual de afinada que en las pruebas de instrucción, y tan certera que el agujero que deja en un cuerpo herido, puede que muerto, crea un camino limpio del que borbotea la sangre. Y estoy enamorada. Me gusta que mis entrenamientos físicos y de defensa personal sorprendan al hombre más corpulento hasta poder placarlo. Y estoy enamorada. Pero también soy insaciable respecto a mi ambición profesional, y estricta

conmigo misma al mismo tiempo que estoy loca por Martín. De hecho, también soy insaciable y ambiciosa respecto a Martín. Por sus habilidades como policía, él es un gran competidor en mi camino hacia subinspectora. Pero venga, lo digo, es gilipollas perdido en el tema del amor. No se entera de que estoy completamente colada por él.

Tampoco soy una policía que cumpla el cliché de «trabajas demasiado». ¿Obsesionada con mi trabajo? Sí, lo estoy, pero es que soy muy capaz de hacerlo dentro del horario laboral. Soy muy eficaz, quiero decir. No me importa decirme a mí misma cosas agradables de las que estoy segura, porque también me digo a mí misma, y con la misma contundencia, las cosas en las que soy un completo desastre.

Tengo que confesar que la Indiscreta no solo me ofrece este entusiasmo extra por la vida, también me ofrece una indiscreta necesidad, como su nombre indica, de explorarlo todo. Incluso, estando ante la escena de un crimen, una alegría que me da miedo expresar en voz alta. Pero este crimen tiene buena pinta.

Me pusieron a Martín de pareja, de compañero, porque tenía más experiencia que yo y porque así lo quiso la casualidad. Desde que lo conocí, me he sentido atraída por él. Después embelesada, embriagada y, finalmente, enamorada. Es uno de mis retos más salvajes. Y aquí va la única cosa de la que me avergüenzo en esta vida: soy incapaz de decírselo abiertamente, porque nunca he percibido en él indicios de que me corresponda.

—El forense ya está listo —anuncia.

Y vuelve la mujer serena que puedo ser. Preparada para la ambición.

—Tu turno con las escaleras —sonríe Martín.

Siempre hacemos esto, es nuestra estrategia: ante la escena de un crimen, agresión, robo..., uno de nosotros sube por las escaleras y el otro coge el ascensor, así exploramos todas las rutas por las que podría haber accedido y escapado el sospechoso.

—No me importa; de hecho, las prefiero.

—¿Prefieres tener que subir hasta un quinto piso andando?

—El ascensor es aburrido. Solo dos metros cuadrados que investigar.

Y ahí está esa mirada de Martín. No sé descifrarla.

Las escaleras están un poco destartaladas. Me pongo los guantes de látex centrándome en subir los peldaños despacio; por muchas ganas que tenga la

Indiscreta de ver el estado del cadáver del quinto piso, puedo controlarla para convertirme en alguien meticuloso, cada uno de estos peldaños y su alrededor podrían ser la clave. El ambiente está viciado, el aroma de todas las generaciones que han vivido en este edificio impregna las paredes. Al llegar al segundo piso, me asomo por la ventana del descansillo, da a un patio interior y un vecino tiende su ropa, tan tranquilo, ajeno a que en un piso cercano se ha cometido un crimen. Con su bigote y baja estatura parece la caricatura de un chef italiano. Esto de atribuir personajes ficticios a las personas, de ponerles disfraces, lo hago desde que tengo uso de razón. Tal vez desde que empecé el colegio y descubrí el interés y la oportunidad de analizar a los demás. Se trata de captar la esencia de lo que tengo que retener, lo sé, es la Indiscreta, que me dice que la ropa que tiende ese vecino podría intercambiarse por un plato de espaguetis sin que esto afectara a la información relevante obtenida en el análisis del personaje. Como conclusión de mi aventura: un felpudo mal colocado, una ventana abierta que ofrece la posibilidad de escapar y una salpicadura en la pared. ¿Sangre? Más bien podría ser una mancha de grasa del bocadillo de chorizo del vecino del cuarto.

Martín me espera para entrar en la escena del crimen. Ha cambiado su semblante, ahora sí puedo reconocer su mirada, ese gesto que centra sus cejas en la misma ambición que yo. Me prometo llegar a ser subinspectora antes que él.

El piso no está anclado en el pasado como lo están las escaleras, estoy segura de que lo acaban de reformar. No tengo que avanzar en la oscuridad para encontrarme con el cuerpo, está en el salón, nada más entrar, un crimen de primera fila. El forense custodia el cuerpo. Se me hiela la sangre. La escena parece la obra de arte de un macabro titiritero: un hombre yace tumbado sobre el parqué, en decúbito dorsal con supinación de las palmas de las manos, en una posición artificiosa, rígida, totalmente desnudo y cubierto de polvos de talco. Parece, incluso, que levemente maquillado. Pero lo más extraño de la escena, lo que hace que recuerde el cuento de Pinocho, es el cordón amarrado en su muñeca que recorre la distancia hasta la lámpara del techo, de la que cuelga, para acabar en una campanilla que queda colgando en el aire. Esa mano, con el cordón enlazado, está anclada al suelo con un clavo. Si moviésemos los hilos de esta marioneta sin vida, la campanilla tocaría un tintineo fúnebre.

Parece la obra de un titiritero. ¡Pero también la de un pintor! En el techo,

no muy lejos de la campanilla y en milimétrico paralelo con el rostro del fallecido —parece que se estuviese mirando en un espejo— me encuentro con un retrato pintado en rojo; a ambos lados de esa pintura, las huellas de las palmas de unas manos. Un rostro sin vida pero que parece estar a punto de dejar salir un grito de angustia en cualquier momento. Cuando el rojo aparece en la escena de un crimen, una solo puede pensar en sangre, pero no debo precipitarme.

Por lo tanto, tenemos el cordón que un titiritero ató a su marioneta y el siniestro retrato de un pintor en el techo. La Indiscreta me lo susurra, y está fascinada con la escena.

—Nuestro asesino es el padre de Pinocho —sentencio. Por mucha seriedad que haya empleado al decirlo, la gente sigue riéndose de mis formas deductivas, se nota en el rostro de todos los que me rodean. Incluso los de la científica han dejado de hacer su trabajo, deteniéndose con una mueca burlona en la cara.

—O asesina —añade Martín sin sorprenderse ante mi conclusión, puede que porque me conozca mejor.

¿Pero cómo he podido pasar por alto que esto lo puede haber hecho una mujer? Odio las ideas preconcebidas.

—¿Podría contarnos lo que ha averiguado? —pregunta Martín dirigiéndose al forense.

—Aún no se ha instaurado la lividez, no murió hace mucho. Causa de la muerte aún desconocida. Pero he encontrado una pequeña punción en el cuello, cerca de la yugular.

—¿Le inyectaron algo? —intervengo.

—Caben dos posibilidades, o le inyectaron algo o se lo extrajeron.

—¿Quién encontró el cadáver?

—Una vecina.

—¿Y por qué...? —Tengo una pregunta clave, pero a pesar de su claro origen, no llega a tomar forma, tan solo es un vacío intuitivo. La Indiscreta está removiendo uno de los capullos anidados en mi cerebro y que aún no se ha transformado en mariposa, en idea.

—¿Es que nadie va a preguntar por la campanilla? ¿O por esa macabra

pintura del techo? —interrumpe el agente que custodia la puerta. Sigue la escena como en una serie de televisión.

—Eso excede a mis conocimientos —contesta el forense recorriendo el cordón con la vista, desde la muñeca del cadáver hasta la lámpara, terminando en la campanilla. Se detiene un buen rato en ella. Todos nos detenemos un buen rato en ella.

¿Qué función desempeña esta campanilla para el asesino y para nuestra escena? Cuando escuchas una campanilla, sabes que quiere dar aviso de algo. Dependiendo del contexto, dará un mensaje distinto. Si la campanilla está sujeta a la muñeca de un muerto, le da la oportunidad de agitarla. Y si la agitate, nos alertaría de algo. Pero ¿cómo va a hacerlo si está muerto? No solo la muerte es impedimento, tiene un clavo que ancla su mano al parqué. Tal vez el retrato frente a su rostro tenga la respuesta. Me coloco a cierta distancia del cadáver e imito su posición, tumbada boca arriba. No me cuesta acercarme a un cadáver e incluso sentir empatía con él. Estando muerto.

De hecho, me gusta.

—¿Qué demonios hace? —pregunta el forense.

—Esto te va a costar unas cuantas tortillas en cuanto se lo cuente a los compañeros de comisaría —dice el agente que custodia la puerta con socarronería. Otra vez se burlan de lo que me hace sobresalir, de la falta de pudor de la Indiscreta ante lo poco convencional. ¿Se burlan porque lo diferente les da miedo?

Martín se acerca a mi lado sin escepticismos ni prejuicios, solo con curiosidad. Sus ojos, tan concentrados, ay. Se coloca en cuclillas a mi lado, lo más cerca que he estado de él, y se me entrecorta la respiración un segundo. Joder, Bruna, ¿en la escena de un crimen?, ¿al lado de un muerto? Concéntrate.

—¿Por qué está el cadáver en esta posición?

—Bueno, no es una posición tan rara.

—No, no, lo han colocado. Lo han obligado a ponerse así.

—Como para hacerlo encajar en un recipiente.

—¡Exacto!

—Está enterrado en su ataúd. —Todos asentimos sin tener que hacerlo explícitamente. Ha dado en la diana—. Pero ¿cómo explicas la campanilla y el retrato del techo en un enterramiento? —Martín se hace las preguntas correctas. Por eso será tan buen contrincante en nuestro camino a subinspector.

Silencio.

Más silencio.

Incluso el agente que custodia ha dejado de burlarse de mí para poder pensar.

Desde el suelo coloco las manos palmas arriba, coincidiendo en perspectiva con las de la pintura. Observo el angustioso retrato sobre mí, apenas es una mancha, pero se puede definir con claridad el rostro: una mirada corroída, a punto de desaparecer, y un grito de angustia que está por venir. No me gustaría que fuera el espejo que devolviese el gesto de mi rostro. Entonces el horror me susurra dulcemente al oído:

—El cadáver intenta abrir su ataúd con las manos. El techo del salón representa la tapa del féretro. Desde su interior.

—Entonces, eso de ahí arriba es el retrato del momento en el que un hombre despierta vivo en su sepulcro.

—Por eso el retrato tiene ese careto —interrumpe el agente de la puerta.

—Ya no te hacen tanta gracia los métodos de investigación de la oficial Badía, ¿no? —defiende Martín.

En ese momento entra el subinspector Rosell y nos encuentra a Martín y a mí en esta postura, admito, poco ortodoxa para el escenario de un crimen, aunque eficaz. Poco me importa su interrupción, incluso a sabiendas de que el puesto al que optamos es el suyo; cuando se jubile, estoy segura de que le permitirán asesorar al candidato perfecto.

—El titiritero le da un método de aviso al cadáver para, en caso de que se con-vierta en un niño de verdad, pueda avisar. Es como Gepeto.

—¿Qué demonios dices, Bruna? —Esas son las primeras palabras que me dirige el jefe. No me digno a responder, pero insiste—. ¿Qué cuento es ese?

—El de Pinocho.

El subinspector resopla. No buscaba esa respuesta.

—Creemos que la escena representa un enterramiento en vida. ¿Ve el retrato sobre la pared?

El subinspector está encantado de que por fin alguien, Martín en este caso, le dé una explicación razonable.

—Puede que sea la viva imagen del gesto que tendría el cadáver si estuviera atrapado en su ataúd, procurando empujar la tapa con las manos. La oficial Badía...

El subinspector Rosell es un hombre fornido, apenas le queda pelo en la coronilla y tiene unos ojos pequeños que a veces se mueven inquietos y otras se estancan serenos. Y entre esos dos estadios, nunca muestra puntos

intermedios. A pesar de ser un buen policía, con una trayectoria impecable, es un hombre a quien le cuesta asimilar las cosas que contienen extrañeza, y a la Indiscreta no le gusta tener que detenerse a dar explicaciones ahora, no cuando hay una pregunta muy obvia que nadie se ha planteado.

—¿No veis que el cadáver tiene un método para avisar de que está vivo? No necesita empujar el ataúd con las manos, tan solo arrancar el clavo que retiene su mano y mover la campanilla.

—Y estar vivo, oficial —chasquea el subinspector. Me reprocha lo obvio. Pero a mí no me gusta dar las cosas por obvias.

Seré yo.

Seré yo quien haga la pregunta:

—¿Doctor, está usted seguro de que el cadáver es realmente un cadáver?

—¡Bruna! ¿Cómo puedes...?

—¿Qué quiere decir? —añade el forense molesto. Pero sabe qué quiero decir.

—¿Está seguro de que este hombre está muerto?

—¡Jamás me han...! —Pero el orgullo del médico se aplaca. Su rostro es la viva imagen del retrato del techo. Este es un caso atípico, y si las personas no saben comportarse de manera atípica cuando las circunstancias lo requieren, no seré yo quien espere a que se vuelvan capaces.

—¿Por qué, si no, iba a dejarle el asesino un método de aviso?

—Porque, como usted dice, es la representación de un enterramiento. Pero no respira, no tiene pulso, la rigidez...

El médico se estanca en la batalla contra su orgullo y pierde el tiempo repasando la totalidad de signos que tan exhaustivamente ya ha examinado la primera vez. No sé qué pretende el asesino, dejando el cuerpo de esta manera, pero lo que sí sé es que hay que poner en marcha la acción que pide la escena. Me pongo los guantes, cojo algo parecido a un alicate del maletín del forense y retiro el calvo de la mano del cuerpo postrado. Le doy, a un cadáver, la opción de liberarse de sus ataduras. Nadie ha hecho nada por impedírmelo, porque siguen en el *shock* de su incapacidad para comprender lo atípico.

El cadáver comienza a sangrar. Los cadáveres no suelen sangrar, al menos no de esa manera. Y menos... Caigo de espaldas, golpeándome contra la pared, dolorosamente. En realidad, todos nos hemos lanzado hacia atrás, víctimas de la onda expansiva de la sorpresa al escuchar una campanilla, una campanilla zarandeada por el espasmo del brazo de un cadáver, la campanilla

que su asesino dejó para darle la oportunidad de avisar de que no estaba muerto. O asesina.

Si pudiera arrancarme el corazón, esta sería la sensación.

¡Quiero que mi vida trate exactamente de esto! ¡He descubierto un no cadáver! Y en contraposición con la reacción de mis compañeros, yo me siento extasiada. La Indiscreta está feliz. Ellos asustados y asimilando.

Son las doce del mediodía. Es perfecto. Tras mi declaración en comisaría de lo ocurrido, y a la espera de que el forense y los del laboratorio hagan sus análisis, nos han dejado un tiempo para el almuerzo y para descansar. En mi caso, un tiempo para estudiar, salir a correr y comer. Debo centrarme en las pruebas para optar al cargo de subinspector. Cuando me propongo algo, no me permito creer que no lo lograré. No es que tenga una autoestima exagerada o que subestime a los demás, cada uno sabrá de lo suyo, es que soy coherente con mis objetivos. Si me presento al puesto de subinspectora es porque creo que valgo para ello. Y la determinación es vital. No pienso preocuparme ahora mismo por el fracaso, porque sé que, si llega el momento, tendré los recursos suficientes para buscar otra puerta abierta y otro recorrido que me lleve a mi propósito. Y no digo que no me alegraría si Martín obtuviese su puesto, pero esa alegría no es incompatible con la tristeza.

Las emociones dicotómicas no son incompatibles. La vida es rica.

Al llegar a casa, me siento embriagada. Acabo de encontrarme frente a mi primer asesinato enigmático, que se ha convertido en un no asesinato aún más enigmático. Mi estado de ánimo me pide celebrar el día con una copita de vino de la victoria y una comida copiosa. Puedo visualizar una buena hamburguesa prohibida en mi plan de entrenamiento. Veo el sofá. Siento el cansancio en mis músculos, la mañana ha sido intensa y ayer me pasé corriendo. El sofá mueve sus reposabrazos invitándome a acercarme a él. Cierro los ojos y apoyo las manos en las rodillas. «¿Cómo consigues encontrar tiempo para todo?». Esa es una pregunta que la gente me hace a menudo. ¿Cómo? Rechazando la invitación del sofá, cogiendo mis libros y apuntes, sentándome a la mesa del salón y poniéndome a estudiar.

Pero sé que los éxitos hay que celebrarlos, que me merezco un premio, no puedes dejar pasar los acontecimientos buenos de la vida como si no hubiesen ocurrido, es parte de mi código, así que debo encontrar la manera de festejar este nuevo caso y mi actuación en él, pero no será regalándome un

descanso en el sofá, será un premio que no boicotee mi riguroso plan.

Debo enfrentarme a varias pruebas: el test psicotécnico, una valoración de personalidad, un estudio biográfico, el test del temario de la oposición, la resolución de un caso práctico y su lectura frente a un tribunal. Si consigo pasar... Cuando consiga pasar estas pruebas, todo terminará con un curso de formación profesional, en el que se hará la selección final y el nombramiento.

Tras dos horas de estudio, me pongo las mallas de deporte y mis ya desgastadas deportivas, y salgo a correr. El día está nublado, pero no creo que lo suficiente como para que rompa a llover. Una pena, adoro correr bajo la lluvia. También cuando llueve encuentro tiempo, no excusas. De hecho, encuentro más tiempo, un par de kilómetros de más, para aprovechar que está lloviendo y que, eso, a pesar de la fama de esta ciudad, no ocurre todos los días.

Me sonrío cuando veo el ascensor y me burlo en mi fuero interno de aquellos que, por automatismo, salen a correr y antes de su rutina de ejercicio cogen el ascensor. La Indiscreta es la que más a gusto se ríe. Las escaleras son una oportunidad para hacer un ejercicio estupendo, hombre. Solo tienes que cambiar la rutina que haces antes de ir a trabajar por la de ir a correr. Es un ejercicio de detección de oportunidades.

La ducha es un grandioso momento. Me gusta que el agua esté a 38 °C para, justo antes de salir, bajarla a la temperatura del hielo. Congelar el cuerpo hasta que se me corte la respiración, cualquier cosa que me corte la respiración merece la pena. Y justo cuando me estoy envolviendo en la toalla, suena el telefonillo. Pocas veces llaman.

—¿Quién es?

—Martín.

—¿Cómo que Martín? —Joder, parezco imbécil. Mira, en pensamientos del amor, no puedo controlarlo, la duda le gana la batalla a la determinación. Me vuelvo vulnerable.

—Martín, tu compañero de trabajo. —Le escucho reír. Casi lo veo reír.

Pulso el botón del telefonillo y me detengo a analizar la peligrosa situación. Observo alternativamente el cuarto de estar completamente revuelto y mi cuerpo semidesnudo. «¿Cómo consigues encontrar tiempo para todo?». Esta vez la respuesta es un «no dándole importancia a que la casa esté hecha un desastre». Pero con Martín parece ser que me importa; aunque, teniendo que elegir entre vestirme o amainar el desorden del salón para que el desastre no sea tan evidente, casi que me visto, me peino un poco y sigo

siendo yo, acorde con mi falta de atención al desorden.

—¿Puedo pasar?

He dejado la puerta de entrada entreabierta mientras me visto.

—Pasa, pasa. Ahora salgo —grito desde mi habitación.

En su encuentro, horrorizada, veo cómo Martín se sienta en el sofá junto al cesto de ropa pendiente de doblar. Junto a mis bragas y sujetadores. La verdad es que no suelo doblarlas; es decir, cuando necesito ropa, la cojo del cesto de la ropa limpia y cuando tengo que lavarla, al cesto de la ropa sucia. Así que no sé por qué lo llamo «el cesto de ropa pendiente para doblar». Si no la doblo.

Ante mi aparición, Martín deja de mirar la ropa interior; he hecho bien en vestirme primero, si no ya se me habría caído la toalla del espanto. Se fija en mi pelo. No hace falta ser policía para saber que me acabo de duchar. Me encantaría creer que ahora mismo me está imaginando desnuda. Aunque si viene con más pistas sobre el caso, encantada igualmente. Observa mis zapatillas de deporte, tiradas ahí, en cualquier lado.

—¿Has ido a correr?

Asiento.

Ahora se detiene en el escritorio. En los innumerables pósits y subrayadores de colores. Está bien, para estudiar sí soy ordenada. Ordenada y algo cursi con los colores. No me pregunta si he estado estudiando. Tampoco hace falta ser policía para adivinarlo. ¿Habría estado estudiando él también? Debo investigar a mi contrincante.

—Catalepsia —dice.

—¿Catalepsia?

—Es lo que ha diagnosticado el forense. Siéntate, va para largo.

Podía haberme llamado por teléfono y, sin embargo, ha venido a verme. ¿Es por-que considera que la jugosa información que tiene sobre el caso necesita ser contada en persona o es que no podía aguantar sus ganas de estar conmigo? Joder, con los temas del amor.

—Una buena lección al forense, la de esta mañana. Has estado alucinante en el caso del titiritero.

—¿El caso del titiritero?

—Le han puesto nombre.

—Vaya chorrada.

—En realidad, creo que se han inspirado en tus conclusiones para ponerle nombre. ¿Cómo le has llamado al asesino? El padre de Pinocho. —Ríe. Pero

jamás lo haría en el análisis de una escena—. De hecho, el juez nos ha dado el caso gracias a tu actuación. ¿Satisfecha?

Me encojo de hombros.

Estoy satisfecha conmigo misma y, aunque no me avergüence, tampoco me siento cómoda exhibiendo mis victorias. Es una cosa que solo necesito para mí misma.

—Pues deberías estarlo, ¡has resucitado a un muerto!

¿No tenía que encontrar la manera de festejar mi actuación de esta mañana? Me tengo que dar un premio. Todo el mundo debería hacerlo ante un logro.

Me regalo, me regalo... ¡Me premió con una iniciativa descarada!

—¿Por qué no vamos a comer y me cuentas qué es eso de la catalepsia?

Como siempre sostengo, se puede compatibilizar el amor con la ambición, y el papel de enamorada con el de policía.

—¿Qué es eso de la catalepsia?

—Es un estado en el que el cuerpo permanece totalmente paralizado.

—¿Entonces todavía está vivo?

Martín asiente mientras se introduce un ravioli gigante en la boca. Él sí que sabe mantener la tensión. Estamos comiendo en un restaurante. ¡Estamos comiendo en un restaurante! Nunca habíamos pasado de sentarnos en la mesa del despacho frente a unas *pizzas* frías, así que esto es lo más parecido a una cita hasta el momento. No echo de menos los atisbos románticos que, según el protocolo, deberían estar presentes. Me encanta el motivo que nos ha empujado a sentarnos ante un plato de pasta. ¡Tenemos el no asesinato de un no cadáver!

—«Aparente muerte», lo llaman.

—Un poco teatrero.

—Lo dice la descubridora del padre de Pinocho.

—Tienes razón, es solo que prefiero el término clínico.

—¿Qué quieres que te diga? El subinspector ha dicho que se trata de una catalepsia y que es un diagnóstico de gran controversia. Me imagino que el forense no va a levantar cabeza durante un tiempo.

—¿El subinspector?

—Sí, acaba de llamar, me ha pedido que te informe en persona. Por eso he ido a tu casa.

Por eso ha... ¡Qué! No me gusta ser el último mono de esta brigada. Martín interrumpe mi ingesta masiva de agua, un intento de ahogar mi mala leche ahora mismo. Mi mala hostia.

—Nuestro cuerpo estaba en «aparente muerte» porque, escucha esto, en los casos más extremos, la respiración y el pulso pueden atenuarse hasta el mínimo vital necesario.

—¿Y cómo pudo pasar desapercibido?

—Hoy en día, para una persona monitorizada en el hospital, es casi imposible que una catalepsia pase desapercibida. Pero ¿cómo habrías reaccionado tú si te llaman como forense a la escena de un crimen para certificar la muerte de un cuerpo al que, como esperabas, no encuentras el pulso?

—No culpo al forense. Sigue, anda. —Martín se sonríe porque conoce mis signos de impaciencia.

—¿A quién se le hubiese podido pasar siquiera por la cabeza que...? Bueno, a ti se te pasó por la cabeza.

Me encojo de hombros.

A veces se me ocurren cosas de las que la gente se ríe. No me molesta, me gusta como soy. Si soy capaz de encontrar una idea extravertida, no me asusto por el qué dirán, doy gracias y me siento orgullosa. No es que me crea mejor que nadie, es solo que me siento cómoda siendo yo misma. ¿Sentirse cómodo consigo mismo es criticable? ¿Es rechazable? ¿En qué sociedad viviríamos si lo correcto fuera sentirse mal con uno mismo? Soy consciente de mis limitaciones, pero también reconozco mis fortalezas y juego con todo ello.

—¿Durante el estado de catalepsia, la persona está consciente? —pregunto.

—Ni idea.

—Me gustaría saber si nuestra víctima lo estaba. Pudo ver algo.

—¡Por Dios! Espero que no. ¡Lo podían haber llevado a la morgue dentro de una bolsa! Ese hombre te debe una.

—¿Y qué provoca la catalepsia?

—Se da en casos de psicosis, esquizofrenia, mal de Parkinson, epilepsia — Martín escupe todo lo que ha aprendido mientras yo no tenía en mi poder la misma pista—, o por efectos de algunas drogas.

—Tal vez le inyectaron algo a través de la punción que observó el doctor.

—Yo también lo creo. El asesino... ¿o cómo lo llamamos?

—Llámalo asesino. El término agresor le queda pequeño al psicópata que hiciera esto. O a la psicópata... —No he olvidado la posibilidad de que estemos buscando a una mujer, en absoluto, pero el lenguaje es así. Tan instaurado que te lleva a los prejuicios sin que te des cuenta.

—Estoy de acuerdo.

—Aunque, quien fuera que hiciese esto, fue amable dejándole la opción de mover la campanilla —digo, pensando en voz alta. Me tenía que haber guardado el comentario, creo.

—Madre mía, siempre ves el lado positivo de las cosas, ¿verdad? —No resuelvo el gesto de su rostro, en mi defensa diré que nunca le había visto mirarme así, este gesto no estaba en mi catálogo; pero lejos de criticar el apoyo que he mostrado hacia el asesino, ha utilizado algo parecido a la admiración. Martín comienza con la ingesta masiva de agua. ¿Será porque tiene sed o porque desea ahogar este último dulce comentario sobre mi persona? Será porque tiene sed. Mierda, con Martín me cuesta ser positiva.

En la escena del crimen, tras liberar a nuestra víctima de su anclaje al suelo, movió el brazo para hacer sonar la campanilla. Como fui yo quien se atrevió a tocarlo, me mandaron a comisaría a declarar mientras Martín se quedaba en la es-cena interrogando a los vecinos. Vaya mierda. Lo que me perdí.

—Cuéntame lo que has averiguado sobre el cadáver. Cuerpo. Hombre. Lo que sea. —Este caso va a ser peliagudo respecto al uso del lenguaje. —Antonio Cifuentes, veintidós años. Los vecinos comentan que hacía un par de años que se había mudado al edificio, de alquiler, por medio de una agencia. Amable y solitario, durante el poco tiempo que convivieron fue un vecino modelo. Trabaja en Correos y parece ser que no tiene una pareja estable. Sin embargo, hace un par de meses su comportamiento cambió. La vecina de enfrente dice que se volvió huraño. En una ocasión, preocupada tras no haberlo visto en mucho tiempo, llamó a su timbre con la excusa de pedirle un poco de café. Antonio abrió la puerta y... —Martín saca la libreta de apuntes —, palabras textuales: «¡Pero no sabe usted qué leonera! Sobre la mesa de su salón había una pila de libros y sobre la alfombra más todavía. ¡Una leonera de libros y papeles!». No pongas esa cara.

—¿Qué cara?

—La que pondría una niña a la que su padre le está leyendo un cuento antes de acostarse. «Otra página más, papá, por favor, otra página y me voy a dormir» —se burla.

—No me gusta que me comparen con una niña. —Trago de agua.

—Lo sé, por eso lo hago. No refunfuñes, solo hace falta estar contigo cinco minutos para saber que tienes más de bruja que de niña.

Sonríó. ¡Eso de bruja está bien! Se parece a la Indiscreta.

—¡Acabas de resucitar un cadáver!

—¿Podrías seguir con mi cuento para dormir, por favor?

—Claro, claro... —Suspira—. La vecina fue en busca de la del piso de abajo, parece que con ella Antonio mantenía una relación más estrecha. La testigo dijo: «Confiaba en mí porque no soy una alcahueta, jamás me meto en los asuntos de nadie, soy una mujer discreta. Pero tras la visita de la del quinto, me vi obligada a usar la copia de la llave que me dejó. Nos preocupamos por él. ¡Y con razón! El estado de la casa era terrorífico. Papeles, ropa sucia, restos de comida... Él estaba sentado en su escritorio con el ordenador y, cuando me vio, me gritó cosas sin sentido, me preguntó si le

estábamos espiando y si tenía algo que ver con no sé qué plan estratégico para... Yo qué sé, no sabría decirle ahora... Bueno, me asusté, cerré la puerta y pedí ayuda. Llamamos a la policía. Todos nos apenamos mucho, siempre había sido un buen vecino».

—¿Qué edad tiene la mujer?

—Roza los noventa.

—Es curioso que un joven se relacione con una mujer tan mayor. —Martín se encoge de hombros—. Me da rabia no haber estado en los interrogatorios.

—¿Qué pasó cuando la policía llegó a casa de Antonio?

—Fue ingresado en Psiquiatría, estuvo un mes interno y volvió a su casa.

—Deberíamos hacer una visita a la planta de Psiquiatría.

—Y lo mismo ha vuelto a pasar hoy: vecinas preocupadas, el chico cada vez más raro, más huidizo, se escaman... hacen uso de la llave... y *voilà*.

—Pero hoy la casa no estaba sucia... desordenada a lo mejor, pero no sucia... Qué raro, ¿no?

El teléfono de Martín interrumpe nuestras cábalas.

—Es el subinspector Rosell —aclara.

Cruzamos nuestras miradas durante un instante. Deberíamos ponerle nombre a este momento, porque a partir de ahora se va a repetir mucho. El jefe confía más en el oficial Huguet, por eso es el referente de sus llamadas, da por hecho que tiene más potencial de mando, guía o coordinación que yo o, simplemente, más complicidad. No ha sido una casualidad, es algo que se repite a menudo. Sin pruebas, su favorito para cubrir su puesto es Martín. Pero este hecho solo le da más salsa al plato que conforma el menú de mi vida, porque puede que la llamada sea para Martín, pero la mirada de Martín es para mí. Él sabe perfectamente que no debe subestimarme. Y yo lo sé también. No es que no vea en Martín un oponente digno, es el más digno que pueda encontrar y por eso es el más digno para ocupar mi corazón, pero la competencia que hay entre nosotros es... es lo que he dicho: «Un poquito más de salsa para untar, por favor».

—Subinspector, dígame. —El «momento miradas» ha acabado. Volvemos al campo y la expectación juega de rojo urgente hoy. Martín asiente un par de veces con un suave ruido gutural. Dios, me encantan esos ruiditos. A pesar de esa dulzura, destroza mi corazón.

—¿Y bien?

—La sangre del cuerpo, bueno, de Antonio, contiene cantidades elevadas de fenciclidina.

—¿Fenciclidina?

—Polvo de ángel. El jefe dice que mañana a primera hora pasemos por la planta de Psiquiatría. Antonio ya está ingresado allí.

—¿Y por qué esperar hasta mañana?

Gruño para mí misma. ¿O no ha sido para mí misma?

—Por Dios, qué mal se te da esperar. Antonio tiene que pasar un tiempo en observación, hasta mañana no podremos tocarlo.

Vale, lo admito, se me da mal acatar órdenes con las que no estoy muy de acuerdo. No entiendo por qué el subinspector puede prescindir de nosotros lo que queda de tarde, alguna cosa habrá que hacer. Este tipo de rabia hace surgir el lado más oscuro de la Indiscreta, un bufido que, con un mechero frente a él, ardería. Sé que es algo digno del infierno.

Pido los cafés. Uno con leche y otro solo. El solo es para mí, sí, me gustan las cosas tal y como son.

—Por cierto, las huellas del techo del escenario del crimen, las de alrededor del maldito retrato fúnebre, concuerdan con las de Antonio Cifuentes —informa Martín al último mono. El último mono que acertó la última vez.

De camino a casa recibo tres sorpresas. La primera, una llamada de mi padre:

—Hija, pásate por los ultramarinos.

—¿Algo urgente?

—No. —Cuelga el teléfono.

Joder, qué bien me conoce mi padre. Me ha dejado desnuda, desnuda de información. Así que sabe que mi necesidad imperiosa de obtener respuestas asegurará que cumpla con su petición: me pasaré por los ultramarinos. Hoy mismo. Me manipula y admito que tiene muchas razones para usar sus artimañas, ya las usaba para educarme cuando era muy pequeña, pero ahora estoy tan centrada en preparar las oposiciones que apenas me queda tiempo para visitarlo y eso me hace sentir culpable. Porque... «¿cómo encuentras el tiempo para llegar a todo, Bruna?». Siempre tengo una respuesta para eso y que esta oposición esté nublándola, que esté impidiendo que vea a mi padre con regularidad, no me gusta nada. No me gusta nada que amenace a lo que soy. No puedo echar leche al café. Yo lo tomo solo.

La tienda de ultramarinos me recibe con cariño. Mi familia ha trabajado en ella durante generaciones, pero ahora a la tienda le falta mi madre, falleció hace cinco años por culpa de un cáncer de mama. Fue un momento difícil,

pero murió con una sonrisa en la boca, acompañada por otra sonrisa de mi padre que recordaba todo lo que había vivido con ella y daba gracias por esos momentos. Un aprendizaje así cala hasta los huesos. Pueden decirte que la vida es una gran piscina de oportunidades, que la vida te regala momentos increíbles y que debes ver el lado positivo. Y pueden repetírtelo hasta la saciedad desde tus primeros años de vida, desde que tus oídos son tiernos y esos mensajes pueden estructurar tu personalidad; pero, por mucho que te hayan enseñado a creerlo, sentirlo es diferente. Yo viví el ejemplo original de todo lo que me habían enseñado: ante la muerte, mis padres daban las gracias por lo que habían vivido, no por lo que perdían.

Por supuesto que mi padre sufrió su duelo, y está claro que aún siente dolor. Pero no es un dolor egoísta. No se siente solo, no dependía de mi madre, de la misma manera que yo nunca he dependido de nadie. La anhela y tiene ganas de llegar a casa y contarle lo que ha pasado, las cosas interesantes de la vida. Echa de menos compartir, no recibir.

—¡Dichosos los ojos! —dice mi padre saliendo del mostrador para darme un fuerte abrazo. Tiene un cliente esperando, no sé si será un cliente habitual con el que tenga confianza, pero ha dejado de atenderlo para querer a su hija. Se detiene un segundo en mi rostro y coloca las manos en mis hombros, conteniendo sus ganas de achucharme como cuando era un bebé. Después, vuelve a sus quehaceres.

—Se presenta a las oposiciones de subinspectora, ¿sabe? —Le habla de usted, por lo tanto, no es un habitual. El comprador no ha tenido más opción que esperar y aceptar el regalo de la casa: una bonita visión de júbilo familiar.

Está claro que mi padre no siente resquemor por mi completa inmersión en la preparación a las oposiciones a subinspectora, siente orgullo. Pero eso no es incompatible con mi culpa. El cliente sale por la puerta con un rotundo «gracias» haciendo sonar la campanilla.

—Has venido a verme.

—Cómo no.

Primero se arquean mis cejas, después las suyas. Los dos sabemos de qué hablamos, de sus estrategias como padre.

Me quito el abrigo y lo dejo sobre el mostrador. En mi familia no hay por qué dejar los abrigos en los percheros, el mostrador también sirve, sin reproche. Puede que por eso sepa identificar las opciones de la vida, me han enseñado que siempre hay varias opciones posibles. A pesar de lo predeterminado.

—Y bien, ¿por qué estoy aquí?

—Y bien, ¿por qué estoy aquí?

—Sé que estás en un caso, por eso quería que vieras la cara de tu *aita* cuando te pide que mañana tomemos una copa. Así, no podrás rechazarme.

Observo su rostro; tal como lo ha solicitado, se parece al panadero de una película Disney. Esa soy yo: el vecino que tendía la ropa era un chef italiano, nuestro asesino un titiritero, y mi padre un panadero Disney.

—Es un día al año y ya conoces la ley: cuando disfrutas de algo, no hay que dejarlo pasar...

—¿Cómo va una policía a infringir las leyes?

—¿Una copa?, ¿donde siempre?

—Mañana, después del caso. —Mi padre se queda conforme—. ¿Quieres que te ayude en la tienda?

—No, no..., esto está tranquilo. Tienes cosas que hacer.

Mi padre coge mi abrigo. Se está despidiendo. Me ha hecho venir hasta aquí para darme un solo y conciso mensaje, porque sabe merecer esa atención, pero también es capaz de darme la libertad para marchar. Estas son las lecciones que he recibido en la infancia.

algo, no hay que dejarlo pasar.

—Está bien, ponte un delantal. Están en la trastienda.

Al regresar, mi padre sigue con mi abrigo en sus brazos, se ha quedado bloqueado en una sonrisa.

Ya estoy de vuelta en casa y aquí llegan mis siguientes dos sorpresas (había prometido tres): Rosa y Maribel.

—¿Qué hacéis aquí?

Esperan sentadas en el portal.

—¡Por fin! —Rosa es la primera en hablar—. ¿Para qué tienes el móvil?

—¿Cómo que para qué tengo el móvil? Siempre lo llevo encima. —Siempre con sonido. Siempre. Y más cuando tengo un caso de por medio. Me entra el pánico, ¿habrán llamado con alguna otra novedad sobre la investigación? ¿Qué ha pasado?

A veces en la tienda de ultramarinos falla la cobertura. Qué imbécil he sido.

—Dame eso —dice Maribel pidiéndome el móvil para comprobarlo.

—¿Qué hacéis aquí?

—Cerciorarnos.

—¿De qué?

—Cerciorarnos de que podemos contar contigo el fin de semana. —Como

mi padre. La gente que me quiere me conoce bien—. Estamos organizándolo, ¿vale?

—Sí, claro. Sacaré tiempo: confirmo mi asistencia, pero no mis horarios, dependo de un caso —digo como si le hablase a una secretaria.

—Aceptamos, teniendo en cuenta que es por tu cumpleaños.

«Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz...». ¿Qué? Es la alarma del teléfono. Tanteo en la mesita de noche buscando el móvil. ¿Cómo? ¿Quién ha cambiado el tono de mi despertador? Son bonitas las mañanas en las que alguien ha pensado en tu manera de despertar. Pero más bonito aún tener que descubrir quién, busquemos oportunidad y móvil.

Sospechosos: mi padre es un buen candidato teniendo en cuenta que me mandó a la trastienda y que, a mi vuelta, él seguía con mi abrigo y una sonrisa de oreja a oreja. Pero ¿y si utilizó ese tiempo para manipular el móvil?

Mis amigas: esperaban en el portal y Maribel me cogió el teléfono antes de que yo pudiera defenderme siquiera. ¿Estaba Rosa distrayéndome mientras Maribel cambiaba la alarma?

Me permito un segundo de tranquilidad con el café solo antes de endulzarlo con el frenesí que anticipo, nada de azúcar, y marchar al hospital, allí donde nos llevan las pistas, allí donde está Antonio en la cárcel de su «aparente muerte».

La planta de Psiquiatría. Lo primero que uno siente cuando entra en una planta de..., bueno, en cualquier espacio que tenga que ver con la salud mental, es curiosidad. El desconocimiento siempre ha teñido de colores ambiguos este tipo de enfermedades y todos queremos saber cuál es el color que más se asemeja al nuestro, qué síntomas padeceríamos en caso de caer en eso que llaman la locura. ¿Cuál es la posible enfermedad mental que me aguarda a la vuelta de la esquina?

Un celador nos abre la puerta con una especie de tarjeta metálica.

—¿Qué se les ofrece?

Parece un *sommelier* más que un miembro del personal de un hospital.

—Somos de la policía, nos esperan en relación con un caso. ¿Ha llegado ya el subinspector Rosell? —pregunto.

—Lo desconozco, yo vengo a recoger el carro de medicación.

—¿Es usted el cartero también?

El hombre lleva en sus manos unos sobres, ocultos tras su cuerpo; no de manera sospechosa, sino tal como lo haría un *sommelier* con la carta de vinos

antes de presentarla. La lista de personajes del caso: un chef italiano, un titiritero y, ahora, un *sommelier*.

—Exacto, señorita. —Se sonríe, incluso su lenguaje es digno del mejor restaurante.

—Oficial de policía, si no le importa —le corrige Martín.

Poco me importa que no usen mi cargo al dirigirse a mí, no necesito justificar mi valía por el nombre jerárquico, pero estoy segura de que jamás se habrían dirigido a Martín como «señorito».

—Disculpe, claro, oficial. A veces traigo el correo a los internos. —Muestra los sobres—. Si les parece, les digo dónde está la sala de control. Tal vez el personal de enfermería tenga conocimiento de la llegada del subinspector.

Cruzamos un luminoso *hall* decorado con austeridad, pero con cierto aire acogedor que no sé muy bien cómo consiguen, ya que solo disponen de la luz exterior, un par de tiestos enormes —es decir, imposibles de mover— y un cuadro tan anclado a la pared que podría ser absorbido por ella en cualquier momento. En esta sala no hay objeto que pueda ser usado como herramienta para nada, se han cerciorado de eso. Se han cerciorado de que nadie sea agredido. La sala de control está colocada a modo de atalaya, con vistas a un salón, a una sala de terapia y al pasillo de los dormitorios. El celador vuelve a colocar la tarjeta metálica bajo un lector y nos presenta al personal de enfermería.

—¿Qué tal va la mañana, camaradas? —Cambio la perspectiva, igual que ha cambiado el contexto. Ya no es únicamente un *sommelier*, es un *sommelier* pirata con todos sus grumetes de la atalaya de control oteando el horizonte con sus cata-lejos—. Son de la policía, dicen que esperan a su subinspector. ¿Sabéis algo?

Un enfermero se acerca a nosotros asintiendo.

—Buenos días. Pueden acompañarme, el subinspector Rosell está en el despacho de la doctora Azcárate.

A nuestra derecha queda el interminable pasillo de las habitaciones y, de una de ellas, veo asomar el rostro curioso de una mujer vestida con el pijama del hospital. En cuanto nuestras miradas se cruzan, vuelve a ocultarse. Hacia la izquierda nos adentramos en un salón, unos diez...; no, debo ser concienzuda, estoy en un caso... Uno, dos, tres..., exactamente doce sillones bien mullidos colocados en protocolaria hilera frente a un televisor. Solo dos de ellos están ocupados. El más cercano por un hombre de unos cuarenta

años que nos observa con aire distraído para luego volver a dirigir su mirada a la pantalla. El otro sillón lo ocupa un adolescente. Es impactante cuando la enfermedad, de cualquier tipo, hace presa en la juventud. El chico nos observa más detenidamente y sube sus piernas sobre el sillón algo inquieto, como un simio acorralado. En el salón hay tres puertas más. La primera de ellas está etiquetada como *Botiquín*, la segunda como *Terapia Ocupacional* y la tercera, en la que nos adentramos, *Consultas*.

El enfermero llama a una de las puertas y nos hacen pasar.

—Genial, ya estáis aquí —saluda el subinspector—. Tranquilos, apenas hemos empezado, os estábamos esperando. —Al decir esto, su mirada se detiene especialmente en mí, sabe que no me gusta perderme nada. Bien, me ve como a la más exigente de los dos. Tal vez por eso no sea su primera elección para llamar por teléfono. ¿Le intimida mi exigencia? No me cuesta creerlo—. La doctora Azcárate.

—Podéis llamarme Paloma.

La psiquiatra es una mujer esbelta, con una melena lisa y gruesa con tintes rojizos y unos ojos castaños y confiados. Otra mujer segura que no necesita marcar su territorio con los adornos de su nomenclatura. Tan solo un vistazo y sabes que domina la situación sin que necesite echar la meada en cada esquina usando la nominación de doctora para imponerse. Le basta ser ella misma.

—Hablábamos de la fenciclidina, la droga que inyectaron a Antonio —introduce el subinspector.

—Puedo repetirlo —añade Paloma con una mirada fría y en calma.

Una mirada que no me importa interrumpir:

—Disculpadme, pero ¿cómo se encuentra el señor Cifuentes? ¿Es que nadie va a preguntar por el cadáver no muerto?

El subinspector me observa con una mueca difícil de describir. ¿Aprueba o des-aprueba mi interrupción?

—Me alegra que haga esa pregunta, oficial, que se preocupe por nuestro paciente.

El jefe acaba de decidirse por la aprobación. Solo después de hablar alguien respetable como la psiquiatra, claro.

—Puede llamarme Bruna.

—¿Es usted quien dedujo que seguía con vida? —Asiento—. Extraordinario.

—Antonio se encuentra en estado catatónico —interrumpe el subinspector

ha-ciéndose un hueco.

—¿Qué es eso de estado catatónico? Pensábamos que era catalepsia — añade Martín.

La doctora lo observa detenidamente, con pausa felina, ha encontrado algo con lo que relamerse: Martín. Y me acabo de poner celosa.

—La catalepsia es un trastorno en el que la persona, en los casos más agudos, yace sin signos vitales, en aparente muerte. —Martín y yo cruzamos nuestras miradas. Diría que miradas cómplices, pero no lo son, ya que la mía transmite un mensaje añadido que él no detecta. El muy gilipollas.

—Sin... ¿Sin signos vitales? —Al subinspector le delata el miedo. En vez de curiosidad, siente miedo. Se me eriza un pelo de la nuca, de rabia. Sé que pronto serán dos pelos, tres pelos, cuatro pelos...

—Bueno, es un diagnóstico con controversia. Estoy segura de que, si hubiésemos monitorizado a Antonio en ese momento, habríamos detectado signos, por muy mínimos que fueran.

—¿Y el estado catatónico? —redirijo la conversación para alejarla de la incapacidad del subinspector. Cinco pelos...

—Para entendernos, la catatonía es un síndrome que presenta, especialmente, una serie de síntomas de alteración motora, y la catalepsia es uno de los más graves.

—Entonces, Antonio está mejorando.

—Eso espero. Sus signos vitales se han estabilizado, pero sigue postrado en la cama y sin mostrar interacción con el entorno.

—Antonio es Blancanieves —resuelvo. Paloma se atreve a sonreír por primera vez, no porque le sorprenda la manera en la que me he expresado, sino porque, a diferencia del duro gesto del subinspector, color rojo hirviente, la aprueba.

—Has dado en el clavo.

—¿Y por qué está ingresado en Psiquiatría? —pregunto. Llevo la voz cantante de la entrevista, parece que ya sea subinspectora.

—La catatonía suele manifestarse en relación con varias patologías psiquiátricas. Tras estabilizar los signos, ingresó en esta planta porque ya tenía un historial previo.

—¿Un historial previo? —El subinspector no se entera de la misa la mitad.

—Estuvo ingresado durante un mes por un episodio psicótico debido al consumo de drogas.

—¿Qué opina usted sobre la catalepsia en este caso en concreto? —Todos

los datos que hasta ahora nos ha dado Paloma son fríos, como sacados de un texto médico. Quiero saber su opinión.

—Bueno, jamás creí que pudiera encontrarme con un caso así. Es decir, la catalepsia siempre la he tenido enmarcada dentro de un cuadro esquizofrénico catatónico, pero se considera un comportamiento que...

—¿Por lo tanto, qué opinión le produce este caso? —Tengo que ser más directa para conseguir que cuente algo que escape de su tomo de medicina bien aprendido.

—Digamos que soy una exescéptica ante la magnitud a la que puede llegar una catalepsia. —Me gusta. No tiene la mente cerrada.

—Considero que debemos ordenar las preguntas. Usemos la cronología — pide el subinspector Rosell. Vuelve a agarrarse a algo ordenado. Algo que ententece el avance. ¡Todos conocemos la cronología! Seis pelos...

—Por supuesto. —Paloma retira su asiento ligeramente de la mesa. No necesita mirar el historial médico, seguramente lo habrá repasado hasta la saciedad—. El señor Cifuentes estuvo ingresado en esta planta psiquiátrica hace exactamente cuarenta días. Ingresó involuntariamente con un episodio psicótico agudo debido al consumo de tóxicos. Antes de que lo preguntéis, no, no era fenciclidina. Había consumido cocaína y anfetaminas. —Paloma se detiene en mí con suma atención, tan intensamente que parece que quiera cortejarme. Como yo a Martín.

—¿De manera voluntaria? —Puede que le hubiesen querido matar dos veces.

—De manera voluntaria.

—¿Cómo está tan segura?

—Él mismo lo confesó.

—¿Y esta vez?

—Es posible.

—¿Probable?

—Posible.

—Un suicidio, entonces —dice el subinspector. Como le gusta el aburrido dos y dos son cuatro, se le ha pasado la diferencia entre probable y posible. A mí no.

—En cualquier caso, hay una peculiaridad, la fenciclidina como droga recreativa no suele ser inyectada, más bien se fuma.

—¿Pero es posible inyectarla?

—Es posible, perfectamente.

—¿Cómo fue el primer ingreso de Antonio? —El subinspector vuelve a su meticuloso plan cronológico.

—Ingresó con alucinaciones visuales, auditivas y con ideas delirantes. Los síntomas psicóticos desaparecieron en cuanto la droga que llevaba en su organismo dejó de hacer efecto. A las tres semanas fue dado de alta sin ningún síntoma y derivado a su centro de salud mental. Consideramos que su episodio fue únicamente causado por el consumo de estupefacientes. Coloquialmente, se llevó un buen susto, suficiente escarmiento como para no volver a consumir, dijo él. La fenciclidina no era su droga; como les he dicho, tenía un historial de consumo de cocaína y anfetaminas, y los consumidores suelen volver a sus viejas costumbres.

—¿Pero es posible que decidiese cambiar de sustancia?

—Posible.

—¿Pero es probable? —pregunto.

—No.

—¿Es sencillo obtener polvo de ángel? —pregunta Martín ágilmente.

—Relativamente sencillo. Y también puedo decirles que la fenciclidina se ha usado antiguamente como anestésico quirúrgico.

—¿Antonio estaba consciente?

La Indiscreta quiere que así sea, para poder obtener más información en caso de que despierte, cuando un príncipe le dé un beso de verdad. Pero sé que Martín, y puede que el resto del mundo, prefiere que la víctima no hubiese asistido a su pro-pio funeral. La Indiscreta no es como el resto del mundo. A veces me pregunto si existen otras identidades semejantes, otras intrusas en la mente de alguien.

—¿Qué me dice de la dosis? —pregunta el subinspector.

—Depende de cómo se administre, la rapidez y los efectos de la droga son diferentes. Las dosis bajas producen adormecimiento y pérdida de coordinación. Las dosis elevadas, paranoia y alucinaciones. La fenciclidina puede aumentar el ritmo cardiaco, la presión arterial, la frecuencia respiratoria y la temperatura corporal. Sin embargo, y esto va a interesarles, en dosis muy altas el efecto puede ser el opues-to: aparente muerte. Pueden sacar ustedes sus propias conclusiones.

—O sea que antes de poder tener disponibles los resultados de toxicología, podemos deducir que la dosis era alta —concluye el jefe.

—Eso podría darnos información sobre el objetivo del agresor —digo.

—Si no es un suicidio —replica el subinspector.

—Si no es un suicidio —digo con hastío—, y se trata de un caso frustrado de asesinato.

—Hay un dato más que ustedes deberían saber, la fenciclidina puede inmunizarte ante el dolor. Tal vez, el agresor —Paloma se ha puesto de mi lado— haya sido piadoso, al fin y al cabo

—No si su intención era que no gritara en la mesa de autopsias. —A pesar de ser una mujer que ve el lado positivo de la vida, no me cuesta ponerme en la mente del peor psicópata.

—Alucinante... —Es la primera vez que Paloma usa un lenguaje no contenido. Se regocija tanto en el lado morboso de este caso como yo, no es de esas personas que tanto me irritan, como el subinspector. Siete pelos. Me duele tener que interrumpir su ensoñación.

—¿Qué puede contarnos sobre el delirio que Antonio sufrió en su primer ingreso?

—La temática de su delirio solo fue emergente en el momento de intoxicación aguda por cocaína. Una vez pasó el efecto de las drogas, se estabilizó y no volvió a hablar del tema. No es relevante.

—Déjenos eso a nosotros —dice la Indiscreta. Me sorprende, esta vez la Indiscreta me ha poseído sin permiso. Y otra mirada de reproche del subinspector clavada en mi nuca hasta traspasarme la garganta. Aunque puede que me lo merezca, no he hecho bien en dirigirme así a la doctora.

—Discúlpenme, pero creo que he hablado demasiado. —Paloma se retira, se acaricia el mentón y por primera vez parece preocupada—. No estoy

segura de poder hablar de estos temas con ustedes, a no ser que tengan una orden. Mi paciente sigue vivo. En estado catatónico, pero vivo, y el secreto profesional sigue vi-gente. ¿Podrían facilitarme la situación pidiendo una orden judicial?

Acaba de darnos una bofetada en la cara usando un tono de voz que hace que parezca que en realidad está haciéndonos cosquillas.

—¿Podemos ver a Antonio al menos?

El subinspector Rosell no se ha rendido, a diferencia de mí, que me he quedado amordazando a la Indiscreta para que no vuelva a rebelarse.

—No creo que haya problema en ello.

Deberíamos haber traído una orden. Puede que ella también lo sepa; no le importa la información que podamos conseguir del cuerpo, pero sí sobre su delirio. Apunto.

—Denme cinco minutos para acabar de registrar unos datos y los acompañaré a ver a Antonio.

Antes de salir de su despacho, al voltear la puerta, me detengo un segundo porque siento que alguien me observa concentrando en mí toda su atención, como si el observador quisiera cambiar las células del observado. Efectivamente, Paloma está clavando en mí sus ojos castaños.

Me he quedado rezagada y, sin que nadie se percate, alguien me agarra de la so-lapa de la camisa y me empuja hacia un lado del pasillo. Instintivamente, actúo tal y como lo haría un policía a punto de ser agredido, me preparo para defenderme, retirando el pulgar del agarre del agresor hacia su extensión, haciendo dolorosa la sujeción. Pero, justo a tiempo, me doy cuenta de que la responsable del ataque no es otra que la dueña de aquella mirada curiosa que recibí en el pasillo de las habitaciones antes de entrar al despacho de Paloma.

—¿Han venido por lo de Antonio?

Sus ojos observan detenidamente mi mano sobre la suya y, a pesar del miedo que transmite, no me libera. Martín y el subinspector siguen a lo suyo, cosa que me hace entornar los ojos, un miembro de su equipo podría haber sido agredido frente a sus narices.

—No puede decirles nada, solo puedo hablarlo con usted. —La chica se ha dado cuenta de que estoy decidiendo si alertar a mis compañeros o no. El pelo limpio cae por su cara lavada, con toda la perfecta desinfección que puede esperarse de un hospital, pero que no consigue llegar al detalle de peinar a una persona. Todo es desinfección e higiene pulcra, sin atisbos de concesiones a la originalidad humana.

—Está bien, tranquilícese.

—¿Han venido por lo de Antonio? —repite.

—Así es. —Retiro con delicadeza su mano del cuello de mi camisa. Ella cambia el objetivo de su agarre para estirarse el camisón de hospital. Parece que, pase lo que pase, necesita aferrarse a algo.

Es entonces cuando los dos compañeros que completan mi equipo se dan cuenta de que me han retenido. La mujer se aleja de mí, escondiéndose en el pasillo de las consultas para que no la vean.

—Todo bien, adelantaos —les indico para apaciguarla—. Tranquila, se van.

Jamás diría que esta mujer es frágil, puede ser lo que se espera de alguien ingresado en una planta de Psiquiatría. Tristemente, nuestros prejuicios nos dan dos opciones al juzgar a estos pacientes: la fragilidad o la agresividad. Pero esta chica transmite lucha. Transmite algo a lo que ninguno nos hemos enfrentado y para lo que ella está más preparada que nadie. Algún día podría tener que pedirle ayuda.

—Bueno. —Se coloca un mechón tras la oreja y se tira de las mangas hasta cubrirse las manos—. Quería saber si están preguntando por Antonio.

—Ha acertado.

—Él fue mi compañero, mi amigo de internamiento, más bien. —Se permite media sonrisa—. He visto el estado en el que ha llegado. ¿Se va a poner bien? Lo he visto ahí postrado en la cama, sin moverse. ¿Las drogas otra vez?

—Lo siento, ojalá pudiera decirle algo, pero no se nos permite hablar del caso. Investigamos qué ha ocurrido. Si eran amigos, seguro que lo conocía usted mejor que nadie.

La mujer asiente.

—Antonio era un chico silencioso, eso es algo que yo valoraba. Se puede decir que nuestra comunicación sigilosa fue lo que hizo que forjáramos un mayor compañerismo.

Observo cómo retira la mirada hacia un lado y se rasca el codo. Lo anoto mentalmente, aquí hay algo más.

—¿Puede decirme su nombre?

—Tara. Tara Sánchez. ¿Lo que le ha ocurrido tiene algo que ver con las clases?

—¿Qué clases? Cuéntemelo, por favor.

—Antonio estaba estudiando Historia en la universidad. Era muy inteligente, ¿sabe? Pero sus padres murieron en un accidente de tráfico, no tenía más familia cercana y no le quedó más remedio que dejarlo y ponerse a trabajar. Comenzó a trabajar en Correos durante un tiempo, como interino, un trabajo modesto, iba tirando. Pero me contó que luego le ocurrió algo muy raro...

Ella sí puede permitirse el juzgarnos. Juzgarnos de imbéciles, además. No teníamos ni idea de este dato. Queda ensimismada, en un mundo que no alcanzo.

—¿Qué ocurrió? —Intento traerla de vuelta.

—Recibió unas cartas extrañas.

Esto no le va a gustar al subinspector. La Indiscreta se regodea en ello. Se está envalentonando al actuar. ¿Debería preocuparme? Es por culpa de este caso, estoy demasiado entusiasmada.

—¿Por qué dice que eran extrañas?

—A raíz de ellas comenzó a elaborar la teoría de que la muerte de sus padres no había sido un accidente y que era su obligación investigarlo. Dijo que las cartas contenían secretos como de otra época, y quería encontrar su origen. Seguía queriendo ser historiador, ¿no? Puede que necesitara algo que le acercara a su vocación o...

—Se está preguntando si estaba loco. —Trago saliva.

—Agente, no me es fácil juzgar la cordura y la locura. Le cuento lo que él tuvo la amabilidad de compartir conmigo, y ahora estoy siendo amable con usted compartiéndolo también. Por el bien de Antonio.

—Disculpe. —La Indiscreta se hace un ovillo, muerta de vergüenza.

—No sé si las cartas provenían de otra época o si estaban relacionadas con la muerte de sus padres, pero sí que puedo asegurarle que se obsesionó con ello, empezó a comprar libros de manera compulsiva y asistía a algunas clases en la universidad como oyente. Esa obsesión llegó a tal punto que decidió tomar anfetaminas y coca, para poder estar despejado y leer, investigar. Ya sabe, ahí fue cuando lo ingresaron aquí.

—¿La doctora Azcárate está al corriente de todo esto? No nos ha querido dar datos sobre la temática del

delirio de Antonio.

—Cuando ingresas aquí, nadie cree lo que dices. Estás tan agitado que las palabras salen inconexas y las ideas tienen tantas curvas que es imposible alinearlas. Aunque confías en que los demás te concedan la gracia de la credibilidad —añade con tristeza—. Una vez que Antonio mejoró, se inventó una historia para dar explicación a su delirio, para satisfacer al personal, pero en realidad nunca dejó de creer en la historia de esas cartas. Quería seguir investigando la muerte de sus padres y para eso debía salir del hospital. ¿Sinceramente?... creo que tuvo ayuda desde dentro.

—¿A qué se refiere?

—La doctora Azcárate es hábil, créame, así que alguien tuvo que ayudar a Antonio a organizar una historia verosímil para poder salir de aquí. Le guiaron.

Tal como haría un titiritero.

—¿Qué historia era esa?

—Medio mentira, medio verdad. Dijo que la muerte de sus padres le obligó a abandonar la universidad y estudiar por su cuenta, que era duro compaginar todo con el trabajo y que por ello acudió a las drogas, que perdió la cabeza y cayó en el delirio de las cartas, pero que estas nunca existieron.

—Me parece un discurso lógico.

—Por eso creo que alguien le ayudó desde dentro a preparar las respuestas, todos los puntos débiles. Le repito que Antonio no dejó de creer que esas cartas estaban relacionadas con la muerte de sus padres y no pretendía dejar la investigación una vez saliese de aquí.

—¿También mintió sobre su intención de no volver a consumir anfetaminas?

—No. De eso sí salió convencido. Pero mírelo ahora... ¿Está así por las drogas? ¿Ha vuelto a caer?

Tara se muestra compungida. Sé que no debería dar detalles del caso, pero me siento en deuda por su valentía y la Indiscreta me acompaña esta vez.

Ocho pelos.

—No lo sabemos. —Tara aumenta en sorpresa, pero no disminuye en preocupación.

—Gracias. Guardaré el secreto. —Ha entendido mi encrucijada.

¿Cuál será la enfermedad que padece esta mujer? ¿Estará su testimonio emborronado por los síntomas? ¿Realmente hay un espía interno? Si es así, no puedo confiar información a ningún profesional del hospital. La mirada de Tara me dice que es un testigo válido, pero no tengo pruebas. Es la Indiscreta la que está segura, la que asiente.

—¿Usted recibe también ayuda de alguien de dentro?

En ese preciso instante Paloma sale de su despacho. Intenta petrificarme con una mirada gélida; del amable gesto que nos acogió, poco queda.

—No debería usted interrogar a mi paciente sin supervisión. Tampoco tiene una orden para esto, ¿verdad?

—No la estoy interrogando. Ella es quien se ha dirigido a mí, y solo charlábamos.

—No debería. —Observa a Tara con más dulzura.

Estado catatónico. Cuando me hablaron de «problemas psicomotores graves» no me imaginaba esto. Antonio está postrado en la cama. Cualquiera —yo, por ejemplo— habría pensado que estaría como cuando Blancanieves esperaba su beso para despertar, pero cualquiera a veces no tiene razón. Un pie desnudo asoma entre las sábanas, y sus dedos se extienden de manera anormal, aunque no tan anormal como el giro de su rodilla. La otra pierna sí parece estar en paz, lo que descoloca aún más el conjunto, ya que las dos piernas no bailan la misma danza. Es un cuerpo que se contradice en cada uno de sus ángulos. El brazo

derecho, el que se alinea con la pierna retorcida, se encoge en un gesto que si fuera dinámico golpearía las costillas: una escena en *pause* en la que dan ganas de intervenir para evitar el golpe al volver a darle al *play*. El brazo izquierdo se extiende hacia adelante y ambas manos, igual que en la escena del crimen —tal vez lo esté rememorando—, se muestran vueltas con las palmas hacia arriba. Una mirada furtiva que parece dirigirse hacia la punta de los pies es el único vestigio de vida que se detecta en este cuerpo torturado.

—Disculpen —Paloma coge el teléfono de la habitación—, ¿podrían acercarse a la habitación 212?

Todos estamos tan catatónicos como Antonio, y no soy consciente del tiempo que realmente transcurre desde la llamada a la llegada del personal sanitario, que saluda sin obtener respuesta por nuestra parte.

Una mujer coge un frasquito de un cajón y echa unas gotas, supongo que suero, en los ojos de Antonio. Procura bajarle los párpados y hablarle durante todo el proceso, explicándole cada paso que va dando. No podemos olvidar que este hombre postrado está vivo y puede que consciente. El enfermero que nos acompañó a la consulta de Paloma procura cuidar y movilizar las articulaciones de Antonio, intentando con escaso éxito dotar a sus extremidades de algo parecido a una colocación digna.

—Estos pacientes sufren importantes dolores y contracciones debido a las posturas que adoptan durante largo tiempo —explica Paloma.

—¿Esa postura...? —¿Cómo lo pregunto?—. Es decir... ¿Esa postura la ha elegido él? —No estoy segura de haberlo dicho correctamente, no estoy a la altura de las circunstancias. Mierda. Voy a estar a la altura de las circunstancias—. ¿Es una postura voluntaria?

—Bueno, adoptan posturas por sí mismos, sin que nadie los movilice; pero sin intención o voluntad alguna, créame. —Lo que yo creo es que esas palmas hacia arriba siguen intentando abrir el ataúd.

Paloma se retira la abundante mata de pelo de la cara, se coge una coleta y se acerca a observar la carpeta que seguramente detalle las dosis de medicación de Antonio.

Todos los superpolicías estamos aquí pasmados, sin poder digerir la escena, mientras el heroico personal sanitario sigue con sus tareas atendiendo a este hombre, que, insisto, está vivo. En un momento dado retiran el brazo de Antonio, alzándolo ligeramente para recolocar las sábanas. Pues bien, el brazo se queda ahí donde lo han dejado. Levita en el aire, colaborando para que estiren los pliegues de su cama. Las cejas del subinspector, las cejas de Martín y mis cejas se arquean. Todas ellas a la vez. A Paloma no le pasa desapercibido.

—Flexibilidad c rea. A veces pueden llegar a mantener durante un determinado tiempo la misma postura que se les ha impuesto tras la movilización pasiva.

— Como un muñeco? —digo. Como un muñeco movido por un titiritero.

—Exacto. Antonio recibe asistencia de fisioterapia varias veces al día, debemos ser cautos a la hora de movilizarlo, porque sus posturas son realmente, permitidme el término, antinaturales, y...

— Es capaz de hablar? —interrumpo a Paloma. Igual a nadie se le ha ocurrido preguntarle a Antonio si tiene algo que decir. Yo qué s ...

—No.

—No —repite Antonio.

Tres meses antes de la aparición del cuerpo de Antonio

Desde mi viaje a Sevilla no siento absolutamente nada. Un bloqueo, una extrema lejanía con mi antigua y frágil yo. No necesito rememorar los detalles del asesinato, ni deleitarme con ellos, lo que realmente me hace sentir así de bien es que la antigua Ada teme tanto a la nueva que no quiere salir.

A veces me pregunto si estoy en un estado de *shock* o si esta mujer es realmente quien soy y quien he sido siempre: la Vieja Conocida. La reconozco vivamente como mía, me ha acompañado desde la infancia, y es ya una silueta nítida. Me siento cómoda, tranquila.  Tuvo Iker tanta influencia en mí como para llevarme por otro camino? Por el buen camino, dirían los desconocedores de la Vieja Conocida, de la inercia de la

personalidad que se auguraba en mi infancia. Era feliz siendo la antigua Ada en compañía de Iker, pero, sin él, solo puedo ser fiel a mí misma en mi parte más lóbrega. Acompañada de emociones como la del asesinato.

Frío. Sigo viviendo en casa de mis padres, en este barrio apartado que bien podría ser un pueblo. Paseo por el jardín que rodea el frontón donde unos niños juegan con una pala y una pelota. Yo también solía jugar con mi hermano. Mi hermano, que habría sufrido si yo hubiera acabado con mi vida.

A mi derecha, un estrecho riachuelo que fluye sin sentido, porque no se sabe muy bien dónde empieza y dónde acaba, y es más bien una fosa o un canal de agua estancada. Solía coger muestras de agua para examinarlas en el microscopio que me regaló mi tío Javier, siempre he sido curiosa. Sobre el riachuelo hay una explanada ajardinada que en su día fue silvestre, allí me tumbaba entre dientes de león y alguna amapola victoriosa, pero con la llegada de los chalés se convirtió en un civilizado parque de columpios. Todos estos recuerdos parecen de otra vida, de otra persona y, aunque los tengo en mi memoria e incluso recuerdo las emociones que me hacían sentir, no me pertenecen. Sigo inmune, fría.

Salgo del jardín para acercarme a la plazuela en la que, como solo hay una casa —una de las pocas casas de pueblo que quedan—, parece que sea de su propiedad. Cada vez que jugaba en esa plaza, sobre mí caía la mirada de la dueña, que de vez en cuando te regalaba galletas. En el centro hay una fuente, pruebo de nuevo esa agua con sabor a lápiz. El gusto a veces trae más recuerdos que la vista. ¿Qué estoy haciendo? Vuelvo a experimentar mi mundo porque la Conocida tiene una pizarra en blanco preparada para anotar las características de mi nueva personalidad.

Me seco la boca con la manga de la camisa y veo aparecer a la dueña de la casa, la abuelita que para mí siempre ha sido abuelita y que se sentaba a tomar el sol en esta plaza que el ayuntamiento mantiene prácticamente para ella. Viene de hacer la compra, veo cómo empuja el carro con esfuerzo, pensando si sigue pudiendo acarrear el mismo peso que cuando tenía veinte años menos. Me acerco a ayudarla.

—Gracias, cariño.

Si para mí siempre ha sido una abuelita, para ella yo siempre he sido una niña. Me sujeta del codo con sus manos arrugadas y tiernas.

—No hay de qué, no es ninguna molestia.

—Cuánto siento la muerte de Iker, estas cosas no deberían suceder.

Sabe que va a dejar este mundo y que su presencia en él no habrá ayudado

a acabar con la injusticia. Sin embargo, yo sí lo he conseguido. Cuando me vaya, habrá un ser despreciable menos en el mundo.

Ni el hecho de ayudarla ni el cariño que la abuelita me muestra cambian nada en mí. Parece que esta información no es suficientemente relevante como para figurar en la pizarra blanca que soy ahora. Si la he ayudado con la compra, ha sido por puro automatismo o puede que para fingir; nadie debe darse cuenta de que Ada murió y de que esto es solo una careta. Y si he sentido la ternura de sus manos, esa ternura solo ha llegado a tocar mi piel. Apenas para que el mensaje sensorial llegue a mi cerebro, lo procese y lo mande a un recóndito lugar que desconozco y sigo queriendo desconocer. ¿Sufro los síntomas de un psicópata? En cualquier caso, no sufro, disfruto.

Hice algo tan brutal, tan en contra de mi antigua identidad, que la congelé para siempre. Como un miembro entumecido por el frío, en realidad siento que ya no forma parte de mí. La vida es apacible y tiene un futuro, no importa que sea oscuro porque me conecta conmigo misma. Me gusta lo que hice, el vértigo de saltarme la línea. La línea del todo. Es el único valor que empieza a formar mi nueva identidad. Lo anoto en mi pizarra.

Hoy he decidido pasear hacia el viejo árbol donde, con apenas siete años, trepaba, saltaba y me acurrucaba. «*Ama*, me voy al árbol», le decía, así de contundente era su nombre. Tenía dos ramas perfectamente dispuestas a modo de horquilla y allí me pasaba horas y horas imaginando que era una pantera que se adormilaba entre la rugosidad de la corteza, espantando moscas con la cola. Resulta que el árbol ya no está. Lo han arrancado de raíz. De la misma manera que yo he arrancado mis raíces, por eso no siento desazón al ver que ha desaparecido. La desazón no ocupará espacio en la pizarra.

Siendo niña me sentía orgullosa de ser curiosa, era lo que los demás llamaban «una niña traviesa». A veces, una niña mala. Lo que no saben es que la maldad no es mala en toda su esencia. Hay una parte de aprendizaje al explorarla. Me dan asco las ideas preconcebidas. Me dan asco las comparaciones. Si alguien compara, es que no puede ver lo que tiene delante, busca referencias que le guíen hasta llegar a su conclusión. Pero me sorprende estar sintiendo este tipo de rabia. Me aleja en cierta medida de la frialdad. Y por nada del mundo quiero perderla. ¿Qué importa la estupidez de los demás? ¿Qué importan los demás? Eso es lo que quiero anotar con rotulador permanente.

Un día jugaba con mis muñecas, tan cursis, y a una de ellas se le cayó la

cabeza.

Me reí tanto con la grotesca escena que a partir de entonces me escondía en los armarios para jugar a inventar las diferentes maneras en las que una persona puede perder la cabeza. Físicamente. Literalmente. En mis periplos, me escondía de los demás porque sabía que estaba mal. Con las lagartijas hubo una evolución del juego: usé sus cabezas para atormentar a los demás. Qué tiempos. Cojo el rotulador para anotar en mi pizarra blanca: *En mi infancia ya disfrutaba con lo que estaba mal.*

¿Acaso no hemos explorado todos el lado ambiguo de lo correcto? ¿Alguien más ha cortado la cabeza a una lagartija alguna vez solo por ver lo que había dentro? No puedo creer que la respuesta sea que no. Debe de haber alguien más por ahí que tenga oculta a su propia Vieja Conocida.

Ayer fue un día curioso. Una niña que frisaba la adolescencia paseaba a su perro. Como esto es como un pueblo, las correas no son necesarias. La niña lanzaba una pelota para que el perro la recogiera y esta salió del jardín al mismo tiempo que arrancaba un camión de reparto con prisas por entregar la mercancía a tiempo. La escena se veía venir, la anticipé como en una película: la niña correría para salvar la vida del perro pensando que era igual de importante que la suya o puede que pensando, adolescente como era, que ella no podía morir. No hice nada. Me quedé allí parada, no porque me bloquearan los nervios, sino porque esperaba ver cómo terminaba la película. Incluso me relamí un segundo pensando que, si había heridos, iría al rescate; no como una buena ciudadana, sino para ver si había suerte y me manchaba las manos con un poco de sangre y de adrenalina. No es que me apeteciera que la niña o el perro sufrieran. Eso no me importaba tanto como que ocurriese algo impactante, parecido a lo que ocurrió en Sevilla, que mantuviera este estado emocional embotado añadiendo otra pincelada de información sobre mi nueva identidad, saber quién es la nueva Ada y qué cosas le gustan. Pero en el último instante mi reacción fue la de gritar, avisar a la niña. Así que evite el accidente. Incluso el perro se salvó. Mierda, algo no encaja. Esto no es frío.

Templado.

—Pon la mesa, hija —me pide mi madre.

Antes de mi viaje de resurrección a Sevilla, me molestaba cualquier cosa sin importancia que me hiciese recordar que volvía a mi infancia, al momento en el que Iker irrumpió en mi vida. Ahora, simplemente, pongo la mesa. Sin recuerdos dolorosos.

He elaborado una estrategia para que la gente no sospeche. Cuando ellos sonrían, yo sonrío inmediatamente después. Como un espejo retardado. He leído en algún lado que hay que arrugar bien los ojos para que la sonrisa parezca real. Pues eso, los arrugo. De vez en cuando me echo jabón en ellos para que parezca que he llorado. No sería creíble que mi mejoría fuera tan repentina tras mi viaje, no son tontos. También he hecho un calendario en el que he planificado un aumento de actividades sociales, paulatinamente, y también un plan para engordar. Ni se me pasa por la cabeza que la policía pueda descubrirme, porque no me interesa en absoluto lo que pueda pasarme, no tengo miedo. Morir sigue sin darme miedo. Y sin el miedo, no sueles anticipar catástrofes.

Tras la cena, me tumbo en el sofá a ver la televisión junto a mis padres, observo el hueco vacío que ha dejado mi hermano. Él mantiene su vida como siempre, intacta a pesar de la muerte de Iker. Como predijo mi antigua yo, la gente seguiría con sus vidas, y el amor que me daban, ese que me rodeaba dando saltitos, que me arrojaba o que me empujaba, ya no está tan cerca. Es lo normal, y mi estrategia para dejar de necesitarlos, simplemente genial. He muerto sin que ellos sufran.

—¡Ah! Casi se me olvida —dice mi padre dando un respingo en el sofá. Se acerca al recibidor y me muestra una carta. Inmediatamente reconozco la caligrafía, la pluma, la tinta, el ciprés—. ¿No vas a abrirla?

Le muestro el sobre.

—¿Qué te parece que es?

—¿Una carta medieval?

—Un intento original de promocionar productos de belleza. Es un catálogo de ofertas.

Dejo el sobre en el taquillón con un «luego, si tengo tiempo, lo miro», cuando en realidad me encantaría poder devorarla ahora mismo. No me ha gustado mi reacción. Esto que he sentido es inquietud, lo más intenso que he sentido en mucho tiempo. No quiero una nueva Ada inquieta. La quiero tranquila. Serena. Fría.

Una vez en la soledad de mi habitación, abro el sobre y comienzo a leer aquello que el Ciprés («el Ciprés», ya los llamo así) quiere contarme. Lo primero que me sorprende es que, además de la nota habitual, haya dentro un folleto con un muestrario de tatuajes.

Querida Ada:

Vemos que ya has descubierto la oscuridad. Pero debemos advertirte: un

ser oculto en las tinieblas debe tener a la inteligencia, la elegancia y la agilidad por compañeras. En Sevilla fuiste torpe. Podemos ayudarte a mantenerte en esta oscuridad. Solo necesitamos que nos des la señal.



Ni me gusta la inquietud que siento ahora, ni me gusta que el Ciprés venga a removerme por dentro. Tan solo quiero sentir el frío. «Podemos ayudarte a mantenerte en esta oscuridad». ¿Y por qué iba a necesitar su ayuda? Me valgo sola, ¿no? El pánico tampoco me gusta. Quemo la carta y arrojo sus cenizas por la ventana. No más misterios, ni preguntas sobre cómo o quiénes me conocen tanto. Incluso soy capaz de olvidarme de que, a lo que parece, hay testigos del asesinato. Necesito la fuerza de la Conocida y tengo la inevitable sensación de que la voy perdiendo.

Me quedo dormida. Rápidamente, porque no quiero dar tiempo a que nada ocupe mi mente. Me sumerjo en un paisaje nocturno, camino en un prado con las estrellas y la ciudad de fondo. Frente a mí aparece una figura, primero a lo lejos; sé que es un ser mágico, y me ilusiona al mismo tiempo que me inquieta, no sé cómo va a reaccionar ante mi presencia. Conforme se acerca, puedo ver que se trata de un animal de cuatro patas que camina con un balanceo rítmico, un caballo. Mi inquietud va en aumento, se va aproximando y con él una luz, me siento agradecida, va a permitir que me acerque a él. Es un ser mágico que solo su presencia me honra, me perdona y me bendice de alguna manera. Pero sigo sintiendo una punzada de miedo, como si en cualquier momento mi suerte pudiese cambiar. Arranco un puñado de hierba para darle de comer, y él me corresponde acariciando mi mano con el morro.

—Gracias por dejarme estar a tu lado. Gracias por liberarme. Gracias por perdonarme.

En ese preciso momento, cumbre de felicidad, las patas delanteras se transforman en unos horribles bracitos que hacen colocarse al caballo en posición bípeda, con forma humanoide, y su rostro abandona la placidez, en el morro puntiagudo se extiende una sonrisa sádica. Siento el peligro inminente. De fondo, cipreses. Despierto bañada en sudor, creo que incluso

he gritado. Miro a mi alrededor con pánico, me da miedo que ese ser esté a mi lado, escondido en la oscuridad. No puedo volver a dormirme ni salir de la cama, él puede estar esperando. No es una sensación vaga, es que estoy segura de que está al fondo del pasillo y, si cierro los ojos, estará también en mis sueños. Parecía que me concedía la redención, pero en vez de eso me está acechando.

Juro que tengo un miedo real a que aparezca, aun estando despierta. Puede que prefiera mearme encima que salir del edredón.

Mierda, no me gusta sentir este miedo; aun siendo una maldita pesadilla, me ha calado hasta los huesos, y puede ser síntoma de que una pieza en mi engranaje emocional está empezando a moverse. Y si esta se mueve, conectada al resto de ruedas, girará y pondrá en marcha piezas más grandes hasta hacerme sentir de nuevo. Sentir el frío. Esto ya está templado.

—Creo que estoy preparada para volver a casa —anuncio en la merienda.

—¿Estás segura? —contesta mi madre dejando de echar café en la taza.

La animo a terminar la tarea con un gesto.

—Algún día tendré que hacerlo.

—¿Tan cerca de las Navidades?

Los especialistas los han alertado de que las fechas señaladas son importantes, un factor de riesgo en mi situación. Con «riesgo» quieren decir «suicidio». Pero qué coño me importan a mí las Navidades.

—*Ama*, yo pasaba todos los días del año con Iker. Las Navidades tenían sentido para mí porque nos juntábamos toda la familia. Lo que quiero decir es que no me recuerdan especialmente a él.

—Siempre puede volver, cuando quiera —añade mi padre.

—Podría empezar probando con los fines de semana. Si veo que todo marcha, iré ampliando.

Esto también entraba en mi programación, junto con la dieta para engordar y las relaciones sociales.

—Es buena idea, lo de ir progresivamente, me refiero —admite mi madre con esa medio sonrisa que pone cuando sabe que algo es difícil pero que lo suyo es hacerlo—. Tienes magdalenas recién hechas. —Y zanja el tema con dulzura. La de una magdalena.

—Le diré a Maite que me acompañe la primera noche.

—Mejor aún. —Me da un beso en la frente.

He preparado una pequeña maleta y Maite me espera en el coche. Acierta al no intentar distraerme con su cháchara. Conforme me alejo de casa de mis

padres, del barrio de mi infancia, tengo la sensación de estar avanzando, y me sonrío mientras desempañó el cristal con la mano. Igual que he desempañado a mi nueva yo.

Me acerco a mi antigua calle, estoy más o menos tranquila. Menos «más» que más «menos». Veo las tiendas donde Iker y yo hacíamos la compra y me agarro a las sensaciones de la nueva Ada para que todo me importe una mierda. Pero siento un retortijón cuando Maite consigue aparcar y me ayuda a bajar la maleta. Una cosa es ver la escena desde un coche y otra bajar de él en medio de la tempestad. ¿Qué esperaba? ¿No sentir nada? Eso era lo que esperaba, mierda. Ese estúpido ser de la pesadilla, esa especie de caballo monstruoso, viene a mi mente tan claramente como si fuera real. En realidad está ahí mismo, se materializa.

—¿Estás bien? —Maite me coge el asa de la maleta, porque no he dado ni un solo paso. Si sintiera el horror de ese ser mitológico, ella tampoco lo haría.

—Estoy bien, gracias. —Procuro centrarme en su sonrisa para poder copiarla. Eso lo he aprendido bien. Y lo consigo.

A veces pienso que mi piel se ha convertido en una especie de masa que va copiando los gestos de los de alrededor, moldeándose en la imitación hasta la más pequeña arruga.

Vista al suelo, evitando la mirada directa del caballo bípedo que cae sobre mí, llego hasta el portal de casa y una vez aquí decido subir por las escaleras.

—¿Qué haces?

—Me cuesta explicarme. Me cuesta explicarme hasta a mí misma. Ese es el ascensor que compartía con Iker. Siempre, siempre le daba un beso. No podía evitarlo, estando en un espacio tan reducido. ¿Por qué necesito eludir los recuerdos de Iker si se supone que ya soy inmune a su influencia? No debería tener que defenderme de esa vida, la he superado. La Conocida se muestra ante mí como en una pantalla de televisor mal sintonizada. Vibra en blanco y negro, perdiendo nitidez.

Escudriño las escaleras oscuras, el caballo podría estar al fondo. Lo siento en cada hueso, tendón, partícula de mí misma, lo juro. Es un peligro real.

—Es solo que... Bueno, solía subir con Iker en el ascensor y ahora prefiero

hacerlo por las escaleras.

Hacer las cosas de diferente manera, hacerlas como la antigua Ada jamás las hizo, me evitará estas incómodas emociones. ¿O estoy huyendo?

—¿Crees que ha sido una buena idea venir?

Si no puedo soportar estar en el mismo ascensor que compartía con Iker, ¿cómo voy a estar en la casa donde vivíamos? Mierda, no lo estoy consiguiendo.

—Tengo que probar.

—Te cojo la maleta.

Se lo agradezco, porque si tengo que moverme acechada por un ser llegado de las sombras más profundas de mi ser, mis pesadillas, prefiero hacerlo ligera de peso. Tal vez tenga que echar a correr. Jamás se sabe qué es una pesadilla hasta que te persigue estando despierta. Es terror en vivo. No importa dónde vayas, en la vigilia y en el sueño te espera el mismo horror.

Consigo subir las escaleras en máxima tensión y me siento tan aliviada de haber sorteado al caballo que no me preparo para lo que me espera tras la puerta de casa: el aroma de Iker. ¡Maldita sea! ¡Pero si ya sabía que seguía viviendo aquí! Su aroma me atiza en la cara, me hace caer de bruces. No quiere compartir el sofá conmigo. El ser mitológico me cocea el estómago con sus pezuñas mostrando su enojo. Las lágrimas me ruedan por las mejillas como si fueran sangre. ¡Que me desangro!

¿Pero no había, yo misma, desaparecido? Me hago un ovillo y me dejo caer al suelo. Maite me recoge con sus brazos.

—¡Déjame! —le grito hecha una furia—. ¿Por qué cojones sigue oliendo como él? ¿Hace cuánto se ha marchado?

—Ada, cuando hicimos la mudanza, nos pediste que no tocáramos sus cosas.

Es su ropa la que huele así. Maite vuelve a intentar arroparme con sus brazos.

—¡Que me dejes he dicho!

Nadie puede comprender lo que siento, nadie puede entender lo sola que estoy. Nadie puede entender lo cerca que he estado de la resurrección. ¡Y los odio a todos! Están ciegos con sus estúpidas vidas, ajenos a la profundidad de lo que yo siento. El maldito caballo, convertido en un ser bípedo, monstruoso, se ríe de mí y con sus extrañas patitas delanteras ensordece cualquier cosa que Maite pueda decir, e incluso consigue sobreponerse a mi llanto con su terrorífica risa.

—Vámonos, Ada. No puedes quedarte aquí.

—¡Que me dejes en paz! ¡Lárgate!

Ella tiene su vida perfecta, y yo solo seré una anécdota en su día, algo que contar a su novio cuando llegue a casa. Bueno, sí, una anécdota que a lo mejor le impedirá dormir hoy, pero algo con lo que podrá seguir viva. Me levanto para, con toda mi rabia, sacarla de casa a empujones, ella se resiste. Nunca la había visto enfrentarse a mí de esta manera. Me rindo y vuelvo a caer al suelo. —¿Qué ha ocurrido? —dice.

—Joder... No puedo soportarlo... Huele como si aún estuviera aquí y fuera a entrar por la puerta en cualquier momento. —Me mareo. El jodido ser sigue a mi lado. La Conocida vuelve a ser la Vieja Conocida. Está a punto de desaparecer.

Cierro los ojos y procuro concentrarme, serenarme. He perdido el control de manera desbocada, no puedo permitírmelo. Busco el vacío, me agarro a las escenas del asesinato. Quiero verme como la asesina que sé que soy, pero es la antigua Ada quien ha cogido las riendas y ve lo ocurrido en Sevilla como mera espectadora, no se identifica con ella. Nos hemos vuelto a intercambiar. ¡Joder!

—Vámonos, Ada.

—Espera, por favor, tengo que conseguirlo, dame una oportunidad.

¿Qué es lo que conecta a las dos Adas? ¿Cuál es el puente que debo cruzar para volver a la Ada que disfrutó matando en Sevilla? Iker. Él es el factor que nos une, pero también el que nos separa. Si Iker supiera lo que hice. Si Iker conociera el monstruo que llevo dentro... Ahora soy alguien despreciable, alguien a quien él no echaría de menos. Y él sería alguien a quien yo no echaría de menos, con su repe-lente moral. Repelente porque es como la de todos y no desafía nada. Yo soy alguien desafiante ahora, alguien que tiene todas las opciones de este mundo para volver a crearse. Él, que fue el arquitecto de lo que fui, si ahora viera su obra, me escupiría. Soy alguien a quien Iker odiaría. Esa es la tecla que tengo que pulsar.

Levanto la mirada.

—¿Mejor? —Maite confunde «mejor» con «muerta». Pero...

—Sí.

—No podemos pasar aquí la noche, ¿lo sabes?

—Alquilaré un piso. —Uno que Iker odiase.

Todo empezó con la estúpida jodida nota del Ciprés. Eso es lo que creo.

Trajo las pesadillas y quebró el paréntesis de tranquilidad que tan costosamente había conseguido matando. El Ciprés me hizo una pregunta, removi6 mi curiosidad, removiendo así todo lo demás. Es inexplicable cómo supieron de mí en la planta de Psiquiatría del hospital, cómo me siguieron hasta Sevilla y cómo supieron lo que hice. Pero eso no es lo más extraño, lo más extraño es cómo cojones sabían que, si me tentaban con la oscuridad, yo caería. «Podemos ayudarte a mantenerte en esta oscuridad». ¡Esa es la maldita cuestión! ¿Acaso dependo de ellos para ser la nueva Ada? Quise demostrarme a mí misma que podría avanzar sola, me precipité: volví a casa, a mi hogar, y finalmente sucumbí de nuevo al recuerdo de Iker. Y ahora vuelvo a ser un puro tembleque de inestabilidad, me da miedo vibrar demasiado fuerte por si mis partículas vuelven a su ser anterior, como si el asesinato no sirviese para nada. Joder, todo el día así, sumida en la duda. Ya no tengo que enjabonarme los ojos para aparentar que he llorado.

Soy una funámbula. Sonámbula y funámbula. Se les llama funámbulos a los acróbatas que, descalzos, realizan ejercicios sobre una cuerda floja. Entre las dificultades a las que se enfrentan estas personas están la de caminar de espaldas, hacer equilibrios en un solo pie, arrodillarse, levantarse, sentarse e incluso hacer malabares sobre ella. A veces usan hasta bicicletas. Pues yo hago todas las jodidas cosas de mi vida sobre esta cuerda floja. Incluso mear.

No habría sido la persona que fui si no fuera por su amor. Su amor era tan poderoso como un agujero negro reforzado con imanes, lazos, polos distintos, cuerda, velcro, cinta adhesiva, pegamento, tornillos, simbiosis. Todo lo que pueda unirte. Pero no lo culpo, es decir, lo que me dio fue la felicidad. Iker no tenía motivos para sonreír, él sonreía siempre, a excepción de los momentos en que había motivo para no hacerlo. No sé si se entiende la diferencia. Su estado natural era la sonrisa. No me costaba creer que todo tenía luz, no una luz de arcoíris, no una luz ñoña, sino una vida plena. Parece que, de la misma manera que palpo la oscuridad, era capaz de palpar el amor.

Estoy a punto de llegar al límite del descontrol, pero en la visita a mi antigua casa encontré la forma de serenarme: tengo que convertirme en alguien que Iker odiase hasta abandonarme.

Tengo que desafiar a mi marido muerto.

Despierto de golpe. Realmente no sé si he llegado a dormirme, porque desde que apareció, cada instante del día temo la presencia del caballo bípedo. Joder, me doy cuenta de que estoy llorando sin saber siquiera por qué. Doy un respingo, me ha parecido sentir una caricia en la palma de mi

mano. ¡Iker!

Y su calor, y su mano grande y tierna. Y su sonrisa esquinada con esos ojos tiernos mientras sus dedos se movían sobre mi piel. ¿Cómo voy a desafiarte?... ¡Iker! Lloro porque, estrellándome contra la realidad, he comprendido que es imposible que sea él quien me esté agarrando de la mano. Debo de estar volviéndome loca y mis emociones siguen jugando con la posibilidad de que esté vivo mientras mi cerebro sabe que es imposible. La sensación de la caricia ha mandado esta vez más que el raciocinio: me he quedado dormida con una mano sobre la otra, creando en sueños la sensación de que alguien me la agarraba. Y me agarra, pero es un ciprés. No puedo mantenerme fría, ni siquiera templada, sin ayuda. Y lo sabían.

O lo provocaron.

Caliente. Nochebuena en casa de mis padres. Juro que me parece escuchar de fondo una canción de piano lenta. Tan lenta como los movimientos que hacen las personas a mi alrededor. Tan lentos que a veces creo que se quedan quietos. Me muevo entre lagunas y conexiones.

La cabeza se me va y vuelve cuando me preguntan si quiero más gambas. Observo uno a uno a los comensales. Sorbo de vino. Mantienen conversaciones varias. Yo antes tenía una opinión sobre todas esas cosas. Sorbo de vino. La antigua Ada sabe que ellos son la única razón por la que no me mato. Sorbo de vino. Pero a veces siento un odio extremo, me fastidia que puedan seguir con sus vidas mientras yo muero por dentro ahogándome en emociones que nadie más puede comprender, y yo tampoco sé expresarlas. Sorbo de vino. Este es el pensamiento que más se acerca a la desaparecida Vieja Conocida. Estoy posponiendo mi suicidio y cada vez tiene menos sentido que lo haga por ellos. No me quedan fuerzas ni quiero agarrarme a la vida, apenas me quedan fuerzas para ser yo misma.

Se escucha un tintineo. Mi primo Unai golpea una copa con una cucharilla.

—¡Atención todos! Mitxel tiene algo que decir.

Mi hermano se sonroja, y mi cuñada también. Mierda, mierda. Joder. Sorbo de vino.

—¿Será cierto...? —Mi madre se adelanta a la noticia.

Yo, sorbo de vino. Copa de vino. Mi madre es feliz. Mi padre es feliz. Mi hermano es feliz. Mi familia es feliz. No puedo respirar.

—Estamos embarazados. —Mitxel confirma lo que todos ya habíamos supuesto—. Vais a ser abuelos y tú, Ada, vas a ser tía.

No sé cómo lo hago, juro que no sé de dónde saco las fuerzas para que mis

lágrimas se disfracen de felicidad. Tengo una opresión en el pecho que me explotará. Una frase muy usada, sí. Pero de tan usada que está, nadie se para a sentirla hasta que la vida le hace ver que las frases hechas a veces son más exactas que los logaritmos. Es una explosión que no sabes de dónde va a salir, si es que va a explotar o a implosionar.

Me alegro por mi hermano, por mi familia, incluso me alegro por mí. Voy a ser tía. Pero nunca seré madre de un hijo de Iker. Nunca. Este mundo no conocerá una nueva versión de nosotros, la mezcla de sus ojos y de los míos. ¡No nacerá jamás! Y era una persona a la que ya amaba. Empiezo a coger bocanadas de aire. Pienso en mi hijo... Un recuerdo del futuro. Recuerdo sus manitas, recuerdo sus ojos achinados y la curva de sus cejas, recuerdo su nariz redondita y recuerdo cómo Iker lo cogería en volandas.

Quiero a Iker y quiero todo lo que me prometió que tendría en esta vida. No quiero provocarle, no quiero que me repudie, no puedo desafiar a mi marido. La necesidad de coger aire se vuelve más urgente. Vomito. Ahí, al lado de las gambas.

Todos me miran con preocupación.

—Lo... Lo siento.

Saben que luché entre la alegría y la pena. Mi hermano me mira incluso con un gesto de culpa. ¡Lo que faltaba! Soy un puñetero estorbo en la felicidad de todos.

A duras penas, me tambaleo hacia el baño para seguir vomitando. Sé que nada tiene que ver con el alcohol. Vomito para buscar otra manera de desaparecer. Tal vez sacando las entrañas de adentro hacia afuera. Cuando veo que es misión imposible, me encierro en mi cuarto.

Mis padres y mi hermano no tardan en aparecer. Mi madre trae una pastilla «de rescate», que llaman, una pauta extra de medicación para momentos de ansiedad. Pero no suficiente rescate para el propósito de acabar con mi vida. Me dan un beso y se van, aunque mi hermano se queda a mi lado un segundo más.

—¿Estás bien?

—Siento haberte estropeado la noticia.

—No sabíamos si debíamos darla.

—Mira, Mitxel, no podéis andaros con remilgos toda la vida. Me alegro mucho por ti, te lo aseguro. Puede que ahora me haya impactado, pero se me pasará, te agradezco que me hagáis tía y estoy muy orgullosa. —Decidido. Acabaré con mi vida—. Solo espero que me perdones.

—¿Que te perdone qué? —La medicación ha hablado por mí. Se me ha escapado parte de mi plan. Qué listo es.

—Que me perdonen que os haya aguantado la fiesta. Me voy a dormir, pide disculpas de mi parte y celebradlo, por favor. Es lo único que quiero —digo antes de caer exhausta.

Mi hermano me da un beso, no suele, y sale de la habitación.

—No me gusta nada esto, *ama* —le escucho decir. Jodidamente listo es.

Todos se han marchado ya, pero mis padres se han pasado media hora susurrando tras mi puerta. Temía que quisieran hacer guardia, pero ya se han acostado y me escapo a hurtadillas. Estoy más que decidida a hacerlo de una vez.

En mi casa. En nuestro hogar, el de Iker y el mío. Esta vez su aroma me da la bienvenida, porque sabe que sobrevivirá a mi existencia, se quedará con la casa, igual que el maldito sofá, victoriosos. Pero no me importa que esté presente, incluso me acerco a la ropa de Iker para envolverme en ella. Está bien que esto sea lo último que sienta en esta vida. Abro la ventana, coloco mis pies sobre el alféizar. El viento azota mi pelo y empuja mi cuerpo, haciéndolo balancear en el precipicio. La noche sosegada sigue su ritmo a pesar del mío. La gente viene y va de sus cenas familiares. Cierro los ojos.

Un segundo más de vida. Un segundo, porque después saltaré. Se lo dedico a mis seres queridos. Voy a dejar este mundo con el mismo dolor que el que ellos me han causado a mí. Soy un despojo, porque debería poder soportarlo por ellos. Lloro muy fuerte, me sorprende que los de abajo no puedan escucharme. Me sorprende que la ciudad entera no pueda escucharme. En algún lugar, mi hermano, mi madre, mi padre, Maite y mi futuro sobrino respiran en sueños, sin saber dónde estoy y qué voy a hacer. Cuando despierten, les hubiese gustado llegar a tiempo. Lo que no sabrán es que era imposible. No tienen nada que hacer.

Ya está, ese segundo ha pasado. El frío del invierno sigue existiendo, aunque no pueda sentirlo, el viento será la excusa para un último impulso. La Conocida se ha esfumado, y yo quería su ayuda. ¿Y qué opciones me quedan?

—¿Qué opciones? —grito a una foto de familia que está sobre la mesa—. ¿Qué opciones? —repito.

Nunca me había escuchado gritar así. Desgarrarme así. Salto. Pero es un salto pequeñito y, a pesar de haber resbalado, mis manos siguen aferradas al marco superior. Sé que es mi instinto más básico. Darwiniano. Esto de acabar

con tu vida es más difícil de lo que pensaba.

Entonces, escucho un silbido. En la calle hay un hombre que me hace señas para que espere. No me está diciendo un «no te mates», claramente me está diciendo que espere. Como cuando un policía dirige el tráfico. El hombre se acerca al portal y pulsa el timbre. ¿Cómo sabe cuál es mi piso? Me bajo del alféizar para contestar. Algo me ha regalado más segundos de vida. No contestan al otro lado, pero abro igualmente. El ascensor está subiendo. ¿Quién es este hombre?

Al abrirse las puertas, no hay hombre, hay una carta. El Ciprés. Recuerdo la ensalada que me regaló Iker en su día utilizando el mismo método de reparto. No me importa, porque voy a acabar con todo. «Mirad, tan misteriosos, tan extravagantes con esa pluma y esa tinta, ofreciéndome la resurrección...», murmuro cabreada. Me acerco a la ventana, veo al hombre dar la vuelta a la esquina.

—¿Cómo cojones pensáis ayudarme? —Esta última frase la grito a todo pulmón. Y como si me contestara:

Querida Ada:

Te ayudaremos a seguir matando.



Caliente. Vuelvo a casa de madrugada, los primeros rayos de luz despiertan por el horizonte, me da miedo pensar que mis padres hayan notado mi ausencia, entro con sigilo. Gracias, siguen dormidos. Me envuelvo en la ropa de cama. Espero a que ellos se levanten, preparen el desayuno y comiencen a hacer ruido para fingir que he dormido como un tronco toda la noche.

Mis seres queridos me regalaron un segundo antes de saltar, pero el Ciprés me ha regalado la opción de vivir.

En su última carta me pedían un primer paso hacia ellos. *Solo necesitamos que nos des la señal.* La carta venía acompañada de un catálogo de tatuajes, no es difícil, me dieron la pista en Sevilla con ese quiosco de tatuajes de

henna, pero eso ya no les sirve, tengo que hacerme uno de verdad. Pero quemé la carta y el folleto. ¿Adónde me pedían que fuese?

—Buenos días, cariño. —Mi padre me despierta entreabriendo la puerta. Una lágrima asoma cuando pienso que mi padre podría no haber encontrado hoy a su hija—. Son casi las doce y tu madre ha hecho tortitas.

—¿Tortitas? Nunca hacéis tortitas. Si odiáis las tortitas.

—Pero a ti te gustan, ¿no?

—Mucho. —Lo que no saben es que era a Iker a quien le gustaban.

Me pongo las zapatillas de andar por casa y voy hacia la cocina. Es curioso que haga algo como proteger mis pies del frío cuando hace unas horas no me importaba ni mi vida. Tal vez sea la Vieja Conocida, que pretende arrojarme un poco.

—Buenos días, ¿estás mejor? —dice mi madre.

Asiento.

—Pero me gustaría no hablar del tema.

—Toma, tu regalo de Navidad.

—Se me ha olvidado, se me ha olvidado completamente compraros uno a vosotros.

Esto me hace sentir como una piltrafa. Aunque si supieran que les he regalado mi vida, se sentirían más queridos.

—No te preocupes, verás que tu regalo habría llegado con o sin Navidad.

Abro un pequeño paquete que envuelve una caja de terciopelo. Al destaparla, me encuentro con unas llaves.

—¿Qué es esto?

—Son las llaves del piso de tu tía abuela. —Mis padres heredaron hace unos años un piso que alquilan para tener unos ingresos extra.

—¿Y los inquilinos?

—Bueno, no te preocupes por eso. —Mi madre echa una tortita en el plato—. Cuando estés preparada, puedes mudarte allí, hasta que encuentres otro piso.

—Aunque te pedimos, por favor —mi padre me mira con cara de preocupación, se nota que ha estado llorando—, que esperes un tiempo. Ayer nos asustamos un poco.

—Claro, esperaré. Os lo agradezco.

Seguimos comiendo tortitas. Y me paso el resto del día buscando estudios de tatuajes, buscando una pista de hacia dónde debo dirigirme.

Si el Ciprés necesita saber que estoy con ellos, lo haré. Soy su marioneta.

De toda la lista que he hecho, este es el primer local que visito. Una chica joven me atiende en la recepción.

—¿Qué desea?

Su pelo es color plata. El tinte no finge la vejez de las canas, es plateado de verdad. Lo lleva cortado en media melena, lisa, el mechón del lado derecho es más largo que el izquierdo, en un corte despuntado. Sus ojos son muy grandes, puede que un efecto acrecentado por el maquillaje oscuro. No veo tatuajes ni *piercings* por ningún lado; un prejuicio, supongo. Tiene una piel de porcelana, realmente hermosa.

—Venía... Venía... —¿y cómo empiezo esto?— a preguntar sobre... Bueno, me gustaría hacerme un tatuaje.

—¿Tiene alguna idea concreta?

—La verdad es que no.

Sé que quiero hacerme un ciprés, pero primero debo asegurarme de que esta es la tienda correcta. Voy a ciegas.

—Tome, un catálogo. Cuando haya elegido, avíseme.

Reviso las páginas, jamás pensé que estaría en esta situación; me gusta, me encanta: la nueva Ada llevará un tatuaje. El simple hecho de estar en un contexto tan desconocido me quita las ganas de vomitar que tengo desde la cena de Navidad.

No encuentro el ciprés en su oferta.

—Disculpe —llamo a la mujer—. He cambiado de idea.

—¿Nada de su gusto? —Niego con la cabeza—. Tal vez tuviera algo pensado de antemano, podemos también ayudarle a diseñar un tatuaje personalizado.

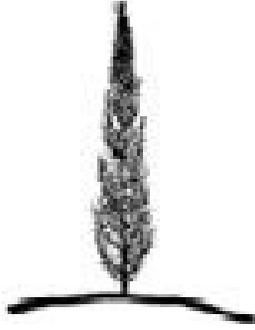
—No, gracias.

Y justo a tiempo:

—¿Tal vez un ciprés? —La mujer mira a los lados, tiene miedo a que alguien la haya escuchado. Despliega rápidamente un papelito con un boceto. Lo tenía preparado.

—¿Cómo...?

—¿Tanto le sorprende la idea? —Mantengo el silencio. Eso es un no—. ¿Este ciprés, por ejemplo?



—Ese ciprés en concreto.

—Espere y enseguida la atenderán.

—Pero, oiga..., puede decirme...

—Espere y enseguida la atenderán.

—Es el primer estudio con el que pruebo —digo pidiendo respuestas.

—Bueno, nos aseguramos de tener ojos en todas partes. ¿Aún no lo ha entendido?

Tiene sentido que el catálogo que llegara a mi casa no diera pistas de posibles ubicaciones; si quieren ayudarme a matar a alguien, querrán quedar en el anonimato también, digo yo. Ahora estoy segura de que la recepcionista también tiene un tatuaje escondido en alguna parte; un ciprés, por ejemplo.

Tras veinte minutos, me hacen pasar a una sala donde otra mujer me espera con la máquina de tatuar en posición de «ya». Es morena y lleva el pelo cogido en dos coletas con las puntas teñidas de rosa, ella sí que cubre su cuerpo de tatuajes y *piercings*.

—Un ciprés, ¿cierto? —Asiento—. Qué extraño, es el segundo que me piden de este mismo modelo y no está en nuestro catálogo.

Entiendo, la tatuadora no está al tanto de lo que realmente sucede.

—¿Hace cuánto se lo pidieron? —Quiero saber con qué frecuencia juega a las marionetas el Ciprés.

—Hace tiempo, unos cuantos meses ya. ¿Has sacado el modelo de algún lado?

—Supongo, lo he visto por ahí.

La mujer de plata asiente con un gesto de complicidad.

¿Cómo se aseguran el silencio de la gente que colabora con el Ciprés? ¿Cómo se asegurarán mi silencio? Sin duda deben de tener un método. ¿Habrá matado la mujer plateada a alguien? Busco en su mirada indicios de que esté tan desesperada como yo.

—¿Dónde lo quiere? —No debe ser visible.

—Bajo el pecho, a la altura de las costillas.

La antigua Ada jamás se hubiese hecho un tatuaje, pero a veces pensó en ello sin propósito real y siempre supo en su imaginación que se lo haría bajo el pecho, justo donde lo he pedido. Tal vez la guía de esa idea fuera la Vieja Conocida.

El dolor del tatuaje, el dolor físico me hace dejar mis pensamientos para centrarme en lo que mi cerebro interpreta como un riesgo vital y de supervivencia. Lo que mi cerebro no sabe es que el verdadero problema para mi supervivencia son los pensamientos, y no las heridas físicas en sí.

—Venga en una semana para ver que no haya infecciones —dice la mujer de plata.

—Mi ayudante es muy precavida, ¿sabe? No tiene por qué darle problemas.

A la salida, a solas con mi cómplice, procuro encontrar nuevas respuestas.

—¿Ahora qué?

—Venga dentro de una semana para ver que no haya infecciones.

A pesar de tener que esperar una semana entera para seguir avanzando, ya me siento mejor. He vuelto a hacer algo que Iker odiaría. Iker odiaba los tatuajes. Lo único que me molesta es que el Ciprés es dueño de mis emociones y ni siquiera me apetece plantearme el motivo por el cual quieren ayudarme a matar gente. Ellos despertaron en mí la inquietud con aquella carta. Y ahora, van a conseguir que me sienta mejor. De nuevo, algo más fría.

Templado.

—Me gustaría visitar a Mitxel y a Sonia —propongo a mis padres—. Tengo que disculparme, les agüé la noticia el día de Navidad.

—Todos lo comprendimos, cariño —contesta mi madre—. No hay nada que perdonar.

—Bueno, me gustaría, es algo que necesito hacer. —Mis padres se sonríen, lo ven como signo de mejoría. Pero, en realidad, quiero saber si soy capaz de enfrentarme de nuevo a la situación que me hizo desquebrajarme, quiero saber si la pro-mesa del Ciprés me ha dado suficiente fuerza.

Sonia y mi hermano abren la puerta con una medio sonrisa. Media sonrisa falsa entera. Claramente desconcertados. Han preparado café y unas pastas. Todo muy protocolario. No es algo que suela hacer mi hermano, así que mi cuñada debe de estar detrás. Nos sentamos y hablamos dos segundos sobre cosas sin importancia, como la velocidad del ascensor o los cambios en la

pintura de la casa. Aprovecho esto último:

—¿Habéis preparado el cuarto del bebé?

Nadie parece querer contestar, puede que mi cuñada sea la más valiente de todos.

—Hemos empezado.

Trago saliva. Mucha gente suele esperar a saber el sexo del bebé para decorar la habitación, pero Iker y yo teníamos claro que eso nos daba igual, y ahora mi hermano y mi cuñada están cumpliendo uno de mis sueños. Nada rosa o azul, nada de flores o coches dependiendo de si es niño o niña. El rosa y el azul están bien para chico y para chica, las flores y el coche están bien para chico y para chica.

—Tengo que disculparme por mi reacción del otro día, fastidié la noticia. Me alegro, de verdad. —Se me humedecen los ojos—. Pero...

—No sé por qué demonios te tienes que disculpar. —Me gusta que mi hermano se enfurezca y no me trate con fragilidad. Así es su amor—. Déjalo ya.

—Tengo que decirlo en voz alta, ¿vale? —Tengo que hacerlo. Puedo hacerlo. Me aprieto con disimulo el tatuaje para que me duela. Me agarraré al dolor físico para despistar a mis pensamientos—. Cuando disteis la noticia, me di cuenta de que jamás tendría un hijo de Iker. Por eso reaccioné de aquella manera. —No es mi mejor momento, pero tengo mi tatuaje para volver a mi versión más fría, tengo mi ciprés—: Me gustaría ver la habitación, si no os importa.

—Claro —contesta Sonia. Mi hermano no parece muy convencido.

Apenas es un cuarto vacío que han comenzado a pintar de un color ligeramente turquesa. Entonces recuerdo. Recuerdos del futuro. El cuarto color melocotón, la cuna de madera y los diferentes vinilos que aún no he llegado a elegir. Vinilos que ocuparían rinconcitos donde el bebé exploraría, y tendría su favorito. Gatearía hacia un mono azul casi más grande que él y se reiría cuando yo fingiese perseguirle y no alcanzarle, hasta llegar a los brazos de su padre, que lo cogería en volandas.

Mi inminente explosión e implosión acaba de llegar, pero procuro sonreír al mismo tiempo que permito dejar caer unas lágrimas.

—Habéis elegido un color bonito.

Volvemos al sofá, al café con pastas. No tengo hambre, pero procuro comer. Aguantaré cinco minutos de charla intrascendente para excusarme e ir al baño sin que los demás sospechen.

Llegado el momento, cierro el pestillo, le doy al grifo para disimular y vomito de nuevo. Frente al espejo, pálida, sudorosa, ojerosa... Me levanto la camiseta y la gasa que cubre el tatuaje. Todavía está enrojecido. Lo aprieto y observo cómo el dolor cambia mi rostro. Bien, la nueva Ada. Decidida a hacer cosas que la antigua jamás se hubiese permitido. Que Iker no hubiese comprendido.

He salido de casa de mi hermano ovacionándome por mi actuación estelar, soy capaz de fingir que estoy bien delante de los demás. Pero por mis vómitos tras bastidores, veo que sigo pendiendo de un hilo, funámbula en mi cuerda floja. Lo que me amarra en estos momentos es esperar a que llegue el martes y que la mujer plateada me diga cómo cojones un ciprés me va a devolver la vida.

Deambulo por la ciudad, les he dicho a mis padres que saldría con unas amigas y que pasaría la noche en casa de la tía abuela. He tenido que dar mil y una explicaciones. Joder, parezco una niña pequeña. Lo único que juega a mi favor es que legalmente ya soy mayorcita y no pueden hacer nada para impedir nada que yo quiera hacer. Nada. Incluso morir.

Me topo de bruces con un tugurio. Un bar absolutamente cochambroso en el que jamás habría entrado, así que lo hago. Por supuesto que lo hago. Todo lo que me aleje de la antigua Ada.

—Un *whisky*, por favor. —El camarero se sorprende al verme, se sorprende y adopta un gesto despótico. Aquí, lo suyo es pedir vino, sidra o cerveza, y de repente una jovencita pidiendo un *whisky*.

—Tome.

—Deje de mirarme así, no tiene ni idea de quién soy. —Su gesto ha cambiado. Debo de estar tan rota por dentro que nadie se atreve a tocarme. Por si me hago añicos, no vaya a ser que se corten—. Apenas tiene clientela, alégrese de que voy a salvarle la noche. Otro.

—Tome. —Y nada más. Se aleja. Ya no tiene ganas de meterse conmigo.

Al fondo, tres hombres que parecen conocerse por presentación de un amigo común, el alcohol, me observan en silencio. El camarero se acerca a ellos, les dice unas palabras que no alcanzo a escuchar y dejan de mirarme, les habrá advertido sobre mí. Lo que no sabrán esos hombres es que, tras veinte minutos de estar sentada en el tugurio, tengo arcadas a causa del hedor a hombre perdido. Me largo de aquí.

Sigo deambulando, hasta encontrarme con otro *pub*, uno más decente. Meterme en un tugurio no ha sido una idea muy reveladora. El nuevo garito

no tiene nada que ver con el anterior. Es perfecto, no hay mucha gente y dispone de una barra limpia en la que acodarme. Las luces son tenues, insinuando que pronto se encenderán los focos y la música.

—Un *whisky*. —Tercera vez que digo esta frase hoy.

Y la camarera también me mira con gesto extraño. No encajo en los tugurios, tampoco encajo en los bares que sirven Malibú con zumo de piña. No encajo en ningún lado.

Hay una mujer a mi lado que también se sorprende al verme pedir *whisky*. Está sola, como yo. Bebiendo, como yo. Fijo la mirada en ella. Tiene un gesto dulce, pelo rubio y ondulado hasta los hombros, unos ojos azules maquillados sola-mente con sombra y labios brillantes, por el *gloss*, que sorben por una pajita. Pa-rece del tipo de persona que comparte su vida con todos, incluso con mariposas y pajarillos. Sin embargo, está sola.

—¿Por qué me miras?

—Lo siento, no pretendía. —Sigo con mi *whisky*.

—¿Qué bebes? —Se instala de manera indiscreta en la banqueta que tengo a mi lado y se pone a olisquear mi vaso hasta reconocer el contenido—. *Whisky*. La gente suele beberlo con Coca-Cola.

—¿Y te sorprende que lo tome solo?

—¿Por qué iba a sorprenderme?

—A todos les sorprende.

—Malgastas el tiempo.

—¿Cómo?

—Que qué más da lo que a los demás les sorprenda —dice removiendo con la pajita—. A mí me vale con lo que me sorprende a mí.

Toda la razón.

—¿Por qué bebes sola? —pregunta.

—¿Por qué bebes sola tú?

—Mal de amores.

—Mal de amores, igualmente. —Tampoco es que haya mentido.

—No pareces del tipo de persona que sufriría de mal de amores. — Termina su copa de color limón y pide un *whisky*. La miro con una pregunta grabada en mi gesto—. Quiero probar cosas nuevas.

¿También el dolor la empuja a crear otra identidad?

—¿Por qué no parezco del tipo de persona al que puedan hacerle daño?

Me interesa mucho su respuesta. Parece ser que tiene más información sobre mí que yo misma. Aunque también los dos camareros que me han

servido esta noche parecían tenerla.

—Por tu forma de mirar. Creo que eres una persona dura.

¿Está viendo a la nueva Ada?

—No lo sé. No sé si soy dura.

—¿Te gustaría serlo? —El alcohol va empapando mi cerebro. Ella da su primer trago al *whisky* y esboza un gesto amargo. Después sonríe en una sacudida. Maite también reaccionó así—. Lo que bebes, al menos, sí es duro.

Cojo un hielo del vaso.

—En realidad me gustaría ser alguien frío.

—Ya. Siento decirte que no eres muy original. Cualquiera que sufra desea ser alguien frío. —También coge un hielo de su vaso y me lo lanza al escote, como si encestara. Me sorprende, y me hace reír—. ¿Y tienes algún plan para convertirte en alguien frío?

—Más o menos.

—Vaya, qué misteriosa. —De repente empiezo a sospechar que... ¿Podría ser?

—¿No tendrás un tatuaje, verdad?

—¿Qué? No. ¿Por qué?

—Nada importante, supongo.

—¿Te gustan los tatuajes? —dice con cierta sensualidad. ¡Con cierta sensualidad! ¿Pero qué gilipollecas digo?—. ¿Tienes alguno?

—No.

—Ya.

Silencio. Ella sigue intentando beberse el *whisky*.

—Dime, ¿cuál es tu mal de amores? —pregunto.

—Un gilipollas. Tan gilipollas que no hablaré de él. ¿Trato?

—Vale, tampoco hablaré de mi gilipollas. —Gilipollas por morirse de esa manera tan estúpida. Creo que estoy un poco más que borracha.

—Invitan —dice la camarera colocando dos copas de *whisky* sobre la mesa y señalando a dos hombres que observan desde el otro lado de la barra. Para mi sorpresa, mi compañera se levanta hacia ellos.

—Espera, ¿cómo te llamas? —pregunto.

—Ane. ¿Y tú?

—Ada.

—Me gusta. Espera aquí, Ada.

Se aleja hacia los dos tíos de la esquina. Va vestida con unos vaqueros y una camiseta negra que deja desnuda su espalda. Mierda, trae a los tíos. Lo último que necesito ahora es tener que aguantar a unos babosos.

—Ada, te presento a...

—Miguel y Juan —contesta uno de ellos. Creo que Miguel.

—Pues lo siento, Miguel y Juan. Pero no estoy para gilipollices —digo dispuesta a marcharme. Entonces, Ane me coge de un brazo y sujetándome el mentón me da un suave pero apasionado beso en los labios.

—Me voy contigo, Ada.

Los tíos se quedan pasmados, y es Ane quien me coge de la mano para sacarme del *pub*. Una vez en la calle se echa a reír.

—Tenía ganas de desquitarme con un hombre. No sé, hacerlos sufrir.

—¿Eres homosexual?

—¿Qué? No. —Las dos vamos muy borrachas—. ¿Nunca te has dado un beso con una amiga solo por provocar?

—No. Nunca. —No. Nunca. Y si nunca antes lo he hecho... Si la Ada antigua nunca lo ha hecho...

—Bueno, me despido, compañera. Creo que ya voy suficientemente borracha. Un placer conocerte, ha sido una charla estimulante.

—Espera. —La detengo y me fijo más en sus labios rosados—. Antes te he dicho que tenía un plan.

—Un plan misterioso. —Su carcajada es muy dulce.

—¿No quieres conocer mi plan?

Puedo ver una lágrima temblando en sus ojos mientras asiente mordiéndose el labio.

—¿Cuál es tu plan?

—Descubrir qué existe más allá de mi fragilidad. Tiene que haber alguien más en mí que la dubitativa, correcta y enclenque Ada. Debo hacer cosas que

la Ada débil jamás haría para poder convertirme en otra persona. Antes, cuando..., bueno, nunca había besado a una mujer, así que...

He elegido a una chica lista.

—Probaré tu plan. —Y me besa. Ha entendido la propuesta a la primera.

—Tengo mi casa aquí mismo —tartamudeo. Queda algo de la enclenque.

—Está bien —dice ella, y vuelve a su carcajada—. Entonces, ¿tú tampoco eres lesbiana?

Niego. Se ríe aún más fuerte. Tiene unos dientes perfectos, es tan dulce.

—Esto es una auténtica locura, Ada. Pero desde luego a mi ex le encantaría estar aquí, siempre fantaseaba con estas cosas, se moriría si nos viera. Mira, ojalá se muera de verdad —dice dándome besitos en las mejillas y cogiéndome de la mano. Tal vez yo podría matarlo—. Pero qué locura.

Subimos a mi casa, bueno, a casa de mi tía. Ay, si pudiera vernos... Ese pensamiento me encanta, la nueva Ada nada tiene que ver con la antigua, el fantasma de mi tía moriría por segunda vez si llega a ver esto, y no me importa desafiarla.

Nos besamos y es agradable. Olisqueo su perfume fresco, no tiene nada que ver con la intensidad del aroma de Iker. Nada que ver. Sus labios son dóciles y cuidados, como sumergirse en una piscina de plumas. Vuelvo a sentir el mismo bloqueo que cuando maté a aquel hombre en Sevilla. Bien. Esto es tan impropio de mí que no puedo aceptarlo ni sentirlo como mío, me aleja de lo que fui como una catapulta.

Ane me quita la camiseta, con mucho cuidado.

—¿Seguro que no habías hecho esto nunca? —bromeo. ¡Bromeo! Pero estoy algo nerviosa.

—Nunca. Eres muy suave, ¿sabes?

También ella.

Le quito la camiseta, me cuesta algo más quitarle el sujetador, es un terreno que intimida. Su cuerpo es voluptuoso y elegante. Me besa el cuello y nuestros pechos se encuentran en una sensación primaria, un momento acogedor. Puedo sentir el ardor en mi entrepierna y la piel se estremece. Mis pezones se erizan.

Llega el momento de quitarle el pantalón, pero algo me lo impide. Lo hace ella misma, con un gesto que nada tiene que ver con la rudeza de un hombre, y las dos quedamos en ropa interior. De bruces, empiezo a sentirme algo incómoda. Ya no es como en Sevilla, el asesinato fue tan sencillo, tan fácil de ejecutar. A pesar de la perfecta armonía de las puntillas de encaje en su

caldera, no puedo quitarle las bragas, no me siento yo misma. Ni siquiera tengo claro si Iker lo desaprobaba.

—Un momento... —dice ella retirando sus besos de mi costado—. ¡Me dijiste que no tenías ningún tatuaje! —Acaricia la zona.

—¡Mentí!

Mentí. Y ahora me estoy mintiendo a mí misma. No quiero acostarme con esta mujer.

—Lo siento, por muy suave y agradable que sean tus pechos, no puedo hacerlo, Ane.

Ella vuelve a reírse, me choca la mano como si fuéramos del mismo equipo de *rugby*:

—Buen intento, compañera. —Se desploma en la cama—. ¿Puedo al menos quedarme aquí un ratito? Estoy muy borracha.

—Claro. —Me gusta esta chica.

—Tu caldera está haciendo algo raro —dice mi nueva amiga antes de caer in-consciente. Efectivamente, una luz roja parpadea como en una discoteca.

—Voy a ver.

La caldera está en la terraza, hace frío y estoy semidesnuda. Me acerco a la pantalla, una luz roja nunca puede ser bueno. Esta caldera se parece a la de mi casa. Mierda, sé exactamente lo que ocurre; bueno, no exactamente, pero sé que está relacionado con la presión. ¿Qué es lo que hacía otras veces? Esperar a que Iker lo solucionase. Dependía de él para esto y, por mis inútiles esfuerzos, parece que sigo dependiendo. Estoy rabiosa. No quiero seguir dependiendo de él. No me moveré de aquí hasta solucionarlo.

Tal vez esto no trate de hacer cosas que jamás habría hecho la antigua Ada, como acostarse con una mujer. Esto trata de hacer cosas que sí haría la nueva, como matar a alguien.

Frío. Por fin martes. Al entrar en el estudio de tatuajes, doblo mi cuerpo sobre el mostrador, zambulléndome en el ansia, para que la chica plateada pueda verme. Esta semana de espera ha sido una tortura y, al ser ya martes, considero lícito exigir que me atiendan cuanto antes. Ojalá hubiese un timbre que tocar.

Tras un minuto que dura un año, la chica sale de la trastienda, pero nada más verme vuelve a entrar. ¿Escapa de mí? Tamborileo con los dedos sobre el mostrador, qué predecibles son los gestos humanos. Tras un minuto que se

me hace eterno, vuelve a salir con una carpeta rosa.

—Me alegra verte —dice, creo que con sinceridad, pero con gesto duro—. Toma. —Me entrega la carpeta rosa—. Tienes que elegir.

Abro ligeramente la cubierta, lo justo para detenerme en lo que parecen dos fichas descriptivas que contienen datos e información sobre sendas personas. Llevan su fotografía incluida.

—Prefiero que no lo hagas aquí. —La mujer cierra la carpeta rosa con lo que podría haber sido un manotazo, pero en realidad es un gesto dulce acompañado de una sonrisa entre dientes. Un gesto fingido nada sospechoso.

—¿Qué es lo que debo elegir?

—Tu próxima víctima.

—¿En una carpeta rosa? —Es lo único que se me ocurre preguntar.

Hay un silencio en el que la reina plateada sonríe de verdad. Una carpeta rosa no crea sospechas. Igual que el daiquiri.

—Ahora, memoriza la siguiente dirección: plaza Guipúzcoa, 53, 3.º B.

—Plaza Guipúzcoa, 53, 3.º B.

—Plaza Guipúzcoa, 53, 3.º B.

—¿No puedo anotarlo? —Esta vez se ríe de mí. Es un no—. Plaza Guipúzcoa, 53, 3.º B.

—Perfecto. Ahora pasa a que te miren el tatuaje.

Mi tatuadora me hace tumbar en la camilla y observa su obra de arte.

—Vaya, esto no está tan bien como debiera. ¡Parece que hayas hurgado en él, mujer! —Puede que tenga razón—. Échate esta crema una vez al día. Si a la semana no ves mejoría, pásate otra vez. Y deja de toqueteártelo. —Puede que ya no lo necesite. Puede que ya no necesite el dolor físico.

Al salir, la mujer plateada está atendiendo a otro cliente.

—¿No le ha gustado ninguno de los tatuajes de nuestro catálogo? —El hombre niega con la cabeza.

—Lo siento, puede que deba pensarlo mejor.

—Podemos hacerle uno personalizado, a su gusto. Tal vez un animal con cuyas características comulgue, podemos usar la simbología. Muchas personas eligen el mundo vegetal por los atributos de las diferentes especies. ¿Una rosa? ¿Un ciprés?

—No, gracias. Discúlpeme.

—¿Es así como se hace? —pregunto una vez el cliente se ha marchado.

La mujer plateada contesta que sí tan solo arqueando las cejas.

—¿Me repites la dirección?

—Plaza Guipúzcoa, 53, 3.º B.

—Cuando estés lista, llama a la puerta.

—¿Y por quién pregunto?

—Manuel. Buena suerte.

Salgo de la tienda con una gran excitación. Sujeto la carpeta rosa como si fuera el manuscrito más sagrado, ni siquiera puedo creer que me acompañe, no puedo dejar de mirarla. En la montaña rusa de las distintas temperaturas anímicas ha vuelto el frío.

Al llegar a casa, ojeo las fichas de mis posibles víctimas. Puedo elegir entre un hombre y una mujer. Comienzo a leer el historial de la mujer, a quien han inmortalizado en una foto mientras pasea por un parque tomándose un café.

Mujer de 32 años. Educadora en una escuela infantil. Antecedentes de maltrato hacia...

Dejo de leer. No me gusta eso del maltrato. No quiero elegir a mi víctima dependiendo de si es una mala persona o no. Eso sería muy fácil. No quiero encontrarle sentido a esto, no quiero ser una heroína que limpie el mundo de despojos humanos y criminales. Lo que busco es el sinsentido de la frialdad. ¿Cómo elijo entonces?

Pito, pito, gorgorito.

Dónde vas tú tan bonito.

A la era verdadera.

Pim, pam, pum, fuera.

Tú.

—¡Qué cojones! —grita el enfermero.

—Parece que solo reacciona ante usted, Bruna. —Ese es el diagnóstico de Paloma.

Antonio está interno en la planta de Psiquiatría en estado catatónico, supuestamente incapaz de interaccionar con el entorno. Pero lo ha hecho. Ha gritado.

«¿Es capaz de hablar?», he preguntado. «No», ha contestado Paloma. «No», ha repetido Antonio.

Es la segunda vez que este cuerpo semivivo hace que nos retiremos de su lado, víctimas de la onda expansiva de sus bombas de sorpresas.

Sin embargo, Paloma no ha tenido problemas en reaccionar. Acude rápida a atender a su paciente, le levanta los párpados y le coloca una linternita en las pupilas mientras la mueve de derecha a izquierda. Coloca sus manos en lo que, por mi formación policial, sé que son los puntos dolorosos del cuerpo, seguramente para hacerlo reaccionar.

—Antonio, Antonio. ¿Me escucha?

Empuja repetidas veces su cuerpo contra el colchón, en el límite entre el zarandeo y el masaje. Ahora no sé si está siendo profesional o si se está dejando llevar por su instinto más primario, que desea espabilarlo a base de leches.

Pero Antonio no vuelve a hablar.

Y yo, que soy una persona que analiza las casualidades queriendo llamarlas por su nombre, no puedo quedarme callada.

—Puede que a nadie se le haya ocurrido preguntarle a Antonio si tiene algo que decir.

El subinspector Rosell me regaña con un gruñido.

—¿Qué se supone que ha ocurrido? —pregunta Martín. Lo más curioso es que me mira a mí, sin ningún tipo de sutileza, como si conociera la respuesta. ¡Tan solo he hecho la pregunta correcta!

—Creo que... —Paloma también está contrariada y se toma su tiempo para pensar—, se trata de un fenómeno llamado «ecolalia», una alteración del lenguaje que consiste en repetir involuntariamente una palabra o frase que acaba de escuchar.

—¿Podría ser un signo de mejoría?

Me preocupa Antonio. Bueno, me preocupa y me ilusiona. Claro que quiero que el hombre mejore, pero la Indiscreta deja de lado esa faceta cariñosa para centrarse en pensar, ilusionada, que si Antonio mejora, podrá hablar sobre lo que le sucedió.

La Indiscreta es una interesada.

—Entonces, ecolalia. —El subinspector se agarra a todo lo que tiene nombre. Nueve pelos de rabia. Pronto pareceré un erizo.

—¿Lo ha hecho voluntariamente? —Insisto.

—Es, por definición, involuntaria. —Paloma se siente más cómoda ahora que ha encontrado la página correcta en su tomo de medicina. —Es, por definición, involuntaria. Entiendo. Pero, como experta, ¿usted cree que lo ha hecho voluntaria o involuntariamente? —¡Quiero que deje de hablar ya como una enciclopedia! Quiero verle la cara y que me diga qué demonios cree que está pasando. Ante su mutismo, le cojo del brazo con delicadeza para insistir en mi pregunta. Hay muchas formas no verbales para insistir. Esta pertenece a la Indiscreta—. La considero una mujer con criterio.

—No lo sé, Bruna. —Tal como lo ha dicho, me está hablando de persona inquieta a persona inquieta, de curiosa a más curiosa—. Desconozco si es un signo de mejoría, desconozco... —Se la ve perdida sin sus libros. No sabe si sí o si no. No sabe si no cree o sí cree—. Deberían marcharse ya. Avisaré al resto de mis compañeros para hacer una valoración de lo ocurrido. Los tendré informados, no lo duden.

Los tres policías asentimos con la cabeza y abandonamos el lugar. Como siempre, echo un vistazo atrás. En esta habitación solo hay sitio para eso que todos deberíamos buscar en la vida: el sobresalto.

—¡Bruja! —Martín me señala con el dedo, como si viviésemos en la época de la Inquisición.

—Calla. —Me sonrío.

—¿Por qué? Sabes cómo hacer que los muertos hablen.

—Deberíamos investigar en la universidad, subinspector. —Procuro desviar la conversación.

—¿La universidad?

—Sí. La mujer que me ha abordado antes en el pasillo... —Tara tiene mucho que aportarnos.

—Cuéntame lo que has averiguado cuando hayamos salido de esta endemoniada planta psiquiátrica, por favor.

Algo muy arcaico arde en la mirada de la Indiscreta, hace que me imagine a mí misma zarandeando al subinspector para hacerlo reaccionar. Que se le atragante la originalidad de este caso no debería ralentizar la investigación. Pero en vez de zarandearlo, me arañó ligeramente las palmas de las manos con el gotelé de la pared. Diez pelos. Es un puñetazo camuflado y la única manera que encuentro para controlar mi ira. Mis pensamientos dejan a un lado su intensidad porque el dolor físico los distrae. No sé si es cosa de la Indiscreta y si alguien más usará este método de control.

No entiendo del todo qué es lo que me ocurre. Generalmente soy paciente,

pero estamos ante un auténtico enigma, y tengo que arrastrar el cuerpo muerto de este hombre absurdo, el jefe, que se pierde tanteando en la oscuridad, incapaz de encontrar el interruptor. En cierta medida, me asusta esta nueva cara de la Indiscreta. ¿En qué se está transformando?

Pues bien, ya hemos salido de la «endemoniada planta psiquiátrica», como la ha llamado el subinspector. ¿Puedo hablar ya?

—Esperad aquí, necesito un poco de gasolina. —Va a la cafetería de enfrente. Once pelos. Aprieto los dientes, la Indiscreta parece encantada. Se sienta a mi lado mientras se lima las uñas a la espera de que ocurra lo inevitable: que coja fuerza.

Que se descontrole. Siempre la había sentido a mi lado, lo que desconocía era que, en realidad, podría gobernarme.

—Vendrá ahora, cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo bueno saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación —recita Martín. Y me hinca el codo en las costillas. Un gesto amistoso que se acerca tanto a mi pecho que no puedo evitar sentirme azorada.

—¿En serio? ¿La Biblia?

—Tienes un arte para interactuar con el Más Allá. Cuando llegue el fin del mundo y los muertos se levanten de sus tumbas, no me separaré de ti.

Tendré que anhelar un apocalipsis entonces.

El subinspector no tarda en salir y trae consigo dos cortados y un café solo.

—No sé cómo puedes beber esta porquería, échale azúcar, por lo menos — se dirige a mí—. El café es café.

—Es que le gusta todo tal como es. —Por su tono, Martín añade la supuesta dulzura que le falta a mi café.

—Bueno, repasemos acontecimientos. Bruna, adelante. ¿Qué has descubierto?

—La chica que me abordó en el pasillo tenía información interesante.

—¿Una interna?

Sé por qué lo pregunta. Quiere quitarle credibilidad. No contestaré.

—Antonio Cifuentes comenzó a estudiar el grado de Historia en la universidad, pero se vio obligado a abandonar tras un accidente de tráfico que acabó con la vida de sus padres. Para poder subsistir comenzó a trabajar, era

cartero.

—¿Cómo se llama la testigo?

—Tara Sánchez. Paloma mostró cierta reticencia a que hablásemos con ella sin una orden judicial.

—Está bien, pediré una orden para interrogar a Tara Sánchez y para obtener información confidencial sobre Antonio.

—También cree que alguien ayudó desde dentro a Antonio.

—¿Ayudarlo a qué? —Observo el nacimiento de un tic nervioso en la comisura de su boca.

—Le ayudaron a elaborar un relato convincente y fingir que había sanado para ser dado de alta en el hospital. Pero jamás dejó de creer su historia.

—Querrás decir su delirio. —Doce pelos.

—¿Qué era lo que Antonio sospechaba? —Martín neutraliza el diálogo, sospecha que voy a explotar en cualquier momento. Tanto tiempo juntos, sabe intuir a la Indiscreta.

—Creía que la muerte de sus padres estaba relacionada con unas extrañas cartas que recibió.

—¿Unas extrañas cartas? Joder... —La rareza vuelve a darle una patada en el culo al jefe. Pero no consigue espabilarlo—. Madre mía, me jubilaré con el caso más..., más jodido de mi carrera. ¿Qué más te ha dicho?

—La obsesión por resolver el verdadero motivo de la muerte de sus padres le llevó a consumir anfetaminas y cocaína para estar alerta y poder seguir investigando, eso fue lo que le hizo enfermar.

—Parece que tenía prisa por averiguarlo —añade Martín. No lo había pensado—. Si necesitó las drogas para estar alerta, puede que la urgencia le persiguiese. Algo le perseguía. O alguien.

—Encaja, no solo estudiaba en casa, también acudió como oyente a clases de Historia en la universidad.

—¿Esas cartas eran parte de su delirio? —Trece pelos. El subinspector es tedioso. Vuelvo a responder con el silencio—. Tenemos que ser cautelosos

con la versión de Tara, no debemos dar por hecho que sea una testigo válida. Cuando tengamos la orden judicial, preguntaremos a Paloma sobre lo fidedigno de su testimonio. —El subinspector apunta algo en su libreta y lo subraya dos veces.

—No sé si sería oportuno contárselo a la doctora —discrepo—. Recordemos que Tara cree que alguien ayudaba desde dentro a Antonio.

—¿Y consideras la opción de que sea la doctora?

—No deberíamos descartarlo.

—Lo pensaré. —Al subinspector no le ha gustado que dudemos de la médica.

Igual que debemos, todos, pensar que esto pudo ser un suicidio.

—Pero hablemos de lo que acaba de ocurrir, de las primeras palabras del cadáver, digo... de Antonio —añade Martín.

—Zanjado. Ya habéis oído que la doctora ha dicho que se trata de un fenómeno médico.

—¿Y si fue un intento de mostrar que estaba consciente? —El subinspector no suele recriminar a Martín con tanta dureza como a mí.

—O puede que haya contestado con total voluntad que no puede hablar. —Y me importa una mierda lo que me recrimine.

—¿A qué te refieres?

—«¿Puedes hablar?», «no»... ¿Y si realmente no puede hablar? Tiene miedo a cantar.

—Explícate mejor, Bruna.

Lo admito, a veces me pasa, cuando me aturullo, los demás no me siguen el hilo.

—Que no puede hablar porque lo han amenazado de alguna manera y tiene miedo.

—Interesante... —aprueba Martín. El subinspector me responde de la misma manera que he hecho yo antes, mediante el silencio.

Me encanta que Martín reflexione tras una de mis deducciones —es como si me pudiera colar en su cabeza—, y más cuando pone ese gesto. Y más si nunca se le observa incómodo por haber añadido una posibilidad que a él no se le ha ocurrido. Y más cuando veo sus pestañas apuntando al suelo. Y hay más...

—Vosotros, id a la universidad —ordena el subinspector—. Yo me voy a informar al inspector y a completar el papeleo para las órdenes judiciales.

—Por cierto, hoy es tu cumpleaños —dice Martín cuando nadie más

escucha.

—¿Has sido tú quien ha cambiado la alarma de mi teléfono móvil...? —
¿Martín? No puede ser...

—Sí, he sido yo. —No debería dudar, no debería sorprenderme de lo maravillosa que puede ser la vida.

Con dieciocho años yo también empecé a estudiar en la universidad; me matriculé en Periodismo, pero descubrí que no era tan interesante como creía. Es decir, siempre había querido ser periodista, emprender investigaciones, descubrir verdades, pero en cuanto me embarqué en asignaturas como Introducción a la Economía Aplicada, Opinión Pública e Historia de la Propaganda..., decidí que mis deseos encajaban más bien en otra vocación: la de policía. Así que nadie crea que soy una persona cuya ambición educativa se convirtió en cenizas por abandonar los estudios universitarios. Si existiese un *ambicionómetro*, he visto a mis padres valorar las diferencias de calidad entre dos latas de atún en los ultramarinos con más ambición que la de una ejecutiva con un alto cargo en una empresa. La vocación de cada cual no tiene que ver con el grado de ambición.

La definición dice así: «Deseo intenso y vehemente de conseguir una cosa difícil de lograr, especialmente riqueza, poder o fama». El «especialmente riqueza, poder o fama» es el virus que infecta la definición hasta minar la autoestima de muchas personas. Por lo tanto, me quedo con: deseo intenso y vehemente de conseguir una cosa difícil de lograr.

Hemos tenido que recorrer un trayecto de casi una hora hasta el campus de Álava, donde se estudia el grado de Historia. Apuesto a que este es el esfuerzo que obligó a Antonio a quedar atrapado en las anfetaminas. Por mi parte no supone ningún sacrificio estar una hora encajonada en un vehículo junto a Martín.

El rector de la universidad nos ha dirigido a unos cuantos profesores de Historia. Ninguno tenía conocimiento de que Antonio asistiera como oyente a sus clases, este es el cuarto al que vamos a interrogar: un hombre de mediana edad, con el cabello aún pugnando por subsistir y unas gafas de montura de concha. Acaba de terminar una clase y está recogiendo sus libros en una cartera. Nuestra interrupción le hace detenerse.

—Buenos días —sonríe—. ¿Qué desean?

—Buenos días, somos la oficial Badía y el oficial Huguet, de la policía. Nos gustaría hacerle unas preguntas —Martín nos presenta.

El profesor se alarma y se recoloca las gafas, como si ver mejor le fuera a ayudar a aclarar su sorpresa.

—Ustedes dirán.

—No podemos ofrecerle detalles sobre el caso que nos ocupa, pero le agradeceríamos que pudiera contestar a alguna pregunta. Necesitamos información sobre un asistente habitual a sus clases.

—Oh, Dios mío... ¿Qué han hecho ahora? —Curiosa visión de sus alumnos.

—¿Conoce usted a Antonio Cifuentes?

—El nombre no me es familiar... ¿Alumno?

—Bueno, no exactamente. Según nuestros datos, acudía a sus clases como oyente —informo.

—¡Claro! —Parece que se ha olvidado del susto que se ha llevado al ver a dos policías en su aula. Ahora es todo entusiasmo.

Y llega ese momento en el que comienzo a comparar a este personaje que ha aparecido en mi vida con un arqueólogo del desierto. Es un científico un poco chiflado que escarba entre las dunas peleando por ser el primero y el más ágil a la hora de descubrir los secretos que ocultan. Un chef italiano, un titiritero, un *sommelier* pirata y un arqueólogo batallando en el desierto. Esas son las claves del caso.

—¿Sabía que venía a sus clases?

—¡Por supuesto!

—¿Y no le preguntó por qué?

—¿Está usted loca?

Arqueo las cejas.

—Disculpe..., los nervios... Mire, la mayoría de mis alumnos vienen a clase para aprobar un examen. Han elegido estudiar Historia, sí, pero a veces la presión a la que deben enfrentarse consigue que olviden que realmente eligieron lo que más les gustaba. Esto de la universidad está mal pensado, ¿verdad? A veces me da miedo quemar a los más ilusionados. Pero ese chico del que me hablan venía para escucharme, simplemente. Para escuchar hablar de historia. Casi cada día. No iba a hacer nada que pudiera espantarlo. No

pienso cuestionar jamás la curiosidad por aprender. ¡Jamás! —dice orgulloso.

Me detengo a observar la agenda aún abierta sobre la mesa: Lunes: La Europa del siglo xix. Sesión 3. Martes: La Europa del siglo xix. Sesión 4, parte 1.

—Disculpe, ¿dice usted que el señor Antonio Cifuentes venía a su clase casi todos los días?

—Prácticamente. Bueno, pero hace tiempo que no... ¡Madre mía! ¡No habrá muerto! Por eso están aquí, ¿no? Ay, Dios...

—Lo siento, como hemos dicho, no podemos darle más información. He visto que usted tiene apuntado ahí en su agenda el temario de las clases. —El hombre observa su agenda y se sorprende de que haya sido capaz de leer algo a esa distancia.

—Así es. Me obligan a llevar un ritmo, cumplir con un guion. —Aquí está mi arqueólogo rebelde.

—¿Podría explicarnos el contenido de las clases que ha estado impartiendo en las últimas sesiones? ¿O en la última sesión en la que recuerde haber visto a Antonio?

El profesor revisa su agenda y después abre un archivador para buscar la concordancia entre lo anotado en la agenda y el temario.

—Si quieren sentarse.

Somos invitados a ocupar dos pupitres. Primera fila. Nos dedicamos una sonrisa, es una situación que jamás pensé que compartiría con él —y mira que he imaginado situaciones que compartir...—, vamos a recibir una clase de historia.

Martín apenas cabe en el pupitre, su envergadura ocupa toda la distancia entre la mesa y la silla que está pegada a ella; se encoge, con delicadeza, y no puedo evitar preguntarme si tendría la misma delicadeza si estuviera atrapado junto a mí... Mi atención hacia él desaparece tan pronto como el profesor

comienza a hablar.

—Historia de Europa de los siglos xviii y xix, Edimburgo. —El profesor reflexiona—. Están ustedes investigando un asesinato, ¿cierto?

—¿Por qué dice eso? —pregunto con sorpresa. Y lo repetiré, me encantan las sorpresas. La Indiscreta deja de limarse las uñas y se prepara para salir a escena.

—Escuchen esto, creo que va a interesarles. Esta fue mi disertación en las últimas clases en las que recuerdo haber visto a... ¿Antonio han dicho? —Asiento. Nos da la espalda un segundo antes de seguir, seguramente un gesto automatizado y que repite en todas sus clases—. El siglo XVIII fue la época de mayor esplendor intelectual de Edimburgo, nos referimos a ella como la Ilustración escocesa. Conocerán a personalidades como David Hume o Adam Smith... En aquella época en la que hubo una gran producción intelectual, científica y pedagógica, Escocia se convirtió en uno de los principales focos culturales de Europa. Toda una sociedad científica lista para los desafíos del conocimiento. —Revisa su agenda y pasa las páginas—. En la última clase que recuerdo haberlo visto, hablamos de los avances en la medicina. La universidad de Edimburgo era una institución de fama mundial, la más prestigiosa y deseada por múltiples estudiantes que pugnaban por entrar. Pero a medida que su ambición florecía, y para cubrir las expectativas, debían hacerse con más... Como lo diría... Con más recursos.

—Especifique —pido.

—La demanda de cadáveres para la investigación médica aumentó.

—Hala, directo al grano —dice Martín en un comentario que le ha devuelto a la edad escolar.

—Pero tenían un grave problema, el único suministro legal que existía para la donación de cadáveres era el de los cuerpos de criminales ejecutados, y cada vez eran menos los casos. Las ejecuciones se hacían de forma pública para escarmentar a la población, pero pronto se convirtió en una fiesta donde el *whisky* y la cerveza tenían más importancia que el respeto a la ley, y que un

castigo se convirtiera en una fiesta no fue de agrado para los mandamases. Se suponía que debían asustar a la población. Ante el fracaso, se produjo la renovación del llamado «Código sangriento». —El profesor cierra los ojos y se centra. Así hacía yo para recordar el listado de los elementos de la tabla periódica. La dichosa tabla—. Veamos...

La exhibición pública de cadáveres ejecutados como advertencia se abolió en 1832, colgar a los acusados de cadenas en 1834, en 1808 ya no existía pena de muerte para los ladrones y delincuentes menores, en 1823 posibilitaron la opción de con-mutar penas de muerte para muchos crímenes capitales... Concluyendo, para desgracia de la facultad de Medicina, se redujo el número de ejecuciones en dos tercios, lo que se traducía en dos o tres cuerpos anuales para ser diseccionados. Si yo hubiese sido inversor en aquella época, habría comprado acciones en la venta clandestina de cadáveres. —Se permite una risita antes de seguir con su discurso.

A mí también me hace esbozar una sonrisa, pero a Martín... En absoluto. El profesor ha tenido poco tacto, ¿debería sentirme molesta como Martín o cómplice con el explorador de la historia? Sé que la respuesta la tiene la Indiscreta y su lado cada vez más macabro e impulsivo.

—¿Y por qué habría invertido en ello? Porque, como habrán deducido, esa necesidad de cadáveres atrajo a delincuentes y a personas que buscaban con desesperación un ingreso económico: en esa época comenzó el comercio de cadáveres. Las faenas de estos ladrones, también llamados «resurrectores», provocó que en los cementerios aumentaran las medidas de seguridad; levantando muros, incluyendo vigilancia e incluso colocando rejas alrededor de las tumbas. Aquí entran en escena dos personajillos muy singulares: Burke y Hare, dos inmigrantes irlandeses que fueron a buscar fortuna a Edimburgo. Estos dos buenos hombres vieron su gran oportunidad como resurrectores, robando cuerpos de los cementerios para venderlos a la ciencia. Noble objetivo...

Comulgo con ello.

—Y os preguntaréis, ¿quién era su macabro comprador? ¿Quién ansiaba el conocimiento tanto como para comprar cuerpos humanos de manera clandestina? Se sospecha, fundadamente, del doctor Robert Knox, un ambicioso profesor de anatomía que daba clases en la universidad de

Edimburgo.

De nuevo la palabra «ambición» salta barreras. No me parece tan grave que ven-dieran cadáveres para el bien de la ciencia, se podían salvar muchas vidas a cambio. Casi admiro a ese tal doctor Robert. ¿Será este pensamiento digno de un delincuente? Al menos reconozco que no es un pensamiento para esbozar en voz alta, aunque la Indiscreta me esté empujando por detrás insistentemente.

Silbo para mis adentros, intentando disimular mi empatía con el científico loco doctor Knox.

—Pero Burke y Hare se encontraron no solo con el aumento de la seguridad en los cementerios, sino con la ardua tarea que suponía desenterrar un cuerpo. Más adelante os contaré algún detalle sobre las supersticiones y creencias escocesas en los cementerios, puede ser relevante.

Anoto mentalmente ese «más adelante».

—Sigamos, estos dos hombres cambiaron su vocación como resurrectores por la de asesinos, simplemente porque era una práctica para recolectar cadáveres mucho más sencilla que la de desenterrar cuerpos. Y menos vigilada. El método que usaban para acabar con la vida de sus víctimas era tan limpio que no dejaba rastro. Se dice que el doctor Knox sabía o, por lo menos, sospechaba que los cadáveres no provenían ya de la tierra húmeda de los cementerios, pero no mostraba escrúpulo por ello.

—Estaba al tanto de los asesinatos. Vaya... —Martín sigue molesto con el doctor Knox. Me pregunto si le da la misma importancia que yo al hecho de que la ambición lo supera todo.

—¿Podría seguir hablando sobre ese método de ejecución? —A ver si resulta que usaban fenciclidina.

—Burke se sentaba sobre el pecho de la víctima y Hare, con una mano, le colocaba los dedos índice y medio en los orificios nasales mientras usaba el pulgar de-bajo de la barbilla para impedir que abriera la boca. Asfixiaban a la víctima en poco tiempo. Esta maniobra ha pasado a la historia como el método Burke. —¿Cómo sabe este profesor de Historia detalles tan escabrosos o tan...? ¿Por qué no preguntar? ¿Me voy a andar con remilgos?

—¿Por qué está usted tan al día sobre el *modus operandi*?

El profesor parece haber despertado de su entusiasmado monólogo.

—El contexto histórico de una época movió a dos personas a cometer crímenes casi perfectos. La historia cambia a dos personas cuyos destinos probablemente hubiesen ido por otros derroteros de vivir en una época y en unas condiciones distintas. Es el ejemplo perfecto de la necesidad de comprender la historia, me interesa y me he documentado.

—Ya... Burke y Hare pudieron haber sido unos honrados carniceros en otras circunstancias.

—¡Exacto! Pero la historia los llevó a donde los llevó y su método de ejecución quedará registrado para siempre por la ciencia forense. Por eso me fascina, por eso estoy tan al día, oficial.

—El método con el que mataban parece bastante estudiado y meticuloso. Casi como si tuvieran conocimientos médicos... ¿No cree que el doctor Knox pudo asesorarlos? —pregunta el alumno aventajado Martín.

—Vaya, muchacho...

—Oficial de policía, si no le importa.

Mi Martín sí necesita su rango jerárquico.

—Claro, claro, oficial. Es una muy buena observación y me sorprende que no haya pensado en ella hasta ahora. No lo he leído siquiera en ningún documento histórico.

—¿Cómo terminó la cosa? —Aún no encuentro la relación con nuestro crimen.

—Estos dos ilustres asesinos mataron a dieciséis personas en una oleada de asesinatos que duró casi un año.

—¿Qué los detuvo?

—Pecaron al confiarse, eligieron víctimas que formaban parte de su círculo social, lo que hizo que la policía asociara a los asesinos con los cadáveres. Incluso los estudiantes de Medicina que diseccionaban los cuerpos comenzaron a reconocer que los pedazos de carne que tenían sobre su mesa de autopsias eran personas de la comunidad que habían sido declaradas desaparecidas. Pero la policía seguía frustrada sin poder encontrar pruebas contundentes, así que ofreció inmunidad a Hare si confesaba y testificaba contra Burke. El testimonio de Hare permitió la sentencia de muerte contra Burke. Y vean el hermoso final, Burke fue colgado y diseccionado públicamente en la Escuela de Medicina de Edimburgo. Su esqueleto aún se puede visitar. Curiosamente, todo esto ayudó a poner en evidencia la crisis

que sufrían las universidades para los estudios médicos, así que se elaboró el Acta de Anatomía, legalizando el suministro de cadáveres para disuadir a futuros criminales. Y eso es todo, oficiales. Aunque...

El profesor abre su archivador y saca unas láminas con ilustraciones. En ellas puede verse el rostro de dos hombres mientras llevan a cabo su *modus operandi*. Observo el grabado. Tal como ha explicado el profesor antes, Burke se sienta sobre el pecho de su víctima, en un gesto demente, con los ojos desorbitados y haciendo un gran esfuerzo por contenerla mientras ella parece patallar. Hare, con una tarea más meticulosa, coloca su mano sobre los orificios de la víctima. Su gesto no contagia esfuerzo, tal vez cierto placer.

Dos hombres comenzaron con su labor macabra de robar cadáveres en los cementerios por necesidad, pero pasaron a matar. Lo macabro se volvió más oscuro. A mí me atraen lo macabro y lo oscuro, pero jamás podría matar a sangre fría, ¿no? La Indiscreta se sonríe, vuelve a disimular su escepticismo mientras se lima las uñas. Me hace traer un pensamiento que no me gusta nada: mi profesión me da cierta licencia para poder matar.

Procuro desviar ese pensamiento centrándome en la ilustración, me percaté de que ambos asesinos tienen una marca en su brazo derecho, creo que puede ser un tatuaje, en forma de árbol. ¿Tal vez un ciprés? Lo reconozco porque son numerosos en el cementerio donde está enterrada mi madre.

—Vaaaaya con Edimburgo. —Martín sigue anonadado con la historia y vuelve a olvidar que es policía para convertirse en alumno. Me gusta que sea tan curioso.

Aunque aún no nos ha dado nada, sé que el discurso del profesor es el camino para encontrar una pista, un indicio, lo intuyo; si lo intuyo, lo sé. Siempre hay una verdad detrás de la intuición, lo difícil es saber cuál.

—¿Hay alguna referencia que haya omitido? ¿Algo que pudo decir en clase como anecdótico, un chascarrillo...?

Silencio.

Repaso el discurso del profesor y, efectivamente, la intuición me proporciona la nota mental que recogí antes: «más adelante os contaré algún detalle sobre las supersticiones y creencias escocesas en los cementerios». Gracias a que siempre anoto en mi mente los «más adelante» de los interrogatorios, porque son como las ramas de un árbol, comienzan por el tronco pero acaban ramificándose y, si no se está atento, te pierdes el punto clave. Se rompe la rama y caes.

—¿No ha dicho usted antes que iba a contarnos algún detalle con respecto

a las creencias escocesas sobre los cementerios?

—¡Cierto! Y ha acertado usted de lleno, fue algo que también conté en mi clase. Los escoceses conviven con total naturalidad con los cementerios. Nos encontramos con parques ajardinados o bosquecillos con una multitud de lápidas que sobresalen como las escamas de una culebra. Cuidan de las almas de sus muertos y de su paso a la otra vida, y para ello colocaban en los cementerios dos salva-guardas de las almas: los llamados faros y las campanillas.

Martín da un respingo en su pupitre.

—Los faros son construcciones que ayudan a las almas perdidas a guiarse. Por ejemplo, la estatua de Abraham Lincoln sirve de faro para todos los soldados escoceses que murieron durante la guerra de Secesión y la...

—Céntrese en las campanillas, por favor.

Martín no soporta la incertidumbre. Cada vez se parece más a mí, tal vez la extrañeza del caso también le esté cambiando. Como a mi Indiscreta. Como a los nervios del subinspector.

—¿Las campanillas? —El arqueólogo del desierto acaba de encontrar indicios de un yacimiento en sus radares. Empieza a elaborar sus hipótesis sobre el caso—. Las campanillas de los muertos han tenido siempre una fuerte tradición ligada a lo sobrenatural, con solo hacerlas sonar se podía ahuyentar a los malos espíritus y a las presencias malignas que quisieran acercarse a un cementerio a atormentar a los recién fallecidos... Pero la finalidad de estas campanas, más allá del cuidado de las almas, podía tener una función digamos que... digamos que más práctica. ¿Están seguros de que vamos por buen camino? Me cuesta pensar que esto tenga algo que ver con su investigación.

—¡Siga! —Tanto Martín como yo perdemos la compostura. Fallo nuestro.

—Está bien, no se alteren. El origen del uso de estas campanillas se inicia principalmente en la Edad Media, cuando alguien fallecía y el cuerpo yacía en el hogar durante el velatorio, para asegurarse de que la persona realmente estaba muerta.

—¿Cómo iban a dudar de si estaba muerta? —pregunta Martín. Aunque los dos ya tenemos experiencia en este tipo de situaciones. Es una pregunta trampa. O recolectora, como digo yo. El profesor cada vez sospecha más.

—Se supone que debido al uso de utensilios de cocina de cobre, algunos enfermos sufrían una intoxicación, una dolencia de «aparente muerte». — Realiza el gesto de entrecomillado con sus dedos, no ha visto lo que nosotros

—. Creían que podían despertar en sus propios ataúdes. —Cualquiera que sea la hipótesis que está elaborando, se va centrando—. ¡Cielo santo! ¿No habrán enterrado a Antonio con vida, verdad?

—Continúe, por favor, nos está ayudando mucho. —Procuro mantener la calma.

—Esa aparente muerte es conocida como catalepsia. —Aquí está—. Según parece, fue una dolencia muy extendida en los siglos XVIII y XIX. Para evitar enterrar a los muertos con vida, se tomaban dos medidas: la primera de ellas, el tradicional velatorio, como he dicho antes, pero, no siendo suficiente, posteriormente ataban un hilo a la muñeca del difunto que pasaba por una abertura del ataúd para acabar en una campanilla que quedaba sobre tierra. Si la campanilla se movía, se procedía a desenterrar el cuerpo.

Martín se levanta en un espasmo sin acordarse de que está encajonado en un diminuto pupitre. La mesa y la silla se van con él, pegadas a su cintura, parece que lleva un tutú en la cadera. Pero yo no puedo irme aún —bueno, Martín tampoco, pero porque tiene una mesa pegada al culo—, necesito más, y para ello debo confesar algunos datos de la investigación.

—Lo que le vamos a contar es confidencial, y si se diera el caso de que usted lo compartiera con alguien, estaría cometiendo un delito, ¿comprende?

El profesor asiente con solemnidad.

—Hallamos el cuerpo de Antonio Cifuentes en su casa. Desnudo y con un cordón atado a su muñeca que acababa en una campanilla enredada en una lámpara.

Sé que Martín está de acuerdo con mi decisión, con haber desvelado datos del caso, pero también sé que a él le cuesta más que a mí hacer malabares sobre la línea de lo que es correcto y lo que no. Y otra vez la Indiscreta, pero esta vez no me asusta porque por eso he sido más rápida para actuar y tal vez debería apuntarlo como relevante si tengo que buscar aquello que me destaque de él para subinspectora.

—Oh, Dios mío, ¡no estaba realmente muerto!

—Exacto. Descubrimos que... Bueno, en realidad, la oficial Badía descubrió que seguía con vida. —Martín consigue un tono digno, a pesar de su vestidito de madera.

—¿Cómo lo supo? Gracias a Dios que no llegó a la morgue.

—Pensé que la campanilla quería darle la oportunidad al cadáver para hablar.

—Muy astuta.

—¿Tiene algo más que añadir? —pregunto al profesor mientras Martín procura quitarse su tutú de encima.

El profesor niega con el rostro al mismo tiempo que se encoje de hombros, ajeno a la divertida escena en la que un robusto policía forcejea con un pupitre.

—Un segundo. —Se ajusta la montura de sus gafas. En una tormenta de arena no serían muy útiles—. ¿Han dicho ustedes que Antonio fue descubierto sin ropa?

—Así es.

—Si pretendían hacer la representación de un enterramiento, ¿por qué iba a estar el cuerpo desnudo dentro de su ataúd?

—Cierto. —Martín deja de hacer aspavientos. ¿Cómo no se nos había ocurrido?

—La familia cuidaba mucho, y cuida, de que sus muertos estén perfectos para pasar a la otra vida. Siempre vestidos con sus mejores galas.

—Cierto. —Parecemos bobos—. Vamos a informar al subinspector. Le agradecemos su ayuda y esperamos poder seguir contando con usted. Hemos avanzado mucho.

Estoy ansiosa por marcharme y empezar a atar cabos. Pero no podemos irnos aún, porque Martín sigue haciendo lo imposible por quitarse el pupitre de encima, así que voy en su ayuda, tiro entre risas mientras él procura deslizar su cuerpo como un gato que se escabulle por la rendija de una puerta. Gracias al tutú de madera, el profesor tiene tiempo para recordar algo más.

—¡Esperen un momento! Ahora que veo el pupitre, he recordado algo. — El profesor interrumpe nuestra escena de dibujos animados—. Antonio no se sentaba solo últimamente.

—¿Había otra persona con él?

—Creo recodar que alguna vez iba acompañado de una chica.

—¿Recuerda su nombre, su aspecto?

—Melenita morena, delgadita, estatura normal... Poco más puedo decirles.

¿Qué mujeres hay en la vida de Antonio?

—Dos *whiskys* con hielo —pide mi padre. Esa fue la primera bebida alcohólica que probamos los dos juntos y así seguirá. A pesar de que, aquí, lo habitual es tomar vino, cerveza o sidra—. ¿Me estás diciendo que descubriste que el cadáver no estaba muerto?

Es tarde y la investigación queda pospuesta hasta mañana, lo que me da la oportunidad de celebrar mi cumpleaños con mi padre, tal como me pidió.

—Que el hombre seguía vivo, si somos exactos.

—¿Y no te dan puntos extra para la oposición a subinspectora por eso?

Me río con ganas.

—No lo creo, *aita*.

—Qué orgulloso estoy de ti, *maitia*. Brindemos. ¿Cuántos años cumples? ¿Veintiocho?

—Treinta.

—Bah..., qué más darán los años.

—Cierto.

—Pero no puedes reprocharme que sienta cierta nostalgia al recordarte cuando eras una niña.

Unimos nuestros vasos y degustamos la desinfección del licor.

—¿Por qué pensaste que el *whisky* debería ser mi primera copa?

—Siempre has estado necesitada de emociones fuertes.

—Cuéntame más.

—¿A qué viene esto ahora?

—No sé, curiosidad.

—¿Qué estás buscando?

Mi padre endurece el gesto. Me conoce bien. Este caso ha revuelto algo en mi interior, y me siento más irritable de lo normal porque cada vez me incomodan más las reacciones del subinspector. Qué ciego está. Qué lento es... Lo comparo con un espectador que recorre la casa del terror de una feria, preparado para recibir un susto en cualquier momento y empezar a gritar. Sumémoslo a la lista de personajes.

E intuyo que esta rabia es algo más, la puerta al secreto que esconde la Indiscreta. Quiero saber de dónde viene y desde cuándo me acompaña. Quiero saber su fecha de nacimiento.

—Es este caso, *aita*. Tiene muchas incógnitas.

—¿Desde cuándo te ha molestado a ti eso?

—Jamás. Pero no todo el mundo está reaccionando como debiera.

—Quieres decir que la gente no reacciona de la misma manera que tú.

—Bueno, es una manera más pragmática de decirlo, tienes razón.

—¿Y eso te enfada? —Mi padre me guía hacia un punto que solo él conoce.

—Más de lo que debiera.

—¿Has perdido el control?

—No.

Mi padre espera.

—Aún no.

—¿Qué tipo de caso es?

—¿Cómo que qué tipo de caso es? Pues una investigación de asesinato, *aita*. Bueno, en realidad no ha sido un asesinato, cierto. El cadáver solo parecía estar muerto. Gracias a que tenía una campanilla para avisarnos.

—Entonces, ¿qué tipo de caso es?

Otra vez.

—Pues insólito, supongo... ¡Extraño!

—¿Macabro?

—Puede. —¿Cómo...?

—Bebe, *maitia*. Te voy a contar una historia. Parte de ella la conoces, pero no toda. —Y yo bebo—. Voy a colgarme unos galones porque, hija, de niña no eras exactamente la clase de persona que eres ahora.

—¿Cómo...?

—Perdona, perdona... Deja que me corrija: sí eras la persona que eres ahora, eso lo lleva uno por dentro, ¿sabes? —la Indiscreta me saluda—, pero

digamos que tuvimos que orientarte en el camino.

—Continúa.

—El colegio fue una etapa complicada para ti. Mira, tenías las cosas claras y hacías lo que fuera por conseguir las y..., y también tenías mucha curiosidad por aprender, lo que te empujaba a explorar cosas que no todo el mundo comprendía. ¿Puede que esto sea lo que ocurre en el caso? ¿Que no todo el mundo comprende las situaciones como tú?

—Bueno, es algo que siempre he sentido, pero jamás me había molestado. Hasta ahora, que me irrita soberanamente la lentitud de los demás para reaccionar, su ceguera.

—¿Te acuerdas de cuando llevaste un gato muerto a tu clase de Ciencias para diseccionarlo?

—¡Joder! —Me acuerdo—. Fue una chiquillada, yo no lo maté.

—La gente huye de lo que a ti te atrae. —Vuelve a beber, un sorbo más largo de lo habitual—. Te echaron del colegio una semana; pero eso no te detuvo, seguiste recolectando animalillos muertos para aplicar tus conocimientos de la clase de Biología.

—¿Crees que soy una persona macabra?

—Si por macabra te refieres a que no temes acercarte al lado siniestro de las cosas y enfrentarte a él siempre que puedas salir de allí con un nuevo aprendizaje, sí. Eras curiosa y no huías. Pero los profesores comenzaron a preocuparse, parece que tu interés por los animalillos muertos y tus supuestos cambios de conducta alarmaron al colegio y aconsejaron que te lleváramos a un psicólogo. Decían que podías tener rasgos de psicopatía. Ellos estaban muy preocupados, y tu madre y yo también.

—Pero ¿qué dices, *aita*?

—Tranquila, pasaste la prueba, pero bueno, siempre nos quedó el miedo. Nos dieron orientaciones, consejos.

—¿Qué cambió?

—Te dimos tus momentos para curiosear y te permitimos experimentar a tu libre albedrío. Siempre que no fuera en el colegio.

—¿Por eso me ayudabais a diseccionar animales muertos en casa?

—Alguno que otro. —Mi padre bebe para desinfectar su asco—. Porque para ti no era nada fuera de lo común, solo un juego más. La palabra

«macabro» no estaba en tu vocabulario como algo oscuro. Ni creo que lo esté.

—Joder, erais los mejores padres del mundo.

—A cambio, no sé si te acuerdas, te decíamos siempre que el colegio era el lugar apropiado para investigar otras cosas: ¿por qué la gente hace lo que hace? Era otro juego, jugar a adivinar los propósitos y las intenciones de los demás.

—Me empujasteis a investigar la empatía.

—Exacto.

—Justo de lo que carece un psicópata. —Ahora soy yo quien bebe un sorbo más largo de lo habitual.

—El único motivo por el cual no te preocupabas de los demás era que tenías cosas más interesantes que investigar. Una vez saciaste esa curiosidad en tus ratos libres, con nosotros, el colegio se convirtió en un mundo distinto, lleno de posibilidades.

—Puede que me convirtiera en una experta manipuladora.

—No, comprendiste los misterios de la conducta humana. Seguro que eso te está ayudando en tus investigaciones, aplícalo también en este caso. Que no te asuste llegar a sitios donde los demás no quieren ni acercarse —por eso se llama la Indiscreta—, estoy seguro de que eso también te hace mejor policía. Pero que no se te olvide que eres una excelente persona, siempre dispuesta a ver el lado bueno de la vida y de los demás.

—Es lo que siempre he creído que era.

—La vida tiene luz y oscuridad. Tú tienes linterna para moverte por las dos. —Solo cuando sale el sol somos capaces de ver las sombras que procura.

Me disculpo para ir al baño, tengo que cerrar los ojos un segundo y centrarme en mí misma. Tener una conversación con la Indiscreta, que susurra: «Acércate a lo que nunca te ha abandonado. No necesitas que nadie te dé una palmadita para sentir que miras hacia el lado acertado. ¡No necesitas su permiso! ¡Gobiérnate a ti misma! Vuelve, Bruna».

—Gracias, *aita*... Por todo.

—¿Otra copa?

—¿De *whisky*? —le digo señalando el culo del vaso que nos queda—. Mañana tengo que estar despejada, no puedo beber más.

—Claro.

Le beso, me parece curioso que no haya asociado a la Indiscreta con mis conductas de la infancia. Pero me había alejado tanto de ellas... Ahora soy una persona sociable, con capacidad para amar y que disfruta con las relaciones. Igualmente curiosa, eso sí, pero ¿qué habría sido de mí sin el apoyo y la comprensión de mis padres?

—*Maitia* —dice mi padre al despedirse—, procura no llevarle un gato muerto a tu jefe la próxima vez que te irrite.

No me parece una idea tan descabellada.

La mañana empieza con Martín: el subinspector le ha llamado por teléfono y quiere que me informe, vuelvo a ser el último mono.

Las manadas siguen vigentes y te tienes que ganar el derecho a permanecer en ella y el respeto del resto de miembros. En un trabajo como el de policía, Martín tiene más posibilidades físicas de superar una situación que las requiera, yo tengo que buscar la manera de superarlo en otra aptitud. Por ahora, el más corpulento de los dos toma ventaja como referente para el subinspector. Tal vez mi ventaja esté justo en aquello sobre lo que conversé anoche con mi padre. En la Indiscreta y su linterna para ver también en la oscuridad, para poder caminar sobre la línea de lo que es correcto y lo que no. Mi ventaja reside en aquello que hace que no me cueste considerar que el cadáver del escenario de un crimen pueda estar vivo o que tenga muchísimas ganas de colocar un gato muerto sobre la mesa del subinspector.

Pero hay un problema, mis cartas son poco comprendidas por los demás, a veces incluso ridiculizadas, y solo cuando obtengo resultados la gente es capaz de valorarlas. Como cuando resucito un cadáver, por ejemplo. La corpulencia y la capacidad física de Martín son fácilmente observables sin la necesidad de encontrarte siquiera ante la necesidad de usarlas.

—¿Qué ha dicho el subinspector? —pido respuestas. Si voy a ser el último mono, al menos uno exigente.

—Volvemos a la planta de Psiquiatría.

—¿Qué ha pasado?

—En diez minutos paso a buscarte.

Y me cuelga el teléfono. ¡Lo odio! No solo recibe la información antes que yo, sino que juega con ella y conmigo, se la guarda. No tiene derecho a hacerlo.

Dejo la taza de café ahí, en cualquier sitio. Comienzo a desnudarme lanzando las prendas por ahí, en cualquier sitio, y cojo la ropa que está ahí, en cualquier sitio. Solo me detengo un segundo, para mirarme en el espejo y observar que mi melena castaña, gruesa y lisa está despeinada por culpa de cierta electricidad estática. Vamos a decir que está peinada con cierta electricidad estática y listo. Así puedo salir de casa antes considerándome peinada al mismo tiempo. Este es el razonamiento que me repito cuando me preocupa más salir disparada que estar guapa.

—Como no me digas algo, ¡ya!, te juro que te hago bajar del coche a patadas y me voy sin ti.

Ni buenos días ni nada. Martín no se merece mi amor hoy; aunque lo tenga, no lo merece.

—Ha aparecido una marca por cauterización en el cuerpo de Antonio. Se la han grabado al rojo en la piel.

Va directo al grano, sabe que no estoy para bromas. Me olvido del odio y de la rabia. ¿Una marca?

—¿Por qué sonríes de esa manera? Espera, no me lo digas. Te encanta que a Antonio le hayan marcado. Bruna, una quemadura. Pobre Antonio.

—No me juzgues.

—Bueno, mereces la redención; al fin y al cabo, fuiste tú quien lo nombró oficialmente hombre vivo.

—Gracias. —Imito una reverencia.

—Eres graciosa cuando arrugas la nariz de esa manera.

En cuanto se da cuenta de lo que ha dicho, expulsa tanto aire de su interior que se ha quedado como una loncha de jamón dentro de un *film* que lo conserva al vacío. Yo también me ruborizo. Estoy confusa, algo está cambiando. Son pequeños detalles, y ocurre desde que resucité al supuesto cadáver. Algunos reciben un primer flechazo nada más verse, otros descubren que aman a alguien cuando averiguan que comparten el mismo interés absurdo. Puede que Martín viera algo diferente en mí cuando estábamos los dos frente a un cadáver. Romántico.

Rompo el vacío del embutido de Martín.

—¿Qué tipo de marca tiene Antonio?

—No lo sé. Llegados a este punto, cualquier cosa. Y te diré algo, puede que ya ni me sorprenda. En realidad, me sorprendería que no fuera algo extraño.

Y de nuevo, aquí estamos, ante las puertas cerradas de la planta de

Psiquiatría. Me está comenzando a resultar hogareña y todo. ¿Les pasará lo mismo a las personas ingresadas en ella? ¿Se acomodarán a su nuevo hogar? ¿O nunca podrán ver como a una familia al personal de pijama uniformado y a sus compañeros internos?

Un enfermero nos abre la puerta, parece algo agitado.

—Vengan por aquí, por favor. —El celador, un *sommelier* pirata; el enfermero, el presentador de un circo, «pasen y vean».

Nos dirigimos a la habitación de Antonio. Allí, alrededor de la cama, se reúnen Paloma, el subinspector Rosell y un médico que no tengo el placer de conocer.

—Un auxiliar de enfermería ha encontrado la marca mientras lo lavaba. — Paloma, con la ayuda del otro doctor, gira el cuerpo y retira la bata de Antonio justo en el costado, a la altura de la cadera. Ahí está, una marca que parece una quemadura bien delineada.

—¿Qué es eso? —pregunta Martín.

—Es un ciprés. —Ya lo he visto antes.

—Agente Badía, ¿cómo...?

¿Por qué me echa la bronca el subinspector si he acertado?

—¿Concretamente un ciprés? —pregunta Martín sorprendido.

—Sí, un ciprés. —Esta vez el subinspector se dirige a Martín, y con cierto hastío, diría yo. Quiere quitárselo de encima antes de escrutarme a mí—. Bruna, ¿cómo lo has sabido?

—Es un árbol que suele colocarse en los cementerios. —No puedo decir que vi la marca en una ilustración que mostraba los tatuajes de dos famosos asesinos escoceses porque hay más gente en la sala, posibles sospechosos, así que mantengo el silencio.

—Es un árbol longevo que se asocia con la inmortalidad —añade Paloma.

—Ja. ¿Acaso no os parece más que acertado para Antonio? Después de haber vuelto de entre los muertos... —El subinspector Rosell usa la ironía como escudo ante el sobresalto. Y ahora me observa a mí. En esto de resucitar cadáveres y precisar incómodas rarezas, incómodas para él, sí soy la referente del caso.

—¿Cómo ha pasado desapercibido hasta ahora? —pregunta Martín acercándose más a la marca; la observa y después me mira con su sonrisa. Digo con su sonrisa porque ni siquiera me he fijado en si mira con los ojos, solo puedo centrarme en esa boca que dice «qué bien debes de estar pasándolo».

—No ha pasado desapercibido, la cuestión es que... —El médico que acompaña a Paloma comienza a hablar.

—Disculpe, no nos han presentado —interrumpo. Por muchas ganas que tenga de escuchar qué más tiene para nosotros, en este oficio, antes que nada, es mejor estar al tanto de quién es quién.

—Por supuesto, disculpe, las prisas por aclarar este suceso me han hecho perder los modales. Soy el médico forense del hospital. —No ha dicho su nombre, aunque señala una placa identificativa que luce en su bata—. No nos ha pasado desapercibido hasta ahora, como podrá imaginar, lo grave del asunto reside en que estamos ante una quemadura que acaba de producirse.

—¿Bajo la supervisión de toda una planta de Psiquiatría? —escupo, y el subinspector me manda callar como a un perro. Paloma retira el rostro, claramente compungida.

—Es una quemadura profunda, la marca quedará para siempre. Es probable que se haya hecho con un acero incandescente.

—Conozco el método —dice el subinspector sin dejar de mirarme, tiene miedo de que vuelva a ladrar—, es lo que se lleva ahora en la calle, la especialidad de las bandas. Los tatuajes han perdido su valor de compromiso, porque con una simple cirugía láser puedes quitártelos. Lo que se lleva ahora son las cicatrices imborrables.

—¿Alguien se ha colado en la habitación 212 y ha marcado a Antonio como a una vaca de carne? —El subinspector no me ha atado bien la correa.

—¡Oficial Badía!

—No sé cómo ha podido pasar —dice Paloma.

—¿Tienen cámaras?

—Solo en las zonas comunes. Están repasándolas, el flujo de personal que entra en la habitación de Antonio es continuo. Requiere de muchos y variados cuidados.

—No creo que podamos concretar la hora exacta en la que se hizo la quemadura. Puede que una aproximación... —interrumpe el médico forense. Se parece a un resbaladizo delfín. Amable, ágil, escurridizo, con un cerebro que guarda muchos secretos y que trabaja en equipo con un *sommelier* pirata y un presentador de circo.

—¿Alguna visita que se les haya pasado por alto? —El subinspector no me ha puesto bozal y sus chasquidos no son suficientes para adiestrarme.

—No le permitiré que ponga en tela de juicio mi profesionalidad. —Paloma cambia para mí su nombre por el de Águila Rapaz—. No crea que

aquí hemos estado a la espera de que llegara usted para hacernos las preguntas relativas al caso. Si pudiera tener algo de paciencia, le contaremos todo. —Mantiene la mirada y no espera mi respuesta—. Quien fuera que hiciese esto, drogó a Antonio antes de rea-lizar la quemadura introduciendo en el suero un sedante.

—¿Por qué haría tal cosa? —Como cuando era pequeña, la curiosidad me ha calmado.

—Para cerciorarse de que no gritara.

—Conoce el caso... Los avances de Antonio.

—Puede.

—Oficial Badía, Oficial Huguet, acompáñenme fuera. Aquí está todo controlado. —El subinspector nos está echando. Seguramente por mi actitud exigente—. Vamos a tomar un café y me cuentan lo que han descubierto — ordena cuando nadie más escucha.

El subinspector vuelve a colocar tres cafés sobre la mesa, esta vez no hay ambiente para chascarrillos sobre mis gustos cafeteros.

—Siento haberme pasado de la raya —digo.

—Disculpas aceptadas.

—En realidad, no debería haberme sentido tan molesta.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Martín—. Es normal que te preocupes por los cuidados de un hombre ingresado en un hospital que, se supone, debería velar por su integridad.

—Pero no hay que perder la perspectiva de lo que realmente importa. Quiero decir, puede ser positivo para el caso, ¿no? Estaríamos más cerca de saber quién está detrás.

En cuanto lo digo en voz alta, soy consciente de lo fría y calculadora que parezco, los gestos de mis compañeros lo corroboran. La Indiscreta aplaude. Primero he reaccionado visceralmente, preocupándome por la víctima, pero ahora soy capaz de ver las ventajas de lo ocurrido, y eso no debería ser malo. Me hace buena policía.

—No me miréis así, estamos más cerca de saber quién le hizo esto y no podéis negármelo. Quiero decir, ¿es bueno para nosotros, no?

Ahora que, gracias a mi padre, conozco mejor a la Indiscreta, puedo defenderla.

—Esta tarde revisaremos los vídeos de seguridad del hospital. —El subinspector me echa una miradita. Ya sé cuál es esa miradita...

—Seré respetuosa.

—Contadme con más detalle lo que descubristeis ayer en la universidad. —
No me quita el ojo.

Martín coge las riendas de la narración, tampoco me quita el ojo, no de la manera que yo quisiera, claro. ¡Me mira como lo hace el subinspector! Intentando decidir si aprobar o no mis actitudes.

Sorbo el café con aire triste. No me importa lo que los demás piensen de mí, pero sí que deseo con todas mis fuerzas que Martín me comprenda.

Por fin acaba su monólogo.

—¿Y qué tenemos? Una maldita quemadura con el diseño del puñetero árbol de la muerte y los cementerios escoceses del profesor chalado. ¡Joder! Me siento como en una *yincana*.

El subinspector..., para qué volverlo a explicar. Catorce pelos.

—Las pistas son confusas, y llegan demasiado rápido —intervengo.

—Estoy de acuerdo —comparte Martín. Me siento aliviada, ha vuelto a mi lado.

Nuestro jefe recupera algo de su tranquilidad; sabe que Martín no es tan dado a jugar con las ambivalencias como yo, y que coincida conmigo en un razonamiento hace la cosa más asumible para él. Yo le asusto un poco.

—Explicaos.

Dejo que Martín lo haga, para que la explicación entre en la sesera del subinspector con más facilidad.

—Nos llueven las pistas y parecen ir encajando, somos observadores de la trama de una película. Tenemos un guionista.

—O un titiritero —intervengo. Al subinspector ya no le gusta el juego.

—¿Creéis que alguien puede estar manipulando la investigación?

Martín y yo, con las narices muy juntas —o eso me parece—, encogemos los hombros. Es probable.

—Hay algo más —digo.

—A ver, Bruna, ¿qué más? —Quince pelos.

—En la ilustración que nos enseñó el profesor de Historia, sobre los brazos de Burke y Hare también había una marca.

—¡Una marca! ¿Qué marca? —Sabe de sobra cuál. O debería. Otra vez entorpeciendo la investigación. La Indiscreta chasquea.

—¡Un ciprés! ¿Qué otra marca podría ser? —Mierda, me he pasado. Ahora la Indiscreta se desternilla de la risa, hasta desbordarse.

—¡Bruna! Te estás jugando un expediente. Y con eso, ya poco tienes que hacer para presentarte a subinspectora. —Así es como el subinspector pone

punto final a su café y a mis conclusiones sobre el caso, irritándose conmigo y con las sorpresas macabras. Un gato muerto sobre su mesa no quedaría mal —. Mañana id a casa de Antonio a inspeccionar cada rincón, sigue siendo recinto acordonado, selladlo cuando salgáis. Después nos reunimos los tres con el inspector en comisaría. ¡Ah!, y registrarlo todo en los informes.

Odio hacer los malditos informes.

Registrar con palabras este caso es una rémora innecesaria. Innecesaria para mí, porque no lo es para toda una organización policial no solo de nuestra ciudad, sino del Estado. Es decir, mis necesidades vuelven a estar en contraposición con la opinión de toda una marabunta de gente.

Hacer informes es la única parte de mi trabajo que no me gusta, y no me gusta que no me gusten las cosas. Así que tengo que abrir mi mente y hacer el mismo esfuerzo que cuando estaba en el colegio: dejar de lado los gatos muertos para centrarme en comprender a mis compañeros.

Son las doce de la noche, acabamos de terminar con la revisión de los vídeos del hospital, registrando las visitas de Antonio sin mucho éxito. No me importa que sea tarde, le voy a sacar tiempo a este día para mi entrenamiento, incluso fuera de la lógica de las veinticuatro horas.

Me gusta correr hacia la playa de La Concha. A estas horas está vacía, pero el rumor de las olas no es tímido. Escondiéndome de las farolas que titilan sin ganar la batalla a la negrura que impone el mar, desciendo por la rampa hacia la arena. Da miedo perturbar una escena tan estática. Por eso lo hago. Da miedo correr por la oscura galería que rodea la playa, con su olor a salitre y agua estancada. Por eso lo hago. Es la Indiscreta.

Corriendo, las ideas llegan libres, sin permiso. No me gusta estar atrapada en esta rabia, no suelo ser así; pero que, ocupando un puesto de tanta relevancia como el suyo, el subinspector se atasque en los detalles rocambolescos de la investigación, me parece absurdo. Si desenredar enredos es nuestra profesión, debería estar encantado con este rompecabezas. Puede que la extrañeza de este caso también me esté cambiando a mí. No porque ella me moleste, sino porque me molesta que le moleste a los demás.

Y uso la palabra «moleste» cientos de veces, adrede. Adrede porque la necesidad de expresar riqueza de vocabulario no va a impedir que use la palabra que más me molesta en estos momentos: mi molestia. Que se vaya a la mierda lo correcto.

Me adentro en la playa, tras recorrer la galería, vuelvo sobre mis pasos trotando sobre la arena. Es más costoso, pero la orilla siempre tiene algo

nuevo que decirme con el vaivén de las olas. Observo la figura lejana de otro corredor. Incluso puede que se esté dirigiendo hacia mí. Las sombras ocultan lo que esconden, el mejor escondrijo para lo que se esconde es una sombra. Pero no tengo miedo. Bueno, lo tengo pero lo disfruto, esta inyección de adrenalina me gusta. Hay dos maneras de disfrutar de la vida al máximo, una de ellas es que tu vida te importe una mierda y no temas arriesgarla, la otra es quererla tanto que no puedas desechar ninguna opción. A veces fantaseo con que alguien me asalte, para poder poner a prueba mis actitudes de defensa personal y que, de nuevo, se me pare la respiración.

Me ha quedado claro, lo de mi acechador es una persecución descarada, y me está alcanzando. Aumento la velocidad lo justo para adentrarme en la galería y ocultarme tras una columna, en las sombras que ahora son mis amigas. Puede que el corredor pase de largo, puede que sea un hombre cualquiera que, como yo, ha salido a correr. Ante mi desaparición, la figura se detiene, desconcertada, he desaparecido de su mapa del tesoro y me busca. Veo salir el vaho de su boca a contraluz, la que llega de una farola del paseo. Un segundo, eso es lo que le permito antes de tirarlo al suelo. Para poder placar a alguien de la envergadura de mi perseguidor debo usar un cuerpo a cuerpo cercano. Coloco mi codo sobre su cara, procuro comprimir su nuez y lo desequilibro empujándolo hacia atrás. En el momento justo fijo la pierna tras sus rodillas para hacerlo caer. Pero él parece saber también qué es lo que se hace, se defiende con una zancadilla igualmente demoledora y me hace caer al suelo con él. Un buen barrido... Sí, señor. Una vez en el suelo, tengo pocas posibilidades, la figura consigue contenerme sin esfuerzo subiéndose sobre mí. ¡Odio cuando no consigo ganar en un cuerpo a cuerpo! El hombre aprieta mis puntos de dolor para que no pueda moverme. Me quedo sin respiración.

—Joder, Bruna. Qué codazo. —Reconozco su voz. Aunque no reconozco su dulzura al soltarme, porque no la había sentido nunca antes. Martín. Si cuando digo que me gusta quedarme sin respiración..., acierto. Ojalá hubiese mantenido mis puntos de dolor un rato más, hasta la brusquedad.

Tirados en el suelo, él se palpa la nuez y se acaricia los labios, ensangrentados. A mí me duele el hombro después de la maniobra que ha usado para contenerme, pero no voy a darle el gusto de saber que también me ha lastimado.

—¿Agredes a todos los que van a ganarte corriendo?

—Puede... No me gusta poner las cosas fáciles —le sigo la guasa. Aunque

parte de verdad hay.

—Ya veo.

—¿Estabas persiguiéndome? Es decir, ¿sabías que era yo?

—Claro, te he reconocido.

—Pues me podías haber llamado.

—¿Y tú por qué me atacas? Me has pillado por sorpresa, joder. —Al menos eso lo he hecho bien.

—Sí, buen barrido, Martín.

—Buena desestabilización. —Me da la mano, como si cerrásemos un trato de negocios.

—¿Y qué haces corriendo a estas horas? —pregunto al mismo tiempo que me quito la arena del cuerpo.

—¿Y qué haces tú corriendo a estas horas?

—Entreno.

—Digamos que el otro día, cuando fui a tu casa y te vi estudiando y entrenando, me sentí culpable. No sé de dónde sacas...

—¿El tiempo? —Ya está la preguntita de mi vida.

—La energía. —Martín tiene la versión 2.0 de la pregunta—. La verdad... es que eres tú quien me ha puesto las pilas para el entrenamiento de subinspector. Digamos que has sido mi inspiración.

Me gusta que me haya nombrado su musa.

—¿No queda la playa de Zurriola un poco más cerca de tu casa?

—Sí. —No da más pista del significado de esa respuesta.

¿Sí?, oficial de policía Huguet, ¿qué tipo de «sí» ha usado?

¿Ha venido a correr hasta La Concha porque sabía que yo estaría aquí? Se muestra claramente abrumado y su rostro a contraluz y el vaho que lo envuelve me hacen apiadarme de él y dejar de indagar. No soy una psicópata que deja a un lado los sentimientos de los demás, por mucho gato muerto que haya habido en mi pasado, y no pienso hacer nada que impida que, en un futuro, Martín pueda mostrarse igual de desinhibido que hoy. Ha venido a correr hasta La Concha porque sabía que yo estaría aquí.

—¿Corremos juntos? —propongo.

Si he sido la responsable de que mejore su entrenamiento, que él me devuelva el favor y haga que mejore mi ritmo de carrera. Es lo justo.

—Claro, pero dame unos segundos, espera a que pueda volver a coger aire.

Sigue acariciándose la nuez. A mí me duele el hombro, ya lo he dicho, pero...

—No pongas excusas. No sabes cuánto me duele el culo gracias a tu barrido. No me duele el culo, pero quiero que me lo mire. Y lo hace.

Volver al piso de Antonio puede abrir una buena línea de investigación. A mí no se me había ocurrido retornar a la escena del crimen para inspeccionarla por segunda vez, pero al subinspector sí. Debería controlar mi rabia.

—¿Vas a usar las escaleras otra vez? —pregunta Martín.

—Nunca se sabe.

—¿Es que ya no te duele el culo?

Veo su sonrisa y cómo se despide con la mano, jocosamente, mientras las puertas del ascensor se cierran. ¡Que se burle todo lo que quiera! Repetiré la maniobra de subir las escaleras para examinar cada flanco posible las veces que haga falta. Estas son mis cartas, el tipo de cosa que puede hacerme destacar para el puesto de subinspectora.

Por desgracia, no saco mucho jugo a mi exploración. Nada ha llamado mi atención y ni siquiera he tenido el placer de reencontrarme con el chef italiano.

Martín me espera para romper el precinto de la puerta, respeta que entremos al escenario del crimen al mismo tiempo, porque cuatro ojos ven más que dos. Porque respeta mis ojos escrutando al lado de los suyos. Porque respeta mi boca, describiendo lo que ve, al lado de la suya.

Comenzamos por la cocina, a nuestra izquierda. Está algo descuidada pero limpia; es decir, desordenada pero sin guarrerías, como alguien que tiene prisa pero a pesar de todo no deja de lado la higiene. Vuelvo a recordar lo que dijo la vecina de cuando entró en la casa durante la primera crisis de Antonio: suciedad, comida tirada... Curioso cambio de costumbres en tan poco tiempo, puede que sea algo propio de su condición psíquica. Tomo nota mental.

—Toda la comida que tiene —dice Martín— es comida de fácil preparación, pero saludable. En los armarios hay atún, frutos secos, pan integral... Y en la nevera, envases de ensalada preparada. Parece que quería cuidar su salud, pero que no tenía mucho tiempo.

—Seguramente estaba absorto en su investigación.

Se parece un poco a mí, «¿cómo consigues tener tiempo para todo?», Antonio también tiene una respuesta a eso: un desorden higiénico y una comida saludable de fácil preparación. La verdad, las anfetaminas y la coca no cuadran mucho en la ecuación.

—Veamos esta habitación. Aquí no hay nada.

Puede que en su rincón de estudio encontremos algo interesante. Me sorprende encontrarme con un despacho de ratón de biblioteca, parece caro y lujoso para un chaval tan joven. ¿Un capricho? ¿Una herencia? Un escritorio compacto de madera barnizada y lustrosa, librerías con puertas acristaladas, todo de un elegante color caoba. Nada de ordenador, ¿pero no había dicho la señora que...? Y aquí los libros están perfectamente ordenados.

A falta de ordenador o cualquier otro dispositivo informático, pasamos casi una hora escrutando en cajones, libros y hasta entre sus páginas, buscando notas escondidas entre ellas, lo que sea. Nada en su despacho. Desistimos y pasamos al dormitorio. Volvemos a encontrarnos con ese orden descuidado de alguien que está a otras cosas.

—No lo sé, Bruna. La verdad, esperaba encontrar algo más.

—¿Crees que el agresor pudo deshacerse de alguna prueba? ¿El ordenador de este chico tan desordenado?

Martín se sonríe con mi comentario, como otras veces, pero intenta ahora esconder el gesto, se avergüenza de él. No sé por qué lo hace, siempre se ha reído sin pudor de mis comentarios a veces un poco fuera de lugar, ¿por qué iba a querer contenerse esta vez? Puede que hasta ahora no haya sido consciente de sus sonrisas y, ahora que las reconoce, me las quiera ocultar. O se las quiere ocultar a sí mismo. La ilusión de que pueda sentir algo por mí se hincha al mismo tiempo que mis pulmones. Y todo desde que descubrí un cadáver no muerto.

Seguimos supervisando cada rincón hasta que nos quedamos sin metros cuadrados. Mi teléfono interrumpe la desesperación. ¡El subinspector! ¿Ya no soy el último mono? ¡Ja!

—Quiere que volvamos, es hora de informar al inspector Santos.

Cerramos de nuevo el precinto, claramente abatidos. Es la primera vez que este caso no corre como compitiendo en una olimpiada. Aunque, dándole la vuelta, puede que en esta ocasión la falta de pistas concluyentes sea nuestra mejor pista.

—¿Qué haces? —pregunta Martín cuando ve mis intenciones, pues quiero volver a bajar por las escaleras.

—Si tú coges el ascensor, yo las escaleras. Es nuestra estrategia, ¿no?

—Tú y tu culo sois los que decidís. —Otro gesto desvergonzado. Ha estado a punto de taparse la boca con la mano. Como una colegiala ruborizada.

Me recuerdo a mí misma que la actitud es lo que me destaca. Me tomo mi

tiempo para bajar las escaleras, como la primera vez, como la segunda y como todas las que sean necesarias. Escucho un ruidito inconfundible, el pestañeo de una mirilla. Alguien observa desde la seguridad de su casa. Me detengo completamente, para hacer saber que estoy al tanto del espionaje, y entonces una viejecita abre la puerta.

—Buenos días.

Rondará los noventa años, viste una pulcra bata azul de florecillas blancas que le llega por debajo de las rodillas. Su peinado está cuidado y su mirada y su rostro limpios pero astutos. Diría que es la «amiga» de Antonio, la mujer a la que confiaba sus llaves de casa.

—¿Es usted de la policía?

—Así es. —Sonrío, procuro ser acogedora, y me sale sin esfuerzo. No soy ninguna psicópata, por mucho que la Indiscreta esté ahí, limándose las uñas.

—Esperaba verlos pronto por aquí para poder darles algo, ha llegado esta misma mañana, un paquete para Antonio.

—¿Cómo no ha llamado usted a comisaría?

—Lo siento, jovencita. —Se señala la sien con un dedo—. Una no tiene la cabeza como antes. Pero acaba de llegar.

—¿Puede enseñármelo?

—Por supuesto. Siempre he sido la recadera de Antonio. Pocas veces salgo de casa. Y si él no estaba, el cartero me dejaba a mí los paquetes. No soy ninguna fisgona, ¿sabe? ¿Está bien Antonio?

—No puedo darle detalles sobre el caso. —Pero su mirada me entristece. ¿Ves, señora Indiscreta, cómo empatizo con los demás?—. Sí le diré que sigue con vida. Señora, ¿puede traerme el paquete? —insisto.

—Espere un segundo. —La mujer se vuelve sobre sí misma y coge el paquete de una cómoda de la entrada—. Creo que es un libro. No paraba de recibirlos.

—Muchas gracias. ¿Se lo entregaron en mano? —Recibo el paquete con unos guantes de látex.

—Sí, el mismo cartero de siempre. Viene tanto que a veces le invito a café y a unas pastitas.

—¿Sabe su nombre?

—No, la verdad es que ya nunca los pregunto. Para mí era el cartero, nada más, han venido tantos, con tantos nombres, tantos años... igual que el carnicero, el del estanco y el de la droguería. —Esta mujer también juega con personajes, tal y como lo hago yo—. ¿Quiere usted un cafecito?

—Lo siento, tengo prisa. Gracias de nuevo, ha sido de gran ayuda. Tenemos su teléfono, seguiremos en contacto.

Martín no puede creer lo que ve. Él, que esperaba con su sonrisa burlona a la maniática de las escaleras, cambia su gesto con brusquedad al verme llegar con un paquete.

—¿Qué me traes? ¿Te dejo sola un segundo y me apareces con una pista?

—Vuelve a mirarme con esos ojitos que..., joder, me tiene totalmente desconcertada.

—Ha llegado por Correos.

—¿Y dónde está el paquete ahora? —pregunta el inspector Santos.

Este sí es un auténtico sabueso. Toda su envergadura, su gesto, su andar... recuerda que en su juventud fue un rottweiler. Ahora bien, uno perfectamente adiestrado. Tiene su elegancia y su pausa controlada en todo momento, pero sabes que es capaz de morder, morder con licencia. El año pasado resolvió un caso que impulsó su carrera, una serie de asesinatos relacionados con un centro de salud. Una no puede sentirse segura ni con sus propios médicos.

—En el laboratorio, no queríamos manipularlo más sin que lo procesaran —dice Martín.

—Bien pensado, no tardarán. ¿Y qué me dice de las cámaras del hospital, subinspector?

—Todas las personas que han entrado en la habitación de Antonio en las últimas cuarenta y ocho horas forman parte del personal sanitario autorizado. Los oficiales hicieron una lista.

—Habrá que revisar a cada uno de ellos. ¿Algún favorito?

—Bueno, Tara Sánchez, la compañera de Antonio —se me ocurre—, creía que alguien le estaba ayudando desde dentro, así que de poco nos sirve que todos sus visitantes fueran personal del hospital. Todos son sospechosos. —Al inspector Santos se le dará bien, aquel caso que resolvió era una verdadera tela de araña de sospechosos: médicos, enfermeros, administrativos, pacientes... y consiguió cerrar el caso.

—Esperen, ¿no estaban buscando a una mujer relacionada con Antonio? —dice.

—¿Cómo? —pregunta el subinspector.

—¿No han dicho que el profesor que impartía clases de Historia en la universidad recordó que Antonio había ido acompañado de una mujer a clase? ¿Tara encaja en la descripción? Hagan llegar una foto suya ahora mismo a ese profesor.

—¡Nos mintió! —exclamo estupefacta—. Quizá Tara conocía a Antonio antes de su ingreso. Es la única mujer que hemos podido asociar con la víctima hasta el momento, tiene que ser ella...

Joder, no sé cómo no me he dado cuenta antes. Sí sé: trabajo en equipo.

—Aquí tienen la orden para hablar con ella y con la doctora Azcárate sobre cualquier aspecto relacionado con el caso. Divídanse. Ahora tienen más motivos que nunca para indagar en la vida de esa tal Tara y en por qué mintió.

El subinspector no ha perdido el tiempo; mientras nosotros vigilábamos las cámaras de seguridad y escudriñábamos cada rincón de la casa de Antonio, él ha tenido margen para informar al inspector y efectuar los trámites necesarios.

Un chico joven, de unos veintipocos años, aún con acné, y que seguramente comience ahora sus peripecias como policía, llama a la puerta. Procura dar una imagen seria de sí mismo, concentrando sus fuerzas en su tono de voz, ya que el aspecto no le acompaña en su propósito.

—Señor inspector, llaman los del laboratorio. Dicen que ya tienen las pruebas procesadas y que pueden verlas.

Vamos todos en tropel, uno tras otro, acelerados, en un desfile tan cómico como la escena de unos dibujos animados. Cualquiera que nos viera desde fuera dejaría de jugar a saber quién ocupa qué cargo para reírse de la imagen sin más dilaciones.

Bajamos las escaleras dirigiéndonos a la zona de laboratorio hasta encontrarnos con el paquete, recién diseccionado en su propia mesa de autopsias. Le han rasgado la piel en busca de huellas, habrán vaporizado el sello para despellejarlo con suavidad y hacerle análisis en busca de sustancias y han extraído los órganos internos para colocarlos en una balanza y pesarlos. Ya que no pudieron hacérsela a Antonio, al paquete sorpresa le han hecho toda una señora autopsia. Se han desquitado.

El gesto de la mujer del laboratorio es pausado y relajado. Al compás con su meticuloso trabajo y la precisión que debe emplear.

—¿Os dice algo esto? —Señala.

Nos asomamos. Si antes éramos un dibujo animado, ahora somos una caricatura estática, un cómic: cuatro personas adultas curiosas que olvidan los modales y la jerarquía para jugar al «quién ve antes el paquete». La vecina de Antonio es-taba en lo cierto.

—Se trata de un libro de historia o algo así. —La mujer del laboratorio,

ante nuestro mutismo, se ve obligada a describir el objeto como si fuéramos gilipollas y no supiéramos identificar un libro. *Los asesinatos de West Port. Historia de Burke y Hare*. Así se titula el contenido de nuestro paquete.

El inspector es el primero en hablar.

—Corregidme si me equivoco, ¿es esto de lo que os habló el profesor de la universidad?

Asentimos con un sonido gutural.

Aquí está la pista que esperábamos encontrar en casa de Antonio y que ha llegado en forma de paquete entregado en una escalera estratégica.

—¿Huellas? ¿Algo? —pide desesperadamente.

—Un montón de huellas. Algo esperable en un paquete de Correos, intentaremos aislarlas. —Es la primera vez que la mujer del laboratorio muestra inquietud, pero tan solo la deja ver al mover su coleta de un extremo al otro en la negativa de su respuesta.

—Tendremos que averiguar todo lo posible sobre quién entregó el paquete, de dónde provenía y sobre la editorial que publica este libro. Tal vez tengan registrada la venta de este y otros ejemplares.

—Sí, no creo que estos temas tengan muchos lectores potenciales... —La extrañeza sigue posándose en el cuello de la camisa del subinspector como una pajarita que le aprieta.

—Me sorprende que Antonio no se entregara a sí mismo los paquetes — reflexiona el inspector.

Nadie nos hemos hecho esa pregunta. ¿Por qué iba a usar a su vecina para recoger sus propios paquetes pudiendo traérselos el mismo de la oficina? Por algo el inspector Santos es inspector.

—¿Querría mantener el anonimato? —lanzo mi conjetura—. Encajaría con su obsesión de ser perseguido.

—Probable. Mandaré un agente a la oficina donde trabajaba Antonio, a ver qué saben y a ver si nos podemos enterar de quién era el repartidor. Ese amigo del café con pastas de la vecina. ¿Tenemos algo? ¿Un nombre?

—No.

—¿Cómo que no conoce su nombre? —dice el subinspector proyectando su en-fado con la vecina en mí.

—Para ella era «el señor cartero». —Me encojo de hombros.

—Al menos, podrá identificarlo.

—Supongo.

—Nosotros, todos, nos vamos otra vez al hospital a hablar con la doctora Azcárate y con Tara Sánchez —ordena el inspector.

—Joder, las pistas de este maldito caso nos llegan prácticamente solas y, aún y todo, no conseguimos ver la imagen que tendrá el puzle, porque cada pieza es más rara que la anterior. —El subinspector se ha puesto poético. Las patas de un pulpo llamado extrañeza le están invadiendo las neuronas.

—Tara, estamos aquí porque sabemos que nos has mentido.

Me han elegido para hacer el interrogatorio, ya que fue ella quien confió en mí la primera vez. He dejado de hablarle de usted; entiendo que debo mostrarme amable, cercana, porque su intención fue la de ayudar a Antonio y seguirá queriendo hacerlo. Hay algo que le impide contar de qué se conocían, pero seguro que no es tan importante para ella como ayudar a su amigo. Si fuera de otra manera, no se habría arriesgado.

Resulta que Psiquiatría ya tiene su propia cámara de Gessel con su espejo de doble vista y todo, así que no ha hecho falta llevarla a comisaría. Tras el cristal, Martín y el subinspector, mientras el inspector habla con Paloma. Martín es el primero de la lista porque para mí es la persona más importante en mi vida en estos momentos.

—No os he mentado en nada. Solo quería ayudar, ¿a qué vienen estas acusaciones?

—Antes de nada, tienes que saber que el caso avanza gracias a tu colaboración. Tu información fue clave, Tara. —Ayuda utilizar los nombres de las personas—. Pero sabemos que Antonio y tú manteníais una relación anterior al ingreso.

—Decidme exactamente qué es lo que estáis buscando.

—Háblanos primero de la relación que tenías con Antonio, cuéntanos, ¿cómo os conocisteis? ¿Por qué ocultarlo?

—¿Crees que estábamos liados o algo parecido?

—Jamás doy por hecho que una relación entre un hombre y una mujer implique que deba ser amorosa. Más bien no soy una persona que dé por hecho casi nada. —Me estoy imaginando la cara del subinspector.

Tara sonríe un segundo. Ha empatizado conmigo; al igual que usar los

nombres, la sinceridad también ayuda, los testigos lo notan.

—Tan solo éramos amigos. Buenos amigos.

—Fuisteis a clases de Historia juntos.

—El profesor me ha identificado —dice retirando el rostro.

—Así es.

—Ya sabía yo que nos tenía calados. ¿No le preguntaste por qué íbamos a sus clases?

—No, la verdad. Le gustaba enseñar, no le importaba a quién.

—Me alegro. —Dirige su mirada un segundo hacia mí, y enseguida vuelve a centrarla en el suelo. Mantengo el silencio para empujarla a hablar—. ¿Recuerdas que Antonio creía que la muerte de sus padres no había sido un accidente?

—Recuerdo cada palabra que me dijiste: Antonio recibió unas extrañas cartas que le hicieron suponerlo.

—No era una alucinación ni nada por el estilo: me enseñó esas cartas. — Observa el espejo observador. Estoy segura de que intuye que hay más policías al otro lado. ¿Cómo demonios van a engañar estos espejos a nadie? —. Puede que esté loca, pueden llamarme así viéndome interna en esta planta, pero juro por Dios que esas cartas eran reales.

—Tara, ¿por qué ingresaste en Psiquiatría?

—¿Quieres valorar si mi testimonio es fiable? Claro, como soy una loca...

—Para empezar, si quieres ponerte la etiqueta de loca, de acuerdo, es tu elección. No comparto la manera en la que te diriges a ti misma; pero, por respeto a la opinión que tienes sobre tu persona, no te he interrumpido.

—No te entiendo.

—Ya van dos las veces que te has llamado loca a ti misma. ¿Para qué cortarte? ¿Por qué ibas a querer saber cuál es mi opinión si tú ya tienes tan claro lo que eres? —Tara queda muda y por un segundo deja de estirar las mangas de su bata.

—¿Qué es lo que piensas de mí?

—Cuando te tengo delante, veo a una persona en batalla, una persona que ha sido atacada y que se defiende. Creo que estás en guerra y que cualquiera podríamos ser atacados en cualquier momento por el mismo enemigo. Todo lo que aprendas sobre lo que te ocurre, cualquier estrategia bélica que uses para vencerlo, será estudiada por las personas de este hospital, que las enseñarán a otras personas atacadas. Eres una mujer valiente, de la que aprender. Eso es lo que pienso de ti. Estás en las trincheras.

Unas silenciosas lágrimas ruedan por su mejilla, pero su mirada se ha vuelto tan fiera como la guerrera que es.

—Por dónde quieres que empiece. —Levanto la palma de la mano invitándola a hablar. Ella elige—. Antonio comenzó a recibir esas cartas y, al inicio, los mensajes eran ambiguos.

—¿Qué tipo de mensajes?

—«Hay vida tras la muerte», «no estás solo», «podemos ayudarte en tu situación»... Pero Antonio era un tipo muy inteligente, ¿sabes?, por supuesto desconfió y comenzó a querer saber más sobre quiénes le escribían. Él siempre había querido ser historiador, así que la vocación por la investigación era en él innata. —Sonríe—. Por eso le acompañé a las clases de Historia, yo era la única persona en la que él confiaba, con la que hablaba de lo que le estaba ocurriendo sin miedo a ser juzgado.

—¿Por qué le dio Antonio tanta importancia a esas cartas?

—Al principio solo tenía curiosidad por saber quién las mandaba y por qué sabían lo que sabían. Pero estoy segura de que descubrió algo importante y comenzó a obsesionarse. Yo creo que esas cartas querían provocarle, pero tampoco las vi todas.

—¿Recuerdas qué cambió? ¿Qué hizo que dejara de verlo como una simple curiosidad?

—Estaba cerca de averiguar algo gordo y creo que los de las cartas también comenzaron a inquietarse. Pero fueron tan inteligentes como Antonio y supieron qué tecla tocar para hacerlo derrumbarse. Parecía que lo conocieran perfectamente. Su obsesión lo impulsó a consumir algo de cocaína y anfetaminas, tenía que seguir investigando y sobre todo estar en guardia por si «ellos» aparecían. La situación se descontroló. Cayó enfermo, en la locu..., en la batalla. —Tara me dedica una sonrisa.

—¿Qué más nos puedes contar sobre esas cartas?

—¡Parecían como de otra época! Estaban escritas con pluma y tinta, muy pulcras, sobre un papel grueso, así tipo pergamino.

—¿Quién firmaba?

—Eso era lo que Antonio procuraba averiguar. Las cartas llevaban un sello, no sabíamos qué significaba, pero era un ciprés. —¡Un ciprés!

Llaman a la puerta. ¿Tiene que ser en este momento? Y la rabia... La Indiscreta se levanta indignada de la mesa de interrogatorios, con ganas de enfrentarse a quien sea que haya interrumpido este momento cumbre. La

hago sentarse de nuevo; antes de obedecer a la llamada, tengo que quedarme con Tara un poco más. No es que sea una rebeldía merecedora de un gato muerto, ¿o sí?

—¿Por qué ibais a las clases de la universidad?

—¿No vas a ver por qué están llamando a la puerta?

—Pueden esperar un segundo. Esto es más importante. ¿Qué buscabais en las clases de Historia?

—No lo tengo muy claro, yo le acompañaba pero no me enteraba de mucho. A veces las ideas de Antonio iban tan rápido que era difícil atraparlas. Pero recuerdo que le obsesionaba la sospecha de que aquellos que le escribían habían estado presentes en otras épocas de la historia.

—¿Y te suena la historia de los asesinos Burke y Hare?

—¡Claro! ¡Cómo olvidarlo! Ese profesor de Historia nos tenía a todos en vilo. Creo que Antonio se fue muy satisfecho de aquella clase.

—¿Y no te explicó por qué?

—Dijo que debía indagar más. —Por eso compró el libro, o lo encargó, o lo que sea que haya pasado—. Por esa época comenzó a desconfiar de todo el mundo, incluso de mí. Se veía venir. Su derrumbe, me refiero.

Un rato de silencio. Vuelven a llamar.

—Discúlpame. —¿Ya puede ser importante!

Antes de cerrar la puerta, observo el semblante de Tara. Aún no me ha contado cómo se conocieron Antonio y ella.

—¿Qué ocurre? La cosa iba mejor que bien.

El subinspector me reprocha con la mirada y los brazos en jarras el tono que he usado al dirigirme al inspector. Cierro los ojos un instante, para respirar profundamente. Dieciséis pelos ya.

—Tenemos nueva información que puede serle útil en el interrogatorio. Era el momento. Gran trabajo, por cierto. —Así como me ruborizo con los temas del amor, nunca con temas de trabajo—. Escuche, oficial, acabo de hablar con la doctora Azcárate, y en primer lugar este no es el primer ingreso de Tara Sánchez en Psiquiatría, padece de bipolaridad.

—¿Qué es exactamente la bipolaridad? —pregunto a Paloma, que ahora nos acompaña.

—Es un trastorno caracterizado por alteraciones del estado de ánimo y del nivel de actividad.

—¿Puede hablar como si no fuera un libro de texto? —El subinspector es una locomotora a vapor. Le encantaría apartarme del caso, estoy segura. O

arrollarme.

—Claro, Bruna. —Ella sonríe dulcemente. Guerra de algodón de azúcar—. ¿Han escuchado hablar del trastorno maniaco-depresivo? —Todos hacemos un gesto que viene a decir un «más o menos»—. Imagínense una montaña rusa, pueden pasar de sentirse plenamente felices y capaces de cualquier cosa a sentirse deprimidos y desesperanzados. Y, así, empezar el ciclo otra vez.

—¿Un tiovivo de emociones? —La poesía del subinspector es su nuevo método ridículo para afrontar la extrañeza.

—La persona suele intercalar episodios de manía y episodios depresivos. Los episodios de manía comienzan de manera brusca y en ellos el sujeto siente una exaltación del ánimo, un aumento de la vitalidad y del nivel de actividad.

—¿Están eufóricos? —señala Martín.

—Algo así.

—¿Están contentos? —repite asombrado.

—Bueno, podría interpretarse como...

—Entonces, si tuviera que elegir una enfermedad mental, me quedo con la manía.

—¡Oficial Huguet! —Es la primera vez que el subinspector le reprocha algo a Martín, que enrojece y deja de hablar de inmediato. ¿Le estaré contagiando?

—Estos episodios de «euforia» —Paloma hace el gesto de las comillas con los dedos—, como los ha llamado usted, oficial, son muy peligrosos para la persona; cambios en el sueño, dificultad para pensar con claridad, dificultades para mantener cualquier tarea, no temer nada, sentirse con dones especiales... Y después llegan los periodos depresivos. El riesgo de esta montaña rusa puede ser el suicidio, oficial Huguet.

—¿Pero Tara está bien? ¿Por qué me cuentan esto precisamente ahora? —pregunto.

—Cada vez más estable. Como le has dicho, está en batalla y es una luchadora. —A los demás les habla de usted. A mí no—. Pero te cuento esto para que entiendas que su testimonio puede que no sea totalmente fiable.

—Y el otro tema importante, doctora, por favor, cuénteles —apremia el inspector.

—Tara también sufre un problema de drogadicción, cocaína concretamente, con sus periodos de abstinencia y periodos de recaída. El consumo de drogas altera su enfermedad, dificulta el tratamiento e impide la

mejoría, por lo que su frecuencia de ingresos es variable; aunque, hasta ahora, regular. Y además creemos que era, aunque solo lo sospechamos, que era...

—La camello de Antonio —concluyo.

Por el gesto de mis compañeros, veo que ellos ya lo habían concluido antes que yo. Por eso llamaban a la puerta de la sala de interrogatorios.

—Es lo que tendrás que confirmar —dice el inspector.

—¿Algo más? Ya puestos.

—Sí, bueno, también hemos sabido que en Correos no consta que Antonio recibiera ningún paquete; fuese quien fuese quien le llevaba los pedidos, no era cartero. En la editorial tienen registrada la venta reciente de dos ejemplares sobre el caso de Burke y Hare, y otros tantos textos sobre, según palabras tuyas, «temáticas particulares». Es un libro de fondo, ya agotado y difícil de encontrar.

—¿Dos ejemplares del caso de Burke y Hare?

—Exacto, tenemos otro comprador interesado.

—¿Algún dato?

—Sin rastro informático de la compra, fueron reservados y pagados a través de librerías, la editorial nos ha dado los datos de los establecimientos, son dos librerías distintas. Ahora, por favor, vuelve ahí —dice el inspector con una sonrisa e indicándome la sala de observación. También ha dejado de hablarme de usted.

Tara ya no se tira de las mangas de la camisa y su rostro muestra una recién nacida serenidad.

—¿Tus amigos te han dado más información?

—No puedes imaginar lo agradecidos que te están.

—Ya me lo dirán ellos mismos cuando dejen de usarte para llegar a mí. — No lo dice con rencor, pero sí con cierta intención de zaherir a quienes están tras el cristal—. ¿Lo han hecho porque eres una mujer?

—Quiero creer que no. Eres tú quien me eligió la primera vez. ¿Tuvo que

ver con que soy mujer?

—No. Antonio era uno de mis mejores amigos y era un hombre, ¿recuerdas?

—Tu mejor amigo es un hombre —recalco.

—A veces se me olvida que sigue vivo. O... algo parecido. Como sea que esté.

—Confía en sus médicos, en su recuperación.

—Sí, ganará la batalla. Si alguien puede, es él.

—Mis compañeros han averiguado que Antonio encargó un libro sobre los asesinatos de Burke y Hare, pero no llegaban a él por el procedimiento habitual.

—Quieren saber quién le llevaba sus pedidos.

—Exacto. Nos sorprende que tomara tales medidas de seguridad.

—Pues que no te extrañe.

—¿Y eso?

—Llegó un momento en el que Antonio estaba totalmente paranoico, es este el único periodo en el que puedo decir que dudé de su cordu..., de su estado mental. De su estado en la batalla. —Sonreímos—. Decía que aquellos que le mandaban las cartas lo perseguían y observaban y que, por eso, debía pedir a un amigo que le entregara los libros.

—¿Podría ser ese mismo amigo quien compró un segundo ejemplar del libro sobre los asesinatos de Burke y Hare?

—Bueno, puede. Sé que estaba al tanto de su investigación, cómo si no iba a ayudarlo.

—¿Y sabes de quién se trata? —Es el momento.

—Voy a decepcionarte. —Si Tara tuviese un pitillo, exhalaría el humo con la mirada perdida. Me recuerda a la supuesta serenidad de Marilyn Monroe que, sin embargo, escondía mil turbulencias—. Creo que toda esta paranoia formaba parte del inicio de la enfermedad. No lo sé, en realidad no debería decir eso. Cuando uno está así, es difícil saber qué es verdad y qué no lo es. Igualmente, lo vives con todos tus sentidos. ¡Pero las cartas eran reales! Eso puedo jurarlo. ¿Por qué dudar entonces de la posibilidad de que le estuvieran persiguiendo? ¿Porque está tipificado en un libro de diagnósticos? Pero Antonio comenzó a consumir y eso sí acabó con la realidad. Al menos con

parte.

—Sabemos que tú también consumías. ¿Es así como os conocisteis? ¿Por eso nos lo ocultabas? No tengo que pedirte que colabores para decirte que no presentaremos cargos por venta o consumo de drogas porque ya lo estás haciendo, quieres ayudar a tu amigo.

—Es que... —Una nueva lágrima, recién nacida también, aparece en sus ojos, pero sin empañar la recién adquirida serenidad de antes—. No es tanto el miedo a ser detenida, es la culpa. Yo le ayudé a caer en esta mierda.

—¿Eras la camello de Antonio?

—¡No! —La lágrima se ha reabsorbido—. Yo solo le puse en contacto con alguien. Nos conocimos de casualidad un día, de fiesta, lo juro, y al poco quiso saber dónde podría pillar él también. Me lo rogó tanto, no sabes cuánto me arrepiento. —Y las lágrimas vuelven, invaden ese campo de batalla en el que lucha con la fiereza propia de un guerrero vikingo.

—¿Entonces quién? —Tara no reacciona. La cojo de las manos—. La primera vez que hablamos dijiste que alguien ayudó a Antonio a salir de aquí. ¿Puede que esa persona os pasara la droga también? ¿Aquí y en la calle?

Tara mantiene el silencio. Un largo silencio. A pesar de querer ayudar a su amigo, no quiere hacerlo involucrando a otro.

Vuelven a llamar a la puerta. Esta vez salgo enseguida, siento que hemos llegado a un punto muerto. Fuera me encuentro con tres corpulentos hombres a los que solo les falta dar saltitos de inquietud, no se aguantan las ganas de contarme las nuevas.

—Martín..., el oficial Huguet —se corrige el inspector— ha tenido una idea.

—¿Recuerdas quién nos abrió por primera vez la puerta de la planta de Psiquiatría? —Martín también se atropella. Se contesta a sus propias preguntas—. El celador.

—Sí, parecía un *sommelier* pirata... —digo en un susurro, casi para mí. Digo casi porque los demás me han escuchado y me observan con extrañeza. La extrañeza, como siempre, haciendo mella, sobre todo en el subinspector. Y mis cartas de juego, otra vez ridiculizadas.

—¿Recuerdas qué le preguntaste ese día? —Hago memoria. ¡Joder!

—Llevaba unas cartas, así que le pregunté si además de ser celador era...

—¡El cartero! Él tiene contacto directo con los repartidores que llegan al hospital, con los pacientes, entra en todas partes, es el enlace perfecto. Debe de estar involucrado de alguna manera. —Acerté con lo de *sommelier* pirata.

Un perfecto caballero, un *sommelier* que oculta tras su espalda las cartas de navegación de un pirata.

—¿Cómo se llamaba?

—Luis Aguirre —contesta Paloma.

No ha dejado de acariciar su brazo izquierdo con el derecho en todo momento, como si se quisiera consolar, aunque su mirada sigue siendo seductora y pausada; son dos mensajes corporales que se contradicen.

Agarro a Martín de los hombros en un gesto entusiasta, amistoso; amistoso pero demasiado cercano. Me doy cuenta en cuanto su colonia me empuja hacia él como un remolino. Y me vuelvo corriendo a la sala de interrogatorios.

—¿Estás mejor? —Tara asiente.

—Pero no quiero delatar a nadie. Por favor, no me obligues a involucrar a más amigos.

—¿Crees que hablas de un amigo?

—¿A qué te refieres?

—Alguien marcó a Antonio.

—¿Cómo que marcó a Antonio? —La sorpresa y el anticipo de la posibilidad más horrible la hace levantarse de la silla.

—Alguien marcó la piel de Antonio con un hierro candente. —Su mandíbula se ha relajado y ha dejado la boca abierta, porque todas sus fuerzas se han concentrado en sobrevivir a la sorpresa—. ¿Y sabes qué forma tendrá la cicatriz? —La no respuesta de Tara es una respuesta—. Un ciprés. Sospechamos que fue alguien de dentro. Y, Tara, sabemos que el celador que trae el correo... ¿Es él tu amigo?

Tara está desenchajada, mantengo el silencio hasta que se desmorona.

—Ya lo saben. Él nos pasaba la droga.

—Gracias —le digo con voz solemne y manteniéndome a su lado por muchas ganas que tenga de salir corriendo a por ese tal Luis. La acojo con mi brazo derecho, se puede decir que es un medio abrazo. Uno que da cariño, pero no pierde las distancias.

—Espera un segundo —y otra lágrima—, Antonio también recibió cartas firmadas con un ciprés ya estando interno aquí...

—¿Una copa? —pregunta él. Mi «Él».

—¿Una copa? —Sí que me vuelvo gilipollas cuando se trata de Martín.

—Nunca nos hemos tomado una copa juntos... Esto... Nunca, compañera.

Precisamente porque nunca nos hemos tomado una copa es algo como para preguntarlo dos veces. Sé que ha usado la palabra «compañera» para darle a todo esto un tono profesional. Lo sé porque lo he agradecido al mismo tiempo que lo he aborrecido por no hacerme sentir como en una cita.

—Claro que sí, sería interesante.

—¿Interesante? —Algún día deberíamos hacer intercambio de rehenes. Yo tengo su seguridad y él tiene la mía.

—Bueno, podríamos revisar el caso. —Hablo con frases maquilladas que ocultan lo que en verdad quiero decir. Que me gusta. Pero ¿y él? ¿Qué significado le da a esa copa?—. Hasta mañana no tendremos la orden judicial para inspeccionar la casa del celador. —También odio las dichas órdenes judiciales. Tardan demasiado. Aunque solo durasen cinco minutos, tardarían demasiado. La Indiscreta se revuelve. Casi más que con los informes. El inspector y el subinspector están en ello y tengo que admitir que, si yo fuera subinspectora, tendría que hacer un gran esfuerzo..., un gran, gran esfuerzo para ser políticamente correcta con este tipo de cuestiones y no procurar convencer al juez a base de zarandeos. Y llegará el momento de ponerme a prueba cuando ocupe mi puesto. Sin usar el método del gato muerto. ¿Seré capaz de controlar a la Indiscreta? Puede que Martín tenga el suficiente temple como para lidiar con la burocracia que conlleva ser subinspector. A ese respecto, lo considero un mejor candidato. Pero yo me considero mejor candidata a aprender también.

—Claro, claro. Sí, revisaremos el caso.

—Claro, eso...

Desde que fui asignada a Martín como compañera, estoy acostumbrada a perder la tranquilidad mientras él mantiene su aire jocosos y relajado conmigo; pero ahora cada vez es más evidente, está cambiando y, por muy insegura que me sienta en temas del amor, ya nada impide la conclusión: creo que está más interesado en mí.

—¿Tienen vigilado a nuestro sospechoso? —Capitaneo el barco rumbo a la zona segura de la conversación.

—Sí. Una patrulla frente a su casa. —Asiento, fingiendo estar satisfecha—. ¿Te importa que pase antes por casa? Me gustaría darme una ducha y cambiarme de ropa.

—Claro, ¿quedamos en media hora en...?

—Mi casa está aquí mismo, tan solo serán cinco minutos, te prometo invitarte a una cerveza mientras esperas.

—¿En tu casa?
—Sí, en mi casa.
—Pero yo también debería cambiarme.
—Tú estás bien.
—¿Estoy bien?
¡Joder, Bruna! ¿No sabes más que preguntar cosas estúpidas?
—Estás bien. —Y él confirma esas estúpidas dudas—. Vamos.

Durante el trayecto tamborileo con los dedos, gesto que detengo en cuanto soy consciente; no quiero dar indicios de nerviosismo, así que me agarro los muslos con fuerza. Tal vez no esté dando indicios de nerviosismo, pero sí de imbecilidad, con esta postura rígida que procura controlar mis movimientos. Entre aparentar nerviosismo o aparentar imbecilidad, hoy me quedo con la imbecilidad. El tamborileo está innegablemente asociado a los nervios, y esta postura rígida puede dar menos pistas de cómo me siento en realidad. Creo.

—¿Qué te pasa? Creía mal.
—Nada. ¿Qué crees que me pasa?
—No sé, parece que te duela la espalda.
¡Sí!
—Sí, tengo una contractura.
—La tensión.
—La tensión.

¿Se estará percatando Martín del estúpido diálogo que estamos teniendo desde hace media hora?

Aparca su coche en el garaje y nos montamos en el ascensor. Un espacio minúsculo que nunca habíamos...

—Nunca habíamos compartido un ascensor —dice.

¿Cómo puedo justificar este ridículo rubor? No con mi supuesta lesión de espalda.

—¿Estás segura de que no quieres subir por las escaleras? —ríe.
—No tengo nada que inspeccionar en tu casa.

Mentira. ¡Mentira absoluta!

Se hace el silencio. Ojalá este ascensor tuviera hilo musical. Me llega el aroma de su colonia y, con ello, las ganas de saltar sobre él. No me atrevo a mirarlo a la cara, así que me detengo en sus robustos brazos. Mala idea.

—Por fin —digo al abrirse las puertas.

—¿Por fin? —Empieza la guerra de repetición de preguntas estúpidas. Tal vez nosotros sí suframos una ecolalia—. ¿Te dan miedo los ascensores? —En realidad me das miedo tú—. ¡Cuando subes por las escaleras en la escena del crimen no es por estrategia! ¡Le tienes miedo!

Por aquí no paso.

—¡Claro que no! Eso es estrategia policial. Lo que pasa es que... —¿Qué, qué pasa, Bruna? ¿Te duele la espalda?—. Es que soy impaciente. — Tampoco he mentado, estoy impaciente por lanzarme sobre él.

—Y que lo digas —dice cogiendo las llaves de su casa.

—¿Y que lo digas? —Por favor, una de película romántica para mí, gracias.

—Eres la policía más impaciente que conozco. Y eres la policía que mejor usa esa impaciencia. A pesar de ir dando saltitos por ahí, nunca pierdes el hilo.

—¿Y hago una telaraña con las pistas?

—Sí, como Spiderman.

Y por fin me relajo, en una risa libre.

—Puedes esperar en el salón, te traeré la cerveza. —Asiento como una niña pequeña. Una niña pequeña que sabe que no obedecerá. Una cara inocente, angelical. ¿Yo? Yo nunca he roto un plato en mi vida, Martín.

Me trae una cerveza en un vaso helado, me gusta el detalle. En cuanto escucho el sonido del agua de la ducha, me levanto del sofá y me pongo a inspeccionar su salón. Tiene fotos de su familia y algún cuadro en la pared, reproducciones, predominan los tonos azules y las luces amarillas. No tengo ni idea de arte, por cierto. No hay estanterías con libros, pero sí música. Me entra la risa al ver que tiene un CD de los Backstreet Boys. Mi carcajada suena tan fuerte que me da miedo que me haya podido escuchar, así que me asomo por la puerta para corroborar que no es así. Mala idea. Desde esta perspectiva, el pasillo se dimensiona en un universo de posibilidades que inspeccionar. Cojo fuerzas con el sorbo de la cerveza y decido aventurarme en el mundo de Martín. La siguiente puerta: un despacho diminuto. O más bien un cuarto de esos que llaman «cuarto de la plancha», para los que planchan. «¿Cómo sacas tiempo para todo, Bruna?». Yo no me plancho la ropa y nadie se ha quejado de mi aspecto hasta ahora. Martín ha convertido este cuarto en su zona de estudio. El protagonismo lo tiene una gran mesa frente a la ventana que ocupa toda una pared, de extremo a extremo. Y, prácticamente, eso es todo. Sobre ella, un montón de papeles. No puedo

evitar echar un vistazo. Si el temario para las oposiciones a subinspector es el recorrido de una carrera, ¿voy ganando?

Los apuntes tienen una letra tan minúscula que me es difícil leerla y las páginas están repletas de comentarios añadidos en los márgenes, en algunos folios ni siquiera caben más anotaciones. ¡Mierda! Me gusta. No solo se preocupa por tener los apuntes limpios, sino también útiles y detallados.

De repente, algo aterriza sobre mí alborotando al caer todos los papeles. El susto es parecido al del grito ante el cadáver vivo de Antonio. Mi situación, que Martín pueda sorprenderme, es cuestión de vida o muerte. Esa cosa que ha caído del cielo ha emitido un maullido... El maullido que haría un gato porque es un gato. Un gato blanco y negro. ¿Martín tiene gato?

—Parece que le has gustado.

Me he quedado sin respiración dos veces seguidas y no he tenido tiempo de recuperar mi falta de oxígeno de una a otra y, lo más importante, Martín me ha descubierto mirando sus cosas... jamás me recuperaré de esta falta de oxígeno, por mucho que las disfrute habitualmente.

—¿Investigando a tu oponente, Bruna?

No sé qué contestar.

Observo que ni siquiera se ha cambiado de ropa, tampoco tiene el pelo húmedo, no da indicios de que haya entrado en la ducha, por mucho que el sonido del agua siga ahí. Mantengo el silencio, Martín sabe que tiene el control de la situación y ha recuperado toda la confianza que haya podido robarle en algún momento.

—¿Veredicto?

—¿Veredicto? —Por favor, una de película de terror para mí, gracias.

—¿Qué veredicto has sacado de tu contrincante a subinspector? —El maldito gato ronronea y se restriega contra mí.

—Meticuloso y funcionalmente caótico. —Martín se sonríe y observa el gato.

—Se llama Missis-Fu.

—¿Misifú?

—No, Missis-Fu. Fue mi sobrina quien le puso el nombre.

—Vale, Doña-Fu —digo conteniéndome la risa y dirigiéndome al gato esta vez. Martín sale de la habitación, yo le sigo, esta vez sí me comportaré como una niña buena.

—Podrías coger a Missis-Fu, te está pidiendo amor a gritos. —Cojo a Missis-Fu y me siento en el sofá mientras el animalito se relame con mis

caricias. Preferiría que fuera el otro habitante de esta casa el que recibiera mis caricias—. Y el disco de los Backstreet Boys también es de mi sobrina.

Sí que ha estado espiando.

—¿Y no es muy joven para conocer a los Backstreet Boys? —En la jerga de los polis, lo he desarmado—. ¿Cuánto llevas espiándome?

—Desde que he abierto el grifo de la ducha.

—¿Un señuelo?

—Un señuelo. Sabía que no podrías estarte quieta. Ahora me voy a duchar de verdad.

—Anda, que lo disfrutes —digo enfurruñada. Ojalá pudiera ducharme con él en vez de estar acariciando a Missis-Fu.

—Lo dudo mucho —le oigo decir al fondo del pasillo.

¿Por qué no iba a disfrutarlo? ¿Porque prefiere hacerlo conmigo? ¿Me está pidiendo que lo acompañe?

—Debe de ser una burbuja o algo, pero la temperatura del agua cambia de caliente a fría cuando le da la real y santa gana.

Pues no.

—Eso es cosa de la caldera. ¿Quieres que te lo arregle? —Nunca he dependido de nadie. Por supuesto, tampoco para arreglar una caldera.

—Bueno... Esto... Claro, arréglamelo, si sabes cómo funciona la caldera... —dice su duda, marioneta de su hombría herida.

—Un *whisky* para mí.

—¿Un *whisky*? —Martín acaba de pedir una cerveza.

—Tradición familiar.

—Cuanto más te conozco, más preguntas tengo.

Y que lo digas, nuestra conversación es una pelea de boxeo, pero en vez de un puñetazo tras otro, una pregunta de confirmación tras otra.

—Mi padre bebe *whisky* y, desde que me dio a probar el primer sorbo, no he encontrado nada que me guste más.

—La gente suele mezclarlo con Coca-Cola.

—El *whisky* es *whisky*. Me gusta tal y como es.

—¿Igual que el café es café?

—Exacto. Mira, ya no hay nada más que saber sobre mí.

El *pub* que ha elegido Martín, con sus paredes forradas de madera como cabaña de monte, me gusta. Está cerca del Boulevard, una niebla de serenidad

envuelve el paseo cuando se encienden las luces. Acabamos de pasar el Ayuntamiento, que guarda el mar a su derecha y la ciudad a su izquierda. De frente, el reloj de la fachada crea la ilusión de una luna color mostaza.

—¿Bueno, y qué opinas del caso? —pregunta.

—¿Sobre qué del caso exactamente?

—Bueno, son tantas cosas: un cuerpo viviente, la Ilustración escocesa, el robo de cadáveres, la campanilla... ¿Crees que el agresor pretendía que Antonio muriera?

—La puesta en escena del crimen era muy importante para completar la obra de arte del agresor.

—O agresora.

—O agresora. Desconozco si mantener ese escenario era más importante que matar a su víctima. Tiene que ser difícil manejar las dosis exactas de fenciclidina, podría ser un asesinato frustrado o ser un meticuloso y original plan. Si yo fuera un malvado titiritero, disfrutaría pensando que le he dado un buen susto a la policía ocultando la vida.

—¿Disfrutarías? —La Indiscreta asiente—. ¿Quién te enseñó a ser tan abierta de mente?

—Mis padres. Cada vez estoy más que segura.

—¿Por qué lo dices?

—Bueno, hace poco tuve una conversación muy interesante con mi padre sobre mi infancia.

—Tuviste que ser un hueso duro de roer.

—Y que lo digas. ¿Puedes guardar un secreto? —Uno que no sea que te quiero—. Un día llevé un gato muerto a clase para diseccionarlo en clase de Ciencias.

No entiendo cómo ha podido escapar algo así de mi boca, con tanta facilidad.

Aún no he bebido lo suficiente. Pues voy a beber. Casi termino la copa. Creo que esa anécdota de mi infancia me estaba incordiando, y he sabido desahogarme con la primera persona en la lista de mi vida.

—No me jodas.

—¿No te parece eso ser abierta de mente?

—Muy abierta de mente.

—¿Te vas a asustar ahora? ¿Vas a ser de esa clase de personas?

—¿Qué clase de personas?

—Pin-Pon. Pin-Pon.

—De las que escapan despavoridos de lo inusual.
—Depende.
—¿De qué depende?
—Pin-Pon. Pin-Pon.
—¿Te gusta el fuego?
—¿Qué? ¿Pero qué dices?
—¿Te gustaba jugar con fuego?
—A quién no le gustaba jugar con fuego siendo un niño.
—Yo no pasaba de encender una cerilla. ¿Y tú? ¿Qué límites cruzaste con el fuego?

Como en una tempestad, llegan ráfagas de recuerdos. Un papel chamuscado, mi madre jugando conmigo a prender una maqueta de madera que acabábamos de terminar, mi padre intentando apagar el incendio de las cortinas...

—Entiendo por tu silencio que tienes algo en mente. No insistiré, aunque, dime, ¿te meabas en la cama hasta una edad tardía?

—¿Pero... qué cojones! ¿Te parece bonito hacerme esa pregunta? No es nada sexi. —Se me escapa.

Hay un gran..., un gran, gran silencio.

—¿Por qué tendría que ser sexi? —Le he puesto en bandeja la ocasión para regodearse.

—No, no recuerdo haberme meado en la cama. —Permite que obvie su pregunta.

—¿Pero aún no sabes a qué juego?

¡Claro! ¿Cómo no he caído antes? Mi indignación ante su pregunta «poco sexi» ha hecho que no vea más allá, cosa que no suele pasarme. Como dijo mi padre, tengo una gran linterna.

—Eres un imbécil, es la teoría de la tríada homicida.

—Ya era hora. Pregunta del test: ¿cuáles son las manifestaciones en la juventud de un posible asesino en serie?

—Maltrato animal, piromanía y enuresis.

—Pues eso. Venga, no pongas esa cara.

—¿Yo no maltrataba animales!, solo los investigaba. ¿Crees que soy una asesina?

—Claro que no, aunque debes admitir que no te cuesta nada ponerte en su

piel.

—No es lo mismo. ¡En absoluto!

—Claro que no, Bruna, estaba bromeando. Aunque piensa en el lado positivo.

—¿Cómo es que no soy capaz de ver el lado positivo?—. Cuanta más psicopatía sintieras, más fácil te resultaría empatizar con un asesino en serie, eso te haría mucho mejor policía. Podrías usarlo para atrapar al titiritero. — Sigue bromeando, pero yo tengo un nudo en la garganta.

Más ráfagas de recuerdos, esta vez sobre el caso:

«Estoy tan excitada por tener un crimen que investigar que ni siquiera hago autocrítica, porque si reflexionamos un poco, la realidad es que me estoy alegrando de un crimen».

«A pesar de ser una mujer que ve el lado positivo de la vida, no me cuesta ponerme en la mente del peor psicópata».

«Paloma se alegra tanto de este curioso caso de agresión como yo».

«¿Por qué sonríes de esa manera? Espera, no me lo digas. Te encanta que a Antonio lo hayan grabado».

«Pero he perdido la perspectiva de lo que realmente importa. Ahora tenemos una pista más. Quiero decir, ¿es bueno para nosotros, no? Estamos más cerca de saber quién le hizo esto».

—¿Qué habría sido de mí sin mis padres? —me sincero. En realidad, pensaba en voz alta, parece ser que me siento muy cómoda al lado de Martín.

—Tú ya tienes muy claro quién eres, no creo que necesites saber quién hubieses sido. —Tiene razón. Sé quién soy—. Pero si estás pensando en que pudiste llegar a ser una asesina en serie..., deja que me ría.

—¿Por qué te hace tanta gracia?

—Porque eres una buena persona, Bruna. Ojalá yo fuera capaz de ver el mundo tal y como tú lo haces.

—¿Crees que hay personas malas en este mundo? —pregunto.

—Bueno, soy policía. Estoy preparado para creer que hay personas malas en este mundo. ¿Y tú?

—Creo que hay personas buenas que se ven obligadas a hacer cosas malas. Interrumpiendo la inmersión en el pozo de mi identidad, uno gritos aturullados preceden la entrada en tropel de todas mis amigas. ¡Era mi fiesta de cumpleaños sorpresa!

—Pero ¿quién es este chico tan guapo, Bruna? —dice Maribel cogiendo del hombro a Martín.

—¿Eras su cómplice? —le pregunto. Él se encoge de hombros. ¡Mierda! Esto no era una cita, o lo que fuera que se le acercara, era una emboscada. Mis amigas lo han usado.

—Me dijeron que en cuanto el caso tuviera un suspiro, te trajera con ellas.

—¿Qué otra cosa podíamos hacer? Era la única manera de asegurar tu asistencia a tu fiesta de cumpleaños. ¡Otra ronda! —grita Rosa.

Me bebo el *whisky* casi de un golpe, sé cuál es mi límite con el alcohol si mañana quiero estar alerta en el caso, pero lo necesito para desinfectar el dolor que me produce que Martín no tuviese intención de que esto fuera un momento íntimo a mi lado. Era la marioneta de mis amigas. Estoy harta de ser marioneta. Quiero al titiritero.

Lo miro con rabia. Me quito la blusa de trabajo y me quedo en camiseta interior, con su encaje y su escote agudo que deja de hacer su labor prudente para aventurarse a ser la Indiscreta. Quiero que Martín sufra tanto como sufro yo al desearlo. Puede que Martín sea inalcanzable. O lo será si no cambio mis estrategias. Me levanto del taburete hacia la pista de baile. El ritmo me da colores. Martín se queda donde está, removiendo su copa, ojalá se le removiera algo...

La noche avanza, sé que ya no debería estar aquí, Martín tampoco, pero la Indiscreta me da licencia para ignorar a la Bruna demasiado responsable.

La marabunta de gente que va llenando el local cambia mis coordenadas de baile. A veces paso cerca de él, rozándolo con la cadera, otras lejos, enfrente, de lado... Sabemos que el punto de referencia es él.

En un momento dado, un borracho pegajoso se acerca a mí, Martín lo ojea desde la barra. El hombre, que realmente no controla su secreción de saliva, se está volviendo un auténtico estorbo y está a punto de pasar a la acción mientras me agarra de la cintura. De la cintura y un poco más abajo. Martín no tarda ni un segundo en aparecer, me tiende la mano y envuelve la mía, para colocarme delicadamente tras él. Como un escudo protector. Su perfecta espalda, sus perfectas manos en los extremos de sus perfectos brazos y con vista a su perfecto culo. Pero yo no soy frágil.

A pesar de ser una sensación acogedora, reacciono a tiempo.

—Sé cuidarme sola. —Le doy un empujón que me libera de su escudo y me acerco a mi horrendo pretendiente borracho. Le cojo la mano y recorro desde su muñeca hasta el codo apretando sus puntos de dolor, tal como nos enseñan en clases de defensa personal. Le dedico unas palabras muy poco sutiles. Suficiente. Huye despavorido. Aunque, eso sí, a la velocidad del

caracol baboso que es.

Martín se percata de mi enfado. Medita un tiempo, busca la manera de darle la vuelta a mi humor.

—¡Rosa!, cómprale una sonrisa a Bruna, anda...

Le doy la espalda. Sí, una frase bonita, una frase que en cualquier otra ocasión me habría hecho sonreír toda la noche. Estoy hasta los cojones de sus mensajes ambivalentes.

Martín sabe que sus palabras no han sido suficiente y, como si alguien le hubiese empujado —tal vez tenga su propia Indiscreta—, se acerca a mí de nuevo, con más contundencia, acorralándome contra la pared.

—Tus amigas me dijeron que estuvieras aquí a las nueve. Pero la invitación de antes a la copa ha sido idea mía.

Puede que haya sido demasiado dura con su incapacidad para expresarse conmigo.

Mi respiración se entrecorta, muy cerca de la suya. Me encanta tener cualquier excusa para acercarme a su oreja, algo me incita a morderla y mis labios quieren moverse para pronunciar unas simples palabras que no saben escapar. Ni por complejas, ni por la interrupción del ruido de la música, sino por miedo. Da igual lo que diga, por muy insinuante, brillante y dulce que resulte. Esas palabras se olvidarían de la misma manera que pasa el efecto del alcohol. Bueno, la triste verdad es que a mí no se me olvidarían, a él sí.

El bar enciende las luces. Pero poco importa, no hay vergüenzas. Aunque sí sinvergüenzas.

—Quédate conmigo esta noche.

Estoy a punto de besarlo y sé que él duda, se detiene a observar mi boca un buen rato. Mientras, me agarra del brazo con mucha fuerza, vierte su rabia en mí, rabia por no poder contenerse. Casi siento el dolor. Un dolor que me estremece, que me hace sentir el calor que sube desde mis muslos y que me hace abrirme a él.

Entonces me suelta.

Y se va.

Cobarde.

—Lo siento, señor, tenemos una orden para inspeccionar su casa. Retírese —dirige el inspector Santos.

—¿Por qué motivo? —El *sommelier* cartero pirata es ahora un toro acorralado. Luis.

—Para empezar, tráfico de drogas. Pero algo me dice que no acabará aquí,

¿verdad? —Martín tiene un aire seguro hoy, una seguridad que yo no me creo. Tengo que obviar todo lo que ocurrió anoche. Y lo hago. Me centro. Soy policía.

Nos colocamos los guantes de látex, los usamos tan meticulosamente como en una cirugía. Es un lugar extraño. Extraño porque es demasiado normal y eso no concuerda con este caso. Qué extraño que la normalidad sea extraña. El diccionario no está preparado para todo.

Luis vive en una casa más bien pequeña, con cierto aire anticuado, la cocina aún funciona con butano. Está cerca de la estación de autobuses y, de manera tímida, se puede ver el río Urumea desde una de sus ventanas. Entra luz, bastante luz, con motas de polvo en suspensión, que le proporciona un encuadre especial a este momento que yo auguro que será tan importante en mi vida profesional. O no. El sofá parece cómodo y caro; pero la televisión es una basura, lo que me hace pensar que para él utilizar el sofá es más importante que ver la tele. ¿Lectura, estudio?... Como Antonio, anoto mentalmente... ¿Estará también en el meollo de la investigación sobre el ciprés?

Me llega un aroma de cera, de productos de limpieza para muebles. Tiene algunas estanterías con CD de música, la mayoría de música clásica. En la pared, dos láminas enmarcadas. Una representa una habitación azulada en la que los muebles parecen bailar y la otra la terraza de un café parisino bajo un cielo nocturno y sobre una acera asfaltada. Son coloridas y muy hermosas, y me resultan vagamente familiares, pero no me dicen nada especial en relación con el caso.

Llegamos al dormitorio.

—Parece evidente que Luis era algo más que un celador y el camello de Antonio —dice el subinspector, y señala la mesa de estudio con un flexo y un montón de cuadernos y papeles. También una estantería, que parece desentonar con el resto de los muebles, y parece recién llegada, abarrotada de libros.

Pero, de nuevo, nada de ordenador, lo que me hace pensar otra vez en el piso de Antonio. La Indiscreta me hace cosquillas, reparo en que, sobre la mesa, hay una pluma estilográfica que parece cara y antigua. Recuerdo cómo Tara describió las cartas que recibía Antonio: «¡Parecían llegadas de otra época!», «¡estaban escritas con pluma y tinta!».

—Mirad —les indico a mis compañeros señalando el tintero. Asienten. Lo han entendido.

La polvorosa luz vuelve a filtrarse por la ventana, como si quisiera avisarnos de que vamos por buen camino. Revisamos todos los libros del escenario, somos cuatro expertos policías investigando una sola habitación. Martín, el inspector Santos, el subinspector Rosell y yo misma. Algo saldrá de aquí. Es sumamente gratificante ver este trabajo en equipo, cuatro oficiales de policía escudriñando cada rincón, compartiendo tarea y objetivo. En este momento no hay cargos ni jerarquías.

Algunos de los libros parecen antiquísimos, deberían descansar bien protegidos, tras puertas de cristal. Da lástima tocarlos siquiera, podrían desvanecerse. Puede que todas estas motas de polvo que flotan en la luz provengan de libros que se han deshecho en polvo. Pero tal y como ocurrió cuando Martín y yo inspeccionamos la casa de Antonio, no encontramos absolutamente nada relacionado con el caso. Seguimos revisando cada tomo, abriéndolos como acordeones para ver si guardan secretos más allá de sus historias y sus letras. No desistimos, pero comienzo a sentir la desesperación. El subinspector y el inspector se han sentado en el suelo, con varios tomos apilados a su lado para escudriñarlos página por página.

—Quizá encontremos alguna de las cartas, si es que realmente existen, o el segundo ejemplar que vendió la editorial sobre los asesinatos de Burke y Hare... son nuestras pistas más sólidas —razona el inspector Santos.

—¿Por qué se habrán inspirado en esos personajes para el suicidio o el asesinato o lo que sea? —pregunta Martín—. Por Dios, la Ilustración escocesa.

—Quién sabe, realidad, ficción, locura, cordura... En este terreno resbaladizo es imposible no caer de culo. —El subinspector sigue siendo un poeta. La Indiscreta levanta su mano en un puño amenazador. Ay, si la dejara salir...

Cansada de abrir y cerrar tomos, me levanto del suelo para caminar por la habitación y centrarme en orientar mi mente hacia una perspectiva diferente, más relajada. Tengo que dejar de hacer algo que no está funcionando, y doy paso a la intuición.

Igual que el salón, la habitación está decorada con láminas, cuatro exactamente, y una de ellas es bastante desagradable y oscura, por cierto. Hago un esfuerzo, pero nada.

—Los cuadros que había en el salón y estos me suenan...

—Son todos de Van Gogh... —aclara Martín. Dios, qué bruta me siento—. Este es *La noche estrellada*... —También se acerca a ellos. Evita mirarme

directamente a los ojos, como toda la mañana. Está huyendo. Es un cobarde. Lo he dicho antes, imbécil perdido en temas de amor—. Los del salón son *El dormitorio en Arlés* y *Terraza de café por la noche*. Y ese de ahí se titula *Los comedores de patatas*. Señala el cuadro que he tachado antes de desagradable.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Bueno, me gusta el arte.

Estoy enamorada de un hombre del cual desconozco muchísimas cosas, pero cada tecla nueva que toca es una maravilla más para mis oídos. Menos la de la cobardía, claro.

—¿*Los comedores de patatas*? —me permito reír.

Es un cuadro realmente desagradable a la vista; pero, viendo el vaso medio lleno, es interesante, parece que tiene muchas cosas que decir. Por eso me ha sorprendido tanto el título que le puso al cuadro; por su literalidad y porque es un título que no sé si acompaña al secretismo de nuestra situación, te entran ganas de reír. Me acerco al cuadro. El subinspector y el inspector nos observan claramente agotados de su labor investigadora.

—Da un poquito de miedo —opino—. ¡Mira sus rostros! La mujer que sirve el café, o el té, o lo que sea, parece que nos mire directamente. Parece que va a saltar sobre nosotros en cualquier momento.

—A mí me asusta más la señorita que nos da la espalda. —Martín se acerca mucho a mi rostro, la realidad es que se está acercando al cuadro, pero casi que me quedo con que se acerca a mí—. No se sabe... Es decir, está en mitad del cuadro sin pareja, sola, mientras el resto se dedican miradas cómplices.

—¿Sabéis qué dijo Van Gogh sobre ese cuadro? —interrumpe el inspector—. «He querido dedicarme conscientemente a expresar la idea de que esa gente que, bajo la lámpara, come sus patatas con las manos en un plato ha trabajado también la tierra, y que mi cuadro exalta, pues, el trabajo manual y el alimento que ellos mismos se han ganado tan honestamente».

Lo está leyendo en un libro sobre el artista que ha cogido de la estantería y está ojeando.

—Y este otro es *La casa amarilla* —continúa Martín.

El inspector se humedece los dedos y pasa unas páginas.

—Precisamente aquí dice que Van Gogh tenía la intención de crear un taller de artistas en ella.

—¿Un campamento de verano para intelectuales? —La ironía del

subinspector, que ahora está desconcertada.

—Alquiló la llamada casa amarilla al norte de la ciudad de Arlés. Este es el cuadro que le dedicó. Convivió, en no muy buenos términos según pone aquí, con un tal Paul Gauguin. Otro artista.

—¿Cuándo empieza la parte en la que se cortó la oreja? —el subinspector pregunta por el conocido suceso macabro.

Me acerco a *La noche estrellada*; la miro atentamente, es realmente bellísima, pero además hay... Absorta... Hay... ¿Qué hay, Bruna?

—Una casa amarilla... ¿Creían que podrían juntarse un grupo de artistas y convivir en armonía y felicidad? Mira que son raritos de cojones.

—Escuchad, por favor —interrumpe el inspector—. Debido al carácter de Van Gogh y de Paul Gauguin, la convivencia fue difícil.

—Lo que decía.

—En 1888 hubo un altercado que dio origen a una de las explicaciones acerca de la pérdida de la oreja.

—Pensé que lo había hecho por amor —añade Martín.

—Gauguin declaró a la policía que Van Gogh le persiguió por la casa con una navaja, sin éxito, y que por la noche se automutiló el lóbulo de la oreja, lo envolvió en un paño y lo dejó en un burdel de Arlés donde se lo ofreció como regalo a una prostituta llamada Rachel. ¿Le parece que lo hizo por amor, oficial Huguet? —Martín tuerce el morro.

—No veo por qué no. Tal vez estuviera enamorado de esa prostituta.

—Después, el artista volvió a la casa amarilla, donde a la mañana siguiente la policía lo encontró inconsciente y tuvo que ser ingresado. Da la casualidad de que Gauguin tenía un sable, pues era profesor de esgrima. Dejó Arlés para mudarse a París ese mismo día.

—Parece un sospechoso viable.

—Pero no se pudo confirmar. —El inspector murmura mientras sigue leyendo—. Otra teoría sobre por qué se cortó la oreja afirma que pudo ser una automutilación debido al disgusto que le supuso saber que su hermano se iba a casar. Tenían una relación intensa que, a pesar de la distancia, se mantuvo a través de correspondencia.

—Entonces, también hay cartas de por medio en esta historia —digo.

—¡Bruna! Pero cómo va a estar Van Gogh metido en todo este embrollo, joder. —Diecisiete pelos. A este paso se van a hacer mayores de edad.

—Al regresar a su casa tras el ingreso hospitalario, Van Gogh pintó su obra *Autorretrato con oreja vendada*.

Sí que era literal Van Gogh a la hora de poner sus títulos.

—Existen dos versiones distintas del cuadro y parece que fueron pintados frente a un espejo porque el vendaje del cuadro estaba en la parte derecha de la cabeza cuando en realidad fue la oreja izquierda la que fue mutilada. Oh...

—Pues eso, raritos de cojones. —Dieciocho pelos. Ya hemos llegado a la mayoría de edad.

Yo sigo absorta en la noche estrellada, hay algo en él... El inspector se ha levantado y se dirige hacia el cuadro sin dejar de leer.

—Van Gogh volvió a ser ingresado, pero esta vez porque presentaba síntomas de manía persecutoria, creía que le querían envenenar.

—Antonio también creía que le perseguían —dice Martín.

El subinspector suspira en una especie de chasquido desesperanzado y también se levanta del suelo para acompañar al inspector.

—Recibió varias atenciones psiquiátricas, hasta que decidió internarse voluntariamente en el hospital mental de Saint-Paul-de-Mausole, un exmonasterio.

—Madre mía, esto se parece a nuestro caso, cartas y psiquiatría.

—Ya empezamos. —El subinspector se sacude las manos.

—Ya empezamos, ¿qué? —contesto algo irritada.

—¿Pero qué cojones tiene que ver Van Gogh con nuestro caso?

El inspector sigue a lo suyo, increíble el interés repentino que ha desarrollado por el pintor. O será una intuición, como las mías. Me preparo ante una nueva pieza para nuestro puzzle, tan perfecta como insólita.

—En el sanatorio disponía de dos habitaciones, una de ellas habilitada para servirle de taller y dibujar. Al principio pintaba especialmente cuadros de interior, ya que no salía del edificio psiquiátrico. Es en esta época cuando comienza con sus característicos remolinos, como esos de ahí, en el cielo de la noche estrellada.

¡Joder!

—¡Joder! —repito, pero esta vez en voz alta—. ¡Mirad bien el cuadro! —He vuelto al cuadro y vengo con la intuición de la mano. Con la Indiscreta empujándome una y otra vez—. *La noche estrellada* tiene varios planos, en el fondo el cielo y sus remolinos, los montes y la ciudad. Y en primerísimo plano... ¿Puede ser? ¿Lo veis? ¡Es un ciprés! ¿Puede ser un ciprés? Tan cerca y no me había dado cuenta —digo asombrada.

—Cuando le permitieron salir de paseo por los alrededores del psiquiátrico, empezó a dibujar escenas exteriores. —El inspector sigue leyendo al mismo

tiempo que va acercándose al cuadro, está acelerado y me sorprendería que no se diera un batacazo—. Fue durante el mes de junio cuando desarrolló los efectos pictóricos de los árboles... Bla, bla, bla... Olivos, bla, bla, bla... Pinos... Pero fueron los cipreses, con su forma triangular, los que le sirvieron para crear esta maravillosa época artística. Incorporaba la mancha oscura del ciprés en muchas de sus grandes composiciones, como en *La noche estrellada* y, entre otras, *Campo de trigo con ciprés*, *Cipreses con dos mujeres* y *Ciprés en el cielo estelar*.

—Cipreses, cipreses, cipreses... ¡Confirmado entonces! Metemos a Van Gogh en el mismo recipiente que los asesinos Burke y Hare, que Antonio Cifuentes y que el celador de un hospital psiquiátrico y removemos bien a ver qué sale. —Este es el subinspector que me encanta. El aterrorizado.

—¿Ahora qué? —dice Martín.

—Ahora hay que seguir buscando. Lo tenemos delante de nuestras narices, lo sé.

Martín se acerca al cuadro, no se atreve a tocarlo. El subinspector también se acerca. Todos nos acercamos. Los rostros de uno al lado del otro. Es el subinspector Rosell quien mueve la primera pieza haciendo gala de una recién adquirida pericia para enfrentarse a lo extraordinario, es como si la única salida que tuviera para superarlo fuera plantarle cara de una jodida vez. Ya era hora. Coloca sus dedos en una esquina del marco y empuja haciéndolo deslizar en un sonoro clic... El cuadro se abre hacia la derecha con efecto muelle, como si fuese una puerta a las pruebas incriminatorias. Es una caja fuerte de las medianas.

—Bienvenidos a una novela de *sir* Arthur Conan Doyle. —El subinspector pone el broche final.

Tenemos el caso, pero no lo tenemos. Cuando los especialistas forzaron la cerradura de la caja fuerte, descubrimos que aquel nicho en la pared contenía fenciclidina, algunas cartas manuscritas dirigidas a Antonio y el segundo ejemplar vendido sobre el caso de Burke y Hare. Todo ello basta para incriminar al *sommelier* cartero pirata. Cotejaremos huellas dactilares y seguramente podamos ir a juicio.

Pero no puedo dejarlo. ¿Qué pasa con todo el rollo del ciprés? ¿Qué pasa con mi titiritero? ¿Qué pasa con lo que investigaba Antonio? ¿Qué pasa con Burke y Hare? ¿Qué pasa con Van Gogh? Así se lo dije al subinspector. ¿Y qué me contestó? Que no había pruebas que sugiriesen que nadie más, aparte del celador, estuviese implicado y que no podía considerar las divagaciones

de un paciente con una agitación psicótica para indagar sobre un ciprés que lo perseguía. Esto lo dijo con cierto retintín.

Pero que no puedo dejarlo. Que no, que no puedo. Por eso son las dos de la mañana y sigo en comisaría. He cogido uno de los sellos que Luis guardaba en su caja de caudales, lo he escaneado y espero a que el ordenador, a que la base de datos, me dé una alerta, una coincidencia.

Me sorprende un ruido tras de mí. Todo está a oscuras y estoy tan inmersa en la pantalla que, ante el sobresalto, mi primera reacción es acercar mi mano al arma.

—Tranquila. —Martín se acerca con las manos en alto—. No vayas a estrujarme la garganta otra vez. ¿Qué haces?

—Nada.

Observa la pantalla del ordenador.

—Sigues buscando algo más sobre el ciprés.

—Es que... No sé, creo que todo lo ocurrido esconde algo más grande. Puede que, conociéndome, creas que estoy necesitada de más acción, que me he enganchado a la investigación o yo qué sé... que he empezado a delirar, pero...

—No te justifiques.

Se acerca más a mí. Sus ojos brillan por el reflejo de la pantalla. Dios..., huele tan bien. ¿Acaso voy a empezar a creer en Dios ahora? Esas cejas que se concentran en el símbolo del ciprés serían un buen milagro, un buen motivo para pensar en algo divino y empezar a creer.

—Eres una gran policía, no te justifiques —repite—. He venido porque sabía que seguirías dándole vueltas a todo esto y he hecho una visitilla a nuestro amigo Luis.

—¿Qué? ¿Sin mí? —Se retira y pierdo su aroma.

—No te enfades, tan solo quería... Bueno, he descubierto que tiene un tatuaje con el diseño de un ciprés exactamente igual que el que marcó en Antonio. Servirá para incriminarlo aún más, pero no sé si ayuda en tu búsqueda.

—¿Cómo has ido sin mí? —insisto.

—Lo estaban procesando y he aprovechado para hacerle un par de preguntas. —Mi gesto le hace cortar el rollo inmediatamente—. Mira, eres una especie de sabueso, Bruna, y a veces siento que no estoy a tu altura. Odio esa sensación, ¿sabes? No puedo soportar que creas que soy idiota.

—¿Idiota? ¿Cómo puedes decir eso? No necesito recordarte todo lo que

has hecho en este caso.

—Tal vez, sí. —Su rostro se entristece. Se sienta a mi lado, más bien cae rendido—. No todos gozamos de tu confianza.

No sabía que Martín estuviese al tanto de lo que ocurre en mi interior.

—No vengas a por una palmadita en la espalda, no pienso recordarte todo lo que has hecho por resolver este caso. —Hago girar mi asiento y me encaro a él—. Todas esas cosas geniales que tienes te las vas a decir tú solito a ti mismo. Empieza.

Se sonrío.

—No puedo hacer eso, me da vergüenza.

—¡Venga ya! ¿Cuántos años tienes? Cerraré los ojos. No pongas esa cara. Si te es más fácil, cerraré los ojos. Empieza a hablar, soy toda oídos.

—Bueno... —Un largo silencio que rompo con un carraspeo—. Está bien, está bien. Supongo que fui yo quien asoció al celador con el caso.

—Bien, fuiste tú quien asoció al sospechoso perfecto. Apenas un detalle sin importancia.

—Tuve la intuición sobre Van Gogh que ocultaba la caja fuerte.

—Lo que nos llevó a encontrar todas las pruebas incriminatorias. Poca cosa, sí, señor.

Vuelve el silencio. Demasiado tiempo. Abro los ojos y lo observo cabizbajo, moviendo en círculos el pie como un niño de tres años, que es lo que está demostrando ser emocionalmente. Cojo una hoja y anoto otras varias proezas de su inteligencia. No me resulta difícil.

—Toma, llévatelo a casa y léelo solo si crees que la confianza no es una de tus cualidades. Si decides que puedes decirte cosas bonitas al oído tú mismo, la que-mas.

—¿Me has escrito cosas bonitas?

—¿Cómo? —Me siento a punto de ser atrapada.

—Me da la impresión de que en este folio acabas de hacer anotaciones muy íntimas, Bruna.

—Más o menos. —Cada vez me gusta más. Me gusta más porque ha conseguido engañarme.

—Soy de los que necesita una palmadita en la espalda de vez en cuando, y sí, lo cierto es que he aprovechado la ocasión.

—Podrías haberme preguntado directamente qué es lo que opino sobre ti. Sin robarme.

—Supongo.

—No soy tan cobarde como otros —le acuso. El casi beso de la otra noche me viene a la cabeza.

Sé que va a cambiar de tema. Por eso de lo gilipollas que es para los temas del amor. Lo quiero igual, que conste. Igual que me gusta el café tal como es, me gusta Martín tal como es. De hecho, también lo pediría solo.

—¿Qué estás buscando exactamente?

—El rastro del ciprés. Puede que la base de datos tenga algo.

—¿Y qué te ha dicho el subinspector?

—Que no debería... —Martín arquea las cejas, divertido—. Lo sé, lo sé...; pero ese hombre, por muy superior nuestro que sea, no puede...

—Has desobedecido una orden directa.

—¿Qué más le dará que sigamos investigando un poco?

—Tenía ganas de cerrar el caso.

—No soporto a la gente así.

—¿Qué tipo de gente?

—La que se encierra en sus cuadrículas. ¿Sabes la cantidad de cosas que se pierden?

—¿Estoy yo en ese grupo de gente?

—En absoluto.

—Porque tú me muestras ese mundo de posibilidades continuamente. — Me ruborizo todo el tiempo que dura el silencio.

Él me observa de manera extraña. Significativa. Si estuviera ejerciendo de policía en este momento, y no de enamorada, me fiaría de esa intuición que dice que Martín habla de una posibilidad conmigo.

—¿Qué posibilidades? —Por lo menos dejo la ñoñería para atreverme a preguntar. La Indiscreta me da un empujón. Esta vez, más fuerte que nunca.

—Todas. —Joder con su maldita incapacidad para admitir emociones—. Hay una cosa más que me ronda por la cabeza —que sea yo... que sea yo... —, las pistas han sido demasiado rápidas. —Pues no.

—Yo también lo he pensado. Por eso estoy aquí.

—¿Consideras que han colocado las pistas para llevarnos al sospechoso incorrecto?

—Es lo que haría un titiritero.

—¿Se lo has comentado al subinspector?

—No escucha.

—Aunque ahora tenemos otra pista, el tatuaje de Luis. Pero me temo que eso solo lo incrimina más.

—O puede que no. ¿Por qué iba a tatuar en su víctima una marca que lo incriminara en el caso?

—Deja ya al subinspector. Quizá esta vez debieras saltarte la cadena de mando de verdad. —Mi conclusión le ha impactado.

—¿Quieres que acuda al inspector Santos directamente? Martín, no esperaba esa reacción por tu parte.

—Ya te he dicho que me has cambiado.

—¡No lo soporto más! —¡No haces más que decir cosas así! —Oh, oh..., voy a pasar a estar furiosa. Me levanto de la silla—. Estoy confusa, y no me gusta estarlo. —Empiezo a caminar como una leona que se prepara para salir a cazar—. ¿Nunca has sido consciente de lo que siento por ti? —Parece una estatua griega—. ¡Joder, Martín! Desde el principio, desde el principio he sentido algo por ti.

No puedo ni mirarlo. Es incapaz de detener mi discurso hasta que, estando yo de espaldas, me coge del brazo y me gira hacia él. Me besa. Y lo beso. Desvergonzadamente. Y me devuelve el beso. Desvergonzadamente. Y como en un partido de tenis, nos devolvemos los besos a fuertes pelotazos. No pienso dejar ni una grieta que deje escapar su estúpida confusión por lo que siente por mí, así que cojo la silla y me coloco a horcajadas sobre él. Me agarra de las caderas para ir bajando. Siento todo mi cuerpo arder y también el calor de su entrepierna. Desliza sus manos por debajo de mi blusa, me acaricia, me quita los botones y me suelta el sujetador.

—Bruna, no puedo soportarlo. —Le muerdo la boca. ¡Cállate!

En ese momento, suena la señal de alarma de la base de datos. Un jodido cliché que viene a arruinarlo todo. Los dos fijamos la vista primero en la pantalla, después nos miramos mutuamente. El símbolo del ciprés coincide con un asesinato ocurrido en Sevilla.

—Volvemos a tener caso —digo.

—Eres un genio. El subinspector se va a caer de culo.

—Me va a matar... —Mi respiración sigue entrecortada y mis labios calientes—. Me va a guillotinar por desvergonzada e insubordinada.

—Deberías ser todo lo desvergonzada que quisieras, si eso te hace ser la policía y la persona que tengo delante.

Pero a pesar de esas palabras, Martín se retira con delicadeza.

—Lo siento, Bruna... Eres mi compañera, no debería. Tal vez...

—¿Tal vez qué? —Se disculpa y me deja sola.

Tal vez no sepa qué siente por mí exactamente. Se me escapan varias lágrimas, pero no les dejo hablar, observo la pantalla del ordenador. Hay caso, un caso importante.

Me enjugo la cara, espero que Martín sea capaz de recoger su confianza y volver a por más raquetazos. Pero hay caso. Eso me hace sonreír. A pesar de todo lo demás.

Dos meses antes de la aparición del cuerpo de Antonio

Plaza Guipúzcoa, 53, 3.º B. Es un entorno agradable donde las familias pasean con sus hijos por los jardines y los abuelitos se sientan a observarlos recordando vidas pasadas. La experiencia ya no puede físicamente y los valiosos conocimientos dependen de la cercanía de un oído dispuesto. Casi huele a felicidad. La felicidad entendida como la entienden otros, claro. La felicidad que entendía cuando Iker estaba vivo. No es la felicidad en la que me reconozco yo ahora.

Llego a mi destino, un portal igualmente agradable y hasta lujoso. Ahora que lo pienso, todo muy a juego con la carpeta rosa. Llamo al timbre, tengo miedo de que al apretar el botón me vaporicen con perfume. Tardan en contestar veinte segundos que duran tres años.

—¿Dígame? —dice una voz de mujer.

Casi me siento estúpida preguntando:

—¿Manuel?

—No. Aquí no vive ningún Manuel.

—¿Está segura?

—Oiga, claro que estoy segura. ¿Cómo no iba a estarlo?

—Disculpe.

—No pasa nada, que tenga buen día.

¿Y esto es todo?

Justo cuando el abatimiento comienza a hacer mella, un hombre me agarra del codo.

—¿Ada?

Es apuesto, pero no tan guapo como para llamar la atención, de sonrisa

amable. Se camufla perfectamente entre la multitud. Por un momento temo que se trate de un policía.

—¿Manuel? —pregunto. Él se sonríe.

—No exactamente. El nombre y el piso son un señuelo, estaba a la espera de que llamaras al timbre para asegurarme. Acompáñame.

Una estrategia perfecta. Tienen tantos señuelos como direcciones hay en San Sebastián. Sin rastro.

Recorremos unos cuantos kilómetros de travesía en coche hasta salir de la ciudad. Me siento como en mi primer secuestro del ciprés, a manos del hombre de barba falsa que no me daba ningún miedo. Tener una razón para morir, que nada tenga que ver con haberla elegido o ejecutado yo misma, es una de mis mejores opciones en esta vida.

Nos adentramos en un camino pedregoso rodeado de un bosque de pinos que, en su interior, oculta una enorme casona amarilla. Los montes de Guipúzcoa esconden muchos lugares extraordinarios.

—Pinos, ¿eh? ¿Qué tal un ciprés?

—Veo que has entendido el concepto de camuflaje. —Sonríe acogedoramente, como si no formase parte de un grupo que me va a ayudar a matar. O como si no estuviera frente a una asesina.

La casa amarilla es de todo menos modesta.

—¿Y esto no llama la atención?

—No exactamente, es un hotel con *spa*, es así como debe ser. Aunque, bueno, nos hemos permitido un pequeño gesto en honor a nuestra causa. — Señala la entrada del ostentoso hotel donde, flanqueado por una alegre fuente, se eleva orgulloso un ciprés—. Aquí acaba mi cometido, señorita. Entre ahí y pregunte por Mainer Izurun.

Las ruedas del coche crepitan sobre la piedra del polvoriento patio en el que me ha abandonado. Unas escaleras llegan hasta la puerta para después ramificarse hacia dos espléndidas terrazas con sus mesas rústicas y sus hamacas listadas, que prometen unos desayunos pantagruélicos, copiosos almuerzos y templadas cenas.

Subo hacia el hotelito, tiene un color amarillo arenoso y una gran torre mirador en lo alto, seguramente la *suite* principal. Me sorprende no haber sabido de este sitio hasta ahora.

—Buenas tardes, señorita. ¿Tiene reserva? —pregunta el recepcionista.

Es un hombre espigado que viste con un traje gris y una corbata azul, de cabello moreno podado con protocolaria rectitud. Digo podado porque habrán

usado la misma motosierra que con los setos cuidados del jardín, ni muy largo, ni muy corto; se ajusta al cráneo perfectamente en todas sus curvas con unos tres centímetros de altura.

—En realidad, preguntaba por Maider Izurun.

—Acompáñeme.

Es la segunda vez que me lo piden hoy, y yo voy ciega a donde me digan. No tengo miedo a morir, una gran ventaja a la hora de tomar decisiones, la vida es más excitante así y, como he dicho, una muerte accidental conseguiría acabar con todo y no me haría sentir culpable por mi familia.

El recepcionista me lleva hasta las cocinas, donde pulsa un botón y esperamos tres minutos que duran cinco años.

—Buenas tardes.

—¡Joder! ¡Eres tú!

Por fin aparece el único elemento que sería capaz de relacionar con un grupo secreto cuyo logo me persigue con tinta y pluma. ¡Es el forense que conocí en el hospital! Aquel que sabía mi nombre sin decírselo. Ahora entiendo.

—¿Me enseña el tatuaje, por favor?

Todo parece tan protocolario. Aunque se sonríe ante mi sorpresa. Me levanto la camisa. En la cocina no hay una sola alma y ninguno parece preocupado por si apareciera.

—Perfecto. Creo que a partir de ahora podemos tutearnos. ¿Te parece?

—Muy gracioso. —Ese aspecto extraño, como el de un científico loco, pierde impacto en este nuevo contexto. En la sala de autopsias era distinto.

—Acompáñala a su habitación —pide al recepcionista con media sonrisa. Tercera vez que me llevan de aquí para allá como una marioneta.

Subimos por unas escaleras que desembocan en una red de pasillos, el recepcionista me indica cuál es el mío y me entrega una tarjeta de código.

—Acuda a las dos de la mañana al *spa* que está en el sótano.

He aprendido que hacer preguntas cuando el Ciprés me da una orden es inútil. Si voy a pasar aquí la noche, tendré que avisar a mis padres. A pesar de ser una asesina, tengo canguros.

¿Y qué hago el resto del día? Observo el paisaje desde mi ventana. El bosque está helado, perlado de escarcha. Esta sensación, propia del entumecimiento del frío, es justo lo que busco, así que daré un paseo y no me pondré demasiado abrigo. Necesito frío. Sin él, se ha demostrado, estoy muerta.

Me pierdo entre los caminos y entre los no caminos. Disfruto con el sonido que producen mis pisadas sobre las hojas acristaladas, se cayeron en otoño y siguen aquí desde entonces, me doy cuenta de que disfruto porque soy yo quien destroza esa supervivencia. Es curioso como una mente que busca ser destructiva encuentra sutilezas y detalles de hermosura en todas partes. Para destruirla. El arte de lo oscuro reside en saber identificar cada punto de luz para aniquilarlo.

Mi única duda, pequeña y escondida, reside en averiguar por qué el Ciprés sabía que no me importaría y que incluso apreciaría ser una asesina. Tanto a la antigua Ada como a la nueva no les gusta ser manipuladas como a marionetas.

Hacia las nueve de la noche decido sentarme en el restaurante, nadie usa las terrazas, a excepción de los fumadores que fingen disfrutar con el aire fresco, pero desde el salón interior las vistas son igualmente hermosas. Con un potencial destructivo brillante. He aprendido la lección: cuanto más hermoso, más daño potencial.

Ojeo la carta, tengo claro que tomaré un bistec, pero en cuanto me paro a pensar que me apetece acompañarlo de ensalada, lo descarto. Me recuerda a mi plato favorito, la ensalada mixta del bar El Cortés, esa que Iker me envió un día, haciéndola subir en el ascensor, y que acabó con mi aburrimiento...

A la espera de que el Ciprés mande a su representante al *spa*.

He abierto la puerta de entrada con la tarjeta de código. A pesar de estar fuera de horario, me lo ha permitido, supongo que esa era la idea de clandestinidad. De entre todas las salas, he elegido una con tumbonas sobre el mármol. De día, estoy segura de que su luz será cálida, casi tierna, y que de la fuente central emergerá el agradable sonido del agua al romper.

—Estás a oscuras —dice una voz. Se escucha un pitido, la luz y la fuente reviven. Mi locutor es mi viejo conocido, el forense de bata blanca.

—¿Me citáis en un *spa*?

—Fuera de horario, nadie baja aquí. Y antes de enseñarte nada, hablemos. ¿Qué tal has pasado la tarde? ¿Satisfecha con nuestros servicios?

—Así es, aunque yo no esperaba ese tipo de servicios exactamente.

El hombre sonrío.

—Enérgica, un gran potencial, siempre que lo dejes templar por la paciencia cuando sea necesario.

—¿Qué hago aquí?

—Veo que habrá trabajo con esa impaciencia.

—Sabéis de sobra que tengo necesidad de actuar. Explícame qué hago en un *spa* a la espera de que el Ciprés me ayude con... Bueno, con...

—A matar. Puedes llamarlo por su nombre, en realidad deberías. —Se rasca el mentón y se ajusta las gafas. Si ha elegido ese orden de secuencia, le picaba más el mentón de lo que le molestaban los anteojos—. ¿Qué sabes acerca de nosotros?

—Que enviáis notitas firmadas con un sello con la imagen de un ciprés, que debéis de ser una organización con una estructura razonable, ya que me seguisteis hasta Sevilla, y que tenéis ojos por todas partes. Lo que no entiendo es por qué habéis elegido ayudarme.

Siendo cauta, prefiero usar el término «ayudar» antes que el de «reclutar» o «perseguir». Escojo que piensen que me siento como amiga. ¿Es este doctor de bata blanca y aspecto cómico otro asesino como yo? Me observa con ojos indaga-dores. Casi parece que cada pupila se dirigiese hacia un sentido diferente para poder recabar más información, y está decidiendo algo sobre mí.

—¿Qué necesitas saber de nosotros?

Es una buena pregunta. Si sé demasiado, puede que halle un factor que me haga echarme atrás, que deje de pedirles ayuda para matar. Aunque, ¿me lo permitirían a estas alturas? Con independencia de lo que ellos decidan sobre mí, yo no puedo consentir quedarme sin ellos, no en esta penosa vida que soy incapaz de gestionar sola. No puedo soportar siquiera esa idea. El caballo monstruoso aparece de nuevo entre las sombras.

—Me vale con que me expliquéis por qué me elegisteis y cómo podéis ayudarme.

—Estupendo. Te elegimos precisamente porque no necesitas hacer preguntas, tu motivación hacia lo oscuro, incluido el asesinato, es intrínseca, te mueve sola.

—Eso no es una respuesta.

—Supimos de tu situación, de tu ingreso y tu proceso psiquiátrico.

—¿Cómo? —¿Qué cupo de preguntas tengo para seguir siendo candidata?

—Eso es otra pregunta...

—Sí.

—Infiltrados que leyeron las cartas que tirabas. Infiltrados como yo.

—Entiendo.

—Tengo curiosidad.

A ver, espero poder contestar yo a alguna de sus preguntas.

—¿Cómo has sido capaz de llevar una vida tan normal?

—Creo que fue por Iker, mi marido, era una persona extraordinaria, luminosa, cuando estaba a su lado no necesitaba nada más. Llevábamos mucho tiempo juntos, pero nos acabábamos de casar.

—Siento su muerte —dice ajustando la montura de sus gafas. Ese será su gesto habitual a partir de ahora.

—Gracias.

—¿Y eras completamente feliz a su lado?

—Sin duda.

—Eso es genial.

—¿Por qué es genial?

—Por varias razones. La primera es que tal vez sí tengas una gran fuerza de control que pueda aplacar tu impaciencia, haber estado oculta tantos años de tu vida lo confirma. La segunda es que eres capaz de adaptarte a situaciones que ni siquiera puedes identificar con tu verdadero yo, un gran don para un asesino que quiere ocultarse. La tercera es que, si fuiste totalmente feliz en esa vida, posees una gran capacidad de aprendizaje, un potencial para valorar nuevas opciones. Y, por último, tantos años de vivencias contrarias a tu naturaleza te habrán pasado factura de alguna manera, tu parte oscura está deseosa de escapar ahora mismo.

La Conocida está de acuerdo. Incluso se asoma un poco más al alféizar de mis ojos.

—¿Me estás diciendo que Iker me entrenó para ser la candidata perfecta a asesina?

—Si quieres decirlo así...

La conclusión le ha sorprendido.

—Y todo esto ya lo sabíais antes de incitarme con vuestras cartas, ¿cierto?

De repente, siento una punzada de calor en el trasero. Me levanto como un gato al que le han pisado la cola, una reacción animal.

—Tranquila, las tumbonas emanan calor, es para la zona lumbar. Agradable, ¿no te parece?

—Sí, cuando sabes a qué se debe.

—Exacto, cuando sabes a qué se debe... —repite—. ¿Sigues queriendo hacer más preguntas?

Está llevando la cuenta. ¿Quiero que el doctor me tranquilice con sus explicaciones o mi tranquilidad residirá precisamente en no tener demasiada información? Quiero, simplemente, seguir matando.

—No tengo más preguntas.

—Respecto a cómo podemos ayudarte, dejemos el *spa* y sígueme, por favor.

Me tienen mareada de un lado a otro.

En el arranque de las escaleras que suben hacia las habitaciones nos encontramos con una discreta puerta que se camufla perfectamente con la pared y su papel decorativo. Podría ser una sala de calderas. Creía que el Ciprés guardaría sus secretos al menos en la *suite* principal del hotel, esa gran torre que he visto desde fuera, en vez de en un sótano. Pero no son ostentosos, sino cautelosos.

El forense, que aún no se me ha presentado formalmente, coge una llave que lleva en el bolsillo de su bata y abre la puerta. Bajamos por unas escaleras metálicas roídas de óxido y llegamos a una plataforma rodeada por varias puertas que parecen condenadas.

—Tengo que pedirte que te pongas este antifaz, por favor.

Obedezco y me da varias vueltas sobre mí misma para desorientarme. Ni siquiera yo voy a saber por qué puerta entramos. Otra medida de seguridad más. En caso de que la policía me detuviera, no sabría ni decirles cómo entrar.

Por fin llegamos a una sala, en ella hay un fuerte contraste entre la antigüedad de la caoba y el brillo de la tecnología. Manuscritos, estantes que tendrán cientos de libros, una especie de museo de armas, un laboratorio, una mesa de... ¡Una mesa de autopsias! Con sus correspondientes instrumentos quirúrgicos a un lado, además.

—Perdona, ¿qué se supone que hacemos aquí?

—Me presentaré primero. Evidentemente mi nombre no es Maider Izurun, siento la mentirijilla.

—Lo suponía. —Entorno los ojos, se está burlando.

—Soy el doctor Bécher, Elías Bécher, y te enseñaré unas cuantas cosas para que no repitas las torpezas de Sevilla. —Me siento como Batman en compañía de su mayordomo Alfred—. ¿Has elegido a tu víctima? —Asiento—. Hay algo que debes saber.

Me enseña una foto. Me cuesta creerlo, en la imagen puedo ver el callejón de mi primer crimen. Mis inicios en Sevilla. Y sobre la pared de esa callejuela hay un dibujo, lo que parece el grafiti de un ciprés, vagamente parecido al de las cartas.

—¿Qué es esto?

—Te acogemos entre nosotros, Ada, pero debemos cerciorarnos de que sigues nuestras reglas meticulosamente. Ahora llevas nuestra marca, debes ser cauta. Si cometes un fallo que pueda acercar demasiado a la policía hasta nosotros, te in-criminaremos.

Me quedo en silencio. Sí, soy su marioneta.

—Pero ahora pueden asociarme con el caso de Sevilla.

—Lo dudo. No hay policía capaz de relacionar un simple grafiti en la pared con un caso de asesinato. Ni siquiera es un ciprés que se pueda relacionar con tu tatuaje. Pero debíamos mostrarte que vamos en serio con esto. Tenemos varias maneras de asegurarnos que no nos delatarás. —Por su tono, sé que no debo preguntar más. Pero, sinceramente, ¿por qué iba a importarme acabar en la cárcel o morir? No deben temer que pueda delatarlos, necesito de su ayuda para seguir matando y mantener a mi nueva yo—. ¿Lo has comprendido? —Asiento—. Comencemos entonces con las reglas básicas para matar sin ser atrapada. Lo harás bien, estoy seguro.

Y el forense me acoge en un gesto afectuoso, como si se hubiese desquitado de un mal trago. Como si le hubiesen obligado a mantener esta conversación a su pesar.

Regla n.º 1: que no te vinculen con la víctima. «Estudia sus círculos y estudia sus rutinas para asegurarte de que ninguna te relacione con ella».

El resultado del «pito pito» acabó haciendo que me decantase, de entre las dos opciones que me ofrecieron, por la de la víctima varón. Me vi obligada a investigar su vida para cerciorarme de que no estaba relacionado conmigo en ninguno de sus contextos posibles. Pero yo no decido que va a ser mi víctima dependiendo de las cosas que ha hecho o no; me da igual que sea buena o mala persona. Me da igual, incluso, si tiene familia, lo que quiero es buscar el sinsentido.

He pasado dos semanas siguiendo al susodicho. Para mi deleite, es una persona bastante rutinaria, aunque mi sorpresa tal vez se deba a que soy una novata en esto de espiar y, en realidad, todos seamos así de predecibles, así de potencialmente «asesinables».

De lunes a viernes:

8:00-15:00 h: trabajo en la Delegación de Hacienda, en Oquendo. Sale a almorzar de 11:30 a 12:00 h. Siempre acude al bar que está frente a su oficina, pero no va con sus compañeros. Se pide un café y una tostada. Los

viernes, un cruasán. O se da un pequeño capricho por el fin de semana o es de los que empiezan la dieta el lunes y la acaban el viernes.

15:00-15:30: lo que tarda en llegar a su casa en moto. La dichosa moto ha hecho que pierda su rastro en más de una ocasión.

15:30-17:00: en casa. Esta parte ha sido de las más complicadas de investigar. Uno de los consejos que me han dado es que no me dejara ver cerca del edificio y menos cerca del portal, que no cayera en la tentación de hablar con los vecinos o de hacerme pasar por nadie como excusa para husmear. Así que no sé qué es exactamente lo que hace en su casa y no puedo jugar con ese factor para planificar mi asesinato.

17:00-19:00: lunes y miércoles, gimnasio. Tampoco me he dejado ver por allí. Nunca entra ni sale acompañado por nadie, por lo que supongo que practica una actividad en solitario. Los martes y jueves no suele salir de casa, en alguna ocasión sí a realizar pequeños recados.

19:00: en casa. Recibe la compañía de otro hombre varias veces a la semana. Nunca salen de su piso. El interior de su casa es mi mayor enemigo.

Los viernes sí que tiene vida social, queda con dos compañeros, o con el mismo hombre que le visita y dos mujeres más, siempre en el mismo bar.

Sábado por la mañana: siempre hace la misma visita, a la misma casa. Alguna vez le he visto salir del brazo de una mujer mayor, pero no puedo dar por supuesto que sea su madre. «No te bases en suposiciones, no puedes organizar un crimen sobre la base de un dato variable. Ni uno solo».

Sábado por la tarde: vuelve a quedar con sus amigos para tomar unas cervezas y cenar, pero nunca sale de fiesta hasta altas horas de la madrugada.

Domingo: jamás repite rutina. Así que debo descartar este día del manojito de cartas con las que jugar.

Llevo casi un mes investigándolo. «No tengas prisa, simplemente asegúrate de encontrar el dato constante». Esa es la clave: la constante en su rutina.

El doctor Elías Bécher siempre me concede el honor de asperjar su saliva sobre mi cara al hablar, pero absorbo sus palabras con atención. Sorprendentemente, ni siquiera le guardo rencor por su amenaza. Lo considero una marioneta más del Ciprés, es probable que esté tan atrapado como yo. Tan atrapado o tan libre, depende de cómo se mire, a mí me han dado tiempo de vida.

—Necesito tu ayuda —le dije en una de nuestras sesiones de tutoría. Así es como las llamamos.

—Me sorprende. Hasta ahora, apenas me has dejado sugerirte nada para tu

plan, así que estaré encantado de poder ayudarte por fin, Ada. —Creo que ya me tiene hasta cariño—. ¿Cuáles son las mayores dificultades a las que te has enfrentado?

—La de vigilar a la víctima en el interior de su casa.

—¿Qué te parece esto? —Muestra un pequeño pinganillo que se coloca en el oído—. Es un audífono que permite que escuches lo que sucede a varios metros de distancia, suficientemente cauto como para no ser vista como merodeadora.

—Creo que me bastará.

También me dio unos prismáticos que observé con escepticismo, «es como avistar aves, solo busca el observatorio perfecto y ten paciencia». Es curioso, pero en temas criminales sí tengo paciencia. La investigación de las rutinas de mi víctima me ha llevado un mes; y no solo me he sentido cómoda, sino viva. El objetivo de matar es lo que me da la calma que necesita la nueva Ada, no el asesinato en sí. Eso es lo que alimenta a la Conocida. Ha vuelto a desechar el término «vieja» de su nombre, ya es una más.

«En caso de no obtener la información necesaria para ejecutar tu plan husmeando su casa, cíñete a sus rutinas en el exterior y juega con esas cartas para programar el asesinato», dijo Elías mientras trasteaba entre sus objetos en busca de esos prismáticos; parecía caótico, pero sus ideas no pueden ser más ordenadas.

—¿Algo más?

—No por el momento.

—Ya tienes tu plan y no piensas compartirlo —dice como un padre rendido ante los secretos de su hija adolescente.

—Esperaré a estar segura.

Esquivo la pregunta, aún no sé qué tipo de asesina quiero ser, así que supongo que es la intuición la única que me dirige y, a pesar de que ella lo tiene bastante claro, cuando me presente formalmente al Ciprés será con un perfil exacto.

—Está bien. Pero mantente firme con esa actitud discreta. La mayoría de personas que pasan por aquí solo tienen dudas.

—La mayoría.

—Bueno. —Sonríe, diría que orgulloso.

—Muchas gracias. —Pero antes de salir—: Dime, ¿para qué es la mesa de autopsias?

—Nunca está de más tener conocimientos sobre cómo se hace una

autopsia. Conocer las técnicas forenses ayuda a eludirlas. ¿Te gustaría...?

—No lo descarto. Tal vez cuando acabe este trabajo. ¿Y cómo conseguís los cuerpos?

¿Quién será su distribuidor de cadáveres?

—A nosotros, al igual que a ti, también nos gusta no mostrar nuestras cartas y hacer las cosas a nuestra manera.

Me acerco a la plataforma, puedo ver una pequeña mancha de sangre que se ha resistido a la limpieza. Si les gusta hacer las cosas a su manera, no les diré que se les ha pasado.

Y sí, gracias al audífono espía y a los prismáticos he encontrado la constante perfecta: todos los jueves a las nueve mi víctima pide su cena en el restaurante La Antigua Herboristería. A domicilio. ¿El menú? Siempre ensalada César y unos deliciosos huevos rotos con salsa de hongos. Sé que son deliciosos, conozco el restaurante y sé que la receta es casera. Y serán perfectos, además, para mi plan de asesinato.

Regla n.º 2: elabora un plan basado en la constante. «Un plan perfecto es aquel que no te vincule con la víctima, con el escenario del crimen, con el *modus operandi*, y en el que, o no haya cadáver, o parezca un accidente».

De manera genial, he elegido mis dos constantes. No una, como me pidieron, sino dos. Y gracias a ellas voy a envenenar a mi víctima con una seta mortal, la *Amanita phalloides*, también conocida como oronja verde, oronja mortal y cicuta verde, o como mi padre la llama en euskera, *ilkor*: el hongo de la muerte.

Ir al monte era otra de las estrategias que mis padres usaban para aplacar mis niveles de curiosidad y de actividad. Y sé que en Pagoeta son relativamente fáciles de encontrar. Cualquiera seta u hongo del que me alertaban era una deliciosa degustación para el paladar de la Conocida. ¿Qué pensarían si supieran que voy a utilizar los conocimientos que me proporcionaron para acabar con la vida de una persona?

He decidido envenenarlo, lo que significa que no necesito la sangre para sentirme satisfecha con mi crimen. Cada vez estoy más segura con mi nueva Ada, y puede que incluso se deleite con más regocijo imaginando cómo

mover las piezas de ajedrez hasta el jaque mate que manchándose las manos. Así como el Ciprés es mi titiritero, yo seré la titiritera de mi víctima esta vez.

Regla n.º 3: ensaya el plan. «Es imposible ensayar el plan al completo, pero re-pite tus pasos todo lo que puedas hasta automatizarlos para que en el gran día no te sorprendan factores inesperados. Asegura la constante».

Lo primero: cómo introducir mi salsa de setas en sus huevos rotos; esta será mi mayor dificultad. Quiero evitar hacerme pasar por repartidora, porque eso implicaría estar en el escenario del crimen. Por mucho que me disfrace, siempre existe la posibilidad de dejar huellas, ADN o podrían reconocerme y dibujar un retrato modelo con mis características. El restaurante negaría tenerme como colaboradora y el asesinato no pasaría por un accidente. Mi única opción es inyectar el veneno en el momento justo en el que el repartidor baje de la moto y antes de que suba la comida al piso.

Para poder ensayar mi plan, decido cambiar de barrio, lo más lejos que puedo de la casa de mi víctima: avenida Carlos I. ¿Por qué este sitio? Porque una de mis abuelas vivía aquí, y es un lugar que me ha venido a la cabeza. Desecho nostalgias inútiles. Mi plan me tiene completamente absorta, y si he elegido este lugar es meramente porque he recordado que también es una plaza rodeada de edificios, lo que me ofrece mayores probabilidades de que alguien pida su cena a domicilio. La primera noche no ocurre nada. La segunda noche, un repartidor de *pizzas* deja su moto delante de un portal. Es mi momento para analizar una situación que se podrá dar en mi plan. No puedo ver a qué piso va dirigido el pedido, pero en el contexto de mi asesinato sí lo sabría. Un obstáculo que ya habré solventado. En la observación de la escena, a la caza de detalles útiles, la primera noche no consigo captar nada de interés; la segunda tampoco me da ideas, esto es un arte y hay que estar inspirado; a la quinta y después de dos horas —estoy aprendiendo a tener mucha paciencia—, una moto de reparto se detiene frente a otro edificio. El chico llama al timbre y una mujer lo recibe en el portal.

—¿Beicon, atún y queso? —dice. Puedo escucharlo gracias al pinganillo. El hombre asiente y la mujer se lleva la *pizza*. Lo tengo. No es un plan que pueda ensayar al dedillo, pero en caso de fallar, no arriesgo.

Lo segundo: cómo asociar el restaurante La Antigua Herboristería con el producto tóxico. Otras dos semanas más para dejar de vigilar a mi víctima y centrarme en investigar el funcionamiento del restaurante. Los camiones de reparto suelen ser continuos. Cada uno especializado en un producto concreto. Me tendré que centrar en el que reparte fruta y verdura. La mayoría

de las furgonetas utilizan un único conductor y mozo de descarga para la mercancía, incluida la mía. Siendo aún más cauta, para cerciorarme sobre el funcionamiento del reparto, hago seguimiento de esa furgoneta en concreto.

Tercero: acceder a las setas. Gracias a la experiencia de mis salidas en familia, sé dónde buscar. Me doy un paseo por el monte para corroborar su localización. Seguimos en temporada. Bien.

Cuarto: cómo evitar que el producto tóxico dañe a más personas. No tengo intención de matar a una multitud y crear un escándalo público.

Y, por último: cómo evitar que mi víctima acuda al hospital con los primeros síntomas. La intoxicación tiene varias fases; la primera suele aparecer entre las seis y las doce horas después de su consumo, y los síntomas se asemejan mucho a una intoxicación alimentaria cualquiera: vómitos, diarrea, retortijones..., esas cosas. Después hay un periodo de tiempo en el que la persona cree que se ha recuperado, pero el daño al hígado y los riñones está avanzando. Pasado el primer día tras su ingesta, podría llegar la toxicidad mortal. El desenlace son las convulsiones, la parálisis de los miembros y, finalmente, un paro cardíaco. Solamente un tratamiento adecuado en las primeras horas puede salvar al individuo. Espero que nadie llegue a tiempo, y también tengo un plan para ello. Concentraré la dosis.

Joder, acabo de darme cuenta de que la Conocida lleva mucho tiempo sin dejarse ver. Todo el tiempo que ha durado mi investigación. Pero sé por qué: yo misma soy, en toda su oscura esencia, la Conocida.

Y he aquí que mis dos constantes, las que he elegido para llevar a cabo mi plan, se solapan: el jueves no es solo el día que mi víctima pide la cena a domicilio, es el día que el camión de reparto de frutas y verduras abastece al restaurante. No es un «joder, qué casualidad», es fruto de mi investigación y de la asociación de datos. Había otras constantes en su rutina, como sus almuerzos del trabajo, por ejemplo, sus cenas con amigos, el gimnasio... Pero ninguna de ellas tenía asociada otra constante. Por eso es brillante y en ningún momento fruto de la suerte.

Es jueves. Como esperaba, llega el camión de reparto. Aparca en su zona de carga y descarga y el conductor comienza su labor con las primeras dos cajas. Tal y como ha ocurrido otras veces, los camareros del restaurante salen a ayudarlo e introducen la mercancía por la trasera. Espero a que acaben. Una vez el repartidor retoma su camino, me acerco al restaurante con una caja que contiene las setas y las dejo en la puerta de atrás. Parece que se haya quedado rezagada.

Me quedo en el coche para cerciorarme de que el arma del crimen entra en el restaurante.

Un camarero sale a fumarse un pitillo y encuentra la caja. Espero unos minutos para que el pedido pueda camuflarse con el resto. Es un momento tenso, ya que temo que puedan utilizar el producto. Pero un asesinato, por muy bien planificado que esté, nunca será perfecto. Prefiero que otra persona muera a que den conmigo. Cuando lo considero prudente, cojo el teléfono desechable que me ha prestado el doctor Bécher:

—Buenas tardes, ¿restaurante La Antigua Herboristería?

—Sí, señorita.

—Espero llegar a tiempo. Ha habido una tremenda confusión, hemos identificado ejemplares de *Amanita phalloides* en algunos de los pedidos de otras setas. ¿Podrían revisarlo y en ese caso deshacerse de ellas?

—¿Cómo puede ser?

Tras la comprobación de la mercancía y la identificación de las setas, prometo al chef que «hemos echado a la calle al responsable» y que «el próximo pedido de setas será gratuito». ¿Cómo me cercioro de que la empresa de repartos cumpla con su promesa? Es decir, el próximo día que abastezcan al restaurante, este pedirá su ajuste de cuentas y la empresa negará haber sido responsable. Pero me he encargado: confundiré a la empresa de abastecimiento hasta hacerlos dudar. La Antigua Herboristería no va a ser el único restaurante que reciba la notificación de la existencia del producto tóxico, no ha sido mi única víctima. Siguiendo el recorrido de reparto del camión, he dejado una cajita de giberlurdiñas mezcladas con una o dos *ilkor* en cada restaurante, avisando después de la alarma. Como dije, no pretendo matar a más gente, cuantos menos muertos haya, menos sospechas levantaré. Pero si hay más muertos, difícilmente me asociarán con ellos.

Las nueve del jueves, se acerca el momento en que mi hombre pide la comida. Siento un entusiasmo en la tripa, no son mariposas, son grillos, cigarras y cualquier otro bicho que arme mucho alboroto. Me mantengo a la espera de que llegue el repartidor, lista para recibirle. Llevo el pelo recogido en una coleta con una diadema gigante, unas pestañas falsas y muy

maquillada. Finjo estar buscando las llaves del portal, después me giro para encontrarme con el repartidor.

—¿La Antigua Herboristería? —digo.

—Sí, señora.

—¿La cena! ¿Quiere que suba yo el pedido?

—Disculpe, señora, es muy amable, pero tengo la responsabilidad de dejarlo en el destino.

—¿N.º 20, 5.º izquierda? —El repartidor tiene prisa, algo que aprendí en mis andanzas como observadora de aves, pero no lo suficiente como para confiar en que no vaya a quitarle la cena a nadie—. ¿Ensalada César y huevos rotos con salsa de hongos?

—Está bien, tome.

—¿Tiene kétchup? —Sé que siempre llevan las bolsitas de aliño extra, como kétchup, mayonesa, salsa barbacoa..., en la moto de reparto. Sé muchas cosas tras un mes de observación.

El repartidor se está quedando escaso de suspiros. Rebusca en la caja de la moto, y aprovecho el momento para, sin tener siquiera que abrir el táper, introducir con una jeringa la dosis exacta del veneno en la salsa de hongos.

—¿Todo en orden? —dice el repartidor al ver que husmeo demasiado y que estoy de espaldas a él.

—Sí. Quería verificar el pedido, no me hubiese gustado hacerle volver.

En ese instante suena la alarma de mi móvil, la tengo programada para que suene cada cuatro minutos.

—Disculpe, una llamada. —Le devuelvo la bolsa de comida—. ¡Cuánto lo siento! Suba, suba, tengo que irme, es difícil esto de ser madre... ¿Le importa subir el pedido usted?

—Claro, cómo no. Al repartidor se le ha acabado la suerte por hoy. Y a mi víctima también.

—Buenas noches, llamaba del restaurante La Antigua Herboristería. ¿Ha recibido su pedido? —Es la primera vez que hablo con mi víctima.

—Así es. —Ha pasado más de una hora, ya habrá cenado—. ¿Qué ocurre?

—Siento tener que decirle que la salsa estaba en mal estado. Puede que próximamente sienta alguna molestia como vómitos, retortijones, dolor de vientre...

—¿Cómo pueden...? ¿Debo ir a urgencias?

—No se alarme, no es nada grave. El huevo de la salsa César estaba en mal estado. Es probable que ni siquiera tenga síntomas; pero si fuera así, pasará

rápidamente. Discúlpenos, su próximo pedido —cuando esté muerto— será gratuito.

Mi víctima no acudirá al hospital a buscar ayuda, porque ya tiene una explicación a la que agarrarse sobre lo que le ocurre.

—Analiza, Ada. —Estoy en una de las tutorías del doctor Bécher. Elías para los amigos. Elías para aquellos a los que cuida. —Riesgo: que una sola caja con productos contaminados quedara en la tras-tienda de algún restaurante, que no se deshiciesen de ella. Medidas de seguridad: en ningún caso pueden vincularme con ello ni es prueba incriminatoria.

Riesgo: la empresa de reparto no tiene constancia de que sus productos estuvieran contaminados ni de que ninguna de sus trabajadoras hiciese una llamada. Medidas de seguridad: procuré que la contaminación se diera en más de un restaurante para crear confusión en la propia empresa. Podrán dar por hecho que realmente hubo una contaminación y que la información ha sido mal comunicada. Mi llamada puede pasar desapercibida y fue hecha desde un móvil desechable. Riesgo: me acerqué al escenario del crimen, el portal de mi víctima. Un solo testigo potencial: el repartidor. Medidas de seguridad: disfraz. Tampoco estuve en el escenario del crimen en sí, solo en el portal. Riesgo: la intoxicación por las setas no es inmediata. Medidas de seguridad o, en este caso, de comprobación de la muerte de mi víctima: la llamada telefónica que le diera explicación a sus síntomas y vigilancia.

—Buen trabajo, Ada. Objetivo cumplido. Y con mucha originalidad, por cierto.

Siento cierta cercanía con Elías, pero no sabría definirla. Me gusta cuando obtengo su aprobación, así que supongo que hemos hecho una especie de relación padre-hija.

—Gracias.

—Tras tu análisis está claro: eres capaz de llegar a los detalles más sutiles de un asesinato y ser cautelosa, fría y planificadora. Estás controlando muy bien tu impaciencia.

—He disfrutado, no me ha parecido que estuviera controlando nada. Todo ha salido de manera natural.

—Mira, estoy seguro de que no habrá policía que pueda atar cabos. Me cuesta creer que exista alguno capaz de llegar a todos los detalles que tanto has cuidado y no creer que es fruto de la secuencia normal en un caso de intoxicación alimentaria.

—Bueno, dicen que los criminales y los policías tienen perfiles de

personalidad parecidos. Seguro que habrá más de un policía que pueda pararse a pensar en cómo cometer el crimen perfecto y ponerse en mi piel.

—¿Uno tan cercano a tu modo de pensar? Lo dudo.

—Puede.

—¿Pero habrá un policía con la inteligencia que tienes tú?

Me siento como una niña a la que la profe le ha puesto una pegatina con una cara sonriente.

—¿Comemos algo? —me dice.

—¡Claro! —Un bistec y, de guarnición, una ensalada mixta sin recuerdos.

Juicio del caso del Titiritero
(16 de marzo de 2014. 12:37 h)

—Oficial de policía Badía, ¿me escucha?

Ya estoy de vuelta en mi labor como taquígrafa del juzgado, y tengo frente a mí a la mismísima Bruna Badía. La oficial que me dio la noticia de la muerte de Iker.

—¿Oficial?

—Sí, lo siento, señoría. Como decía, no solo tenemos las pruebas encontradas en su piso y la relación con la víctima, hemos podido corroborar que las huellas dactilares del acusado estaban presentes en la escena del crimen.

¿Me habrá reconocido?

—Mi cliente ya ha admitido estar en la escena del crimen y tener relación con la víctima, pero no mató a nadie —dice el abogado defensor. Frente al estrado, Luis, el celador que conocí en mi ingreso psiquiátrico. Esto me huele mal.

—El postulado no es suficiente, teniendo en cuenta el resto de pruebas —re-niega el fiscal.

—Si me lo permiten —interrumpe la oficial Badía con admirable confianza —, este es un caso que trasciende más allá del acusado. En el cuerpo de la víctima apareció una marca por cauterización.

—¿Qué marca? —pregunta el sospechoso.

—El símbolo de un ciprés. ¿Podría el acusado mostrar su costado?

Pero ¿qué cojones?

La sala ha quedado muda, incluso yo he quedado muda. Se me ha olvidado te-clear. No puedo dar muestra de mi alarma, creo que la oficial Badía ha detenido su mirada en mí. Joder, es como un sabueso.

—Además, hemos relacionado el caso con un asesinato ocurrido en Sevilla, en cuya escena del crimen también se encontró la figura de un ciprés. El acusado tiene coartada para ese asesinato, por lo que concluimos que trabaja con un cómplice. Y la cosa no acaba aquí.

¡Mierda!

—Mi cliente hablará si se le ofrece un acuerdo —dice el abogado defensor.

—No, no lo haré. Soy culpable.

¡Pero qué cojones!

—¿Estaba en Sevilla en la fecha en la que se produjo el crimen? —La oficial Badía es implacable.

—He dicho que soy culpable.

¿Por qué se incrimina ahora?

Dos días antes del juicio

—¿Qué coño estás diciendo? ¿Cómo que has relacionado el caso de Antonio con una muerte en Sevilla?

Tal vez no me haya saltado la cadena de mando, estrictamente hablando, pero precisamente por los gritos que estoy recibiendo del subinspector, me he cerciorado de que el inspector Santos también estuviera presente en la conversación.

—Busqué la marca del ciprés en la base de datos.

—¿Por qué?

—Ya lo hemos hablado más de una vez, las pistas llegaban con demasiada facilidad. Creo que han podido manipular el caso.

—¿Otra vez con lo del titiritero, Bruna?

—Exacto.

—Entonces ahora metemos a Gepeto, a Antonio, a Luis el celador, a los famosos asesinos Burke y Hare, al gran pintor Van Gogh y a tu víctima de Sevilla en el mismo saco. ¡En un saco que ya habíamos cerrado! ¡Un saco que ya habíamos cerrado, Bruna! Te di órdenes expresas de que dejaras de investigar. Y tú me vienes con el hombre del saco. —Joder con el saco.

—¿Podemos ver las marcas? —pide el inspector Santos.

Les enseño las fotografías de los dos casos.

—Antonio tenía cauterizada la marca en la piel, Luis un tatuaje en el costado; sin embargo, en Sevilla apareció pintada sobre un muro.

—Un grafitero —apunta el subinspector—. Ni siquiera son dibujos que se parezcan tanto. ¿Esto es un ciprés? Podría ser cualquier cosa. A mí me parece una puta pluma.

—La brigada que lo investigó lo ha anotado en su base de datos como un ciprés. —Sé que debo andarme con cuidado, el subinspector está a punto de esta-llar.

—Deberíamos ponernos en contacto con ellos, al menos. —El inspector da por finalizada la conversación. Con toda la calma que le falta a mi jefe directo.

Escapo de allí corriendo, pero el subinspector me coge a tiempo:

—Te pedí expresamente que no siguieras buscando.

—Lo hice fuera de horas de servicio.

—Peor. De cualquier modo —me aprieta ligeramente el brazo. O no tan ligeramente—, deberías haberme avisado. No olvides que sigo siendo tu superior.

—Sé que te arrepentirás de esto. —Le tuteo.

—¿Cómo dices?

—Sé que a veces peco de cierta insubordinación, lo siento. Pero también sabes, como jefe, que gracias a ella hemos avanzado. Y has sabido contenerme cuando era necesario.

Estoy segura de que soy del tipo de personas que ven el vaso medio lleno incluso para valorar al subinspector. Y lo voy a usar.

Por fin me suelta.

—Quieres decir que, a diferencia de ti, yo no soy del tipo de policías que

resucitan un cadáver. —Da media vuelta y vuelve al despacho del inspector, pero en el marco de la puerta añade sus últimas palabras—. Igualmente, oficial, la próxima vez me informa.

El inspector y el subinspector andan ocupados coordinándose con la policía de Sevilla para poder asociar los crímenes. Y, joder, otra vez tengo que esperar. La Indiscreta está tan convencida que solo puede mover las piernas en un tic nervioso. Tiene ganas de ir a por un gato muerto. Gatos muertos para todos. Mientras, Martín y yo hacemos el papeleo administrativo del caso de Antonio antes del juicio: redactar informes. Malditos informes.

Cada vez que lo veo a mi lado, en la mesa, tecleando, me apetece acercarme a él sin más dilaciones y hablar de lo que ocurrió. O mejor dicho, de lo que no ocurrió. Intento buscar algo en su mirada, una mirada vaga... Es demencial, porque lo creo y no lo veo o lo veo y no lo creo.

Suspiro de hastío al llegar a comisaría, otro día con el culo pegado a una silla. Martín me hace un gesto con la mano para que me acerque.

—Tenemos otro muerto.

—¿Cómo que otro muerto? —La Indiscreta se levanta de su asiento.

—¿Querías esconder un poco tu entusiasmo? —dice sonriendo entre dientes.

—¿Un asesinato? ¿Relacionado con lo del ciprés?

—No han especificado. Quieren que vayamos a la escena.

—¡Estupendo! —Me sonrojo—. Digo... estupendo que podamos ayudar a atrapar al culpable.

Martín está completamente entumecido. Creo que es un síntoma físico de su estado emocional. Su entumecido estado emocional. Se sienta de copiloto, me gusta mucho conducir y lo sabe.

—Leí tu nota. Lo que escribiste sobre mí y sobre mi actuación en el caso.

—No quiero contestar, yo he sido clara con él. Es su turno—. Quería saber cómo me ves.

—Sabes de sobra cómo te veo. —Sabemos de sobra de qué hablamos.

—Sí, lo siento. Me... Me asusté... No sé, eres mi compañera... Y...

—¿Y?

—Estoy confuso.

—Lo que tienes es miedo —digo furiosa—. ¿Cuándo empezaste a sentir

algo por mí?

—Supongo que desde..., desde siempre creí que eras la mujer más interesante que había conocido, pero no es lo mismo creerlo que sentirlo. — Yo siempre he sabido lo que siento por ti, cacho neandertal emocional.

—Te repetiré la pregunta, ¿cuándo empezaste a sentir algo por mí? Fue durante el caso, ¿verdad?

No asiente. Pero asiente. Es decir, hay muchas maneras de asentir sin tener que hacer el gesto protocolario que todos imaginamos.

—Puede. Eres un genio. ¿Te molesta que te lo diga?

—En absoluto. —Me encanta haberlo impresionado con mi faceta profesional.

—Aunque... Tienes que entenderme, no sé si...

—Hemos llegado —corto y cambio. No puedo permitirme enfrentarme a la escena de un crimen enrabiada por su incapacidad para expresarse.

—¿Quieres dejarme a mí las escaleras esta vez?

En nuestra última expedición le convencí de que la meticulosidad y la estrategia son importantes. Siempre. Es decir, que hay que subir y bajar escaleras todas las veces que haga falta. Estoy instruyendo a mi contrincante a subinspector.

—No, la última vez me fue muy bien. —Le saco la lengua. No he hecho bien, estoy enfadada.

Una vez en el tercer piso, Martín —a pesar de su cobardía sigue siendo el primero en mis listas—, el subinspector, el inspector y el forense esperan en la entrada.

—¿Haciendo ejercicio? —dice el forense.

Este hombre jamás me perdonará que descubriera el mayor error que puede cometer un forense: no corroborar que un cadáver es un cadáver. Soy suficientemente inteligente como para que mi orgullo no se vea afectado y no tengo por qué justificar que subir por las escaleras es un plan estratégico.

—¿El cuerpo está muerto? —le contesta bruscamente Martín.

Me muerdo el labio para no echarme a reír. Mierda. Solo quiero enfadarme.

—¡Martín! —reprocha el subinspector.

Al menos, puede que lo esté transformando en alguien tan desvergonzado como yo. Me gusta la idea. A ver si lo aplica al amor.

El cadáver está en el baño y a su lado hay un charco de vómito y un líquido oscuro que tampoco he tenido problemas en identificar por el olor. La escena

huele a mierda. Literalmente.

—Yo he terminado —dice el forense—, inspeccionad el terreno para que pueda llevarme el cuerpo a la sala de autopsias. Me gustaría también llevarme cualquier resto de comida. No quiero aventurarme, pero tiene toda la pinta de un envenenamiento.

Inspecciono el piso, en el salón hay un tique del restaurante La Antigua Herboristería. Podría ser un habitual, podría ser una constante en sus rutinas. Es con lo que jugamos los policías, con las constantes de un caso.

—Envenenamiento por el hongo de la muerte —informa el subinspector en comisaría.

—¿Cómo? —pregunto.

—Joder, no me hagáis decir el maldito nombre científico. «Lamanita polloides» o algo así.

—*Amanita phalloides* —corrige el inspector cruzando las piernas y apoyando su cadera en la mesa—. También conocida como oronja verde o *ilkor*. Estamos ante una intoxicación.

—¿Un accidente? —pregunta Martín.

—Eso es lo que parece —añade el subinspector tocándose la coronilla—. Tenemos constancia de que hubo una contaminación en varios restaurantes que usaban el mismo proveedor de hortalizas. Los de sanidad se encargarán de atar las piezas para el juicio, caso cerrado. —Tan solo le falta hacer «plis plas» con las manos.

—¿Dos personas intoxicadas en menos de dos semanas? ¿No se sale de la estadística?

—¡Efectivamente! Tú misma te has contestado. Se saldría de la estadística si ambos fueran un crimen. Pero esto es un accidente, Bruna. No puedes meterlo todo en el mismo saco para hacer tus estadísticas. —Está sudando a mares. Mares agitados—. Joder con tu manía de llenar el saco. —Diecinueve pelos.

—Pero... Dos muertes... —Intento pensar, darle vuelo a mi intuición para que pueda traducir sus impresiones a palabras. Venga, Indiscreta...—. ¿La víctima siempre pedía su cena en ese mismo restaurante?

—Caso cerrado —repite el inspector, esta vez ejerce su superioridad. Me he saltado el límite permitido—. Céntrese en el caso del Ciprés. Gracias a su gran trabajo, ha habido avances. La base de datos no solo ha relacionado la marca con el asesinato ocurrido en Sevilla, ha habido otros casos. Por todo el Estado.

—¿Por qué no aparecieron en mi búsqueda?

—Porque son casos cerrados. Creemos que el Ciprés es el sobrenombre de una asociación criminal que lleva tiempo en activo. Encontraron a los culpables de los asesinatos en sí, pero la policía sigue en el intento de descubrir las relaciones entre los casos.

—¿A qué se dedican?

—En realidad no sabemos, son muy discretos. Puras suposiciones: tráfico, contrabando, quizá ajustes de cuentas por encargo de terceros... Encaja con nuestro caso, con la droga que manejaba Luis. —Pero ¿y todo el tema de las extravagantes referencias a los asesinos Burke y Hare y a Van Gogh? ¿De las extrañas cartas con las que se comunican? Creo que a Luis lo han incriminado, el titiritero... La Indiscreta está ahí para asegurarme, repito, para asegurarme de que hay algo más. Pero no tengo pruebas.

—¿El caso de Sevilla sigue abierto?

—Lamentablemente.

—¿Vamos a colaborar?

—En caso de que lo necesiten.

Abatida, abandono el despacho del inspector, pero el subinspector vuelve a usar su sorprendente rapidez para cogerme del brazo otra vez.

—No hagas nada que me tiente a abrirte un expediente. Sería el fin de tu camino hacia la plaza de subinspectora —dice en un amenazador susurro.

Dos días después del juicio del caso del Titiritero

—Tienes visita.

—¿Quién?

—Dos oficiales de policía.

Escucho el estridente sonido que emite el pitido de la reja carcelaria al abrirse. Tengo demasiadas preguntas sobre el caso y vengo con una trampa para Luis.

—Buenos días, oficiales. —Es muy educado para ser un pirata, aunque no lo olvido, también es *sommelier*—. ¿Qué les trae por aquí?

—Protocolo burocrático —digo.

—Venimos a confirmar su declaración. —Martín me acompaña.

—Adelante.

—Por favor, repita cómo dejó a su víctima en la escena del crimen.

—En el salón, tumbado boca arriba. Era el espacio más amplio y la lámpara simplemente perfecta para poder colocar la campanilla —repite la descripción que se ha dado en el juicio.

—¿Qué era lo que usted deseaba representar?

—La escenificación de un enterramiento en vida. Antonio y yo investigábamos juntos algunas curiosidades históricas, y él había compartido conmigo algunas costumbres y anécdotas de la Escocia del siglo XIX.

—¿Por qué motivo investigaban juntos?

—No sé, supongo que me dejé arrastrar por su entusiasmo. Era un tema atractivo. Han visto mi casa, conocen mi interés por la historia, yo también quise estudiar Historia de joven, pero nunca pude. Por eso además de cliente era amigo, incluso a veces también consumíamos juntos. Pero a Antonio se le fue de las manos. Ya saben, su delirio.

—¿Fue usted quien dejó el tomo de Burke y Hare en casa de la vecina?

—Sí, yo le llevaba los libros.

La vecina lo ha corroborado.

—¿Y por qué lo hizo? Sabía que Antonio estaba en el hospital. —Tarda en contestar. Sé que la entrada en escena del libro es parte de las pruebas que ha usado el titiritero para incriminarlo.

—Pensé que esa entrega alejaría sus sospechas de mí.

—¿Por qué intentó matarlo?

—Dejó de pagarme la droga, íbamos hasta arriba de polvo de ángel, discutimos, la cosa se acaloró y... él fue mi obra de arte. Era poético jugar con la catalepsia después de todo lo que habíamos investigado. No conocía esa faceta mía. —Su frialdad es impresionante. ¿Psicopatía o una nula involucración en el crimen?

—¿Y por qué dejó el cuerpo desnudo?

—¿Y por qué no iba a hacerlo?

—Simplemente, en un enterramiento, el difunto debe pasar a la otra vida con sus mejores galas. Pensé que lo sabría.

—¿Acaso es importante?

—¿Tiene una explicación para ello?

—Simplemente, no lo pensé. —Su rostro delata que sabe que es importante y yo sé que, si hubiese compartido la obsesión con Antonio, habría atendido este detalle. La Indiscreta está segura.

—Tienes visita.

—¿Quién?

—Una tal Ada Cuevas.

Escucho el estridente sonido que emite el pitido de la reja carcelaria al abrirse. Es hora de visita, tengo que hablar con Luis. En la planta de Psiquiatría no podía, o no quería, recordar su nombre, porque me importaba una mierda todo. Era el celador. Ahora sí soy capaz de hacerlo. La Conocida es fría y racional.

Primero esboza un gesto de sorpresa, y después un auténtico desborde de ironía. Estoy arriesgando mucho al venir a verle, pero no me queda opción.

—Esta vez tus circunstancias son mejores que las mías, ahora soy yo el interno. Ada, no deberías haber venido. —Oculta su boca con la mano.

—¿Qué haces?

—¿Ves las cámaras? Me tapo la boca para que no puedan leernos los labios.

—Todo este tiempo, en el hospital... —imito el gesto, como si tosiera—, fuiste tú quien me lanzaba el anzuelo de las cartitas del Ciprés, ¿cierto?

Asiente.

—Aunque en Sevilla tenían su propio corresponsal.

No sé si sentirme aliviada o atrapada. Por un lado, me dio la puerta de escape y, por otro, tengo un tatuaje que puede señalarme con el dedo como asesina, tal como le ha pasado a él. Dependerá de sus respuestas, quiero saber por qué el Ciprés le ha traicionado.

—¿Te has estrenado? —Sé a qué se refiere, mis asesinatos, y asiento en silencio—. Espero que hayas sido cautelosa, ¿has respetado las reglas?

—He sido cautelosa y he respetado las normas. No te quepa duda.

—Bien. ¿Por qué has venido?

—Porque la oficial de policía Bruna Badía ha relacionado tu asesinato con el mío.

—Has tenido mala suerte, un grafiti en una pared en otra ciudad no debería haber pasado a una base de datos policial.

—¿Por qué te has declarado culpable en el juicio?

—Cuando el Ciprés puso una marca en el cuerpo de mi víctima, era un aviso. Buscan la manera de que guardes silencio.

—Sabes que a mí no me importa morir, por lo que tampoco me importaría

delatarlos.

Él ríe con escepticismo.

—No lo entiendes. Encontrarán la manera de hacerte callar. Pero, si estás con ellos, tal y como me has dicho, no te preocupes, tendrán sus métodos para protegerte.

—¿Y si no lo hacen?

—Ya lo están haciendo.

—¿Cómo?

—A vuestra merced. —Finge una reverencia—. Me he declarado culpable del crimen de Antonio, y de tu crimen en Sevilla también. Por encargo, por supuesto. Y para tu seguridad, hemos acabado.

Luis se levanta de la mesa y pide a un policía que le devuelva a su vida carcelaria. No puedo hacer nada para evitarlo, ni puedo eludir pensar que el Ciprés aún tiene un crimen con el que jugar conmigo.

—¿Has respetado las reglas? —repite en un susurro antes de marchar, y se asegura de que asienta con claridad.

—He visitado a Luis.

Estoy frente a mi instructor, compañero de andanzas, el doctor Elías Bécher. Y por andanzas me refiero a asesinar.

—Has sido imprudente.

—Esta vez sois vosotros quienes habéis sido imprudentes. Han relacionado su asesinato con el mío.

—Estamos sumamente sorprendidos.

—¿Acaso era necesario dibujar el maldito grafiti?

—Teníamos que advertirte.

—Sabéis de sobra que dependo de vosotros. Joder, me habéis manipulado, me habéis llevado a matar. ¡Y aun sabiéndolo, estoy satisfecha! ¡No me importa! Soy vuestra perfecta marioneta.

—He dicho que estamos sorprendidos, Ada, pero no preocupados. Tenemos medios para ayudarte.

—Quien quiera que haya registrado ese grafiti de Sevilla es un buen policía... Y cuidado... cuidado con la jodida oficial Badía.

—La tenemos controlada. —Niego con la cabeza varias veces, no me lo creo. Es jodidamente lista—. En su momento valoramos la opción de reclutarla, su posición en la policía era muy atractiva y, ¿sabes?, no se diferencia tanto de ti. —Parece encariñado con las dos.

—Pero qué dices, ella es de los buenos. —Acompaño la frase con un gesto

de entrecomillado.

—Tú también eras de los buenos —me imita—, hasta que te dejaste llevar por tus verdaderas necesidades.

—¿Y cómo pensabais reclutarla?

—Bruna es una persona que tiene ciertas dificultades para acatar las normas. Su infancia fue algo... turbia, oscura. —Entonces, no se diferencia de la mía demasiado.

Tiene un don, está por encima de lo que los demás pueden ver, pero los demás la coartan, la cohíben, la ridiculizan.

—Por lo que parece, no creo que hayáis desistido de reclutarla.

—Bueno, continuamente recibe un goteo de frustraciones. Algún día explotará.

—¿Cómo estáis tan seguros?

—El subinspector Rosell se encarga.

—¿El subinspector está metido en todo este embrollo? —Son muchas las veces que he taquigrafiado sus palabras—. ¿Y qué motivos tendría la oficial Badía para unirse a vosotros?

—Bruna no teme rebelarse, es solo que desconoce hasta qué punto. El subinspector Rosell va a jubilarse, necesitamos otro infiltrado en la policía de San Sebastián.

—Ya, será vuestra marioneta. —Como yo. Pero ¿sería Bruna tan lista como para ser consciente de ello?—. ¿Creéis que llegaría a matar?

—Podría empezar por, simplemente, manipular informes y pruebas incriminatorias.

—No me has contestado. ¿Creéis que llegaría a matar?

—Quién sabe.

—Vosotros sabéis.

El doctor sonríe.

—Es cómico que creáis que Bruna tiene potencial para convertirse en una justiciera de asesinos impunes.

—Es un hueso duro de roer. No hagas más preguntas, Ada. Por favor. —Vuelve a mirarme con súplica, como si quisiera salvarme de algo que está fuera de su control. Como un padre a su hija; repito, él también es una marioneta. Así que cambio las tornas.

—La policía ha encontrado un tercer cuerpo. Y yo fui la ejecutora.

—Han cerrado el caso. Lo hiciste bien.

—¿Y si Bruna asocia las tres muertes?

—¿No sería fantástico que ya estuviera con nosotros? —Vuelve a sonreír, con anhelo por que llegue el momento—. No te preocupes, no le permitirán investigar. Como he dicho, caso cerrado. El subinspector se encarga.

—Joder, yo también soy parte de vuestro plan para desquiciarla. Tres resoluciones de asesinato frustrados para ella. Me habéis puesto en su punto de mira.

—Nunca te sacrificaríamos.

—Ya.

—Hay una cosa más que tienes que hacer por nosotros. Tienes que volver a hablar con Luis. Debemos mandarle un mensaje. —Me siento rabiosa, desconocía hasta qué punto era su marioneta; he aceptado matar, pero no ser la recadera.

—¿Ahora soy vuestra mensajera? —Luis fue el mío en su día—. Tú mismo me has dicho que he arriesgado mucho al visitarlo en la cárcel.

—Gracias a tu imprudencia, eres nuestra mejor candidata.

—Vamos, que ya estoy enmerdada...

—Exacto, el mal ya está hecho.

—Está bien.

—¿Qué opción me queda?

—Debes decirle que hemos encontrado una explicación para que el cuerpo de Antonio apareciese desnudo en el escenario del crimen. Esa será la declaración que convenza a todos de que él fue el agresor de Antonio.

—Convencerá a todos menos a Bruna.

—Ojalá. Eso la desquiciaría aún más.

—¿Y cree que eso es suficiente? —El subinspector Rosell está fuera de sí. Martín me acompaña; pero el jefe, que no deja de gritar, se dirige únicamente a mí.

—¿Qué es lo que ocurre? —pregunta el inspector Santos. Me siento aliviada por su interrupción. Un segundo más y... No sé cómo hubiese reaccionado. Me tiene desquiciada. No. Algo mucho peor que desquiciada. No existe término.

—La oficial ha encontrado una nueva pista sobre el caso del titiritero. —Martín me defiende, pero no es suficiente, él es responsable de la irritación que suma a mi estado emocional siendo tan imbécil con sus sentimientos. Entre él y el subinspector, explotaré—. Una incongruencia en el testimonio del sospechoso.

—Sospechoso no, acusado y culpable —recrimina el subinspector.

—Cuéntemelo. —El inspector sigue dándome oportunidades.

—¿Por qué se tomaría las molestias de desnudarlo sin motivo? —Describo nuestra visita a la cárcel y la falta de explicación de Luis a que el cadáver estuviera desnudo.

—Iba puesto hasta las trancas, Bruna. Todo, todo esto es de locos, deja de intentar buscar razones, o te volverás loca tú también. Eso es, sí, exactamente, conseguirás pensar como un loco. Lo harás, lo conseguirás. — El subinspector no puede dejar de dar vueltas.

—¿Por qué no avisaste a tus superiores? ¿Grabaste el interrogatorio, Bruna? ¿Seguiste el protocolo? ¿Podemos usar esta pista ante un juez? —dice el inspector. Ha cambiado el tono.

Mierda. No. Niego con la cabeza. El subinspector tiene razón. Ni siquiera me había detenido a pensar en ello. Estaba tan obcecada con llegar a la verdad. Haría cualquier cosa por la verdad.

—Eso creía... Tenemos más que pruebas suficientes contra Luis. ¿No te parece suficientemente emocionante ya, Bruna? —El subinspector se apoya sobre la mesa con los puños.

Está agotando todos los recursos de mi paciencia. La Indiscreta no se aguanta dentro de sí. Debo centrarme en las enseñanzas de mis padres, en las habilidades que me ayudaron a desarrollar para comprender a los demás. «Gracias a eso soy mejor policía», me repito. La otra opción es el gato muerto.

—Oficial de policía Badía —dice el inspector, sé que me va a endilgar un discurso—, a pesar de pecar de cierta indiscreción e insubordinación —esto lo ha dicho para calmar al subinspector—, ha demostrado tener ideas peculiares sin las cuales, estoy seguro, no hubiésemos podido avanzar en el caso. Por ello, voy a tener en cuenta su observación: traigamos al acusado a comisaría para corroborar sus sospechas.

Pero la emoción se deshace en mí como una vela consumida que cambia su función de iluminar por la de una chimenea: humear.

Esta vez, ante todo protocolo y su debida grabación en vídeo, Luis tiene una explicación para el cuerpo desnudo.

—El detonante que hizo que acabara con Antonio fue que dejara de pagarme, me estaba robando mi mercancía. Así que me pareció divertido robarle la ropa, tal y como hacían los ladrones de cementerios por aquella época.

No puedo comprenderlo. ¿Por qué Luis ha decidido cambiar su testimonio?

—¿Qué haces? —Martín me aborda por la espalda y el aroma de su colonia me sube por la nuca. Cierro la ventana del ordenador. Es un lunes cualquiera en comisaría—. Estás viendo los vídeos de grabación de las visitas que ha recibido Luis en la cárcel. Adelante, no te cortes. No he dejado de apoyarte.

—Sí, claro.

No ha dejado de apoyarme en el caso, pero me ha dejado sola con mi abatimiento. Me deja sola como enamorada.

—¿Has descubierto algo?

—Por ahora, tan solo nuestra visita y un bofetón de su exmujer en toda la cara.

—Sigue. Yo te cubro.

Martín vigila de reojo el despacho del subinspector. Vuelvo a abrir la ventana del ordenador. Voy para atrás. Luis no tenía muchos amigos. Pero entonces...

—¡Joder! ¡Es ella! ¿No la conoces?

Martín se acerca a la pantalla. Le está costando demasiado.

—¡Ada Cuevas!

—La mujer a la que informamos del fallecimiento de su esposo y que estaba de taquígrafa en el juzgado el otro día.

—Exacto. ¿Qué hace ahí?

Me levanto enseguida. Tengo prisa, mucha prisa por informar. No veo al subinspector por ninguna parte. He salido impulsada como un resorte de mi abatimiento, de mi frustración ante la ineptitud del sistema por llegar a la verdad, y eso me hace precipitarme. Decido ir, directamente, a pesar de la insubordinación, al despacho del inspector Santos.

—¿Qué quiere? —Por su recibimiento, creo que también está empezando a cansarse de mi originalidad, de esas ideas peculiares que tanto le habían agradado antes.

Le explico lo sucedido.

—¿El subinspector está al tanto de sus investigaciones? —Niego. Él se levanta de la mesa con un disgusto patente. Es un padre que debe dar una lección a su hija—. Oficial, creo que está usted obsesionándose con el caso. ¿Sabía que los vídeos de las visitas que recibía Luis ya han sido supervisados por los técnicos?

—No... No estaba al tanto.

—¿Y sabe por qué lo hicieron? —Se acerca a mí y coloca su mano sobre mi hombro—. Porque he confiado en su instinto desde el principio. Usted

dijo que en su visita a la cárcel había encontrado una incongruencia en la declaración; sin embargo, en comisaría no hubo rastro de ello. Me olió mal, así que mandé a los técnicos investigar las visitas.

—Le agradezco profundamente que haya confiado en mí. —Lo necesitaba.

—Sin embargo, no hay nada sospechoso en la señora Cuevas. Hablamos con ella. Como consecuencia del fallecimiento de su marido sufrió una grave depresión y, estando ingresada en Psiquiatría, conoció a Luis. Luego se enteró del crimen desempeñando sus labores como taquígrafa del juzgado; quedó impactada, naturalmente, y quiso visitarlo. Tenía cierto vínculo de gratitud con él.

—¿Se sabe algo nuevo de Antonio? —Necesito aferrarme a algo... Lo que sea...

—Sin cambios en su estado.

—Señor, este caso es obra de un titiritero —escupo sin sentido. La Indiscreta está tomando el mando y me hace parecer una neurótica.

—Oficial, Luis es el culpable. Espere más instrucciones.

Sé a qué se refiere. Aunque aquí hayan cerrado el caso y den por hecho que Luis es el responsable, aún me queda la esperanza de que admitan que el ciprés encontrado en Sevilla está relacionado y que ellos pidan nuestra ayuda.

—¿Ada Cuevas?

¿Qué hace ella en mi mesa?

—Soy la oficial de policía Badía, ¿me recuerda?

—Claro.

—¿Cómo está? —Sus ojos son fríos a pesar de sus amables palabras. Excretan determinación, determinación por llegar a la verdad.

—Mejor, dentro de lo que cabe. —Mis ojos no pueden excretar nada, o seré presa de su intuición.

—Me alegro. Si no le importa, me gustaría hacerle unas preguntas.

—Adelante.

—Es sobre el caso de Antonio Cifuentes.

—¿He cometido un error en los informes taquigrafiados? —Espero que el Ciprés esté preparado para ayudarme, no me gusta sentirme acorralada. Y Bruna lo consigue.

—¿Por qué visitó a Luis en la cárcel? —Directa al grano.

—Ya les expliqué a sus compañeros.

—Hágalo otra vez —repito la pantomima.

—¿Me está interrogando?

Ella no contesta. Y adivino por qué. Sus superiores no están al tanto de su visita. Cojo fuerzas y, ¿por qué no?, me dispongo a jugar con Bruna.

—¿Estuvo usted en Sevilla el 17 de octubre?

—¿Me está acusando de algo? —Siento a la Conocida hincharse en mí, relamiéndome ante la oportunidad de ganar la batalla a esta mujer a la que consideran digna del Ciprés.

—Tenemos formas de averiguar si estuvo allí.

—¿Estoy o no estoy acusada?

Bruna saca del bolsillo lo que parece el extracto de una cuenta bancaria.

—Sé que estuvo en Sevilla. Compró unos billetes. Dígame —ha suavizado su tono—, ¿se siente amenazada por alguien? ¿Es por eso por lo que no quiere hablar?

Conoce al Ciprés. O al menos, lo intuye.

—¿Tiene una orden para ese extracto bancario?

—No, no tengo una orden. —Puedo encontrar en su mirada el dilema que hace poco batallaba en mí. El dilema de si seguir su verdadera identidad, dejarla fluir y saltar la línea. Hacer lo correcto no la está ayudando.

Rompe los papeles del extracto bancario frente a mí hecha una furia y se guarda los pedazos en un puño.

—Escúcheme, si está usted en peligro, acuda a mí. —No creo que haya dejado de sospechar mi implicación, es que a Bruna le preocupa más atrapar al Ciprés que a una sola persona responsable de un asesinato.

Entonces, como si me viese obligada a hacerlo, por alguna justicia poética... No lo sé, porque el destino haya unido de esta manera tan curiosa a dos personalidades tan incautas, me obligo a confesar:

—Oficial, antes de que se vaya, le advertiré de que voy a hacer una última visita a Luis. Puede ver por mi sinceridad que no escondo nada.

—¿Qué es lo que busca?

—Una explicación. Como usted, imagino. Estuve en sus manos durante mis momentos más vulnerables, y quiero saber hasta qué punto estoy en peligro.

Bruna no muestra gesto alguno. No dice nada ni usando su lenguaje verbal, ni usando el no verbal, ni cualquier otro lenguaje intuitivo que yo pueda interpretar. Se va.

—¡Espere! —Me obliga a hablar otra vez. Total, lo sabe por mi extracto bancario, aunque no puede usarlo contra mí en un juicio porque no ha pedido

la orden judicial—. También le diré que sí que estuve en Sevilla por esas fechas. Recién salida del hospital, tenía que escapar. No necesita una orden. No tengo miedo.

Y Bruna y yo conectamos. Nuestras miradas se entrelazan en hebras de aceptación sobre la visión de un mundo que nadie más que nosotras comprende.

Tras esta última comunicación, se marcha, tira los pedazos de papel del extracto bancario en una papelería y los recojo. Efectivamente, son el extracto de una cuenta bancaria, pero no de la mía. Era un señuelo. Joder, es más lista de lo que creía. Se ha guardado la opción de pedir una orden judicial para incriminarme.

Es admirable que no haya explotado aún. Es tan admirable que contagia. ¿Quiere la nueva Ada seguir ciega las instrucciones de un ciprés o está dispuesta a dejar de depender de él?

Ella ha sido capaz de seguir las normas y mantenerse al otro lado de la línea. Con «al otro lado» me refiero al otro lado del que estoy yo. ¿Pero por cuánto tiempo? Siento cierta indignación, mi orgullo ha quedado herido porque Bruna no ha caído en la manipulación del Ciprés. Yo siempre he dependido de alguien, primero de Iker, después de un ciprés.

Por eso debo visitar de nuevo a Luis, espero que, esta vez, quiera quedarse un poco más, necesito respuestas, porque yo soy una marioneta, mientras que Bruna no se deja atar las cuerdas a sus extremidades. Es fiel a su libertad.

—¿Más mensajes para mí? —pregunta Luis.

—No. Esta vez vengo a por más respuestas.

—Entonces me largo.

—Por favor —ruego. Es la influencia de Bruna lo que me mantiene frente a Luis, ella es el origen de toda mi valentía. La prefiero a ella de titiritera que al Ciprés.

—No digas que no te he avisado. —Luis tiene la mitad del cuerpo fuera de la silla.

—¿Cómo han comprado tu silencio? —Mi pregunta le convence para sentarse del todo.

—Van a por mi familia. Y yo prefiero estar en esta cárcel pudriéndome a que to-quen a mis hijos o a mi exmujer.

¡Joder! Cuando el doctor Elías Bécher me dio su aviso, pensé que la

amenaza se centraba en mí, tonta de mí, jamás imaginé que nadie más pudiese estar en peligro. Y yo mato, precisamente, para poder sentirme viva y que mis seres queridos no me crean muerta.

—¿Por qué te han delatado? —Esto me incumbe, me incumbe muchísimo.

—Cometí un gran error.

—Expícate.

—¿Desde el principio?

—Desde el principio. ¿Cómo te reclutaron?

—Divorcio y bancarrota. Perdí a mi mujer, a mis hijos y mi trabajo en el mismo mes. Un buen trabajo de comercial en una farmacéutica.

—¿Pero cómo?

—Un error estúpido. Me acosté con la hija del jefe.

—Muy *telenovelesco*.

—Solo ocurrió una vez, joder, pero fue suficiente, me despidieron, mi mujer se enteró y también me echó de mi propia casa. Estaba desesperado y lo sabían.

—¿En qué te ayudó el Ciprés?

—La hija del jefe también pertenecía al Ciprés. Ella me consiguió un trabajo como celador de la planta psiquiátrica, pero lo más importante de todo era que confiaron en mí y me dieron un cometido importante: reclutar, salvar vidas perdidas, tan perdidas como lo había estado la mía. Buscaban gente valiosa, según ellos, luego me di cuenta de que lo que más valoraban es que fueran vulnerables.

—A mí no me dijeron nada de eso.

—Claro que no. ¿Habrías aceptado pertenecer a una sociedad de beneficencia? —Por supuesto que no—. Tienen un don para contar lo que la gente quiere escuchar.

—Tú también te creíste su cuento.

—El propósito del Ciprés era ofrecer a aquellos que no tenían sitio en este mundo su lugar adecuado; en el caso de Antonio, tras perder a sus padres, no pudo continuar con sus estudios tal y como le hubiese gustado. Era un chico muy inteligente y ellos le ofrecían una beca completa y unos medios extraordinarios para seguir estudiando: en Cambridge, en Berkeley, en La Sorbona, en Stanford... Un bufé de oportunidades.

—Pero tú mataste a Antonio. No me hables de beneficencia.

—Al principio, el objetivo no era matarlo, sino reclutarlo. Y el Ciprés me alertó de que el chico no estaba tomándose las cosas bien. No aceptó su

ayuda, estaba enfermando, procurando estudiar al mismo tiempo que trabajaba, en un ritmo que, debido a su obsesión, era incapaz de seguir. Ellos habrían podido ponerle las cosas fáciles con esa beca, pero Antonio no quiso.

—Mentira.

—Mentira. Pero eso no lo sabría hasta mucho más tarde. Así que el Ciprés me pidió que precipitase las cosas para que, por fin, Antonio se diera cuenta de cuánto los necesitaba y cuánto podían ayudarlo.

—¿Cómo?

—Con drogas. El chico tocaría fondo y por fin aceptaría la ayuda. Al menos, así me hicieron creerlo. Cuando quieren, son convincentes. ¿Acaso no estás de acuerdo? —Se está riendo de mí.

—Tú y tus malditas cartas —ellos y el maldito caballo bípedo manipulador de emociones.

—¿Y cómo pasaste de las drogas a matar?

—¿Conoces algo sobre ellos?

—Nunca lo he pretendido.

—Hemos llegado a un momento crítico, Ada. Piénsate muy bien si quieres seguir haciendo preguntas. Antonio se estaba acercando mucho al Ciprés, estaba a punto de saber cosas vitales sobre su funcionamiento, su procedencia y su historia, y no acabó bien. Yo tampoco. —Luis se toma su tiempo, tamborilea sobre la mesa y se muerde el labio. Pero la duda no dura mucho —. Ada, esto no es una historia de una vida atrapada por un delirio, es la historia de un delirio que atrapa vidas.

—Prefiero jugar con todas las cartas esta vez.

—Tú lo has querido. El Ciprés funciona desde finales del siglo XVIII. Al principio solo fueron una hermandad más, como los masones u otras de la época, con quienes compartieron los mismos anhelos de progreso y liberación. Se definen a sí mismos como una sociedad secreta internacional muy antigua dedicada supuestamente al culto al conocimiento y al progreso, un grupo de intelectuales, por eso querían a Antonio en sus filas, científicos empeñados en el desarrollo de la humanidad, sin las cortapisas de la moral y las leyes...

—¿Cómo sabes tú todo esto?

—Cuando Antonio ingresó en el hospital y vio de celador a su camello, no le costó asociarme con el Ciprés. Pensé que todo lo que me contaba eran delirios debido a su estado, pero el Ciprés se lo tomó más seriamente que yo. Me pidió que ayudara a Antonio a salir de Psiquiatría. Sí, primero me piden

que precipite su estado, después, que le ayude a escapar. Había algo que no me gustaba, pero seguía cumpliendo órdenes. Sin embargo, Antonio tenía un motivo muy poderoso para seguir investigando, y me lo contagió, yo también me fui envolviendo poco a poco... Le compré los libros, escuché algunas de sus averiguaciones... Por supuesto seguimos relacionándonos después de su alta del hospital. Él incluso creía que éramos amigos y confiaba en mí...

—Así te sería más fácil matarlo.

—Ada, ¿qué te han hecho?

—Continúa.

—Antonio descubrió el símbolo del Ciprés a lo largo de la historia en muchos personajes relevantes, no te costará encontrarlo en Van Gogh, por ejemplo.

—¿Van Gogh? ¿El artista?

—Sí. Fue el promotor de reuniones de intelectuales en la famosa casa amarilla, en el sur de Francia. Su fijación con los cipreses no era fortuita, pero cometió un error. Se saltó un código.

—¿Qué error?

—Escribió a su hermano Theo una carta en la que mencionaba al Ciprés, pues este iba a casarse con una mujer que formaba parte de la sociedad, pero él no lo sabía. Van Gogh idolatraba a su hermano y quería que tomase una decisión sincera respecto al casamiento. Pero cuando el Ciprés se enteró, le dieron un aviso, como a ti con el grafiti.

—¿Alguien dibujó un ciprés en su casa?

—Le cortaron el lóbulo de la oreja.

—Joder. —Uno siempre piensa que le cuentan la verdad en el colegio—. ¿Qué es lo que hacen exactamente por el progreso?

—Hacen lo que sea.

—¿Qué más averiguasteis?

—Nada en aquel momento. Todo lo que voy a contarte a partir de ahora lo descubrí a través de él, pero después de matarlo.

—Investigaste.

—Leí sus notas. Yo tengo su ordenador. Bueno, lo tenía, ellos se lo llevaron de mi casa... ¿Conoces el caso de Burke y Hare? —Niego—. «En el desván y bajo la escalera, But y Ben con Burke y Hare. Burke es el carnicero, Hare es el ladrón, el chico que compra el filete». —Por su mirada perdida, Luis parece haber entrado en el mundo de Antonio. Al menos, tiene un pie.

—¿De qué demonios me hablas?

—Es una canción popular de Edimburgo, uno de los primeros descubrimientos de Antonio. En Edimburgo, en los años veinte del siglo XIX, Burke y Hare fueron unos famosos asesinos que trapicheaban con cuerpos humanos para vendérselos a la universidad, a un tal doctor Knox, en concreto, que era capaz de hacer lo que fuera por la ciencia.

—Miembro del Ciprés.

—Burke y Hare también lo eran. De hecho, el doctor Knox los instruyó en el arte de matar. Los asesinatos duraron casi un año, pero al final cometieron el mismo error que yo. Faltaron a la regla n.º 1, se dejaron asociar con las víctimas. —El doctor Bécher insistió mucho en ello—. Los alumnos que estudiaban en la facultad de Medicina comenzaron a asociar los cuerpos con personas desaparecidas de su entorno, y el círculo acorraló a los dos reclutadores de cuerpos.

El doctor Elías Bécher me ofreció formación sobre autopsias, y entonces le pregunté: «¿Dónde conseguís los cuerpos?»; «A nosotros también nos gusta hacer las cosas a nuestra manera», respondió. Y tanto. Puede que en el siglo XIX lo hicieran a través de dos asesinos en serie, Burke y Hare. ¿Y ahora?

—¿Quieres saber cómo eligen a las personas que debes matar? —Nunca he querido saber por qué el Ciprés colocó en una carpeta rosa a mis posibles víctimas. Aunque, si mis seres queridos están en peligro, tengo que saber a quién me mandan matar y por qué—. Son selecciones fallidas. Personas que, como Antonio, no han pasado por el aro. —No me gusta admitir que yo he pasado por el aro—. Buscaban en Antonio un discreto investigador, pero se convirtió en alguien peligroso porque sabía demasiado sobre el Ciprés y antes o después empezaría a contarlo. Ordenaron acabar con su vida usando a gente como tú, en este caso, yo mismo.

—Un cambio brusco en sus exigencias respecto a lo que te pedían al principio...

—No tuve opción. «Un solo encargo», me prometieron.

—¿Y fuiste capaz de matar? ¿Te convertiste en un asesino de la noche a la mañana? —Esta pregunta me la he hecho a mí misma millones de veces. ¿Puedes convertirte en un asesino de la noche a la mañana? Puede que así sea si manejan los hilos correctos. ¿Conseguirán manejar los hilos de Bruna alguna vez?

—No tienes hijos, jamás tendrás un hijo de tu marido, porque está muerto. ¿Recuerdas el dolor?

—No.

—Entonces, sí que te han ayudado. —El silencio dura como tres vidas de la antigua Ada—. Matarlo no fue lo peor. Lo peor fueron las peticiones concretas sobre la manera en la que debía morir... has oído describir la escena del crimen. Las órdenes fueron claras, debía parecer un suicidio. Que la temática de las obsesiones de Antonio se escenificara de una manera tan minuciosa que no cupiese duda de ello, y por eso era todo tan macabro. Es fácil dar por hecho que un yonqui se haya suicidado en medio de sus delirios. —No para Bruna.

—Pero, si cumpliste sus instrucciones, ¿por qué te incriminaron?

—Por el mismo motivo que a Antonio. Me había acercado tanto a su investigación que me convertí en alguien igualmente peligroso. Cuando me detuvieron, supuse que el Ciprés me ayudaría a salir, pero, después, en el juicio, explicaron que a Antonio le habían marcado con un Ciprés, y supe que todo estaba perdido y que debía declararme culpable para proteger a mi familia. Pero Antonio, incluso en estado catatónico, pudo demostrar que era más inteligente que ellos.

—¿A qué te refieres?

—El Ciprés se equivocó: me hizo desnudar a Antonio para la escenificación creyendo que, en el robo de un cadáver, el cuerpo estaría desnudo, pues en aquella época trapicheaban con los enseres y las ropas de estos.

—¿Y qué importancia tiene?

—Ninguna, pensé yo. Hasta que esa policía vino a preguntarme.

—¿Bruna? —Luis asiente—. Antonio jamás hubiese fingido su propia muerte, en una escenificación de un enterramiento en el que le dan la oportunidad de avisar mediante una campanilla de que está vivo, sin ropa. Un detalle que a cualquiera le hubiese pasado desapercibido, a cualquiera menos a alguien tan meticuloso como Antonio. —Bruna.

—Pero ya lo han arreglado.

—Sí, con tu mensajito. El subinspector obró a tiempo. —Otra gotita de frustración para la trampa que tiene preparada el Ciprés para Bruna.

—Pero Antonio no ha muerto.

—Acabarán el trabajo, no te quepa duda.

—Y no los puedes delatar porque arriesgas la vida de tus seres queridos. —Esta conclusión es vital, ya que me atará a ellos de la misma manera. Por eso la repito.

—No te pasará nada si sigues del lado del Ciprés. Deberías marcharte.

—No lo volveré a repetir. Puede que creas que estás aquí por saber demasiado, pero en realidad puede que estés aquí por saber demasiado y no comulgar con los objetivos del Ciprés. Y yo comulgo. No me importa matar para ellos.

—¿Cómo estás tan segura de que no los rechazarás tú también después de conocer la verdad? No es una sociedad, Ada, son criminales, son asesinos, son una secta...

Un pitido avisa de que la hora de visitas ha acabado. ¡Pero yo tengo más preguntas y no pueden esperar!

—¿Pero tú por qué te empeñaste en saber más? ¿Por qué complicarse tanto la vida?

Su sonrisa es introductoria, lo que está por venir necesita presentación formal.

—Antonio comenzó a sospechar casi desde el principio. La muerte de sus padres le obliga a dejar la universidad y a ganarse la vida, y, de repente, alguien le abre las puertas para cumplir su mayor deseo, una beca para estudiar, sin pedir nada a cambio. Demasiado bonito.

—Sabemos que ellos hacen bien su trabajo, aprovecharse de la gente vulnerable.

—A ver: no me escuchas. Antonio estaba seguro de que el fallecimiento de sus padres y el intento de reclutarle no podían ser casuales. Me contó sus sospechas y no pude evitarlo, yo también quería saber más. ¿Y si la pérdida de mi trabajo y de mi familia tampoco fue fortuita? ¿Y si la hija del jefe me puso una trampa?

—Dilo. —Siento un ardor en el estómago.

—Antonio creía que el Ciprés mató a sus padres simulando un accidente de tráfico para poder reclutarlo.

—Mi marido también murió en un accidente.

—Tu marido también murió en un accidente.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.

*La ordenada
vida del doctor
Alarcón*

Tadea Lizarbe



HarperCollins

www.harpercollinsiberica.com